
UNA
PROMESA
DE
CIEN AÑOS
M. IGNACIA URZÚA R.

UNA PROMESA DE CIEN AÑOS

M. IGNACIA URZÚA R.

UNA PROMESA DE CIEN AÑOS

PUCK

Argentina – Chile – Colombia – España
Estados Unidos – México – Perú – Uruguay

María Ignacia Urzúa Reyes
Una promesa de cien años / María Ignacia Urzúa Reyes: Puck, 2025.
368 p.; 21,3 x 13,5 cm.
Libro digital, EPUB
Archivo Digital: descarga y online
ISBN: 978-956-6402-08-4

1.ª edición: abril 2025

Copyright © 2025 by María Ignacia Urzúa Reyes
Diseño de mapa original: Sofía Vicuña
Ilustraciones de interior: Fabián Rivas
All Rights Reserved
© 2025 by Ediciones Urano Chile, S.A.
Padre Mariano 210, oficina 203 - 204 Providencia
Santiago de Chile
www.mundopuck.com

ISBN: 978-956-6402-08-4

Todo el contenido del presente libro, incluidas las imágenes e ilustraciones de cubierta, es original y se encuentra sujeto y protegido por las actuales normativas de Propiedad Intelectual. Su uso y/o reproducción, ya sea total o parcial, para el entrenamiento de tecnologías o sistemas de inteligencia artificial, así como cualquier tipo de minería de datos, queda terminantemente prohibido. El editor en tanto que titular de los derechos de la obra ejecutará las acciones que considere necesarias ante cualquier uso no autorizado.

Reservados todos los derechos. Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos

Todo lo que hacemos con amor
se convierte en magia


MELLIEDOR
N
ADEMIA
Monte Koziuko
Quelensaid
DÉFER
Portal
Estero del Oro
Benteley
ODENISIO
Portal
Quebrada
Menguante
Acantilados
de Garraper
Yenegart
Portal
Cabo Viejo

GLOSARIO

- **Humano:** Ser de ojos oscuros en quien no se aloja el galdur.
- **Galdur:** Poderosa y mágica energía de la naturaleza alojada en seres apodados galdurianos y galeanos, que permite manipular distintos elementos y dimensiones de la naturaleza.
- **Galduriano/a:** Ser de ojos claros como el cielo en quien se aloja el galdur. Requieren de un objeto de la naturaleza para emplearlo.
- **Tempestario:** Galduriano con la habilidad para manipular el tiempo. Requiere de un objeto que los conecte con el presente para emplear su galdur. Su color distintivo es el verde.
- **Fornatos:** Galduriano con habilidad para romper o mover objetos. Requiere de elementos de la naturaleza para emplear su galdur. Su color distintivo es el amarillo.
- **Teresteno:** Galduriano con habilidad para leer los pensamientos. Requiere de plantas para emplear su galdur. Su color distintivo es el rojo.
- **Saliber:** Galduriano con habilidad para moverse con rapidez. Requiere de aire para emplear su galdur. Su color distintivo es el azul.
- **Sanaura:** Galduriano con habilidad para curar a otros seres. Requiere de agua para emplear su galdur. Su color distintivo es el blanco.

- **Galeano/a:** Ser descendiente de la unión de un galduriano y un humano. En este se aloja el galdur de su primogénito galduriano, el que puede emplear sin necesidad de un objeto de la naturaleza.

PRÓLOGO



Cuentan en noches de fogata
Que vivían en paz
Que había romance entre ellos
Eterna amistad
Ojalá viviera para ver el final
Ojalá viviera para verlos nuevamente
Soñar
Galduria vive
Galduria viva en paz.

El trueno retumbó en las murallas del palacio y una potente ráfaga de viento azulino aprovechó para colarse por los huecos de las piedras que lo habían mantenido en pie durante tantos siglos.

La brisa cruzó por los fríos pasillos, hizo flamear las banderas en cuyo centro estaba el símbolo de un roble ardiendo en llamas, burló

a los soldados que estaban en guardia y dejó a su paso un eco casi imperceptible.

Un sonido que solo algunos estaban destinados a escuchar.

Se topó con puertas, todas cerradas de manera intencional ese atardecer. La visión le hizo gracia y se detuvo un instante para saborear aquel momento triunfal, rozando el metal de las cerraduras. Aquellas medidas de protección solo podían significar una cosa: le tenían miedo. Y ese fue el impulso final que necesitaba para continuar su camino hacia la torre más lejana, ahí donde sabía que él lo estaría esperando.

Aunque no lo supo en ese momento, había bastado esa pausa para que el calor de su presencia despertara a la mujer recostada en el interior de una de las habitaciones.

Al percatarse de que el momento que temía había llegado, ella abrió los ojos de golpe y murmuró unas órdenes que para el oído de su sirvienta humana fueron del todo inaudibles.

Esto la obligó a respirar hondo y repetir las palabras en un grito ahogado.

—Necesito verlos. Tráelos ante mí.

Hace tantos años que la mujer no decía nada que la sirvienta dejó escapar un chillido. La quedó mirando, con sorpresa, y al cabo de unos segundos asintió. No necesitó más explicaciones para saber exactamente a quienes se refería.

Sacó de su delantal una llave y la introdujo en la cerradura de la puerta contigua, ahogando el nerviosismo por estar violando la primera y más importante instrucción del jefe de la Guardia: «nadie

debe moverse, nadie debe hacer ruido».

Una vez que la puerta cedió, la sirvienta empujó con cautela y parpadeó varias veces para acostumbrarse a esa nueva oscuridad. No tardó en encontrar a dos pequeñas figuras que la analizaban, temerosos, de arriba abajo.

—Apresúrense. Quiere verlos.

El trueno golpeó otra vez las paredes con fuerza y el viento azulino aprovechó de entrar sigilosamente por debajo de la puerta de la última habitación del castillo.

El aire se volvió mucho más helado.

Las llamas anaranjadas del candelabro se apagaron de golpe.

Lo único que ahora iluminaba la estancia eran unas cuantas velas sobre la mesa, cubierta de mapas y libros abiertos.

—Está aquí, mi señor —pronunció un enorme ser calvo, dando unos pasos hacia atrás hasta perderse en las sombras de una esquina.

El hombre no dijo nada ante el comentario de su consejero. Simplemente se limitó a sentir cómo el sudor humedecía sus manos y apretó los puños contra la mesa.

Cuando uno de los mapas abiertos se movió con lentitud, confirmó que ya no eran solo dos en aquella habitación.

—Preséntate, Raffán —fue todo lo que dijo, antes de que una risa sórdida hiciera eco en las paredes.

Al ver a los niños acercarse, la mujer les dedicó una sonrisa. Se

mantuvieron en silencio, observando su figura delgada y pálida con desconfianza. Percibiendo su nerviosismo, ella instó con la mano a que se acercaran.

—¿Hace cuánto no les recito un cuento?

Ambos se miraron confundidos y alzaron los hombros con inocencia. Les costaba recordar la última vez que les había hablado. Lo más probable es que hubiese sido mucho antes de caer en aquel estado de debilitamiento progresivo que la obligó a postrarse día y noche.

—Vengan junto a mí —murmuró la mujer mientras se sentaba con cuidado, apoyada en un almohadón que una de las sirvientas acomodó rápidamente en su espalda.

La niña, en un arrebato de confianza, escaló sobre la cama hasta llegar a su lado, mientras que el chico se sentó junto a ella con los pies colgando, todavía indeciso.

Cuando la mujer notó su vista perdida en los muros de piedra, le aferró la mano y le dedicó una mirada llena de ternura. Solo entonces él advirtió que su rostro ya no era pálido y grisáceo, sino que resplandecía en una suave tonalidad dorada y verdosa.

—Cuenta la leyenda que hace miles de años las tierras de Melliedor eran poseídas por un hombre y una mujer humanos, quienes tuvieron tres hijos: Odén, Ademia y Déferes. Al morir sus padres, estos se repartieron sus posesiones terrenales para dar lugar a la formación de tres grandes clanes en las tierras del mundo…

La mujer tomó entre sus dedos uno de los rizos que colgaban en la frente de la niña de ojos pardos y continuó hablando. Su rostro fue

iluminado por las tres lunas que se alzaban entre las nubes formando un triángulo en el firmamento.

—Por mucho tiempo los tres hermanos creyeron que eran los dueños de todo lo que les rodeaba.

Hizo una pausa, la que acompañó con una sonrisa dirigida al chico.

—Poco tardaron en darse cuenta del error que habían cometido.

»En Melliedor habitaban otras criaturas, los *galdurianos*, integrantes del legendario pueblo de Galduria. Eran seres de aspecto humano, de ojos claros como el cielo y con una característica que los hacía muy especiales. En ellos se alojaba una fuerza conocida como *galdur*. Gracias a esta, eran capaces de manipular distintos elementos y dimensiones que los humanos jamás serían capaces de controlar: aire, tierra, mente, memoria, tiempo y sanación.

»Aquel descubrimiento implicó un gran revuelo en Melliedor. Algunos querían que ambas especies vivieran juntas, colaborando en pos de un gran desarrollo. Otros lo consideraban imposible: los humanos se sentían en desventaja frente a aquellos seres de peculiares poderes y los galdurianos no estaban contentos con la idea de compartir sus dones.

»Después de incontables debates, dos de los clanes, Odenisio y Défer, optaron por ofrecer su amistad a los galdurianos. El tercer clan, Ademia, se apartó hacia tierras lejanas arguyendo que la unidad era un sueño inalcanzable y que ambos grupos acabarían destruyéndose entre sí.

»A medida que el tiempo pasaba, humanos y galdurianos del clan

de Odenisio, guiados por buenos y sabios líderes, se unieron en armonía y solidaridad. Juntos alzaron grandes ciudades y aldeas, se convirtieron en pares en los consejos de gobierno, en socios comerciales, en protectores de la naturaleza y su equilibrio. En verdaderos amigos.

»Pronto su unión se volvió mucho más íntima. Se formaron familias de lazos humanos y galdurianos, dando nacimiento a un nuevo grupo de seres representativos de una auténtica alianza de sangre, los llamados *galeanos*. Esta fusión de humanidad y galdur escaló hasta lo más alto, al palacio real de Odenisio, con la celebración del matrimonio de una joven galduriana y el rey humano.

»En las tierras de Défer, en cambio, el ambiente era de gran descontento y desolación. La diferencia entre especies jamás fue superada. Los conflictos entre humanos y galdurianos se mantuvieron constantes, marcados por la creciente discriminación, odio y rencor. En una sociedad dividida y sumida en desgracia, la noticia de la boda en Odenisio solo sirvió para acrecentar la envidia por la paz.

»Un grupo de galdurianos aprovechó la debilidad de Défer para rebelarse contra su rey y asumir el mando de aquellas caóticas tierras. Sin embargo, sus ideales ya no eran pacíficos. Buscaban terminar con la aparente igualdad entre humanos y galdurianos y quedarse con todo el poder.

»Uno de ellos, el más fuerte, se designó a sí mismo heredero absoluto de las tierras del mundo y determinó que él y su reducida

familia serían los únicos seres con galdur de Melliedor. Los únicos aptos para gobernar.

»Empezaron eliminando silenciosamente a todos los galeanos, representativos del amor y unión de las especies, en una terrible masacre. Les quitaron la vida a miles de inocentes. Y, en medio de toda la angustia e incertidumbre, galdurianos y humanos se culpaban entre sí. Sus diferencias empezaron a salir a flote. La unidad se fue resquebrajando. Humanos y galdurianos cada vez eran más reacios a ayudarse.

»Aquel panorama fue perfecto para que la Orden de Défer diera un nuevo golpe.

»Con ambas especies debilitadas, su líder creó un poderoso ejército conocido como la *Legión* y comenzó una intensa persecución y exterminio de galdurianos, quienes se vieron obligados a esconderse en sus propias tierras…

La mujer hizo una pausa, mientras una brisa furtiva se colaba por la ventana, revelándole lo que ocurría en la última torre del palacio.

Tomó una bocanada de aire antes de continuar:

—Lo que está por ocurrir… no será fácil. Se sentirán solos y abandonados en un mundo gobernado por personas que no descansarán hasta que ustedes hayan proferido su último suspiro. No les pido que sean fuertes todo el tiempo, ni siquiera yo he podido serlo, pero sí que se atrevan a obrar con valentía y tomen el mando de la lucha más difícil que jamás se ha vivido en estas tierras. El rey y yo confiamos en ustedes para restaurar la paz en Melliedor.

La mujer se inclinó hacia adelante y se quitó el medallón de cobre

que llevaba colgando, en cuyo centro estaba tallado un roble ardiendo en llamas.

Lo puso entre los dedos de la niña, quien la miró confundida. Sus ojos color hielo se posaron en ella con firmeza.

—Volverán a estar juntos a su debido tiempo y este símbolo les servirá de guía para recordar su propósito. Esa es mi promesa, no la olviden cuando partan.

El corazón de la niña se aceleró.

—¿Partir? ¿A dónde iremos?

El chico, en tanto, no emitió ninguna palabra. Su mirada estaba enfocada en la mujer, sin dejar de pensar en la lucidez con la que había hablado y el significado de sus palabras. Estaba seguro de que aquella imagen sería la última que tendría de ella.

Del otro lado del castillo, la mujer percibió que la ráfaga de viento había salido rápidamente de la última habitación de la torre. Tomó a ambos niños entre sus brazos y los mantuvo cerca.

—Cierren los ojos y no olviden lo que les prometí.

Desde el pasillo resonaban con fuerte eco los gritos de un soldado: «¡Al rey lo han asesinado! ¡El rey de Odenisio ha muerto! ¡Han logrado entrar al palacio!».

—Pero, yo no quiero irme… —susurró la niña, temblando.

—Estarás bien —le dijo al oído con ternura—. Estarás con Kalleghar.

Todo ocurrió demasiado rápido.

Ella los estrechó contra su cuerpo.

El aire se volvió más cálido.

Un potente resplandor verde iluminó toda la estancia, obligando a las sirvientas a cubrirse los ojos.

Y cuando la brisa azulina se introdujo en la habitación, supo de inmediato que algo extraño había pasado.

La mujer a quien había conocido hace mucho tiempo, la que representaba una fuerza y delicadeza sin par en Melliedor, estaba ahora postrada, inmóvil, de a poco soltando el poco aire que todavía aguantaba su cuerpo.

—Esa es mi promesa… —fue la última frase que pronunció, luego de que su mano cayera, inerte.

Raffán no tardó en deducir lo que podría haber ocurrido.

Pasó la mirada de un lado a otro de la habitación. Con las cejas enarcadas, respirando agitado y apretando los puños.

Su temor se hizo entonces real.

No había rastro de los niños.

PRIMERA PARTE

CAPÍTULO UNO



Bajó del árbol donde se había escondido aquella noche al ver el primer rayo de sol colarse entre las ramas.

La capucha negra que le tapaba el rostro y la espalda revoloteó en el aire, hasta que sus pies, cubiertos por unos puntiagudos zapatos de tela verdosa, tocaron el suelo con delicadeza.

Apoyó el bastón en la tierra, un trozo de madera recto y delgado, en cuya punta se formaban dos semicírculos que lo sobrepasaban en altura, y miró de un lado a otro, con sus oídos alerta. Más allá de los animales y algunos pájaros, no había nadie más que él en aquella zona del bosque.

Inspiró profundamente y comenzó un trote suave, cruzando grandes raíces y uno que otro arbusto. A medida que avanzaba se fueron haciendo visibles las densas capas de humo. Agachó el rostro para evitar aquella visión y los recuerdos que ya comenzaban a agolparse en su cabeza. El fuego, los gritos, el llanto de una madre. A

pesar de sus esfuerzos, no pudo quitarlo de su mente. El olor a quemado se abría paso por su nariz sin tregua cuanto más se acercaba a lo que había sido, hasta la noche anterior, una aldea humana.

De pronto, sintió un golpeteo rítmico contra el suelo. Identificó las pezuñas de dos caballos abriéndose paso por el bosque, dirigiéndose hacia él. Ubicó el bastón en su espalda y se arrojó al arbusto más cercano.

Desde su escondite, vio a dos jinetes vestidos con armaduras negras y el rostro protegido con un yelmo del mismo color. Había visto a los de su tipo muchas veces antes. Montaban caballos de pelaje oscuro, cargaban lanzas y un escudo con el símbolo de la Legión: un círculo con una medialuna en el centro.

Apretó la mandíbula al verlos cruzar, para su suerte, sin detenerse. Y solo cuando el golpeteo se volvió un sonido lejano comenzó a trotar otra vez.

Cruzó un riachuelo gris por las cenizas y alcanzó lo que había sido un campo de trigo, ahora completamente destruido por las llamas. Puso su mano sobre un arbusto del que todavía emanaba un poco de humo y sintió el ardor recorrer la yema de sus dedos. Lo mejor sería rodear el lugar y no cruzar los antiguos cultivos, pensó, para alejarse de la vista de los jinetes.

Cuando alcanzó las ruinas de una antigua cabaña, se pegó a la pared de piedra y se dejó caer en una de las esquinas. Estaba rodeado de los restos del tejado de madera y todavía se escuchaba el crujir de pedazos de puertas y ventanas. Un sonido tétrico que se

camuflaba con el silbido pacífico del viento.

Miró de un lado a otro.

Ahí no había nadie más. Estaba solo.

Caminó por la casa analizando los objetos esparcidos por el suelo. Lo que quedaba de una cama caída hacia un lado, estanterías desmontadas y cuadros hechos añicos. Llamó su atención un pequeño baúl que permanecía escondido bajo un par de telas a medio quemar. Se agachó para limpiar las cenizas que cubrían la parte superior y lo abrió con cuidado. Su rostro pecoso se iluminó con los destellos producidos por el contacto de los rayos de sol y las joyas que aparecieron ante sus ojos.

El corazón comenzó a latirle con rapidez.

Dejó caer un collar de perlas en el suelo y, con su bastón, hizo un círculo sobre el polvo y la ceniza rodeando el objeto.

Miró el collar sin siquiera pestañear, acuclillado frente a él.

—Vamos… —soltó entre dientes, nervioso.

Lentamente, la circunferencia se fue extendiendo e iluminó con una tonalidad verdosa las paredes de la cabaña. Sus ojos brillaron con destellos dorados cuando en el aire, elevada sobre el suelo, se dibujó una réplica exacta del collar. Una imagen del pasado que era capaz de traer al presente.

Contuvo el aliento, expectante. Esperaba que al fin se revelara ante él la figura de la persona a quien buscaba desde hace tanto tiempo.

Observó cómo los destellos delineaban la silueta de unas manos delgadas que, aún en el aire, aferraron el objeto y lo pusieron alrededor de un cuello cuyo rostro descubrió instantes más tarde.

Era una mujer de rostro anguloso, nariz recta y pómulos firmes.

Su esperanza se desvaneció. No era quién creía.

Sin más, el chico hizo otra vez un círculo alrededor de la joya, haciendo desaparecer los destellos y la imagen. Sintiendo una fuerte presión en el pecho, se quitó la capucha y se dejó caer junto al baúl, soltando un suspiro.

No entendía por qué continuaba buscando entre los objetos alguna pista. Era una tontería. Sabía que debía hacerle caso a su mentor y dejar atrás el pasado que tanto lo atormentaba.

Decidió sacar provecho de aquella visita y recolectó algunos objetos que podían serle útiles. Guardó en la bolsa que colgaba en su espalda el collar de perlas. Hizo lo mismo con unos trozos de metal que podrían servirle para elaborar una nueva espada. Ahora que ya tenía diecisiete soles de edad, el cuchillo le estaba quedando demasiado pequeño.

Mientras recogía el último trozo sintió el golpeteo de las pezuñas. Se agachó con rapidez. Pero no la suficiente.

—¡Eh, tú! —escuchó un grito y se puso la capa negra para ocultar su rostro.

Se escabulló entre los muros de la cabaña y se adentró en el bosque, bordeando otra vez la llanura quemada. Esta vez, para su mala suerte, los jinetes siguieron el mismo recorrido.

En tan solo unos segundos estarían pisándole los talones.

Cruzó por debajo del tronco de un árbol caído, el que terminó por desmoronarse con el golpe de su bastón. Pensó que esto los distraería el tiempo suficiente para encontrar un nuevo escondite.

Por eso, cuando la voz de uno de ellos se alzó entre los matorrales, un escalofrío le subió por la espalda.

—¡Ahí! ¡No hay que perderlo!

Se escondió entre dos rocas que formaban un triángulo junto a un riachuelo, donde cupo a la perfección. Contuvo el aliento y apretó la bolsa y el bastón contra su pecho. Cualquier sonido podía ser peligroso en aquellas circunstancias. Él lo sabía perfectamente.

Los jinetes se detuvieron junto a las rocas y comenzaron a bordearlas. El joven se agazapó.

—Te digo, he visto a ese recolector antes —pronunció uno de ellos con voz grave—. Será mejor que para la próxima traigamos refuerzos después de la *Limpieza*. Estos galdurianos no pueden andar a sus anchas por las tierras de Défer.

—Así lo haremos —respondió una mujer. Después de dar un par de vueltas por la zona, la soldado se adentró al otro lado del bosque.

El otro jinete, en tanto, se detuvo.

El joven aguantó otra vez la respiración y aferró con más fuerza su bastón. Todavía agachado dio unos pasos hacia atrás, sin advertir el hueco que había en la cueva que estaba a su espalda.

Cayó por una zanja abierta en el barro, en una profunda y húmeda oscuridad. Su cabeza chocó con un pedazo de raíz y quedó recostado sobre el pozo, con los codos de único apoyo y el bastón alejado de sus dedos.

Entrecerró los ojos y se afirmó la cabeza en la zona del golpe.

Antes de siquiera alcanzar a quejarse, supo que había hecho ruido. Sintió una respiración potente y el latido de un corazón humano a su

lado.

Logró apoyarse sobre sus rodillas, maldiciendo para sus adentros. Si intentaban llevarlo con ellos opondría resistencia, sin importar cuánto le costara. Según lo que contaban las leyendas, que un galduriano cayera en manos de los jinetes de la Legión podía ser peor que la muerte misma. Él no estaba dispuesto a averiguar si eran ciertas. De solo pensarlo se le erizaba la piel.

Cerró los ojos y se concentró en el sonido de aquella respiración temblorosa que estaba demasiado cerca, detrás de él.

Aferró el cuchillo que llevaba en la bandolera y alzó su bastón a modo de escudo, el que comenzó a emitir chispas verdosas.

Solo entonces pudo ver con claridad a quien se encontraba frente a él.

Arrodillada y con el dedo a punto de tocar su hombro había una chica de no más de quince soles de edad. Tenía el rostro y el cabello manchados de barro y una expresión confundida.

Cuando comenzó a observar fijamente los destellos del bastón, él los detuvo de golpe. Quedaron sumidos otra vez en la oscuridad, tan solo iluminados por unos pocos rayos de luz que se colaban desde la parte superior de la cueva.

El joven dejó caer el cuchillo y miró hacia arriba.

—Creo que ya se fueron todos —musitó ella de pronto, apoyándose sobre sus muslos—. Ellos eran los últimos.

El chico le hizo una seña para que permaneciera en silencio y tocó el barro a sus pies. Solo una vez que desapareció el rítmico repiqueteo de las pezuñas le habló:

—*Ahora* ya se fueron todos.

El joven la miró con más atención. A pesar del barro y los recurrentes tiritones, la chica lucía en buenas condiciones. Parte de su cabello castaño claro estaba amarrado hacia atrás en una trenza, mientras que el resto colgaba sobre sus hombros, cubiertos por una blusa de fina tela blanca. Sus ojos grandes y color marrón oscuro lo miraban atentamente, como si pretendiera encontrar algo más en su mirada helada, celeste, el tono distintivo de los galdurianos.

La imagen fue de pronto reemplazada por la de otra joven humana, provocando que su corazón diera un vuelco. Se echó hacia atrás y sacudió el rostro, pestañeando varias veces para volver en sí. ¿Y si *ella* también había logrado esconderse mientras las llamas devoraban su aldea? ¿Y si esto era una señal de que *ella* estaba viva?

Dejó salir aquellos pensamientos cargados de furia mientras volvían los recuerdos del incendio.

—La Legión nunca deja a nadie en las aldeas quemadas. ¿Quién eres y cómo lo hiciste para escapar?

Ella alzó los hombros, sin emitir palabra.

Quizás había sido demasiado severo.

—Te hice una pregunta.

Pero otra vez no hubo respuesta. La chica agachó la cabeza, rendida, y dejó escapar un sollozo. Aquel gesto, unido a la triste visión de su cuerpo cubierto de barro, logró apretarle el pecho, mientras recordaba el momento en que, años atrás, él se había sentido de la misma manera. Absolutamente solo y abandonado.

—No voy a hacerte nada, si me dices, yo…

¿Yo qué? En realidad no tenía nada para ofrecerle. Era una humana en un evidente estado de conmoción luego de lo ocurrido con su aldea. Lo mejor era que la Legión la encontrara.

Aferrando su bastón y cubriéndose el rostro con la capucha se dio la vuelta. Subió por la zanja de barro apoyándose en una raíz y se asomó por el hueco de la cueva para cerciorarse de que los jinetes ya no estuvieran cerca.

Estaba listo para enderezarse otra vez y saltar hacia afuera, cuando un sonido a sus espaldas lo detuvo.

—Kalleghar.

Al joven se le erizó la piel. Se giró y de un salto llegó nuevamente a su lado, mientras el bastón emitía poderosas chispas que iluminaron todo a su alrededor. Se quitó la capucha y miró a la desconocida con el báculo ubicado justo bajo su cuello.

—¿Quién te dijo mi nombre?

CAPÍTULO DOS



La chica se quedó petrificada y miró de un lado al otro del pozo, temerosa.

—¿Quién te dijo ese nombre? —volvió a preguntar bajando lentamente el bastón.

—Yo…

Hizo una pausa, intentando recordar, pero no vio nada. Era como si una impenetrable pared se hubiese construido en su mente y le impidiera ver más allá de su llegada a la cueva.

—No lo sé —replicó por fin.

El chico ahora movía el báculo de una mano a otra, exaltado.

—Soy Kal —dijo en voz baja—. Ya nadie me llama *Kalleghar.* —Hizo énfasis en esta última palabra y la miró de reojo.

A pesar de que la oración no produjo ninguna reacción en la chica, no se iba a quedar de brazos cruzados. Había buscado tantas veces señales de su pasado sin obtener respuestas, que la sola mención de

su nombre logró despertar en él una nueva esperanza.

—¿Eres de esta aldea? —preguntó de golpe—. ¿Quién te dejó aquí?

Esta vez miró, con ilusión, cómo la joven cerraba los ojos y respiraba profundamente.

—¿Y bien? —la presionó, sintiendo su rostro tensarse.

—Es que —La chica abrió los ojos—: yo no recuerdo…

Mientras la sangre le hervía, Kal le hizo un gesto para que se callara. La pared había empezado a retumbar bajo la yema de sus dedos. Eso solo podía significar una cosa: los jinetes seguían merodeando por la zona y él debía marcharse cuanto antes.

Vio a la chica estremecerse y mirar por el hueco de la cueva con desolación. Irse implicaba abandonarla, dejar atrás a quien había pronunciado un nombre que él creyó olvidado para siempre. Significaba renunciar a la posibilidad de que ella respondiera a alguna de sus preguntas. Kal negó con la cabeza. ¿Y si su memoria estaba afectada por el trauma producido por el incendio? ¿Y si más tarde era capaz de recordar? Suspiró, mientras los temblores aumentaban en intensidad. No había tiempo.

—Vamos —pronunció dando un salto para alcanzar la salida.

Ella ladeó el rostro y pestañeó varias veces. Cuando Kal habló nuevamente, fue como si hubiera leído sus pensamientos.

—Te sacaré de aquí. Quizás un poco de aire te ayude a refrescar tu memoria.

Ella asintió y tragó con fuerza.

La chica se tambaleó al ponerse de pie e intentar imitar sus movimientos. A fin de evitar mayor demora, Kal le extendió la mano.

Sin embargo, ella no la aceptó de inmediato. Se había quedado absorta mirando el cuchillo que se asomaba desde el costado de su bandolera. Al notarlo, él tapó el objeto con la capucha.

—No puedes quedarte aquí sola y arriesgarte a que vuelva la Legión. Ya viste de lo que son capaces, te aseguro que eso no es todo. —Kal suspiró—. Te mantendré a salvo ahí afuera, ¿sí?

Ella fijó sus ojos en él mientras cruzaban por su mente las imágenes de lo que había visto escondida en la cueva. Llamas anaranjadas devorando las cabañas a su lado, la silueta de hombres y mujeres armados hasta los dientes golpeando a otros chicos como ella para que se agruparan. Por lo poco que sabía o recordaba, él podría ser uno de ellos. Después de todo cargaba un cuchillo, al igual que los jinetes.

Sin embargo, había algo en su mirada, en sus tristes ojos cristalinos, que despertaban en ella un sentimiento diferente.

Guiada por su instinto, la chica aferró su mano, entregando su confianza a aquel desconocido con la sensación de que estaba haciendo lo correcto.

Una vez arriba, Kal se asomó por el escondite. Al comprobar la ausencia de los jinetes, saltó hacia fuera. Ella lo siguió, entrecerrando los ojos debido a la potencia de la luz del sol.

Juntos se fueron adentrando en un bosque de ramas curvas. Kal se movía ágilmente entre ellas procurando evitar el suelo. Cada tanto, miraba de reojo a sus espaldas solo para cerciorarse de que la chica lo seguía. Su paso era mucho más lento, torpe y se distraía observando maravillada lo que había a su alrededor: las aves ocultas

en los troncos, la forma en que las hojas cambiaban de tonalidad según la dirección del viento, el color dispar de los árboles que se alzaban demasiado delgados hacia el cielo.

Cuando Kal se detuvo y presionó la mano contra un árbol, la instó a apresurarse.

—Los jinetes todavía están cerca. Debemos escondernos arriba.

Kal subió a la rama más cercana y le hizo una seña para que lo siguiera.

Pero ella no se movió. La visión la había dejado helada.

El tronco era completamente recto, sus ramas estaban muy alejadas unas de las otras y se extendían más allá de la primera capa de hojas de los demás árboles.

—¿Qué esperas? Vamos.

—Yo… No puedo hacerlo —contestó la joven.

Una rama cayó a su lado y se rompió a la mitad.

—Sí puedes —afirmó Kal, extendiéndole su bastón—. Evita mirar hacia abajo y estarás bien.

Al ver la duda en su mirada, Kal empleó un tono tajante.

—Tienes que subir ahora o nos verán.

La joven suspiró. Volvieron a ella los gritos de los habitantes de la aldea, el fuego consumiendo todo a su paso y el miedo que sintió cuando se asomó por la cueva y sus ojos se encontraron con aquellos caballeros de estandartes rojos. Tenía que alejarse de ellos y el desastre que habían provocado.

Asintió y sujetó el bastón con ambas manos hasta lograr ubicarse junto a Kal. Él continuó subiendo y ella lo siguió a un ritmo más

lento, tan solo siendo capaz de observar sus zapatos apoyándose entre las ramas.

Cuando estaba a punto de llegar a lo más alto junto a Kal, una ráfaga de viento helado la tomó por sorpresa. Su cabello revoloteó por su rostro, haciéndole perder el equilibrio. Soltó un grito ahogado y se aferró al árbol, respirando agitada. Aquellos segundos se le hicieron eternos.

Al advertir que Kal no acudía en su ayuda, asintió para sí y continuó. Extendió los brazos procurando no mirar abajo y se sujetó a un bulto de corteza. Le bastó luego apoyarse en una rama que cruzaba justo bajo sus hombros para llegar a la copa, ahí donde el chico se apoyaba sin mayor dificultad. Ella intentó sonreírle, orgullosa, pero él ni siquiera se inmutó. Se mantenía inmóvil, mirando un punto indefinido en el horizonte. Ella siguió la línea de su mirada hasta toparse con una extraña imagen.

Una caravana formada por cientos de personas cruzaba un río mientras eran acorralados por jinetes de caballos negros y estandartes rojos. En medio del tumulto, algunas personas arrastraban los pies, cabizbajas. Otras eran trasladadas en grandes carromatos, sujetando las pocas pertenencias que habían alcanzado a rescatar del fuego. Sus rostros revelaban angustia y temor, sus ojos se mantenían fijos en el lugar que dejaban atrás, cubierto de cenizas.

—¿Qué… pasó?

Él la miró con el ceño fruncido.

—Tú estabas ahí —dijo Kal, cortante.

Al percatarse de que la chica no respondía y tan solo miraba el

paisaje, confundida, se resignó a creer que su memoria todavía estaba dañada, lo que hizo arder su pecho por la frustración.

—Es la *Limpieza* que hace la Legión —continuó—. El ejército de la Orden quema las aldeas humanas que dan asilo a cualquier galduriano sin delatarlo a sus superiores.

Hizo una pausa, mientras volvían a él las imágenes del último pueblo que había visto incendiarse, sintiendo el calor invadir otra vez cada rincón de su piel.

Una vez que logró rehuir de aquella sensación y dejar de lado los recuerdos, suspiró y dejó caer los brazos, mientras en la mente de la joven se dibujaba una de las palabras que había empleado.

Galdurianos.

Recordaba el significado que una voz suave y melodiosa le había ofrecido: «seres con una fuerza conocida como el galdur, que manejan distintos elementos y dimensiones que los humanos jamás serían capaces de controlar».

—Los obligan a abandonar sus hogares para dirigirse hacia las tierras más cercanas al antiguo palacio de Odenisio en Yenegart, lugar que ahora sirve de sede al líder de la Orden de Défer. Allí los humanos pierden su libertad. Sus vidas quedan regidas por las instrucciones de quienes gobiernan Melliedor. Todo lo que haces en el día, desde tu trabajo hasta aquello que comes por las noches, es determinado por el líder y su séquito. —Kal suspiró—. «O traicionas, o eres traicionado por la corona» es el método más eficaz que han encontrado para arruinarnos a nosotros, los galdurianos, y dañar a quienes se atrevan a darnos una mano en Melliedor.

—¿Qué pasa si alguien delata a un galduriano? ¿Qué hace con ellos la Legión?

—Nos eliminan —dijo Kal con frialdad, sin mirarla—, uno a uno.

Ella tragó con fuerza. Antes de que pudiera decir algo más, Kal la detuvo en seco.

—Silencio.

Una nueva ráfaga de viento provocó que parte del cabello de la chica cruzara por su frente y que la rama que la sostenía se tambaleara bajo sus pies.

—No estamos solos —pronunció Kal mientras se acomodaba para observar lo que ocurría abajo.

Los mismos jinetes que lo habían seguido se balanceaban sobre sus caballos, avanzando al encuentro con la caravana. Uno de ellos sujetaba una cuerda que se extendía hasta las manos amarradas de un joven de cabello oscuro y tez bronceada, quien seguía el recorrido de los jinetes y dejaba escapar un sollozo cada vez que el caballero tiraba para hacerlo avanzar más deprisa.

—Por favor —suplicó el joven con un tono de voz agonizante.

—¡Ya cállate! —exclamó uno de los jinetes—. Limítate a pedir clemencia a la corona.

Las voces se iban acercando cada vez más. La chica contuvo el aliento y observó cómo Kal a su lado se mantenía inmóvil, al punto de que no lograba sentir ni siquiera su respiración.

—Por favor, ¡no he hecho nada malo!

El jinete tiró de la cuerda con fuerza, haciendo que el chico cayera con el rostro sobre la tierra. Entre risas secas y frases hirientes logró a

duras penas ponerse de pie.

—Eres un galduriano, un enemigo de la Orden por nacimiento. Eso es más que suficiente —se mofó uno de los soldados, dejando escapar una carcajada.

La chica le dirigió la mirada a Kal y luego al joven que estaba siendo arrastrado por el suelo.

Cuando los pasos se hicieron más lejanos y era evidente que los jinetes se habían perdido entre los árboles, Kal soltó una bocanada de aire.

—Sigamos —ordenó sin más.

Ella enarcó las cejas.

—Pero… ¿no deberíamos ayudarlo?

Kal, que ya había empezado a moverse por las ramas, se detuvo y dejó escapar un gruñido.

—Yo decidiré con cuántos problemas quiero lidiar en un solo día —aseveró con furia, mientras el bastón entre sus dedos emitía suaves destellos verdosos—. Hoy no tengo ánimos más que para *una* sola carga. Así que, a menos que quieras cambiar tu lugar, te aconsejaría que midas tus palabras. ¿Sí, niña?

La frialdad de su mirada la dejó completamente paralizada.

Kal se volteó y siguió su camino hacia el suelo. Ella se quedó con la vista fija en su silueta, que se fue perdiendo entre las hojas.

A pesar de lo intimidante que era Kal, no se creía capaz de sobrevivir sola en ese lugar acechado por extraños jinetes que incendiaban pueblos y quién sabe cuántos otros peligros. No podía arriesgarse a que la abandonara a su suerte.

En un descuido, sus ojos se encontraron con la tierra bajo sus pies. Mareada, se aferró a la rama más cercana e inhaló y exhaló varias veces. Kal, que ya había llegado abajo, apoyó una de sus manos en su cintura y la buscó con la mirada.

Fue ese instante de distracción lo que bastó para que colisionara contra él una figura robusta y pesada que logró derribarlo. Kal procuró que el bastón no se escapara de entre sus dedos y se tomó la frente, sintiendo que todo a su alrededor daba vueltas.

Un grito lo hizo volver en sí.

Frente a él estaba el joven que había sido arrastrado por los jinetes. Su rostro, en parte cubierto de barro, estaba rojo por la agitación y sus piernas flaqueaban bajo su tronco. Tenía ambos brazos todavía amarrados por una soga cortada en sus bordes.

—Desátame. Desátame, por favor —insistió con el mismo tono agonizante que había empleado con los jinetes—. Debes ayudarme antes de que regresen.

El joven de cabello rizado pestañeó varias veces, hasta que sus ojos celestes identificaron a quien estaba frente a él.

—¿Kal? —preguntó con extrañeza—. ¡Kal, eres tú!

Kal se puso de pie, aferrando su bastón y mirándolo fijamente. Solo entonces se dio cuenta de que lo conocía.

—¿Levy?

El robusto chico era un galduriano vecino, con mala fama por su débil manejo de habilidades y su personalidad asustadiza, algo bastante contradictorio, considerando el galdur que manejaba y la valentía que caracterizaba a sus tres hermanos mayores. Todos ellos

se habían enlistado en la Guardia, un ejército formado por galdurianos para enfrentarse a la Orden. Él se había quedado atrás.

—¿Qué hacías en este lugar? —inquirió Kal, enarcando las cejas—. Sabes el riesgo que implica salir de los portales… a Melliedor.

Levy soltó un bufido.

—Bah. ¿Tú me vas a hablar a mí de riesgos? —dijo entre risas.

Kal sintió cómo su espalda se crispaba al escuchar sus graves carcajadas. Los jinetes de la Legión estaban cerca. Lo que sea que hubiese hecho Levy para escapar, no los mantendría alejados por mucho tiempo si seguía llamando la atención de esa manera en pleno bosque.

—Sales de los portales desde que te conozco, Kal. No me vengas con este papel de galduriano responsable.

—Yo viví aquí afuera —lo corrigió Kal en un hilo de voz, mientras el otro resoplaba—. Sé cómo moverme sin que me atrapen.

—Y yo puedo noquearlos —espetó Levy, alzando el mentón—. Hubieras visto la manera en que corté la soga con una roca, fue realmente…

—Tuviste suerte —lo interrumpió Kal—. Tú y yo sabemos que no volverá a ocurrir. Te despedazarán antes de que tengas una nueva oportunidad de soltarte. ¿O me vas a decir que pedías ayuda porque creías que podías contra ellos tú solo?

—¡Puedo hacerlo! —gritó Levy.

En medio del silencio que se había extendido entre ellos, tanto él como Kal percibieron el repiqueteo de las piedras a su alrededor. Los jinetes habían reanudado su marcha.

—Creo que es tu momento —sostuvo Kal, extendiendo los brazos y alzando las cejas.

Levy miró de un lado a otro, consternado, y sus mejillas se tiñeron de rojo. Mientras era dominado por el miedo y los nervios, abrió la palma de sus manos en dirección a unas rocas que estaban a su lado.

La chica sobre el árbol observó atónita lo que ocurrió a continuación. Levy dejó salir de sus dedos una potente ráfaga color amarillo. Manipulada de alguna forma por él, aquella bruma comenzó a cubrir las piedras y las hizo levitar en el aire.

Ella se refregó los ojos una y otra vez, solo para cerciorarse de que lo que ocurría era real, sin comprender cómo el joven del báculo no se inmutaba.

—Ya, Kal —comenzó Levy, intentando formar una sonrisa, mientras las gotas de sudor que bordeaban su frente caían sin tregua al suelo—. Tienes razón. Todavía estoy aprendiendo a manipular mi galdur. No creo que pueda…

—No —replicó Kal, mirándolo fijamente—. Si te gusta venir aquí sin resguardos ni sabiendo defenderte, tendrás que atenerte a las consecuencias.

El joven se dio la vuelta, mientras los jinetes se abrían paso entre los árboles cercanos y sus frases cargadas de rabia llegaban a sus oídos.

Levy escuchó sus propios dientes castañear.

—¡Kal! —gritó una última vez, suplicante.

Pero Kal continuó caminando, sin prestarle atención, en dirección contraria.

—¡Ahí está! —vociferó uno de los soldados.

En un arrebato de desesperación, y con el objetivo de detener a los jinetes, Levy hizo un movimiento con las manos atadas y se dispuso a lanzarles las rocas. Sin embargo, su falta de preparación para emplear su galdur se hizo evidente.

La chica se cubrió la boca con ambas manos y vio cómo las piedras pasaban a gran velocidad, rozando el rostro de Kal. Cuando se dio la vuelta, su gélida mirada estaba cargada de furia.

—¡Eh! ¡Son dos galdurianos!

Los jinetes desenvainaron sus espadas y apretaron las riendas.

—¡Vamos, Kal, tienes que hacer algo! —gritó Levy—. ¡Haz lo tuyo!

Cuando Kal observó que los caballos estaban a tan solo un par de metros del joven galduriano y que este lo miraba desolado, tomó su bastón y lo giró rápidamente hacia la derecha.

El movimiento produjo un intenso destello verdoso que iluminó los troncos y se extendió por el bosque, obligando a la joven en el árbol a cerrar los ojos.

Desde arriba, advirtió que los lamentos de Levy y el golpe de las pezuñas contra la tierra ya no llegaban a sus oídos. Extrañada, abrió los ojos y escudriñó el paisaje a su alrededor.

Algo raro había ocurrido.

No solo el bosque estaba sumido en el más completo silencio. Todo cuanto estaba a su alrededor se había tornado lento. Los pájaros que habían sido ahuyentados volaban sobre su cabeza de manera ralentizada. Las hojas se movían con la brisa, pero a tal lentitud que era posible saber con precisión a dónde se dirigían. Incluso era capaz

de observar cómo los rayos de sol se mecían de un lado a otro.

Anonadada con aquella vista, y sintiéndose envuelta en una brisa cálida y confortable, acercó sus dedos hacia una de las aves cercanas que todavía no se apartaba por completo de la copa del árbol. El hecho de que la criatura no se inmutara ante la proximidad de su mano la hizo sacudirse y echarse hacia atrás, asustada.

Dirigió su mirada abajo y advirtió que Levy también estaba inmóvil. Tenía una de sus piernas estiradas, como si se dispusiera a correr, mientras sus brazos se tensaban lentamente. Kal, en cambio, se movía sin problemas.

El chico tocó el hombro de Levy, provocando que este se desplomara sobre sus brazos como un bulto de carga. Comenzó entonces a subir nuevamente por el árbol, cargándolo en su espalda. Todo esto mientras los jinetes se movían de forma casi imperceptible hacia ellos.

Solo entonces la chica comprendió que, lo que sea que estaba ocurriendo, le daba a Kal el tiempo suficiente para moverse con libertad y llevar al otro galduriano a un lugar seguro.

Cuando llegó junto a ella, dejó el cuerpo de Levy sujeto entre dos ramas gruesas y afirmó su espalda en el tronco.

—¿Despertará? —preguntó la joven acercándose—. ¡Es… increíble! ¿Cómo lo hiciste?

Kal pegó un respingo.

—¿Tú? ¿Cómo? —Kal hizo una pausa mientras fruncía el ceño—. ¿Cómo puedes ver esto?

La analizó boquiabierto, para luego negar con la cabeza.

—No, no, es imposible. Eres una simple humana.

Antes de que ella contestara, Kal se giró y cubrió su rostro con la capucha. Aferró su bastón detrás del cuello mientras pronunciaba las siguientes palabras:

—Tú no has visto *nada*.

Entonces, a ojos de la chica, todo se volvió negro.

CAPÍTULO TRES



Soñó con un castillo y una noche de tormenta, pero despertó antes de que acabara, con el rostro bañado en lágrimas.

Cuando abrió los ojos, la joven se percató de que estaba envuelta en una densa oscuridad, invadida por el silbido de los insectos y el revoloteo de las aves nocturnas.

Sintió que el pecho se le apretaba y quiso gritar. Regresó a ella el temor que sintió al verse atrapada en una cueva de paredes barrosas, donde permaneció escondida mientras escuchaba los pasos y lamentos de una multitud sobre su cabeza. Gente que gritaba y pedía auxilio mientras se dirigían lo más lejos posible de los campos de trigo que ardían frente a sus ojos.

Recordó la sensación de desconcierto y dudas que no dejaban de carcomerla. «¿Dónde estaba?», pensó «¿Y por qué se extendía el caos junto a ella? ¿Por qué nadie hacía algo para detener aquella pesadilla?», «¿Cómo lo había llamado Kal? ¿Limpieza?».

Kal.

Tanteó el terreno y pestañeó varias veces para acostumbrar la vista a la oscuridad, tan solo interrumpida por la luz de las tres lunas del cielo estrellado.

Un zumbido grave y profundo la puso nuevamente en alerta.

Se echó hacia atrás, nerviosa. Sin embargo, cuando volvió a poner atención a su alrededor, reparó en que junto a ella se extendía un gran bulto. Un bulto cuya silueta se fue contorneando lentamente.

Ahí había otra persona y lo que escuchaba era un ronquido.

Más tranquila, se acercó y logró distinguir la figura de un chico de brazos anchos, rostro redondo y cabello rizado oscuro. Lo recordaba. Era Levy, el joven galduriano que había caído en manos de los jinetes.

Se puso de pie y empezó a buscar a Kal con la mirada. Mientras unos insectos que emitían destellos rojos cruzaban por su rostro, identificó una columna de humo a tan solo unos pasos y emprendió camino entre las ramas.

Kal tenía la espalda cubierta por su capucha y estaba sentado con las piernas cruzadas junto a su bastón, tapando la fogata. A la joven le sorprendió advertir que las llamas eran de color púrpura, distintas a las anaranjadas que había visto devorar la aldea el día anterior.

Antes de que ella dijera algo, su voz severa interrumpió sus pensamientos:

—¿Sigue dormido?

La joven se quedó helada y respondió entre balbuceos:

—¿Quién? ¿El galduriano? Digo… ¿Levy? Sí.

Kal respiró profundo y agachó el rostro mientras jugueteaba con el bastón entre sus dedos.

—¿Cómo va eso de tu memoria? —preguntó con desdén.

Ella separó sus labios con ademán de responder. Sin embargo, al intentar rememorar algo que no fuera su corta estadía en la cueva, sintió una fuerte presión en el pecho y que la cabeza comenzaba a darle vueltas.

El día de ayer se había mantenido tan enfocada en sobrevivir, que no había tenido tiempo de abrumarse por aquella pared que le impedía alcanzar sus recuerdos. Ahora, por primera vez, era consciente de lo perdida que estaba. ¿Por qué no podía recordar? ¿Qué había ocurrido? ¿Alguna vez había sido diferente? Sintió que su boca se secaba.

El joven no esperó su respuesta.

—¿Nada? —Se detuvo por unos segundos que hicieron audible el silbido de los insectos—. Nada —volvió a decir, más para sí que para la chica que estaba de pie a su lado—, absolutamente nada.

De forma repentina Kal se volteó y apuntó su bastón directamente al cuello de la extraña. La chica se echó hacia atrás, temblando, mientras miraba al galduriano con desesperación.

—Por favor, no me hagas daño. Todo esto… es demasiado para mí. —Su labio inferior temblaba en cada sílaba—. Yo no quería ver lo que hiciste con Levy, lo juro, yo no quería.

Kal enarcó las cejas.

—Así que no lo imaginé. —Hizo una pausa—. Es cierto, pudiste interactuar con mi galdur.

Kal miró un punto indefinido en el suelo y bajó el bastón. Ella se afirmó la garganta y respiró otra vez con normalidad.

—Pero no lo entiendo… eres humana.

De nuevo las palabras de Kal no parecían dirigidas a ella. Intentaba encajar en voz alta las piezas de un mapa que no tenía sentido.

Todo el aspecto de la chica daba a conocer su humanidad, desde sus ojos oscuros hasta el característico olor a quemado de su especie. Sin embargo, ambos habían sido testigos de que ella había visto el mundo ralentizarse cuando Kal giró el bastón del modo en que su mentor le había enseñado. Aquello no cuadraba. Como tampoco lo hacía el hecho de que hubiese pronunciado su antiguo nombre y no recordara por qué.

Refunfuñando para sus adentros, Kal se giró hacia la fogata, dándole la espalda.

En medio de aquel nuevo silencio que se abrió entre ellos, mientras la chica se movía para quedar más cerca del fuego, un objeto repiqueteó en uno de los bolsillos de su pantalón. Lo palpó con la mano: era una estructura circular que chocaba con un pequeño cordel. Lo quitó de entre la tela y lo analizó con detenimiento.

Se trataba de un medallón de cobre que colgaba de una brillante cadena, decorado con figuras talladas en la superficie: enredaderas en los bordes y un gran roble en llamas en el centro. Del otro lado se leían una serie de inscripciones en un idioma que la chica no comprendía. Lo único que reconoció fue una letra G alargada, ubicada en la parte inferior de la circunferencia.

Sin que ella lo notara, Kal se había volteado para observarla y estaba anonadado ante la visión.

—¿De dónde sacaste eso? —preguntó Kal, de un modo que le fue imposible ocultar su sorpresa. Desde ahí se podía ver el roble ardiendo a la perfección, una imagen de la cual había sido instruido, pero jamás esperó ver tan de cerca.

—Yo… —intentó volver atrás en el tiempo.

Alguien se lo había entregado, de eso estaba segura. Recorrió con la yema de sus dedos el medallón, rememorando la sensación de unas manos heladas poniéndolo sobre las suyas. Sin embargo, no podía ir más allá de aquel tenue recuerdo.

—No… no lo sé. —Estaba casi segura de haber visto un trueno golpear una ventana, la que solo existía en su imaginación.

Kal se le acercó para verlo más de cerca. Eso bastó para que sus ojos claros se iluminaran. Supo que las respuestas estaban mucho más cerca de lo que él había creído.

—Déjalo en el suelo —ordenó. Ella enarcó las cejas. Al notarlo, Kal prosiguió—: Sé qué hacer para conocer de dónde vienes.

Emocionada, la chica dejó el medallón sobre una roca. Kal le hizo una seña con el bastón para que se echara hacia atrás y se volteó para mirar sobre sus hombros, asegurándose de que nadie pudiera verlos.

Tal como lo había hecho aquella mañana con el collar de perlas, Kal dibujó un círculo alrededor del objeto.

—¿Qué…? —la chica no alcanzó a terminar la frase.

—Soy un galduriano del clan de los *tempestarios*. Mi galdur

consiste en manipular el tiempo de diferentes modos, como ya viste hace un rato. —Kal alzó las cejas—. Una de las cosas que he aprendido con mi mentor es a traer el pasado de los objetos al presente para conocer su historia.

La chica lo miraba boquiabierta. Solo entonces comprendió lo que Kal había hecho en el bosque junto a Levy y los jinetes: había controlado el tiempo para ponerse a él y al otro galduriano a salvo.

—¿Puedes hacerlo con cualquier cosa? —preguntó.

El joven le dirigió una mirada fría.

—No, claro que no —masculló—. Hasta ahora solo lo he logrado con metales y piedras preciosas. Supongo que solo algunos objetos tienen historias que contar.

Ella agachó el rostro, aguantando todas las preguntas que se agolpaban en su cabeza. ¿Qué más podía hacer Kal con su galdur? ¿Existían otros clanes de galdurianos además de los tempestarios? ¿Pertenecía Levy a alguno de ellos? Por su parte, Kal posó su mirada nuevamente en el objeto.

El círculo dibujado en el suelo comenzó a emitir destellos verdosos. Una silueta que replicaba la figura del medallón se alzó en el aire.

—Vamos —susurró Kal para sí, agachándose para tener una mejor visión—. Vamos —repitió expectante.

A su lado, la joven comenzó a sentir un intenso calor recorrer su piel. No sabía lo que pasaría con el objeto ni el modo en que se revelaría ante ellos su historia, pero la seguridad con la que Kal le había hablado la envolvió en optimismo. El vacío en su interior, la

pared que le impedía acceder a sus recuerdos, iba a desaparecer.

De golpe, el círculo centelleante se cerró y emitió un poderoso estruendo que hizo que ambos cayeran. Kal se paró de un salto y corrió a tomar el medallón, que permanecía en la misma posición. Sus dedos ardieron al tacto, por lo que se desprendió de este con rapidez.

—¿Qué pasó? —preguntó la chica—. ¿Funcionó?

Kal negó con la cabeza y gruñó entre dientes. La joven se encogió de hombros.

—Pareciera estar protegido de una manera que me hace imposible ocupar mi galdur —contestó, pasando los dedos por la capucha para quitar la sensación de ardor.

Mientras Kal refunfuñaba para sus adentros, ella se quedó mirando las inscripciones del medallón, acompañadas de la letra G alargada.

—Quizás lo que está inscrito ahí nos diga algo. —Procuró no alzar demasiado la voz. No parecía que el chico tuviera interés en escuchar lo que ella tenía que decir—. Si pudiéramos descifrar lo que dice…

El semblante del joven se iluminó. Ella tenía razón. Quizás su galdur no había sido suficiente, pero eso no significaba que no pudiera obtener respuestas con la ayuda de otro galduriano. Además, él conocía a un experto en lenguas antiguas que sin duda podría leer aquellas extrañas inscripciones. Si el medallón guardaba un mensaje, esta era su mejor alternativa. Por el rostro de Kal se extendió una sonrisa.

Kal se irguió y volvió a adoptar una posición amenazante hacia la chica, con el bastón firme en dirección a su cuello.

—Irás conmigo —habló en un tono cortante y frío, en tanto sus pupilas eran bordeadas por un brillo verdoso, del mismo tono de las chispas del báculo.

No hubo un ápice de pregunta en su voz. Pronunciada la orden, Kal se volteó hacia la fogata, dándole la espalda.

—¿A dónde? —preguntó ella, frunciendo el ceño.

—En busca de alguien que pueda darnos más detalles sobre tu identidad, pequeña «Nadie», y sobre el medallón que llevas contigo.

—¿Mi identidad? —pronunció ella—. ¿De verdad alguien puede ayudarme a saber quién soy? —Su voz se quebró al hacer la siguiente pregunta—: ¿A recuperar mi memoria?

La chica tomó el medallón y se fijó en la imagen del roble, cuidadosamente tallado. Al no recibir respuesta, caminó hasta llegar al lado de Kal, desde donde pudo sentir el calor del fuego en sus piernas.

Colgó el medallón de uno de sus dedos y lo hizo girar. Mientras era iluminado por la luz púrpura de la fogata, observó otra vez las inscripciones, la G alargada en la esquina y las enredaderas en el borde.

De improviso, el paisaje cambió a su alrededor. Se vio a sí misma en una gélida habitación de paredes de piedra junto a la borrosa imagen de una persona de tez pálida que la miraba con ternura. La lluvia golpeaba el tejado.

Las palabras de Kal la regresaron a la realidad, entre jadeos.

—Es mejor que guardes enseguida ese objeto, pequeña «Nadie». Melliedor es cada vez más peligroso, especialmente para quien porta un medallón como este. La Legión destruiría a cualquiera que lleve el emblema de los Caídos.

—¿Los Caídos?

Su pregunta se mantuvo sin respuesta en el aire. Kal divagaba. Debía medir la información que le daba a aquella extraña chica o podría ponerse en serio peligro.

—Es un antiguo pueblo formado por descendientes directos de galdurianos y humanos, también apodados *galeanos* —replicó Kal—. Fueron los primeros en ser eliminados cuando la Orden se propuso conquistar Melliedor, incluidas las tierras de Odenisio.

—¿Por qué harían algo así?

Kal suspiró.

—Todo fue parte de un plan muy bien elaborado —aseveró Kal—. Querían romper con todo lazo humano-galduriano. Tenía sentido que comenzaran destruyendo a aquellos que representaban el más íntimo vínculo entre especies.

Una llama púrpura de la fogata se prendió con más fuerza, extendiéndose en el aire.

—A medida que las masacres se extendieron, en un ambiente de pánico y desesperación, humanos y galdurianos empezaron a culparse por lo que estaba ocurriendo. Así creció el odio entre grupos y la alianza comenzó a quebrarse, incluso en las habitaciones del gran palacio de Yenegart, donde vivía el rey de Odenisio.

En la mente de la joven comenzaron a dibujarse los eventos que

Kal relataba. Imaginó la tristeza de las familias por las muertes de seres inocentes, la desesperación en busca de que se hiciera justicia y la rabia creciente ante la falta de respuestas.

—Cuando la división llegó a su punto máximo, a la Orden le bastó con poner un pie en el castillo para conquistar lo que quedaba de un pueblo absolutamente destruido por dentro. —Kal tomó aire—. Para entonces, el ejército de Défer, la Legión, era demasiado poderoso. Poco después, el líder de Défer aprovechó su vigor y la creciente rivalidad entre humanos y galdurianos para dirigir todas sus fuerzas contra estos últimos y eliminarlos, igual como había ocurrido con los Caídos. De esta forma busca mantenerse a él y sus herederos como los únicos seres capaces de controlar los elementos y dimensiones naturales.

La chica cruzó la cadena por su cuello y escondió el medallón bajo su blusa. Después de las palabras de Kal, aquella pertenencia le parecía de lo más preciado.

—Eso explica que existan métodos como la Limpieza y que los galdurianos deban permanecer escondidos. Quizás debí haber dejado a Levy, el bobo, con la Legión para darle una lección y evitar nuevos riesgos para nuestro pueblo —su tono se volvió irónico.

—Pero… tú eres un galduriano y estás aquí —titubeó la chica—. ¿No deberías estar también en otro lugar, protegido del avance de la Legión?

Kal gruñó.

—Mira, Nadie. —La manera en que se refirió a ella la hirió de una forma que no esperaba—. Lo último que necesito ahora es que andes

por ahí dando información sobre lo que soy o lo que viste en el bosque esta tarde. Melliedor es peligroso, ya te lo dije. —Sus ojos ardían con cada palabra que pronunciaba—. No eres más que una carga en este recorrido y vas a hacer solo lo que yo diga, ¿está claro?

Se abrió un largo espacio de silencio entre ellos.

—Mi nombre no es Nadie —murmuró ella, intentando mantener el mismo tono frío que Kal.

Él se lo tomó con gracia.

—Ah, ¿no? Entonces, ¿cómo te llamas? —Una sonrisa burlona se dibujó en su rostro.

La joven alzó los hombros.

—Supongo que antes tenía un nombre —susurró, cabizbaja—. No lo recuerdo… esa es la verdad. Pero no soy Nadie…

«Entonces, ¿quién soy?».

Sintió el dolor del vacío de su mente y la impotencia de no ser capaz de recordar. Sin embargo, cuando sus ojos volvieron a encontrarse con la sonrisa de Kal, decidió que no podía continuar lamentándose por su situación. No podía permitir que su falta de identidad siguiera siendo un flanco de debilidad con la que lograran herirla y hacerla sentir insignificante.

Se armó de valor para pronunciar las siguientes palabras, las primeras que se formaron en su mente:

—Seré Nadya desde ahora.

A Kal se le escapó una risa.

—Bien, cómo te llames, Nadya, Nadie, me da igual. Duérmete, que mañana nos espera un largo camino.

Satisfecha con aquella respuesta, Nadya se acostó junto a la fogata, absorta en sus pensamientos. Estaba todavía muy confundida, pero aquella historia sobre los Caídos parecía haber despertado un recóndito recuerdo alojado dentro de su mente. Le sonaba familiar, le sonaba cercano.

—¿Kal? —pronunció Nadya, sin moverse.

Él permaneció en silencio.

—¿Hace cuánto…? ¿Hace cuánto ocurrieron estos eventos que relatas, la extinción de los Caídos?

Kal no respondió enseguida, como si disfrutara aquel suspenso.

—Hace cien años, Nadya.

«Hace cien años», repitió ella en su cabeza.

Mientras lo único que se escuchaba en el bosque era el repiqueteo de la fogata, Nadya dormitó, aún acechada por preguntas sin respuestas. No entendía todavía por qué ella, una simple chica humana, estaba ahí en el bosque, cargando un peligroso medallón sin recordar nada sobre sí misma y rodeada por seres de extrañas habilidades.

Por su parte, Kal se quedó en vela la mayor parte de la noche, cuestionando la decisión que había tomado. Llevar a aquella joven consigo representaba un riesgo, pero era un riesgo que, como pocos antes, estaba dispuesto a correr.

Después de todo, aquella era la primera vez que alguien daba señales de conocerlo por su verdadero nombre.

CAPÍTULO CUATRO



A la mañana siguiente, Nadya despertó sintiendo cómo el sol pegaba con fuerza sobre su piel. Giró la cabeza y, como intuyó, Kal no estaba. Su lugar frente a la apagada fogata estaba ocupado por Levy, cuyas enormes y bronceadas manos rodeaban una extraña fruta de corteza roja. El joven devoraba su contenido a grandes mordiscos y un líquido blanquecino se derramaba entre sus dedos.

Cuando a Nadya se le retorció el estómago, Levy le arrojó una bola color púrpura.

—Kal fue a buscar más provisiones para el camino. Esto es lo que tenemos mientras tanto. —Hablaba rápido, pero con un tono más risueño del que había empleado mientras estaba atado y le suplicaba a Kal que lo liberara—. ¿Te gustan las *rosatas*?

Levy la mascó de nuevo. Nadya tomó la esfera, sintiendo su cobertura gruesa y rugosa, sin saber qué hacer.

—Vamos, no es tan complicado —la animó Levy.

Todavía sin mirarla, Levy resopló y con una de sus manos comenzó a manipular su galdur. Sus dedos fueron bordeados por una bruma amarilla que se extendió por la tierra hasta envolver una roca de forma cuadrada. Lentamente la elevó en el aire y la fue trasladando hacia la rosata.

Nadya siguió aquel recorrido con los ojos muy abiertos. Aunque ya había visto a Levy emplear su galdur, ayer no había estado tan cerca como para divisar los detalles de aquella misteriosa fuerza.

Mientras la piedra se balanceaba frente a sus ojos y el sudor comenzaba a correr por su frente, Levy hizo bruscos giros con las manos, provocando que la bruma amarilla se meciera de un lado a otro. Intentaba que la roca quedara en el punto exacto para dejarla caer y así romper el fruto. No parecía que la tarea fuese fácil. Las manos de Levy se tensaban y hacían movimientos, a todas luces, descoordinados.

Cuando Levy ubicó la roca de una forma que estimó adecuada, fue interrumpido por un grito proveniente de atrás de sus espaldas.

—¡Levy!

Era Kal.

El joven saltó desde los arbustos, dejando caer las frutas que llevaba entre sus brazos, y presionó su bastón contra la mano de Levy, provocando que la piedra cayera sin fuerzas y que la rosata solo recibiera un rasmillón.

—Agh, ya déjame —se quejó Levy, quitando su mano del suelo y mirando a Kal con furia—. ¿Cómo voy a mejorar si no practico? —resopló, provocando que uno de los rulos que caía sobre su frente se

balanceara hacia arriba.

—Los jinetes de ayer te están cazando por el bosque, puedo percibirlos incluso desde aquí —le advirtió Kal—. ¿No crees que emplear tus habilidades en este espacio abierto sería una excelente forma de delatarte como galduriano? —inquirió con sorna.

Levy no respondió. De solo recordar la voz ronca del soldado y el modo en que la soga amarraba sus manos, su piel se erizaba. Nunca se había visto tan cerca de sufrir el destino más temido por todos los miembros de su especie: ser llevado a Yenegart, un lugar terrible y del cual ningún galduriano había logrado salir. Ni siquiera sus hermanos.

—Tenemos que partir lo antes posible —manifestó Kal mientras se sentaba y apoyaba sus brazos en las rodillas—. Hemos tenido suerte hasta el momento, pero la Legión está cerca. —Miró fijamente a Levy cuando pronunció aquellas palabras—. Y no podemos correr riesgos.

—Pude una vez con ellos —mencionó Levy, cabizbajo, para luego soltar un suspiro.

A pesar de la firmeza con que había intentado pronunciar aquellas palabras, su voz sonó quebrada y débil. No importaba cuánto intentara aparentarlo, parecía que jamás iba a lograr encajar en el perfil de galduriano valeroso y atrevido.

—Si *yo* no hubiera estado ahí serías leyenda, Levy —se burló Kal —. No, me equivoco. Leyenda es demasiado. Serías polvo.

—Bueno, ahora… ahora sería diferente. No estoy atado y puedo usar mi fuerza. Tú tienes aquel extraño manejo temporal y ella… —Levy miró a Nadya con el ceño fruncido—. ¿Me dijiste tu nombre?

¿A qué clan perteneces?

—Me llamo Nadya —respondió ella, alzando los hombros.

Esperaba que Kal dijera algo, pero su voz fue seguida de un incómodo silencio.

—¿Clan?—dijo dudosa.

Kal comenzó a reír para sus adentros y Levy continuó:

—Me refiero a ¿qué galdur manejas, Nadya? ¿Eres una poderosa *fornatos* como yo?

Mientras Kal hacía rodar los ojos, Nadya negó con la cabeza, confundida.

—Entonces, no tienes una increíble fuerza para mover o romper objetos… —confirmó Levy—. ¿Eres acaso una *saliber*? Eso me encantaría. Poder moverme rápido y sigilosamente por todas partes.

Nadya observó a Kal, buscando en su rostro alguna pista sobre si era correcto dar una respuesta. Pero él no le dirigía la mirada. Se limitó a mantener una sonrisa entre dientes.

—No sé, yo creo que no tengo eso que llamas galdur.

Nadya sintió que había dicho algo grave, y la reacción de Levy confirmó sus sospechas. El galduriano la miró fijamente con sus profundos ojos color azulino y olisqueó el aire, sintiendo cómo su nariz era invadida por el fuerte olor a leña quemada.

En un rápido movimiento, Levy se giró para observar a Kal, inquieto.

—¿Te has vuelto loco? —exclamó de golpe—. ¡Una humana! ¿Sabes lo peligroso que es esto? Si ella le dijera a alguien sobre nuestra presencia aquí ¡estamos muertos, Kal!

—Mira, Levy, ya te advertí sobre venir a Melliedor y si no te entregué a la Legión fue porque todavía tengo un poco de compasión —pronunció Kal con seriedad—. Ahora ya sabes que debes dejar de mostrar lo que puedes hacer frente a extraños y, antes que todo, identificar si son de tu misma especie o no. No puedes confiar en nadie.

—Es una locura, no puedo ser parte de esto. —Levy se paró de un salto. Se giró otra vez para mirar a Kal a los ojos, como si Nadya no estuviera presente—. Déjala aquí, no creo que recuerde nuestros rostros después de un par de días perdida en el bosque.

Nadya sintió una presión en el pecho y pasó su mirada desde Levy a Kal, con temor. Advirtió que mientras Levy respiraba agitado, Kal mostraba un semblante tranquilo e imperturbable.

—Cálmate —ordenó Kal. Tanto Nadya como Levy se sintieron aludidos—. Va a ir con nosotros a Cabo Viejo.

—¿Qué? ¿De qué estás hablando? —preguntó Levy, negando con la cabeza.

Kal apuntó a la chica con su bastón.

—Ahora que estás más concentrado puedes percibir con facilidad que ella no es una de nosotros. De lo contrario, sentirías la energía del galdur en ella, verías sus ojos claros y no emanaría de su piel aquel clásico olor a leña quemada de los humanos, ¿no es así?

Levy asintió, escrutando a la chica con la mirada. Ella agachó el rostro, incómoda.

—Pero —continuó Kal con voz serena— tengo razones para pensar que ella no es una humana común. Al parecer Nadya tiene una

conexión con el pueblo de los Caídos.

—¿Los galeanos? —vociferó Levy.

Nadya recordó la historia que Kal le había relatado la noche anterior: «Un antiguo pueblo formado por descendientes directos de galdurianos y humanos».

—Kal, esos seres se extinguieron hace cien años.

—Muéstrale el medallón, Nadya —exigió.

Nadya se limitó a obedecer. Soltó el primer botón de su blusa y extendió la cadena hacia Levy.

Al principio este permaneció escéptico, sin moverse de su posición. Pero luego, cuando ella le acercó el medallón y lo ubicó sobre su mano,Levy comenzó a girar la cabeza de un lado a otro, desconcertado.

—Podría ser una simple coincidencia, una reliquia familiar que ha pasado de generación en generación —musitó, alzando las cejas. Para él, la respuesta era obvia.

—Eso no es todo —Kal lo interrumpió antes de que pudiera decir otra cosa—. Nadya logró interactuar con mi galdur de tempestario. —Levy lo miró sorprendido—. No puedo enseñarte eso, porque tú mismo te verías afectado, pero no tengo ninguna razón para mentir acerca de lo que pasó ayer.

—Oh, no —murmuró Levy, aferrándose la cabeza con ambas manos—. Si esto fuese real… es peligroso, Kal, quizás hasta más peligroso que llevar a un humano a Cabo Viejo. —Su respiración se volvía cada vez más agitada—. Sabes lo caldeados que están los ánimos allí. La presencia de una criatura como esta —Levy miró de

reojo a Nadya— podría causar un gran revuelo entre los líderes y en el pueblo.

—Por eso mismo la llevaremos con Ramil, mi mentor, sin que nadie más se entere —continuó Kal—. No conozco a nadie con mejor conocimiento sobre los antiguos dialectos de Melliedor. Él podrá descifrar lo que dice la inscripción del medallón y darnos una respuesta. Se encargará de juzgar si esta información es útil para el panorama que se vive en Cabo Viejo y las demás colonias de Galduria.

Nadya se percató de que el chico no le dijo a su amigo lo de su nombre en la cueva, lo que ella sentía que había provocado su interés por ayudarla. Se preguntó por qué lo había hecho, pero no se atrevió a decir nada.

Hubo un momento de silencio en que Levy fijó su mirada en el suelo y negó con la cabeza lentamente.

—A estas alturas ese medallón no significa nada. Ese pueblo no significa nada —espetó Levy—. Además, es imposible que logres hacerla entrar sin que alguien perciba que no es una galduriana. Y ahí si nos vamos a meter en un gran lío.

—Por eso usaremos mis métodos. Cabo Viejo no es infalible. —Kal acompañó la siguiente frase con una sonrisa afilada—: Me imagino que ya lo sabes, de otra manera no habrías llegado hasta aquí.

Levy tragó con fuerza y Nadya comenzó a sentirse como un auténtico objeto en medio de aquella conversación. ¿A qué peligros se referían? ¿Por qué su entrada al lugar que mencionaban implicaba tantos riesgos? ¿La estaban exponiendo a un destino peor que

encontrarse en una cueva y sin memoria sobre su pasado?

—¿Qué ocurre ahí? ¿En Cabo Viejo? —preguntó de golpe.

Kal resopló. Sin embargo, en lugar de responder, se dirigió a Levy nuevamente:

—Ella no recuerda su pasado, está desorientada y, por lo que veo, no sabe qué ocurre en Melliedor. Es imposible que nos traiga algún problema. Después de que Ramil la vea, si piensa que es lo mejor, borrará todo recuerdo que tenga sobre nosotros y no correrás ningún riesgo.

Eso a Levy pareció hacerle sentido y dejarlo satisfecho, porque se limitó a asentir, sin decir nada más sobre el asunto. En cambio, Nadya sintió que la cabeza le daba vueltas. La noche anterior Kal había hablado de ayudarla a obtener respuestas sobre su identidad. Ahora existía la posibilidad de que los pocos recuerdos que había construido le fuesen arrebatados.

Kal percibió su alteración y la miró fijamente. Un resplandor verde recorría su pupila.

—Come algo, tenemos que irnos —le ordenó con frialdad.

Aun algo mareada, la chica tomó la fruta de cobertura rojiza y, tras un instante de duda, le dio un mordisco. Su contenido era dulce, pero al tragar le dejó un sabor amargo en la boca. Mientras sus ojos oscuros escudriñaban la espalda de Kal, sintió un líquido ácido subirle por la garganta. Decidió dejar la fruta a un lado y no volver a probarla.

Si al principio Nadya había pensado que Kal la había rescatado de un incierto futuro en tierras desconocidas, ahora parecía que estaba

en una situación mucho más complicada. Aquellos dos seres de extrañas habilidades pretendían llevarla a un lugar lleno de galdurianos, para quienes su presencia y el medallón representaban un peligro. ¿Por qué? No lo sabía y ninguno parecía tener interés en decírselo.

Y lo que más le aterraba era lo que podría ocurrir: en palabras de Kal, si así lo querían, se desharían de ella y destruirían otra vez su memoria.

CAPÍTULO CINCO



Esa misma mañana iniciaron su travesía hacia Cabo Viejo. Kal se mantuvo liderando el recorrido por las ramas, ayudándose con su bastón para mantener el equilibrio. Levy, por su parte, caminaba junto a Nadya, a un ritmo mucho más tranquilo, pero no por ello menos agraciado que Kal. Tenía un paso firme y certero, se movía entre las ramas con sigilo y saltaba sin complicaciones.

Con el temor de que sus preguntas no fuesen bien recibidas, Nadya decidió callar sus dudas y dedujo que los graciosos movimientos de ambos jóvenes debían estar relacionados a la conexión especial que tenían con la naturaleza: su galdur.

A pesar de que marcharon juntos la mayor parte del recorrido, Levy no entabló conversación con Nadya. Rehuía su mirada y a ratos cerraba los puños con fuerza en señal de descontento con la decisión que Kal había tomado por ambos. Aun cuando el plan del joven contemplaba que su mentor borrara los recuerdos de Nadya,

Levy no comprendía por qué debían correr ese riesgo innecesario. Los dos sabían muy bien que en Cabo Viejo y el resto de los escondites de los galdurianos, los ánimos no estaban como para recibir criaturas como ella. Se exponían a que los descubrieran y ser juzgados por traicionar a Galduria, su pueblo, lo que podría significar su expulsión definitiva de los portales de protección o, peor, su muerte. Él, a diferencia de sus hermanos, no estaba preparado para sufrir ese destino. De solo pensarlo se le ponía la piel de gallina.

Mientras Levy era turbado por aquellos terribles escenarios, Nadya enfrentó sus propios temores en silencio. Si bien no tenía memoria de su pasado, sentía que había progresado desde el encuentro con Kal en la cueva: tenía una noción del mundo que la rodeaba, las especies que lo habitaban y todavía cargaba el medallón, el que ahora sabía pertenecía a un antiguo pueblo extinto. ¿De verdad quería encontrar más respuestas con la ayuda de un extraño que, más tarde, podría quitárselas? De solo pensar en la posibilidad de caer otra vez en un estado de absoluta desorientación, sentía un escalofrío escalar por su espalda.

¿Y si ella fuera capaz de recordar por sí misma? No necesitaría entonces exponerse a ese riesgo. Pero ¿tenía el coraje como para continuar ella sola? ¿A dónde iría entonces? Aunque ninguno de los galdurianos a su lado lo notó, sus ojos oscuros brillaron por la emoción.

Aquellos pensamientos la distrajeron e hicieron perder el equilibrio mientras cruzaba una raíz elevada. Cayó apoyada con los

codos y la humedad de la tierra se coló rápidamente por su ropa. Observó cómo una gota de lluvia chocaba con una de las grandes hojas de un helecho. A ella le siguieron varias más, produciendo un tamborileo entre los arbustos.

De pronto, la mente de Nadya fue invadida por una serie de imágenes borrosas: la tormenta golpeando las ventanas, el relámpago iluminando las frías paredes de la habitación, una puerta de madera que se abría frente a sus ojos.

—Llueve… —Las palabras salieron de la boca de Nadya en un hilo de voz.

Escuchaba el repiqueteo del agua contra el tejado, veía la poza que se acumulaba en una esquina del cuarto junto a la sirvienta que se movía, nerviosa, de un lado a otro y luego… nada, su mente se quedó en blanco.

Pestañeó varias veces y enfocó la vista en las hojas del helecho, quitando de su mente el peso de aquellos recuerdos sin sentido. Fue entonces cuando escuchó la voz de Levy, como un eco demasiado lejano.

—¿Qué dices, niña?

Nadya alzó la barbilla y se encontró con la mirada fría de Kal, quien la analizaba apoyado sobre sus talones desde el árbol cercano. Una brisa agitó su cabello cobrizo y lo obligó a cerrar los ojos durante un instante.

—Va a llover —aseveró Kal.

Los tres alzaron su vista al cielo y se dieron cuenta de que una fila de nubes negras era trasladada por el viento.

—Será mejor que apuremos el paso —sugirió poniéndose de pie, trasladando su bastón de una mano a otra.

Al escucharlo, Levy dejó escapar un gruñido, mientras la vena que recorría su cuello se hinchaba.

—A *su* ritmo no llegaremos a Cabo Viejo antes del anochecer. Estaremos expuestos al peligro de la Legión aquí afuera —farfulló. Aunque Levy no la apuntó, Nadya supo que era a ella a quien se refería—. Me parece que este clima es la última señal que nos da la naturaleza para que abandonemos este tonto plan y la dejemos aquí, donde pertenece.

—Ya déjalo, Levy —musitó Kal sin dirigirle la mirada.

—Todo lo que tenemos es a una humana, un medallón de un pueblo extinto y tu afirmación de que ella interactuó con tu galdur de tempestario —añadió Levy—. ¿Y quién va a creerte? —Kal se volteó para mirarlo—. ¿Quién va a creerte cuando nos presentemos ante la Gran Corte de Cabo Viejo para decir semejante bobada?

Kal saltó desde la rama con delicadeza, sin emitir sonido. Levy continuó hablando, procurando esconder el temblor que le producía la mirada amenazante del otro joven. Lo único que lo delataba era el tono rojizo que ya empezaba a teñir sus mejillas.

—Los líderes perdieron toda confianza en ti cuando te instalaste en esa aldea humana —dijo Levy, soltando un bufido—. Provocaste la Limpieza de la Legión sin pensar en nadie más que en tu propio bien. Destrozaste la vida de muchas familias, Kal, y ahora pretendes que alguien en Cabo Viejo quiera oír tu historia sobre los galeanos.

Kal sintió sus palabras como un golpe frío, pero no dejó que

aquella incómoda sensación se notara.

—No tienes idea de lo que dices —espetó—. Prefiero no caer en este juego, Levy. Sé lo que estoy haciendo y lo que vi. Tu cobardía no me va a hacer cambiar de opinión.

—El único cobarde aquí fuiste tú —aseveró Levy, apuntando a Kal con el dedo, temblando—, cuando saliste huyendo después de lo que les hiciste a esas personas. Después de lo que le hiciste a esa chica que te acogió en su pueblo de manera completamente ingenua —Hizo una pausa y por su rostro se extendió una sonrisa victoriosa—. ¿Cómo se llamaba?

En un movimiento que Levy no previó, Kal se arrojó hacia él y alzó el báculo hasta su cuello, presionándolo contra un árbol. Levy emitió un grito y su rostro se puso colorado.

Mientras Kal sentía la entrecortada respiración de Levy en su rostro y era rozado por sus patadas, subió el bastón todavía más y lo obligó a que lo mirara fijamente. Sabía que tenía la fuerza para ahogarlo. Quizás hasta lo merecía por haber hablado con tanta ligereza sobre un evento que continuaba acechándolo día y noche. No necesitaba que le refregaran su error en la cara, menos cuando tenía suficiente con la culpa que él mismo se infligía, siendo incapaz de perdonarse por lo que les había hecho a esos humanos. Especialmente a *ella*.

Sin embargo, Kal no era un asesino, aunque Levy y todos los galdurianos en Cabo Viejo lo creyeran.

—Vas a seguir caminando —ordenó Kal, aflojando el báculo—. La llevaremos a Cabo Viejo, como dijimos desde el principio.

En un rápido movimiento quitó el bastón del cuello de Levy, quien se desplomó y comenzó a tomar bocanadas de aire afirmándose la garganta. Kal analizó cada uno de sus tambaleantes movimientos con una mirada cargada de desprecio.

—Está bien, está bien —dijo Levy con voz rasposa, agachando la cabeza, todavía mareado. Cuando sintió que había recobrado el aliento, alzó las manos—. Lo que tú digas.

Una nube negra ensombreció sus miradas.

—Aunque… —comenzó Levy, mirando un punto detrás de Kal, con una sonrisa entre dientes— ya no hay nadie a quien llevar.

Kal giró sobre sus talones con rapidez, desconcertado.

Solo entonces se dio cuenta de que era cierto.

Nadya ya no estaba.



Nadya corrió tan rápido como sus piernas le permitieron, sin mirar atrás. Puso toda su atención en el camino para no tropezar y ser alcanzada por los seres que, con toda seguridad, ya la estarían buscando.

Se había ido en el momento preciso, cuando vio a Kal tan concentrado ante los dichos de Levy que bajó por completo la guardia. Mientras este último le sacaba en cara un evento del pasado vinculado a la Limpieza y la desconfianza con la que los llamados «líderes» iban a reaccionar ante ella y su medallón, Nadya comprendió que no había razón para continuar siguiéndolos y exponerse a perder lo poco que quedaba en su memoria.

A medida que avanzaba, su rostro comenzó a ser salpicado por gotas de lluvia. Miró hacia arriba y comprobó que el cielo estaba completamente gris. La tormenta estaba comenzando. Este movimiento la desorientó y la hizo resbalar por una pequeña colina.

Cuando logró detener su avance por el barro, un rugido ensordecedor la alertó.

Al voltearse, notó que los árboles que había dejado atrás se balanceaban y golpeaban unos con otros, en un movimiento que era provocado por una fuerza mucho más poderosa que el viento. De pronto, a consecuencia de un resplandor amarillo, las raíces de los matorrales más lejanos salieron a flote y se estrellaron contra la siguiente fila de árboles, provocando que estos últimos derribaran a los siguientes en un efecto en cadena.

El bosque se estaba derrumbando y caería sobre ella si no se movía.

—¡Kal! —escuchó que alguien gritaba en la lejanía.

Levy, a fin de detener al otro galduriano, estaba utilizando su galdur de fornatos para derribar los árboles.

Presa del miedo, Nadya miró de un lado a otro y decidió seguir corriendo en sentido contrario. Con cada paso que daba sentía la tierra sacudirse. Los troncos se desplomaban muy cerca de ella, hundiéndose en los arbustos cuyas débiles ramas se rompían al primer golpe. ¿Qué pasaría si era ella quien quedaba debajo?

A pesar del temor, Nadya no se detuvo. Una oración, pronunciada en una voz suave, había emergido en su mente incentivándola a seguir:

No les pido que sean fuertes todo el tiempo, pero sí que se atrevan a obrar con valentía.

Mientras corría advirtió que estaba acercándose a un río que golpeaba la orilla con fiereza.

Cuando sus ojos se encontraron con un tronco caído que cruzaba de una orilla a otra sobre las aguas, su semblante se iluminó. Si subía y atravesaba el río sería mucho más fácil escabullirse de los galdurianos.

Sus pensamientos fueron interrumpidos por el ruido de la caída de una serie de nuevos árboles. Habían sido lanzados al agua y ahora comenzaban a deslizarse por la corriente a gran velocidad, justo hacia el tronco que cruzaba hacia el otro lado.

Nadya no tenía mucho tiempo.

Rápidamente se apoyó en la tambaleante corteza. Se movía mucho más de lo que había imaginado. Miró hacia atrás en busca de alguna alternativa, pero sus ojos solo se encontraron con la silueta del joven de cabello cobrizo.

Kal estaba siguiéndola.

Aquella visión fue el impulso que necesitaba para atreverse a subir. Esta era su única salida.

Caminó en cuatro patas, aferrándose con las uñas a la corteza.

—¡Nadya! —escuchó la voz de Kal desde atrás, seguido de un estruendo.

Nadya gateó con mayor rapidez. El otro lado se veía cada vez más cerca.

—¡Nadya, cuidado!

Una gigantesca ola golpeó el tronco. Ella se aferró a una rama y a duras penas logró mantener el equilibrio.

Aturdida, giró el rostro hacia el río mientras la lluvia resbalaba por sus mejillas. Advirtió que este había sido el primero de muchos golpes. Los árboles que eran guiados por el agua avanzaban con rapidez.

—Escúchame —la voz de Kal resonó con claridad—. Sigue adelante.

—¡Para de seguirme! —logró pronunciar Nadya. Su rostro era ahora salpicado por el agua de la lluvia y el río bajo sus pies.

—Te ayudaré si algo ocurre, ¡pero debes continuar hacia la otra orilla! —vociferó Kal, justo antes de que una nueva ola golpeara el tronco. El joven se agachó para afirmarse en un trozo de rama partida—. No queda tiempo.

—¡Ya déjame en paz! —gritó Nadya, negando con la cabeza—. Necesito mi memoria, no puedo permitir que borren lo poco que me queda…

Kal respiró profundamente y se paró ayudándose con el bastón.

—¡No iba a hacer eso, Nadya!

Nadya se volteó y lo miró con sorpresa, con parte de su cabello mojado cayendo sobre su rostro.

—Era solo una forma de hacer que Levy no se opusiera a llevarte a Cabo Viejo —continuó—. Estoy seguro de lo que eres y conozco a alguien que podría ayudarnos a conocer más sobre ti y lo que te pasó.

Un nuevo temblor hizo que Kal se tambaleara. La chica emitió un

grito ahogado.

—No somos tan distintos como crees —dijo Kal. El tronco fue golpeado con un helecho que había caído al río—. Yo también busco respuestas sobre mi pasado, y al escucharte pronunciar mi nombre completo, como nadie lo había hecho en años, recuperé la esperanza de encontrarlas. Si ambos queremos obtener lo que buscamos, debemos trabajar juntos.

Kal miró de reojo el rápido avance de los escombros por la corriente y sintió un nuevo temblor bajo sus pies.

—Escúchame, Nadya… Solo cruza al otro lado y te explicaré todo lo que debes saber, ¿sí? —El chico hizo una pausa—: Confía en mí. Estarás bien, te lo prometo.

De repente, la chica dejó de oír el rugido de las olas, el choque de los árboles y las ramas de los matorrales hundiéndose. En su cabeza se repitió la frase de Kal, pero esta vez en una voz mucho más suave y tierna que le pareció extrañamente familiar:

Estarás bien.

Mientras el eco se llevaba aquellas palabras, Nadya percibió cómo una cálida brisa la envolvía y reconfortaba. Por un instante se sintió a salvo en medio del caos.

Cayó entonces en la cuenta de que no quería seguir huyendo de Kal. De alguna forma aquel joven estaba unido a su pasado, el mismo que ella tenía tantas ansias por recuperar. ¿Cómo explicaba que hubiese tenido tan fresco ese nombre cuando lo vio entrar en la cueva?

Nadya asintió.

—Ahora ve con cuidado —dijo Kal, manteniendo una expresión preocupada.

Nadya se estiró. Logró sujetarse de unos pedazos de rama. Desde ahí ya podía ver el césped del otro lado, solo era cuestión de dar un último salto.

Pero la corriente era poderosa y un árbol caído logró chocar con la parte trasera del tronco que mantenía a ambos sobre el río. Nadya fue impulsada hacia adelante con violencia. El roce con la corteza le produjo un extenso corte en el brazo, pero aún así logró sujetarse a una de las rocas de la orilla.

Desde ahí se volteó y observó los árboles cayendo en fila al río y como el tronco en que le se había apoyado instantes atrás, ahora estaba partido en dos y seguía el turbulento paso de la corriente.

El tronco en el que se había apoyado instantes atrás se había partido en dos y ahora seguía el turbulento paso de la corriente.

Aturdida, Nadya gateó con una mano hasta refugiarse en una zona rodeada de un par de árboles con hojas de manchas blancas.

Al mirar a su alrededor, advirtió que no había señal de los galdurianos. A sus oídos solo llegaba el silbido del viento y los estruendos producidos por el choque de las raíces y ramas en el río, que de a poco lucía un poco más calmado. Manteniendo el brazo herido pegado a su pecho —no se atrevió a mirarlo— se acercó nuevamente a las aguas.

—¿Kal? —preguntó, pensando que quizás estaría sujetándose a una roca, tal como ella lo había hecho.

Sus palabras no obtuvieron respuesta. Tan solo escuchó el crujir del suelo que se acomodaba a la nueva organización del bosque.

Nadya se sintió mareada.

Miró su mano con la que había presionado el brazo herido y notó que estaba cubierta de sangre.

Rendida, se le escapó un débil sollozo y se dejó caer sobre la tierra mojada.

Una sombra cubrió su visión.

—¿Así que eras tú la que causaba todo este alboroto? —creyó oír una voz rasposa y grave.

Al principio pensó que aquello era producto de su imaginación. Solo se dio cuenta de que era real cuando el ser que le había hablado se agachó para observarla de cerca, y su cálida respiración rozó su brazo ensangrentado.

A pesar de que Nadya lo intentó, no logró formular una respuesta.

—No te preocupes más, pequeña. —La alta y delgada figura le palpó la frente ardiente y se echó hacia atrás con las manos en la cintura, analizando su estado—. Estás a salvo.

De repente sintió que se elevaba en el aire, impulsada por unas manos huesudas que la cargaban con cuidado.

Nadya simplemente se dejó llevar, sin fuerza ni ánimo para resistir.

CAPÍTULO SEIS



El misterioso ser la cargó sin problemas hasta ubicarla en la parte trasera de una carreta cubierta de heno, junto a una serie de cofres y coloridos frascos de distintos tamaños. Nadya, aturdida por el dolor del brazo, se dejó caer sobre la madera e intentó enfocar la vista para distinguir lo que ocurría.

Poco a poco, la silueta que la había llevado hasta ahí fue revelándose frente a sus ojos: era un hombre de aspecto enjuto, barba oscura y rostro anguloso. Su nariz puntiaguda y labios delgados le daban un aspecto jovial y tierno. Reconoció la especie a la que pertenecía debido a su mirada. Al igual que el resto de los galdurianos, tenía los ojos azules como el cielo.

El extraño se movió de un lado a otro en la carreta, abriendo frascos para oler su contenido y luego dejándolos a un lado con una mueca de disgusto. Finalmente, cuando sostuvo dos que parecieron dejarlo satisfecho, se acercó a ella con un par de pasos desconfiados.

—¿Me permites?

Le dedicó una sonrisa y miró su brazo herido.

Nadya frunció el ceño con desconfianza.

—Estoy seguro de que esto te hará sentir mejor.

La joven asintió.

Con lentitud, el galduriano quitó la mano de Nadya de la herida y sujetó su brazo entre sus dedos. Este movimiento hizo a la joven estremecerse de dolor, por lo que el galduriano rápidamente vacío el contenido cremoso de los frascos sobre su piel.

Nadya se quedó boquiabierta. Experimentó un alivio inmediato, su respiración volvió a su ritmo natural y el dolor se atenuó.

Mientras miraba anonadada su piel, él tomó de uno de los cofres una tela oscura y rodeó la herida.

—¿Cómo… cómo lo hiciste? —balbuceó Nadya, girando su brazo para que aquel extraño pudiera terminar de colocar la tela.

El galduriano rio entre dientes, haciendo balancear sus hombros, mientras guardaba los restos de tela.

—Soy un galduriano del clan de los *terestenos*. —Cuando su mirada se encontró con los ojos confundidos de Nadya, alzó las cejas y continuó—: Eso significa que puedo leer en ti exactamente el dolor que te aqueja y encontrar, entre estas plantas medicinales, algo que te hará sentir mejor.

El galduriano continuó ordenando los frascos a su lado. Parecía tener un mapa mental exacto de la ubicación de los objetos en la carreta y, al ubicarlos en sus respectivas posiciones, hacía un gesto de aprobación que no parecía dirigido a nadie más que a él mismo.

Aquello le hizo gracia a Nadya.

Cuando advirtió que ella lo observaba con atención, prosiguió.

—Sin embargo, antes de que la Orden iniciara su plan de exterminio de los de mi especie, nuestro galdur era mucho más interesante.

Hubo un espacio de silencio, tan solo interrumpido por el sonido del agua chocando con las rocas y el gorjeo de algunas aves en las alturas.

—Desde que las galdurianas con la habilidad de curar a otros seres, las *sanauras*, se extinguieron, nos toca a nosotros suplir ese vacío para intentar sanar a nuestros enfermos. —Dio un largo suspiro antes de continuar—: Si ello no hubiese ocurrido, los terestenos nos dedicaríamos a aquello para lo que sirve verdaderamente nuestro galdur: a leer los pensamientos de las personas. De hecho —dejó escapar una risa—, yo habría sido un excelente miembro de la Guardia y podría haber ayudado al ejército a conocer los más oscuros secretos de sus prisioneros. —Alzó las cejas de forma juguetona—. ¿Te lo imaginas?

Nadya negó con la cabeza y le devolvió una sonrisa. En su mente trazó el perfil de los tipos de galdurianos que ya conocía, o sobre los que había oído: los tempestarios, como Kal, manipulaban el tiempo; los fornatos, como Levy, podían mover y romper objetos de la naturaleza con gran fuerza; a los salibers los caracterizaba la rapidez con la que se desplazaban de un lado a otro; los terestenos eran capaces de leer la mente; y las sanauras, ahora extintas, podían curar a otros.

—Veamos cómo está esa herida —soltó el galduriano en un tono alegre.

Nadya comenzó a mover y girar el brazo vendado. Se percató de que el dolor era ahora apenas una punzada. Maravillada, dejó que el galduriano se cerciorara de que la venda estaba afirmada de forma adecuada. Cuando se alejó y se frotó ambas manos con un gesto triunfal, Nadya le sonrió.

—Muchas gracias —dijo—, siento que estoy como nueva. De verdad, gracias…

Nadya hizo una pausa que fue interpretada rápidamente por el galduriano frente a ella, quien mantuvo las manos apoyadas en su cintura.

—Me llamo Dercan —mencionó con una sonrisa ladeada que provocó que se le formara una arruga en la mejilla—. ¿Y tú eres?

—Nadya —respondió. A pesar de que solo había ideado ese nombre ayer por la noche, este surgió con absoluta naturalidad.

—Bueno, Nadya. —Sus ojos se encontraron, mientras él ajustaba algunas cuerdas con las que rodeaba los frascos—. Aunque me gustaría decirte que esta herida está lista, todavía podría empeorar si no la suturo. Tengo todo lo necesario en casa. —Dio una palmada al caballo blanco amarrado a la carretilla y luego volvió a acercarse a ella—. ¿Qué te parece si me acompañas y después te traigo de vuelta aquí, para que sigas tu camino a… bueno, a donde sea que te dirigías?

Nadya frunció el ceño y agachó la cabeza.

—No sé si sea buena idea —contestó—. Creo que hay alguien

esperándome. Si no me encuentra, yo no sabría…

Dercan giró sobre sus talones con rapidez y la interrumpió:

—Aquí no hay nadie más que nosotros, Nadya. —Extendió las manos y alzó los hombros—. Soy un galduriano. Percibiría la presencia de otro ser —Chasqueó los dedos, haciendo que la chica pegara un respingo— de forma inmediata.

Nadya enfocó la vista en el río y un escalofrío atravesó su espalda al recordar la turbulenta corriente y el choque que la había llevado hasta la orilla. No parecía que Kal hubiese corrido la misma suerte.

—No es bueno que te quedes con la herida de esa manera, el vendaje es solo temporal —insistió Dercan al ver la duda en sus ojos.

Nadya puso las manos sobre su regazo y se quedó pensativa. Ya lo había comprobado antes, no había señal de Kal. Y no podía quedarse ahí sola, esperando. Melliedor era peligroso, él mismo se lo había dicho.

—¿Volveremos aquí después, cierto? —inquirió Nadya mientras Dercan sonreía entre dientes.

—Tan rápido como un saliber.

Nadya soltó un suspiro. Si Kal estaba bien y regresaba a la orilla, ella lo encontraría una vez que su brazo estuviera curado. El viaje con Dercan era solo una parada.

—¿Dónde queda este lugar? ¿Está muy lejos?

Dercan tomó una fina jarra metálica en la que la joven no había reparado.

—Estaremos ahí en un par de minutos —pronunció mientras quitaba de una bolsa de tela rugosa un tazón y vertía el espeso

líquido negro en ella—. No te preocupes.

Le ofreció la taza con una sonrisa. Nadya alcanzó a ver cómo algunas burbujas emergían desde el centro hacia la superficie. Al reventarse dejaban salir pequeños hilos de humo que se dispersaban en el aire. Su cargado olor dulzón hizo que se le retorciera el estómago.

—Ten. Te va a gustar.

Atraída por el aroma, la chica aferró el tazón entre sus dedos. Dercan se dirigió al otro extremo de la carretilla, ubicándose sobre el asiento detrás de la cola del caballo.

Cuando el galduriano agitó las riendas, el animal comenzó un suave trote por el bosque.

Nadya, que no estaba preparada para aquel movimiento, cayó dentro de la carretilla debido al impulso, pero logró sujetar la taza evitando derramar su contenido. Miró otra vez el líquido negro y lo acercó a sus labios, manteniendo los ojos cerrados. Su textura era extraña, demasiado viscosa, imposible de engullir sin más. Pero, para su sorpresa, el sabor era todavía mejor que su aroma: se sentía mucho más dulce que la rosata y dejó un suave picor acaramelado en su boca.

Mientras continuaba bebiendo a largos sorbos, Nadya apoyó la cabeza en el borde de la madera del carro y miró hacia atrás. Desde allí, divisó el desastre.

El galdur de Levy había dejado el bosque prácticamente destrozado. Las raíces de los árboles colgaban hacia el río, grandes arbustos se abalanzaban todavía hacia el agua, e incluso algunas

rocas se habían apartado de la orilla, formándose una corriente mucho más peligrosa.

Nadya se estremeció.

Aunque procuró no pensar en Kal, no pudo evitarlo. No podía quitarse de la cabeza la idea de que hubiese sido arrastrado con los árboles, río abajo. Más aún, que aquel joven, por su culpa, no hubiese sobrevivido.

Haciendo lo posible por evitar aquellos pensamientos, Nadya se enfocó en el camino. Avanzaban en línea recta en medio del bosque, golpeando arbustos de hojas rojas entre los cuales crecían frutos manchados que tintineaban a su paso. A su alrededor se extendían filas de árboles cuyas ramas no crecían hacia arriba, sino que se extendían para los lados y tenían una graciosa forma ondulada. Parecían imitar el movimiento de las olas.

—Debes tener más cuidado en Melliedor, pequeña —advirtió Dercan, seguido de un grave relincho del caballo—. Especialmente cuando te ves enfrentada a seres que todavía no saben manejar su galdur. Ese fornatos podría haberte matado.

A Nadya se le erizó la piel de solo recordar la manera en que los árboles a su alrededor eran extirpados del suelo debido a la potencia de una bruma amarillenta.

—Pero vaya, no —se corrigió Dercan de inmediato—. No quiero que tengas una mala imagen de nosotros. Los galdurianos somos pacíficos habitantes de estas tierras y hemos respetado el asentamiento de los humanos en Melliedor desde hace cien años.

Nadya giró hacia adelante y gateó hasta llegar junto a Dercan para

observar el camino.

La visión la dejó helada.

Más adelante, el sendero llegaba a su fin y se abría ante ellos un precipicio marcado por una caída recta. ¿Qué tan alto era? No tenía idea. Pero el hecho de que no alcanzara a ver las copas de los árboles de más abajo no podía ser un buen augurio.

A pesar de la terrible visión, Dercan continuaba su charla y el caballo seguía trotando a paso confiado.

—¡No sabes cuánto me gustaría que pudiéramos recorrer estas tierras con libertad otra vez! —Dercan le sonrió, girando el rostro.

Se estaban acercando a la caída, que ahora se veía mucho más profunda.

—De… Dercan…

—¡Sería maravilloso! —continuó él—. Mira, Nadya. Mira cómo se me pone la piel de imaginarlo —exclamó alzando los brazos.

Pero Nadya no tomó en cuenta el gesto. La caída era inminente y en un acto reflejo se tapó los ojos con las manos.

—¡Dercan, cuidado! —gritó con todas sus fuerzas.

Esperó el golpe.

La caída.

El sonido de la carretilla y de su cuerpo quebrándose junto a ella.

Pero nada de eso ocurrió. El caballo continuó avanzando. Nada parecía haber cambiado.

Confundida, Nadya abrió los ojos lentamente.

A su alrededor, el cielo comenzaba a aclararse, las nubes oscuras eran movidas por el viento hacia el este y el aire se sentía frío,

renovado, limpio. Pero no fue eso lo que le llamó más la atención, sino el hecho de que la carretilla, el caballo, Dercan y ella estaban completamente suspendidos en el aire. Habían dejado atrás el precipicio, y el bosque continuaba con toda su vegetación bajo sus pies, ahora en miniatura.

Nadya se movió al centro de la carretilla, consternada.

—¿Ocurre algo? —preguntó Dercan.

—¿Qué? ¿Qué está pasando? ¿Cómo?

Se refregó los ojos con ambas manos y, al darse cuenta de que nada cambiaba, aceptó que aquello era real: estaban en el aire.

—Este es el camino.

—¿El camino a dónde?

—A Cabo Viejo, pequeña —respondió Dercan—. Ahí es donde vivo.

Al pronunciar estas últimas palabras, y antes de que la chica pudiera siquiera procesar lo que estaba ocurriendo, una parte del cielo frente a ellos se fue resquebrajando. Una a una, piezas de diferentes tamaños, separadas por luces doradas chispeantes, fueron cayendo hasta formar un gran portal.

Con toda naturalidad, el caballo cruzó la estructura y se fue introduciendo en una especie de túnel lleno de luz. Ella tuvo que entrecerrar los ojos para soportar la radiante visión, mientras Dercan esbozaba una sonrisa.

Fueron envueltos por una masa de aire caliente y un espiral de viento hizo revolear el cabello de la joven. A su lado se extendían miles de diminutos puntos de luz que parecían difuminarse hasta

desaparecer hacia el final de la carretilla, en un camino sin fondo.

Nadya no creyó posible que existiera algo que mezclara tanta belleza y sentimientos de extrañeza como aquel sendero oculto en el cielo.

Sus pensamientos fueron interrumpidos por un sonoro rebote. La carretilla volvía a tocar el suelo pedregoso y avanzaba ahora con mayor dificultad.

Nadya no necesitó que Dercan lo aclarara: estaba segura de que ya no se encontraban en el bosque junto al río. Aquel pasaje los había llevado a otro lugar, a una zona oculta en las tierras de Melliedor.

Poco a poco las luces chispeantes fueron reemplazadas por un sendero oscuro y sombrío. Se adentraron por un camino bordeado de coloridas casas de madera de distintos tamaños, pegadas unas a las otras, cuyas ventanas y puertas se esparcían en sus paredes de forma desigual. Lo único que las uniformaba era que en cada puerta ardía una antorcha de fuego color púrpura.

Nadya estaba completamente hipnotizada. Nunca imaginó que hubiera portales ocultos en Melliedor, y menos que allí cupiera una aldea completa.

Cuando alzó la mirada al cielo notó que, a diferencia de lo que ocurría fuera del portal, en ese lugar el sol se veía difuminado. Estaba cubierto por una densa capa de neblina gris que humedecía el ambiente y le daba un aspecto lúgubre y tenebroso.

A medida que avanzaba, varios seres, a los que la joven identificó como galdurianos por el intenso azul de sus ojos, se asomaron por las ventanas.

—¿Qué es este lugar? —preguntó Nadya, mientras sus ojos pasaban de una casa a otra.

—Aquí es donde nos escondemos… —respondió Dercan, ladeando el rostro para alcanzar a verla de reojo—. Bueno, al menos donde nos escondemos la gran mayoría.

—¿Esconderse?

—Sí —confirmó Dercan con un suspiro—. Aquí dentro los galdurianos estamos a salvo de la Orden y su ejército.

Un escondite, reiteró Nadya en su cabeza. Un lugar donde los galdurianos podían vivir sin la amenaza constante de ser descubiertos y capturados por la Legión. Y, lo mejor de todo, era que estaban situados justo en frente de sus narices. Un proyecto perfecto, pensó.

El golpeteo de las puertas interrumpió sus pensamientos. Unos niños salieron corriendo de una casa dándose palmadas en la espalda y riendo.

Nadya se quedó boquiabierta.

Empezaron a moverse con tal rapidez que sus cuerpos se transformaron en brisas azulinas que se perseguían unas a otras en una especie de baile.

—¡Eh, chicos! —vociferó Dercan, deteniendo el trote del caballo de un tirón justo cuando uno de ellos pretendía cruzar corriendo el sendero—. ¡Deben mirar a ambos lados antes de cruzar!

—Sí, señor —contestó un chiquillo de cabello rubio alborotado, asintiendo. Una vez que Dercan desvió la mirada, el joven rio con sus compañeros y comenzó a dar vueltas. Nuevamente, todo cuanto

era visible de sus cuerpos era una brisa color azul.

—Salibers… —masculló Dercan entre dientes.

Nadya recordó la explicación de Levy: los salibers eran galdurianos que podían moverse con rapidez. Entonces no imaginó cuánta rapidez podían realmente alcanzar.

Un poderoso crujido la hizo girar. Un hombre mayor utilizaba su galdur de tono amarillento para mover unas rocas apiladas en una esquina. Nadya se estremeció, recordando la manera en que Levy había manipulado el bosque para derribarlo. Pero, para su sorpresa, ese hombre no parecía tener ningún interés en destruir ese lugar, sino que ayudaba a una mujer a construir un muro detrás de su casa.

No dejaron entonces de pasar frente a sus ojos los colores del galdur manipulado por quienes tenía a su alrededor. El azul de los salibers; el amarillo de los fornatos. La forma en que aquellos tonos, emanados de los propios galdurianos, le daban vida a aquel neblinoso lugar la hizo sonreír.

La carreta se detuvo y Dercan bajó de su puesto. Nadya se encontró de frente con su sonrisa recta y cejas alzadas.

—Ven, tendrás mejor vista desde allá.

Nadya lo siguió hacia lo que parecía ser el final del camino.

Desde ahí vio que en Cabo Viejo se extendían muchos caminos como el que acababan de cruzar, con casas de las mismas características: ubicadas en líneas, pegadas unas a otras y con una antorcha de fuego púrpura en la entrada.

—Cabo Viejo —pronunció Nadya en voz baja, recordando la incertidumbre que ese nombre había producido en ella ese mismo

día, cuando Kal y Levy lo habían mencionado.

—Es increíble todo lo que puede hacer el galdur, ¿no crees? Siempre me ha sorprendido.

—¿Todo esto está hecho por el galdur? —preguntó Nadya mirándolo fijamente.

Dercan mantuvo las manos sobre su cintura, sin quitar los ojos del paisaje.

—Así es —respondió con gravedad—. Hace cien años, cuando Odenisio cayó ante la Orden, nuestros antepasados más poderosos construyeron este y otros portales para ocultar a todos los galdurianos que pudieran. —Dercan bajó la mirada—. El exterminio ya se había iniciado, pero… muchas vidas se salvaron gracias a su labor.

—¿Y esto es solo para galdurianos? —Nadya se mordió la lengua, evocando los peligros que Levy le había mencionado a Kal.

Cuando Dercan asintió ella se paró, rígida. Le sorprendió ver que la miraba con una sonrisa ladeada.

—Es un lugar de protección exclusivamente para galdurianos. Después de todo, somos la única especie afectada por el régimen impuesto por Défer. —Hizo una pausa— «O traicionas o eres traicionado por la corona».

Dercan se agachó para quedar a la misma altura de la joven humana.

—Pero yo soy amigo de los líderes de este portal y no habrá problema con que estés aquí por un tiempo. Como te dije antes, suturaré tu herida y quedarás lista. No encontrarás ni en

cuatrocientos años un humano que lo haga mejor que yo. —Hizo una pausa—. Y luego podríamos hablar con alguien que responda todas tus preguntas. Veo que tienes muchísimas.

Nadya frunció el ceño. Dercan puso la mano sobre su hombro y le sonrió.

—Tranquila —le habló en un hilo de voz—. No es necesario que me digas lo perdida que te sientes. Tienes problemas de memoria. Mi galdur de teresteno ya me había permitido leerlo en ti. —Alzó ambas cejas a la vez—. Pero yo mismo te voy a ayudar y saldrás de aquí antes de lo que imaginas.

Nadya asintió sintiendo cómo la tensión de sus hombros se reducía. Al fin se sentía protegida en un extraño y oculto lugar que, contrario a lo que Kal y Levy habían expresado, no lucía amenazante.

—Muchas gracias por ayudarme, Dercan. Por un momento pensé que yo no sería bienvenida en un lugar como este.

Dercan enarcó las cejas y en su rostro se dibujó una sonrisa.

—No me imagino por qué, Nadya. No me imagino por qué.

CAPÍTULO SIETE



Aun cuando el galdur y sus colores le daban a Cabo Viejo un aspecto alegre y vivo, Nadya no pudo evitar sentir que las invisibles paredes de aquel lugar albergaban mucha más tristeza de la que se apreciaba a simple vista.

Dentro del portal no existían grandes praderas donde los animales pudieran pastar o los niños correr. No había lagos en los cuales sumergirse, ni puestas de sol en el horizonte. Solo había pasadizos, pasajes y condominios bordeados de casas de madera. Los únicos espacios abiertos donde los pequeños galdurianos podían jugar eran aquellos que se formaban entre las callejuelas, ahora cubiertos de lodo y rodeados de pozas.

Por otra parte, la neblina que cubría permanentemente el sol no solo oscurecía el lugar, sino que impedía que los rayos de luz alcanzaran la piel de quienes ahí habitaban. Esto explicaba que los galdurianos de Cabo Viejo tuvieran rostros descoloridos, pálidos y

largas ojeras grises cubriendo las cuencas de sus ojos cristalinos.

—Los portales nunca serán Melliedor —respondió Dercan cuando Nadya le preguntó sobre aquella sombra constante que se extendía sobre el lugar—. Puedes dibujar un retrato con la mayor de las habilidades, pero este jamás podrá reemplazar a la persona que está frente a ti.

Aquella figura ayudó a Nadya a comprender exactamente a lo que se refería. Aunque los antepasados de Dercan habían hecho un gran trabajo al formar los portales, Melliedor era inigualable.

El galduriano hizo una pausa para saludar con la mano a una mujer y la niña que se aferraba a su brazo. Luego, prosiguió:

—Cabo Viejo y los demás portales reciben la luz del sol de Melliedor, incluso la de sus tres lunas por las noches, pero no de la misma manera que las tierras del exterior. Esto nos ha dañado y debilitado enormemente, ya que el galdur proviene de la naturaleza y su fuente principal e indispensable está dada por la luz solar.

—Entonces, ¿no es lo único que se necesita para manipularlo? —preguntó Nadya con curiosidad.

Dercan negó con la cabeza, haciendo que su cabello oscuro se meciera en su espalda.

—La luz solar es una pieza básica para todo galduriano —respondió con gravedad—. Por eso los miembros de mi especie prefieren hacer sus actividades durante el día y asentarse en terrenos cálidos. Luego, dependerá del galdur que tienes, el elemento adicional de la naturaleza que necesitarás para emplearlo. Un fornatos siempre requerirá de cosas sólidas, como la tierra o rocas;

un saliber de aire; un teresteno como yo de plantas, las que me sirven para elaborar medicinas. Las sanauras necesitaban agua, por lo que fueron las primeras afectadas por el inicio de la guerra.

El galduriano intuyó la siguiente pregunta, por lo que continuó:

—Existen encargados por clan, como yo, que salen y traen objetos de Melliedor para que los más pequeños aprendan a manejar su galdur y que el resto no pierda la práctica. A esos se les llama «recolectores».

Nadya sintió una corriente fría recorrerle la espalda. Estar en Cabo Viejo y en los otros portales era una excelente forma de protegerse de la Legión y evitar una masacre. Pero ¿estar cien años encerrados, sin sentir la luz del sol? ¿Sin tocar la hoja de un árbol o la cobertura rugosa de sus frutos recién caídos? ¿Sin experimentar cómo el agua de un río te eriza la piel? Los galdurianos eran auténticos prisioneros de un sistema que se habían visto obligados a adoptar.

—A pesar de las advertencias —añadió Dercan—, muchos otros, especialmente los galdurianos más jóvenes que nacieron en estos portales, se escapan.

La imagen de Kal y Levy pasó frente a los ojos de Nadya. Recién empezaba a entender por qué corrían el riesgo de visitar Melliedor.

—Algunos regresan sintiéndose mucho más vivos y animosos por la luz. Mientras que otros… —La mirada de Dercan se perdió en un punto indefinido en el suelo y su semblante se ensombreció— no lo hacen jamás.

Dercan hizo que el caballo diera la vuelta por una esquina.

—Aunque son obstinados y podrían ponernos a todos en grave

peligro, una parte de mí los entiende —el tono de Dercan se volvió mucho más cortante y serio—. No estamos hechos para vivir dentro de estos portales. Deberíamos ser libres y vagar por Melliedor a nuestro antojo, como en los viejos tiempos.

—Pero… —Nadya frunció el ceño—. Si la Orden tomara noticia de que están en esas tierras, si algún humano los delatara… La Legión… Ellos se encargarían de eliminarlos, ¿no es así?

Nadya escuchó a Dercan gruñir:

—Es cierto —musitó con frialdad—, la tarea de salir se vuelve difícil cuando tienes a dos bandos enemigos; uno, el de la Orden de Défer y su ejército que quiere destruirte; y el otro, el de los humanos, que no perdería un segundo en delatarte por su propio bien. Estamos en una posición bastante desventajosa, ¿no crees? —preguntó con ironía.

Nadya asintió.

—Lamentablemente, algunos no lo ven así. —Las manos de Dercan se tensaron sobre las riendas, sus huesos se trazaron a la perfección—. Existen galdurianos, especialmente en los altos mandos de Cabo Viejo, que todavía piensan que los humanos son criaturas débiles a las cuales debemos una especie de lealtad y protección, una que ellos jamás nos han demostrado desde que la Orden se rebeló contra Odenisio. Ese grupo haría lo que fuera, incluso ir contra los de su misma especie, con tal de apoyar a quienes se han vuelto indefendibles por su traición hacia Galduria. Eso, pequeña, en mi opinión, no tiene ni pies ni cabeza.

El caballo detuvo su paso frente a una casa con ventanas

distribuidas por una pared de suave color crema. Colgando junto a la puerta de entrada ardía una antorcha de fuego púrpura.

Dercan bajó de su asiento y le dio unas palmadas a su caballo. Nadya miraba embobada las llamas.

—El fuego de los humanos es anaranjado. El que representa a Galduria, encendido por miembros de nuestra especie, es púrpura.

La joven lo siguió con la mirada, mientras Dercan tomaba un gran cofre que estaba junto a ella y guardaba algunos frascos en su interior.

—Hace mucho tiempo, los humanos, con ayuda de galdurianos, prendían antorchas como estas en sus puertas en señal de amistad; hoy, cualquier manifestación de este tipo sería considerada como un fiel reflejo de deslealtad a la Orden. Jamás verás algo así en Melliedor.

Nadya se enfocó en Dercan, en cuya mirada se reflejaban las llamas y sus vivos movimientos. Sus labios formaron una sonrisa ladeada, la que arrugó su mejilla derecha.

—Perdona, Nadya, encontrarte me ha puesto reflexivo —afirmó él negando con la cabeza—. Ven, ya llegamos.

—¿Necesitas ayuda?

—Me sirve si cargas alguno de estos cofres. Quizás el más liviano que encuentres.

Nadya bajó de la carreta y obedeció. Dercan sacó del bolsillo de su túnica una llave y abrió la puerta, la que cedió con un chirrido.

La casa no era muy amplia. La entrada estaba formada por un corto y oscuro pasillo, el que daba paso a una sala cuyos muebles se

escondían en una penetrante oscuridad. A la derecha, una recta escalera de madera llegaba a un segundo piso.

—Arriba, en la primera habitación, encontrarás un armario con ropa limpia —indicó Dercan. La chica se miró las mangas y los pantalones, todavía manchados con barro—. Se las presto a los enfermos que vienen a visitarme, pero ya están lavadas.

Dercan dejó caer el cofre en la entrada y chocó sus manos para quitarles el polvo.

—Los utensilios que necesito están en el invernadero —continuó, haciendo una señal con el pulgar detrás de su espalda—. Te esperaré ahí para hacer la sutura.

—Gracias otra vez, Dercan —contestó Nadya, ubicando parte de su cabello detrás de su oreja.

—No tienes que decirlo todo el tiempo, pequeña —respondió entre risas, poco antes de voltearse para salir en busca del resto de los frascos.

Nadya comenzó a subir sujetándose de la barandilla y abrió lentamente la primera puerta. Se encontró con una habitación en la que había una cama individual de sábanas blancas y un gran armario de madera. Un espejo colgado en una de las paredes aledañas le permitió ver su horrible aspecto. Su cabello castaño caía desordenado por sus hombros. La blusa estaba embarrada y sus pantalones tenían algunos hoyos cerca de los tobillos.

Sacó del armario un mono color celeste que le llegaba un poco más abajo de las rodillas y en uno de los cajones encontró un cinturón marrón, con el que rodeó su cintura para ajustar la tela. Aprovechó

también de quitarse los zapatos húmedos y cambiarlos por unos botines de cuero café, los que amarró desde sus talones hasta cubrir la mitad de su pantorrilla.

Una vez vestida, sus ojos se encontraron con el medallón que colgaba de su cuello. Cuando su brazo ya estuviera curado, le preguntaría a Dercan sobre este misterioso pueblo extinto y le hablaría sobre lo que había ocurrido con Kal y su galdur.

Una sonrisa se extendió por su rostro.

Las sentía cerca. Las respuestas sobre su pasado y su identidad.

Mientras se daba vuelta, observó que, sobre la pared, colgaban tres pequeños cuadros. En el de más a la derecha reconoció pintado un pequeño pueblo en medio de un valle. En el siguiente había un hombre de barba, al que Nadya identificó como Dercan, sentado mirando un punto indefinido. El último, colgando en la esquina de la pared, era un retrato de una joven de ojos color celeste. Apoyaba la barbilla en su mano, mientras su cabello oscuro le caía por los hombros. Entre sus labios se ocultaba una sonrisa que arrugaba parte de su mejilla.

—¿Está todo en orden allá arriba? —escuchó a Dercan gritar desde el primer piso.

—Sí, estoy lista —pronunció Nadya, alejándose del retrato, pero sin quitarle los ojos de encima.

Cruzó por la oscura sala, donde logró distinguir tres sillas ubicadas frente a una chimenea apagada, rodeada de estanterías llenas de libros, y avanzó hasta una puerta de vidrio. Apretó la manilla y presionó con cuidado.

Se encontró con una larga habitación mucho más iluminada que el resto de la casa gracias a su tejado de cristal. Prácticamente todo el suelo estaba cubierto de plantas de distintas tonalidades y formas. Grandes enredaderas de hojas con puntos anaranjados se balanceaban en el aire. Desde matorrales de ramas puntiagudas caían frutos rojos que habían manchado parte del piso con delgadas líneas de la misma tonalidad. Arbustos rectos, bordeados por alargadas flores amarillas, y helechos de aspecto triste ocupaban el suelo a su lado.

Nadya buscó a Dercan con la mirada sintiendo el aire cada vez más húmedo y pesado.

Se adentró por un pasillo rodeado de extrañas plantas de tallo grueso, por donde se asomaban y escondían pequeñas púas color azul. Cuando llegó al final, pasó la punta de sus dedos por el tronco de una larga palmera cuyas hojas amarillas tocaban el techo, y se detuvo a oler una flor de tono rosado pálido que llamó su atención.

Fue un sonido lo que la hizo detenerse. Era rítmico. Armonioso.

Alguien tarareaba una canción en el pasillo paralelo al que recorría.

Logró ver a Dercan, quien exprimía el contenido de una hoja en un frasco.

—Ojalá viviera para ver el final… Ojalá viviera para verlos nuevamente… Soñar… Galduria vive… Galduria viva en paz.

Cuando terminó de cantar, Dercan se dio la vuelta con una sonrisa escondida en su barba. Nadya lo miró con atención.

—Pequeña. —La mirada de Dercan se tornó sombría y su tono

mucho más frío—. ¿Ya te conté por qué los terestenos solemos ser curanderos?

—Las sanauras… —balbuceó Nadya—, ellas se extinguieron.

—Sí, sí, muy bien —la interrumpió Dercan, mientras giraba sobre su mano el frasco que ahora contenía un líquido amarillento—. Veo que estuviste atenta. —Se detuvo y fijó los ojos en ella—. Tienes razón.

Dercan hizo una pausa mientras ubicaba el envase en medio de otros del mismo tamaño, formando una pirámide perfecta. Nadya sintió que un escalofrío le recorría la espalda.

—Cuando las sanauras se extinguieron —continuó Dercan, apoyando ambas manos en la mesa—, los testarudos enfermos, muchas veces incapacitados para explicar sus dolencias, se vieron en una situación bastante compleja. Entonces —Alzó el rostro de golpe — la Gran Corte decidió que los hábiles terestenos, sobrevivientes del exterminio mandatado por la Orden, suplieran su labor.

Nadya escuchó que Dercan reía entre dientes. No se atrevió a interrumpirlo.

—La decisión fue bien fundada. Nosotros tenemos un galdur muy especial, que nos permite realizar un diagnóstico del afectado. Con la ayuda de pociones hechas a base de plantas y otros elementos naturales, podemos leer con facilidad a las personas: sus deseos, temores, pensamientos, incluso… sus secretos.

Nadya frunció el ceño. El semblante de Dercan había cambiado. Su rostro estaba contraído y su barba lucía crispada.

—No es porque sea lo mío —prosiguió, mientras se movía

alrededor de ella, hasta alcanzar la puerta del invernadero—, pero me parece que este galdur es de lo más esencial, sobre todo en situaciones como esta: cuando aparece una humana, a simple vista inocente, pero que oculta algunos importantes detalles sobre su verdadera condición.

Mientras en el rostro de Dercan se dibujaba una sádica sonrisa, Nadya miró de reojo la otra punta del invernadero en busca de una salida. Sin embargo, una fila de helechos colgados en maceteros le impedía ver más allá. El calor y la humedad comenzaron a ofuscarla.

—Una humana que porta en su bolsillo un medallón de la antigua alianza humano-galduriana; que es escoltada por dos jóvenes que, probablemente, pretendían presentarte a ti y a ese objeto como un místico mensaje de que todavía hay esperanza para la amistad de ambos pueblos. Que no hemos de considerarlos como enemigos y destruirlos cuando estalle la nueva revolución.

Dercan hizo una pausa, momento que Nadya quiso aprovechar para correr. Antes de que se alejara, el galduriano estiró el brazo y la afirmó con fuerza. Nadya profirió un alarido.

—Qué mala suerte que hayas confiado precisamente en este teresteno, defensor de que un testimonio como aquel no es digno de ser conocido en Cabo Viejo… ni en ninguna parte.

Mientras Dercan le aferraba la muñeca y sus ojos brillaban con un tenue tono rojizo, Nadya escuchó cómo la puerta de cristal se cerraba de un golpe. Estaba atrapada.

—No tienes idea del lío en el que te has metido —aseveró mientras la soltaba con desdén, provocando que Nadya resbalara sobre unos

maceteros vacíos.

Dercan golpeó sus manos una con la otra e hizo una mueca que arrugó parte de su rostro cargado de furia.

—Ahora, niña, ahorra el espectáculo y entrégame el medallón de los Caídos.

CAPÍTULO OCHO



La intención de Dercan de suturar su herida y la promesa de regresarla junto al río había sido un engaño, una farsa. Y Nadya solo podía culparse a sí misma por no haber escuchado las advertencias de Kal y Levy sobre su presencia en este lugar.

Luego de entregarle el medallón a Dercan, la chica sintió una fuerte presión en el pecho. Sin aquel objeto desaparecía su única pertenencia, el punto de conexión que tenía con su pasado y su identidad.

Mientras él alzaba el medallón y lo examinaba a la luz de los ventanales del invernadero, Nadya procuró no dejar caer sus lágrimas. No podía quebrarse frente al galduriano y darle más razones para continuar burlándose de ella, tal como lo había hecho hasta entonces.

—Yo… —su labio inferior temblaba—. No tengo nada que ver con esto. El medallón es solo una reliquia familiar —manifestó,

rememorando las palabras que Levy había empleado con Kal.

Cuando Dercan la examinó con detenimiento, haciendo rebotar el medallón entre sus dedos, ella no pudo evitar soltar un grito.

—¡Te prometo que lo guardaré y me iré cuanto antes! —soltó Nadya en tono agonizante—. ¡Nadie sabrá que lo tengo!

Dercan comenzó a reír a carcajadas.

—¿No lo entiendes? —preguntó el galduriano, aún entre risas.

De golpe, Dercan alzó el medallón. Nadya se quedó en silencio, observando cómo el círculo de cobre giraba en el aire, dejando a la vista la imagen del roble ardiendo en llamas y las inscripciones.

—Dercan —murmuró Nadya con la voz quebrada—. Puedo explicarlo, yo nunca he querido…

Pero él continuó hablando, sin escucharla:

—Este maldito símbolo es una amenaza para quienes queremos borrar todo rastro de la supuesta unión entre humanos y galdurianos.

Ella sintió su pecho arder con impotencia. Agachó el rostro, incapaz de seguir observando el medallón.

—Tú y tus amigos se transformaron en un problema desde que tomaron conocimiento de él y pretendieron traerlo a Cabo Viejo.

Dercan hizo una pausa. En su rostro se dibujó una sonrisa ladeada.

—Así que un fornatos y un tempestario… —musitó. Al ver que Nadya volvía a mirarlo, reconociendo el clan al que Levy y Kal pertenecían, Dercan alzó una de sus cejas con cierto dramatismo—. Creo saber quiénes son.

Nadya sintió que sus manos se humedecían y que una gota de

sudor se deslizaba por su barbilla. Sin duda Dercan había sido capaz de ver a ambos jóvenes galdurianos en su mente. ¿Hasta dónde llegaban sus habilidades como teresteno? Sacudió la cabeza, consternada.

—Ellos no tienen nada que ver —expresó Nadya, respirando agitada.

Dercan rodó los ojos. Sin prestarle mayor atención mantuvo el medallón girando entre sus dedos y quitó la tapa de uno de los frascos a su lado. Sin más, dejó caer sobre el medallón el líquido espeso y grisáceo que guardaba en el recipiente, provocando que la parte central de este se derritiera y se quebrara a la mitad.

—¡No! —gritó Nadya, incapaz de contener las lágrimas.

Pero ya era demasiado tarde. Humo gris emanaba del medallón, el que ahora estaba partido en dos piezas que Dercan alzó ante los brillosos ojos de la joven, quien se había quedado paralizada.

—Bien —afirmó Dercan—. Esta baratija ya no sirve de nada. Pero tú… —Le sonrió. Nadya sintió que se encogía cada vez más—. Tú eres la pieza que me falta para lograr un acuerdo en la Gran Corte.

La agarró de las manos con tanta fuerza, que la chica sintió cómo sus uñas se le clavaban en la piel.

—La revolución será real, Nadya. ¡Al fin será real!

Dercan se dirigió a una esquina del invernadero y abrió desde el suelo dos grandes puertas, de cuya existencia la chica no se había percatado. La tomó del brazo, y antes de que Nadya empezara a forcejear, sujetó con la otra mano el frasco del líquido gris con el que había derretido parte del medallón.

—Después de lo que viste que puede hacer con el metal, no creo que quieras saber cómo se siente en la piel, ¿o sí?

Nadya cerró los ojos, segura de que en cualquier momento dejaría escapar el contenido del recipiente contra ella. Sin embargo, el curandero tenía otros planes. La empujó hacia las escaleras del subterráneo del invernadero.

—Mañana será un gran día, Nadya, así que te recomiendo que descanses y reúnas fuerzas. —Se detuvo y levantó los brazos, victorioso—. Iremos a la Gran Corte. Este es el final de tu aventura. —Sus ojos brillaron con un tono rojizo al pronunciar estas últimas palabras.

Dercan le lanzó los dos trozos del medallón y cerró las puertas con un golpe. Todo el invernadero tembló y Nadya fue invadida por la oscuridad que solo se quebraba por el tenue rayo de luz que se colaba por una ventanilla en altura.

Tan pronto sus ojos se acostumbraron a su nuevo entorno, se lanzó a buscar lo que quedaba del medallón. Tras palpar el suelo en repetidas oportunidades, encontró ambas piezas y las aferró entre sus dedos, mientras las lágrimas caían por sus mejillas.

Se desplomó en el suelo, rendida, mientras intentaba unirlas una y otra vez, sin éxito. Los ecos de sus sollozos golpeaban las paredes de la habitación y la culpa comenzó a crecer en su interior como un tejido frío y abrumador.

¿Cómo había sido tan ingenua? ¿Cómo se había dejado engañar con tanta facilidad? Se reprochó por todo, incluso por haberse involucrado con aquel galduriano de cabello cobrizo y de extraño

manejo temporal. Si ella no hubiese pronunciado su nombre, él se habría marchado con todas sus palabras y explicaciones sobre los galeanos, la Limpieza y Cabo Viejo. Ella habría quedado sola, pero no se habría expuesto a perder el medallón. ¿Por qué lo había hecho? ¿Qué la había llevado a decir su nombre cuando lo vio? La respuesta no estaba en su mente, al igual que su pasado. Dolida, arrojó tan lejos como pudo los trozos de cobre.

Estarás bien.
Estarás con Kalleghar.

Una voz resonó en su cabeza, la misma que había escuchado mientras corría en el bosque. Se tapó los oídos y cerró los ojos, sintiendo que su cuerpo era demasiado pesado.

Estarás bien.

—¿Quién eres? —vociferó Nadya, confundida—. ¡Déjame en paz!

Se sentó y apoyó su espalda en la pared de roca, rodeando sus piernas con los brazos.

—¡Psst!

Nadya se sacudió.

—¿Estás bien?

Cerró los ojos, esperando que eso sirviera de señal para que la voz alojada en su cabeza no continuara hablándole.

—Oye, ¿estás bien?

Pero el sonido era demasiado real. Era como si alguien estuviera realmente detrás suyo.

Nadya pestañeó varias veces y observó a su alrededor. Notó que la

oscuridad se había hecho más intensa, ya que una sombra ocupaba ahora un lugar frente a la única ventanilla.

—¿Hola? —preguntó Nadya con desconfianza, acercándose hacia la luz.

Como la ventanilla estaba muy alta, comenzó a empujar sigilosamente una vieja cama de madera. Lo que menos quería era que Dercan la escuchara y que regresara allí con sus amenazas. Un chirrido la hizo detenerse enseguida. Al cerciorarse de que no podía oír pasos acercándose al subterráneo, continuó con el movimiento hasta que la cama quedó justo bajo la luz.

Se paró sobre la estructura en puntillas para alcanzar a mirar por el hueco de la pared. Su vista chocó con tres barrotes de metal oxidado, tras los cuales se extendía un terreno barroso, iluminado por el tenue sol que iluminaba Cabo Viejo, y el comienzo de una casa.

—¿Kal? —preguntó Nadya instintivamente—. Kal, ¿eres tú?

De pronto, sus ojos se encontraron con un rostro del otro lado de los barrotes colgando al revés. Nadya dio un respingo y se echó hacia atrás, asustada.

—¡Hola! —pronunció una voz chillona.

Mientras Nadya apoyaba ambos pies sobre la cama, la chica de afuera se dio la vuelta para quedar en el sentido correcto.

Tenía ojos claros como el cielo, nariz pequeña y respingada y el rostro pecoso. Lo que más le llamó la atención era la gran melena de cabello rojo que cubría prácticamente toda su cara, rodeada por un cintillo junto al cual caían algunos desordenados mechones de pelo.

—¿Qué tienes? —preguntó la chica pelirroja—. ¿Un virus

poderoso, vómitos o fiebre altísima? —Sus palabras fueron emitidas con tal rapidez que Nadya solo logró captar algunas sílabas—. ¿Es contagioso?

—¿Qué?

—Los más enfermos vienen a la sala de aislamiento de Dercan, el curandero —le explicó la chica del otro lado—. Así que… ¿tú por qué estás aquí?

Nadya resopló y se dejó caer sobre la cama, haciendo caso omiso a la pregunta. Estiró sus piernas y echó hacia atrás la cabeza con los ojos cerrados, pasó su mano por sus mejillas para limpiar el rastro de las lágrimas.

—¿Y bien? —reiteró la voz en la ventanilla.

Nadya suspiró.

—No estoy enferma —respondió con desgano—. Ni yo sé exactamente por qué estoy aquí.

La chica tras los barrotes tardó en volver a hablar.

—Me llamo Liuna. Soy una teresteno del sur de Cabo Viejo. Aunque déjame decirte que no estoy ni cerca de manejar este galdur. Es demasiado complejo. —Se detuvo para respirar apenas un segundo, y prosiguió—: Mi padre dice que aprenderé cuando estudie lo suficiente.

Nadya, sin poner demasiada atención, se paró y recogió los trozos del medallón, fijándose en los daños provocados por Dercan.

Lo que antes había sido un solo círculo, constituía ahora dos trozos irregulares. Sus bordes, donde el líquido había sido vertido, estaban completamente chamuscados, de modo que la mayor parte del roble

y las inscripciones ya no se podían distinguir con claridad.

—Lo acepto —afirmó Liuna, con un dramático suspiro—. No soy muy buena para leer sobre el galdur. Pero sí me encanta ir afuera y practicar los usos que puedo darle. Aprender sobre la marcha. Así que… una de las cosas que hago es venir aquí, al subterráneo de mi vecino, a escuchar a los enfermos e intentar descifrar el problema que los ataca. —Rio despacio—. Y no eres la primera que dice esa frase, así que supongo que es un buen comienzo.

Liuna cambió de pose y apoyó el rostro sobre sus manos, manteniendo sus codos junto a los barrotes de metal. Intentó mirar hacia abajo, donde solo se encontró con la parte superior de la cabeza de Nadya.

—Se me olvidó preguntarte tu nombre. Perdona, a veces me dicen que hablo demasiado —al no obtener una respuesta inmediata, Liuna formuló una nueva pregunta—. ¿Sigues ahí?

—Soy Nadya y yo… —balbuceó, sintiendo que el pecho se le apretaba—. Yo no sé quién soy.

—Eso sí no lo había escuchado nunca —mencionó Liuna desde arriba—. ¿Te digo cómo lo supe yo?

—¿Supiste qué? —preguntó Nadya en un tono cortante.

Liuna rio de manera melodiosa.

—Pues, que era una galduriana del clan de los terestenos, claro —expresó, alzando los hombros con gracia—. Bueno, se me hizo relativamente fácil porque vengo de una familia que desde hace varias generaciones son terestenos, salvo por mi madre, una saliber. ¡Agh! ¡Cuánto me gustaría que tuviera otro galdur! Además de

rápida para moverse, es acelerada en todo sentido. ¡Siempre quiere estar haciendo algo o se aburre! Y cree que yo tengo la energía suficiente para acompañarla en cada una de sus actividades.

Nadya puso los ojos en blanco.

—En fin —continuó Liuna, como si hubiese intuido su gesto—, intentaré no desviarme.

Entonces se detuvo y su voz se volvió mucho más seria

—Mi padre me contó que el galdur está dormido dentro de nosotros y se manifiesta a temprana edad de distintos modos: a veces lo hace a través de nuestra personalidad, los impulsos más básicos, o incluso como una voz que, dentro de la mente, nos guía para que lo dejemos salir. Todo eso es tan imperceptible que, para identificarlo, es importante conocerse a uno mismo.

Nadya giró el rostro y miró hacia la ventanilla. ¿Una voz, había dicho? ¿Podía ser que eso que escuchaba fuese el galdur? ¿Acaso le había estado hablando todo este tiempo? No podía ser. Tal como Kal había dicho, ella era humana. Sus ojos y olor así lo confirmaban.

—Así que, mientras más conocimiento tienes sobre ti misma, más fácil es distinguir cuál es tu galdur —prosiguió Liuna—. Y eso no solo implica conocer tu personalidad, sino también tus orígenes, tu pasado y tu forma de comportarte en el mundo. Saber quién eres en realidad es la clave para dejar salir todo tu potencial.

Liuna hizo una pausa y recuperó una tonalidad más animada:

—Luego de la primera manifestación de tus habilidades, basta con estudio y práctica para aprender a manipular el galdur y lo que significa.

Nadya pensó en el momento en que Kal había hecho girar su báculo y ralentizado todo a su alrededor. Él la había mirado con sorpresa al advertir que se movía con naturalidad. Y aún más cuando se dio cuenta de que, durante la noche, no lo había olvidado y que portaba un objeto con un antiguo símbolo de un pueblo extinto.

Kal había dicho que tenía una conexión con los Caídos, los galeanos, ¿pero, era acaso solamente eso?

—Bueno, bueno, después de lo que parece una lección del uso del galdur, voy a contarte mi experiencia, quizás te sirva de algo —Liuna prolongó su charla, a pesar de que su voz se había vuelto demasiado lejana a oídos de Nadya—. Soy una chica pacífica, ¿sí? Sin embargo, un día mi hermana me hizo explotar de rabia. Estaba enfadada por los constantes berrinches que hacía cada vez que me acercaba. Entonces, en un acto impulsivo, preparé una pócima con algunos líquidos que mi padre guarda en la cocina —La joven cambió su tono de voz a uno mucho más grave y sombrío—. Se la di, quizás con la esperanza de que ello detuviera sus llantos o que incluso… acabara con su vida.

Liuna sonrió con complicidad y bajó la voz al continuar:

—Tranquila —mencionó—, ni ahora ni antes sabía crear una pócima asesina, ni nada por el estilo.

Pero la cabeza de Nadya estaba en otra parte: en el momento en que Kal la había seguido hasta el tronco sobre el río, asegurándole que él sabía lo que ella era y que la ayudaría a encontrar respuestas sobre su pasado.

—Cuando mi hermana la tragó sin problemas, toqué su brazo rechoncho y por mi mente empezaron a cruzar borrosas imágenes. —Liuna asomó su rostro por los barrotes con gran emoción—. Logré ver una despeinada bola de color rojo acercándose, que la exaltaba. Me costó todo ese día deducir que aquella bola era yo con mi maraña de cabello.

Liuna hizo una pausa y Nadya sacudió la cabeza, aturdida por la claridad con la que veía todo ahora. Mientras tanto, la voz de la pelirroja resonó con mayor intensidad en el subterráneo:

—Yo le daba miedo, Nadya, y había logrado leer su mente gracias a mi galdur. ¿¡Puedes creerlo!? —Sus ojos brillaron en la oscuridad, con un tono rojizo—. Por eso llevo un cintillo que despeja mi rostro y mi hermana hace menos berrinches cuando me ve. Hubo toda una celebración en casa cuando anuncié que era parte del linaje de los terestenos de la familia.

Nadya miró otra vez lo que quedaba del medallón y unió a la altura de su mirada ambas partes, en la cara donde estaba tallado el roble ardiendo. Kal había intuido cuál era su verdadera naturaleza desde el momento en que la vio sostener aquel objeto ante sus ojos, y ella había sido muy torpe al no comprender que solo la estaba protegiendo al no decírselo.

Nadya se paró rápidamente y puso su rostro frente a la ventanilla, aferrándose a los barrotes. Aquella visión tomó por sorpresa a Liuna, quien parpadeó varias veces.

—Liuna, necesito que me ayudes a reconstruir mi pasado —soltó Nadya, sintiendo que el corazón le latía desbocado—. Hay alguien

aquí, en Cabo Viejo que podría… —Se detuvo para ordenar su mente.

Antes de continuar, notó que Liuna olisqueaba el aire y entrecerraba los ojos. Luego, se fijó en ella con mayor detenimiento y la analizó de arriba abajo, con el ceño fruncido.

—Ah, pero es imposible. —Aunque Liuna no se alejó mientras hablaba, Nadya percibió que su voz se volvía más distante—. Eres humana. —Hizo una pausa—. Vaya, nunca había visto a alguien como tú. Yo estaba tan concentrada hablando que no me di cuenta.

Liuna agachó la cabeza y se golpeó la frente con una de sus manos.

—Qué tonta soy, mi padre estaría decepcionado, sobre todo después de tantas lecciones sobre su olor a leña quemada.

Cuando Liuna soltó los barrotes y puso ambas manos sobre su regazo, Nadya pensó que se alejaría. Sin embargo, luego de unos instantes, la chica se acercó nuevamente a la ventanilla, ladeando el rostro.

—¿Qué haces en casa de Dercan? —inquirió, entrecerrando sus delgadas cejas rojas—. ¿Sabe que estás escondida aquí?

—Él fue quien me trajo y me encerró —contestó Nadya con seriedad. Liuna abrió sus ojos claros como platos—. Me engañó para que lo siguiera y ahora pretende llevarme a un lugar, a la Gran Corte.

—Mi padre es uno de los miembros de la Gran Corte de Cabo Viejo —mencionó Liuna con orgullo, para luego negar con la cabeza—, pero juraría en nombre del sol que nunca haría traer a una humana a este lugar, menos en estas condiciones. Él cree en la amistad de

nuestras especies, que aún podemos volver a los tiempos en que reinaba la paz.

Liuna miró de un lado a otro y se afirmó a los barrotes con ambas manos, acercándose a Nadya lo más posible para que nadie más la oyera:

—Si es cierto lo que dices, si Dercan va a llevarte a la Gran Corte… eso solo podría significar que se propone generar un gran revuelo —murmuró—. Con los ánimos tan caldeados en Cabo Viejo y el resto de los portales, una amenaza así, la presencia de un humano entre nosotros reanimaría a aquellos que hace tiempo buscan un pretexto para hacerles la guerra y recuperar Melliedor.

En la cabeza de Nadya resonaba la voz de Levy, advirtiendo a Kal sobre el riesgo de llevarla a ese lugar.

—Lo sé, ahora lo entiendo —pronunció Nadya, asintiendo—. Pero, creo que hay algo que podría dar un vuelco a sus planes.

Nadya pasó su mano por el barrote y le enseñó los trozos de medallón por el lado tallado con el roble ardiendo en llamas.

—¿Sabes lo que es esto?

Liuna se acercó lentamente al objeto y asintió.

—Es un símbolo representativo de un tipo de seres muy distintos a los humanos y galdurianos. Alguna vez mi padre me habló de ellos como la especie que unía a estos dos bandos —explicó Liuna con escepticismo.

—Galeanos —precisó Nadya, recordando cómo Kal los había identificado.

—Sí, sí —afirmó Liuna—, también conocidos como los Caídos. —

La chica se detuvo de golpe—. Pero ahora son solo una leyenda, Nadya.

Sus ojos cristalinos se encontraron con la profunda y oscura mirada de la joven encerrada.

—Hace cien años, la Orden de Défer acabó con todos. No hay nadie que esté vivo para dar fe de la existencia de estos seres.

—También lo creía así otro galduriano a quien conocí mientras estaba en el exterior. —Nadya procedió con cautela, procurando explicar lo que había descifrado de la forma más clara posible—. A pesar de mi humanidad, me fue posible interactuar con su galdur y este símbolo colgando en mi cuello confirmó que sus sospechas podrían ser ciertas… que yo no soy una humana común, sino que estoy conectada con este antiguo pueblo.

Liuna la miró con extrañeza. Otra vez olisqueó el aire y se enfocó en sus ojos oscuros.

—Ahora, al oírte hablar sobre la forma en que el galdur se manifiesta, entiendo que podría estar queriendo salir de mí —continuó Nadya—. Escucho una voz en mi interior, Liuna. —Le dedicó una sonrisa—. Así como tú una vez sentiste un impulso de callar a tu hermana, a mí me acecha una voz que hace tiempo quiere decirme algo.

Un espacio de silencio se abrió entre ellas. En la cabeza de Liuna se dibujaba la lección que su padre le había dado sobre las especies de Melliedor. Los galeanos estaban extintos, así le había dicho cuando ella le preguntó acerca del símbolo trazado en las páginas de un viejo pergamino. «Ah, pero si no lo estuvieran…», en el rostro de su

padre se había formado una sonrisa.

—Es imposible que sea tu caso —afirmó Liuna—. Son solo una leyenda —reiteró.

La seguridad con la que Liuna se había expresado hizo que los hombros de Nadya se tensaran y su respiración se volviera más acelerada. ¿Y si su conjetura no era más que eso? No tenía memoria, no sabía nada más acerca de Melliedor y sus habitantes que lo que Kal le había contado. Liuna, por su parte, era una galduriana que había vivido en ese lugar toda su vida. ¿Podía acaso contradecirla?

Pese a que la lógica estaba en su contra, algo en su espíritu le decía que tenía que continuar, que no podía detenerse ahora.

—¿Y si no fuera así? —preguntó Nadya—. ¿Y si los galeanos ya no fueran solo una leyenda?

Liuna la miró en silencio, mientras en su mente se formaba el resto de la conversación que había tenido con su padre, tiempo atrás: «¿Qué pasaría si no lo estuvieran, padre, si todavía existiesen?». Él había comenzado a trazar con sus dedos el bosquejo del roble ardiendo en llamas y respondió, con la mirada fija en su hija mayor: «Quizás habría una oportunidad para que volviéramos a ser libres».

—Mira —la voz de Nadya regresó a Liuna al presente—, lo mejor sería comprobarlo con un galduriano que sepa leer estas inscripciones y darme respuestas sobre mi pasado, del que no tengo recuerdos.

Nadya volteó los trozos de medallón y los ojos de Liuna se posaron en las pocas letras legibles, representativas de un dialecto perdido en el tiempo.

—¿Has escuchado hablar de Ramil?

—Sí, sí —balbuceó Liuna, sacudiendo la cabeza—. Es un galduriano cercano a mi familia. También forma parte de la Gran Corte.

—¿Crees que puedes llevarme con él? O ¿traerlo aquí?

Su esperanza no tardó en opacarse. Liuna negaba con la cabeza.

—Yo, al igual que tú, soy solo una niña, Nadya. Esto es mucho más grande de lo que crees.

—Entonces… —comenzó Nadya, recordando sus dichos— podrías hablar con tu padre y contarle lo que te he mencionado —sugirió—. Si cree en la amistad entre nuestras especies, si cree que todavía hay esperanza debería darme una oportunidad.

—Supongo que puedo hacer eso —respondió Liuna, todavía dudosa—. Pero no sé, Nadya… ¿Quién va a creer una locura así?

Liuna tomó un puñado de tierra y pensó en la cantidad de veces que había escuchado historias sobre los paisajes de Melliedor. Las grandes e interminables llanuras de diversos colores. Los ríos cargados de agua, tanta que era imposible saber cuántas vasijas podrían llenarse con ella. El cielo azul despejado con el sol vibrante en el centro y las noches completamente estrelladas, sin la densa neblina que había cubierto su mirada durante toda su vida.

Si, como su padre le había dicho, los galeanos eran la llave a la libertad y un punto de unión entre ellos y los humanos, entonces no perdía nada con mencionarle su descubrimiento.

Ambas escucharon el crujido de unas escaleras y un par de pisadas. Nadya sintió sus piernas temblar mientras volvían a ella las

imágenes de la fría mirada de Dercan vertiendo sobre el medallón el líquido que lo había destrozado. Liuna miró de un lado a otro.

—Haré lo que me dices y hablaré con él —aseveró de golpe—, solo porque creo que mi padre haría cualquier cosa con tal de traer a nuestro pueblo aires de esperanza, especialmente después de lo mucho que Galduria ha sufrido. —Liuna suspiró y se alejó de los barrotes—. Pero no puedo asegurarte nada.

—Gracias, Liuna, gracias —dijo Nadya, asintiendo con la cabeza, agarrada de los barrotes—. Solo te pido una posibilidad de ver a Ramil.

Los pasos se escucharon mucho más cercanos. Liuna volvió su mirada hacia la derecha rápidamente antes de responder:

—Debo irme. Dercan podría oírnos —susurró volteándose hacia Nadya—. Te deseo suerte mañana, Nadya. Y si tu historia fuera cierta —dijo con una sonrisa—, esto cambiaría el destino de Melliedor.

Cuando escuchó los pasos de Liuna alejándose, Nadya apoyó la espalda contra la pared y se sentó sobre la cama. Guardó los trozos del medallón en su bolsillo delantero y apoyó el rostro en sus manos.

Si Liuna tenía éxito, si lo que decía sobre su padre y su deseo de restaurar la paz era tan profundo, entonces Nadya tenía una verdadera oportunidad de salir de ese tétrico lugar y estar a salvo.

Una sensación de alivio se extendió por su cuerpo, al tiempo que su respiración se tornaba mucho más pausada. Lentamente, apoyó la cabeza en una descolorida tela y soltó un largo suspiro. Sus ojos comenzaron a cerrarse.

No todo estaba perdido. Todavía había gente dispuesta a ayudarla, entre ellos, un galduriano que, si todo salía bien, le diría quién era ella en realidad.

CAPÍTULO NUEVE



A la mañana siguiente, Nadya se despertó y emitió un grito ahogado. La oscuridad en que estaba sumida la hizo pensar, por unos instantes, que estaba en la solitaria cueva otra vez. Recordó entonces el recorrido con Dercan, el cuadro de la joven de ojos claros, su conversación con Liuna y el líquido espeso cayendo por el medallón a medio derretir. Palpó su bolsillo y comprobó que los trozos todavía estaban ahí.

Un estruendoso golpe a las puertas del subterráneo hizo que su corazón diera un vuelco. Cuando se abrieron Nadya se cubrió los ojos con el brazo.

—Nos vamos —exclamó Dercan, manteniéndose de pie junto a la salida.

Nadya se levantó y subió por las escaleras, sintiendo otra vez como el pesado aire del invernadero la ofuscaba. Una vez arriba, Dercan aferró la parte trasera de su blusa y la obligó a extender las

manos para amarrarlas con una cuerda. El cuidado con el que había sanado su herida el día anterior había quedado atrás.

—No intentes hacer nada raro o lo último que verás será la neblina de Cabo Viejo —la amenazó en tono cortante, mientras la guiaba hacia el exterior de la casa.

Nadya lo siguió, temerosa, y subió a la carreta con la mínima esperanza de que la conversación con Liuna rindiera frutos en cualquier momento.

Fue entonces cuando advirtió que un grupo de galdurianos la observaba con cautela desde la otra esquina del pasaje. No podía ver sus rostros, pero distinguía que susurraban entre sí.

—Es ella —alcanzó a escuchar, mientras el caballo partía el trote colina arriba.

Una seguidilla de puertas se abrieron entre chirridos y golpes. Más galdurianos comenzaron a salir de sus casas para mirar lo que ocurría.

—Es la humana —escuchó que una alta mujer le comentaba a su hijo, a quien mantenía entre sus brazos. Lo apretó con más fuerza cuando la carretilla pasó cerca.

—Nunca había visto una —musitó un joven ladeando el rostro hacia una chica que estaba boquiabierta.

—¿Qué crees que pretendía? —le dijo un galduriano de brazos grandes y morenos a otro mucho más viejo que se limitó a negar con la cabeza.

Nadya se echó hacia lo más hondo de la carretilla, en un intento por ocultarse. Dercan había esparcido la noticia de su presencia y

ahora todas las miradas estaban fijas en ella. Algunos galdurianos empezaron a rodear el vehículo, otros fueron incluso más osados e intentaron acercarse a la carreta por detrás. Un grupo de niños empezaron a caminar junto al caballo, formando una especie de marcha a su alrededor.

—¡No queremos humanos! —gritó alguien entre la multitud.

Solo entonces ella advirtió que aquellas miradas no solo eran de curiosidad. Esos ojos claros la observaban desde todas direcciones con una evidente expresión de reproche.

—¡No queremos humanos! —más voces se unieron al grito inicial.

La frase se fue repitiendo a su alrededor, al punto que Nadya ya no podía oír nada más, ni siquiera el golpeteo de las pezuñas del caballo contra las piedras.

—¡No queremos humanos!

El camino se fue ensanchando y derivó en una especie de rotonda, por la cual el caballo avanzó, siguiendo la circunferencia trazada en el suelo. Un grupo de galdurianos, a los que identificó como salibers por la brisa azulina en la que se convertían al moverse, empezaron a dar vueltas alrededor de la carreta, provocando que esta se tambaleara. Nadya se aferró a la barandilla de madera, aterrorizada. Dercan en tanto dejó escapar una risa sonora y seca.

Cruzaron un portal y se introdujeron por una calle más larga, la que desembocaba en una fortaleza mucho más grande que las casas de madera que Nadya había visto hasta el momento.

Las anchas y gigantescas paredes de aquel edificio estaban hechas de piedra amarillenta, desgastada por el paso del tiempo. Las dos

filas de ventanas que lo recorrían, alineadas a la perfección, tenían cada una a su lado, entre barrotes metálicos tallados con flores, una antorcha encendida emitiendo fuego púrpura. En las esquinas se alzaban un par de torres un poco más elevadas que el resto de la estructura, justo sobre un tejado oscuro. Sin embargo, lo que le daba a aquel edificio su aspecto imponente y grandioso, no era ninguno de esos detalles, sino la gran cúpula ubicada detrás de la entrada. Esta se extendía varios metros por sobre el resto de las paredes y estaba hecha completamente de cristal. A medida que la tenue luz del amanecer bañaba Cabo Viejo, la estructura cristalina resplandecía con intensidad, obligando a quienes la miraban con fijeza a entrecerrar los ojos.

La carreta se detuvo frente a una puerta. Un hombre de barba rubia cubierto por una armadura gris se acercó hacia ellos. Nadya notó que en su pecho había un símbolo parecido al del medallón: una llama de fuego, sin el roble en el centro.

—Tengo audiencia en la Gran Corte —anunció Dercan con tono grave—. He sido citado por la doncella Cherlat.

El galduriano se limitó a asentir para luego rodear la carretilla. Sus ojos fríos se encontraron repentinamente con los de Nadya.

—¿Es ella? —preguntó el guardia, sin hacer evidente su sorpresa.

La chica escuchó que Dercan profería una afirmación.

—Está amarrada. No podrá huir —aseveró.

Luego de asentir, el guardia comprobó que la cuerda se mantuviera sujeta con firmeza a la barandilla. Se acercó a la puerta que se encargaba de custodiar y tomó de una canasta una bolsa de

tejido negro.

—No vamos a permitir errores en la Gran Corte —musitó con una sonrisa torcida, tomando a Nadya del brazo.

Le cubrió toda la cabeza con la bolsa, dejándola nuevamente a oscuras.

Ella se quedó paralizada mientras el caballo volvía a avanzar con un trote suave. Recién supo que se habían adentrado en una habitación cuando escuchó el eco de numerosas voces.

Dercan la había trasladado a la sala de las más importantes audiencias del portal, conocida como la Gran Corte. Esta no solo le daba el nombre al edificio, sino también al círculo de galdurianos que lideraban a los cuatro grandes clanes integrantes de Cabo Viejo: fornatos, salibers, terestenos y puerelos. Los tempestarios y las sanauras no alcanzaban el número suficiente para ser considerados un clan y tener voto en las audiencias.

La habitación era amplia y circular, representación de la unidad del pueblo de Galduria. En sus bordes se ubicaban una serie de butacas que se extendían hasta lo más arriba del techo. Los galdurianos de mayor rango, un líder por clan, se sentaban abajo para interrogar de mejor forma a los citados. Arriba se ubicaban aprendices de distintos clanes. Estos últimos, algún día, esperaban ocupar un puesto en la zona baja del círculo.

Dercan se encontraba en el centro de la sala, todavía sobre la carretilla, desde donde observaba cómo los galdurianos de las distintas filas conversaban animados. Dedujo que cuchicheaban sobre el rumor que él se había encargado de esparcir por Cabo Viejo:

una humana había entrado al portal. Sonrió. Al fin tendría la oportunidad de ser escuchado.

Una vez que se bajó de su puesto en la carreta se ubicó a su lado.

El silencio en la sala se extendió sin demora. A muchos aquel momento los había mantenido en vela durante toda la noche.

—Por la paz de Galduria y Cabo Viejo, esta Corte inicia sesión —pronunció una mujer de voz grave en el centro del círculo, la Superior de Cabo Viejo, a quienes todos llamaban doncella Cherlat.

Cherlat era una alta galduriana de cabello blanco, el que mantenía amarrado en varias trenzas que se extendían hasta por debajo de su cintura. Por la frente de su rostro recto y delgado cruzaba una delicada cadena brillante, en cuyo centro había una pequeña roca circular de tono púrpura. Aquella piedra era una reliquia de los antiguos líderes de Galduria, signo de su alto estatus en la Gran Corte. Junto a su nariz puntiaguda, sus ojos felinos estaban posados en Dercan con fijeza.

—Galduria viva en paz —repitieron al unísono el resto de los presentes, incluido el teresteno ubicado al centro.

La doncella Cherlat golpeó con fuerza una roca contra una barra de metal a su lado. La sesión había comenzado y ya no podría detenerse sino hasta que los líderes tomaran una decisión sobre el asunto que los convocaba.

—Dercan, teresteno del sur de Cabo Viejo —presentó la doncella Cherlat en tono firme—. Ayer acudiste a estas dependencias, manifestando deseos de presentarte ante la Gran Corte, presidida por la doncella Cherlat, puerelo de Cabo Viejo.

Al pronunciar su nombre, Cherlat sacudió el rostro hacia atrás y las trenzas, que antes se apoyaban sobre uno de sus hombros, cayeron por su espalda, cubierta por un grueso telar con plumas blancas en uno de sus extremos.

La doncella tomó entre sus dedos un manuscrito, cerciorándose de que la mirada de Dercan siguiera fija en su rostro.

—Conforme a tu relato —continuó—, encontraste una humana cerca de este escondite, siguiendo el paso de dos galdurianos. Deduces que estaba buscando el portal para delatar su ubicación a la Legión.

Hubo un murmullo generalizado en la sala, acompañado de golpes a las paredes junto a las butacas

—Solicitas que se borren sus recuerdos sobre lo ocurrido y que sea sentenciada a vivir el resto de sus días encerrada en —Cherlat enarcó las cejas- ¿el Monte Koziuko?

En la sala se formó un gran revuelo. «¡Una sanción ancestral! ¿Cómo puede pedir tanto?», vociferaban algunos. Otros alzaban sus puños en señal de apoyo a la curiosa petición, una que no había sido aplicada en más de trescientos años, según relataban los antiguos libros galdurianos.

Los líderes de las butacas más cercanas se miraron unos a otros. La única que mantuvo la vista fija en Dercan fue la doncella Cherlat, quien, para detener el bullicio, golpeó la roca contra el metal con mucha más fuerza que la primera vez.

—¡Superior y gran líder de Cabo Viejo! —gritó Dercan en medio del alboroto.

Cuando la voz de Dercan se alzó, los demás cesaron sus gritos. El teresteno se dirigió a la mujer de cabello blanco, pero sin dejar de pasar sus ojos por el resto de la Gran Corte.

—Soy un galduriano fiel a mi pueblo y sus ideales —anunció Dercan con voz pasiva, ahora que el silencio le permitía ser oído por todos en la sala—. Me parece que cualquiera de ustedes puede dar fe de mi postura. —Suspiró—. Como parte de esta sociedad que se derrumba con el pasar de los días, inmerso en un portal oculto en las tierras de Melliedor sin poder ver la luz del día, me corresponde expresar el grave malestar que la mayoría de nosotros siente.

Una vez que logró captar la atención de la audiencia, Dercan aumentó la potencia de su voz, la que retumbó contra las paredes de piedra:

—Estamos hartos de esta forma de vivir, ocultos de la Orden de Défer —dijo Dercan con rabia. Se detuvo y enfocó su vista en los galdurianos de las filas más elevadas. La mayoría de ellos lucían expectantes—. Pero, por sobre todo, estamos cansados de que se aplique reiteradamente en nuestra contra la política de la *Traición*, por la cual basta con que un humano revele nuestra presencia en una aldea para que esta sea liberada de la destrucción de la Legión.

Dercan se detuvo un instante y recorrió con la mirada la mesa de los líderes. Algunos lo miraban con duda. Otros parecían ansiosos por conocer cuál sería el resultado de aquella presentación. Respiró hondo y prosiguió con más fuerza:

—Pienso que es momento de rebelarnos contra aquellos que nos impiden gozar de los derechos ancestrales que nos corresponden

sobre las tierras de Melliedor, como las primeras criaturas que las pisaron y que han sido favorecidas con una extraordinaria conexión con la naturaleza, el galdur —expresó Dercan, percibiendo cómo todos los ojos celestes de la habitación se posaban sobre él—. Es tiempo de dejar sin armas a la Orden y unirnos contra el verdadero enemigo, aquellos que nos han traicionado a pesar de nuestra amistad: los humanos.

Cuando dejó de hablar y sus palabras se transformaron en un lejano eco, dentro de la sala se escucharon los gritos de la muchedumbre que se aglomeraba a las afueras del edificio. «¡No queremos humanos!», repetían una y otra vez. Varios de los líderes observaron las ventanas y suspiraron.

—Doncella Cherlat —dijo Dercan, manteniendo un tono respetuoso y sereno—. Creo que mi encuentro con esta humana no fue casualidad, sino más bien una señal de qué es lo que se debe hacer de ahora en adelante.

Dercan alzó ambas manos hacia el techo de la Gran Corte y unió sus palabras a los gritos que se colaban por las ventanas del edificio.

—¡Volvamos a aplicar la sanción ancestral con la que nuestro pueblo castigaba a los traidores, mucho antes de que nuestros destinos se cruzaran con Odén, Ademia y Déferes! Que esta niña sirva de lección a todos los de su especie. Demostremos que hemos cambiado y que, desde ahora, lucharemos por lo que nos ha sido arrebatado.

El cuchicheo volvió a invadir la sala. La mayoría de las voces en la Gran Corte se alzaron en apoyo de los dichos del teresteno.

En el rostro de Dercan se dibujó una sonrisa ladeada acompaña da de una pequeña arruga en su mejilla.

—Terminemos, de una vez por todas, con esta injusta represión aplicada al pueblo de Galduria.

CAPÍTULO DIEZ



La Gran Corte se llenó de voces y gritos que se mezclaron con los que provenían del alzamiento que tenía lugar fuera de sus paredes de piedra, en el centro de la rotonda de Cabo Viejo.

«¡No queremos humanos!»

«¡Viva Galduria!»

«Es tiempo de alzarnos ante quienes son inferiores.»

«¡Nos han quitado lo que es nuestro por derecho!»

La mayor parte de los galdurianos aprovecharon la instancia abierta por Dercan para dejar salir todo el rencor que habían acumulado durante años de encierro en el portal. Así, ocultos entre la masa, proferían crueles exclamaciones en contra de los humanos y su reiterada traición al pueblo de Galduria. Por su parte, aquellos que no estaban de acuerdo con los dichos de sus compañeros, prefirieron mantener el silencio y mirar atónitos la escena. Era tal la desesperación y furia de los demás, que no se atrevían a

contradecirlos. Temían su reacción. Temían a los de su propia especie.

Mientras en la Gran Corte aumentaba la cólera, Dercan caminaba dando lentos pasos por el centro, con una sonrisa escondida entre su barba. Estaba satisfecho con la polémica que había generado. Ahora solo quedaba esperar que la presión fuese la que determinara la sentencia.

—Dercan —pronunció la doncella Cherlat.

De a poco, el ambiente en la sala se apaciguó y fue construyéndose un nuevo silencio, invadido por el aire cálido de la furia. Había mucha expectativa por saber lo que diría la Superior en aquel escenario.

—No me es ajeno lo mucho que te admiran tus compañeros del sur y, de primera fuente, sé cuánto has sufrido por este destierro y confinamiento —continuó la doncella—. Primero, te agradezco por tener la valentía de presentarte ante esta Gran Corte y pronunciar tus legítimas demandas.

Cherlat hizo una pausa. Su mirada no se despegó de Dercan, quien se mantenía rígido en el centro del círculo, apretando los puños junto a su cuerpo.

—Pero —continuó Cherlat, ante los atónitos ojos del teresteno— debo recordarte que nuestra guerra nunca ha sido con los humanos, sino contra la Orden. No podemos dirigirnos contra quienes son manipulados por un poder mucho más grande del que son capaces de comprender. —Aumentó su tono de voz para poner mayor énfasis a sus palabras— Al igual que nosotros, los humanos son

víctimas de lo que ha ocurrido en Melliedor, y deben ser protegidos.

Dercan comenzó a hablar con rapidez:

—Si no hay humanos que nos delaten, podremos contra la Orden —masculló, dejando escapar un gruñido—. Siempre es igual, doncella Cherlat. Un ejército de valientes es enviado al castillo de Défer y, mucho antes de comenzar su misión, su posición es revelada por los humanos, quienes nos superan en número desde el exterminio que sufrió el pueblo de Galduria hace cien años. ¿Cuántos galdurianos han corrido esa suerte? ¿Cien? ¿Doscientos? ¿Dónde están quienes componían esos batallones, Cherlat?

Escuchar su nombre sin el título que lo antecedía hizo a la doncella dar un respingo. La mirada de Dercan se alzó hacia el resto de los presentes, quienes ocupaban las butacas más elevadas en la Gran Corte. Aquellos que, a diferencia de algunos de los líderes, sabía que apoyaban su causa y le darían respaldo.

—¡Díganme, miembros del pueblo de Galduria! —inició Dercan con potencia—. ¿Dónde están nuestros hijos, hijas, amigos, abuelos, tíos, compañeras que dejaron Cabo Viejo con la esperanza de enfrentarse a la Orden y obtener la victoria?

La mayoría de los miembros de la Gran Corte asintieron e hicieron chocar sus puños contra las mesas para reafirmar su postura. La vista de Dercan volvió a acechar a los líderes de los clanes. A todos se les hizo un nudo en la garganta. Era como si supieran la pregunta que les iba a formular:

—¿Dónde está mi hija? —inquirió Dercan, golpeándose el pecho.

Nadya notó cómo la voz de Dercan se quebraba al decir estas

palabras, y a su mente regresó la imagen colgada en la pared de la habitación, la pintura que retrataba a una hermosa joven de ojos claros.

No le cupo duda. Ella era la hija del galduriano. Había sido enviada a Melliedor en un batallón para enfrentarse a la Orden y jamás había regresado.

Un tenso silencio se abrió entre los integrantes de la Gran Corte. Pero Dercan continúo hablando con vigor:

—¡Ya basta de jugar con nuestras vidas! —gritó en tanto más voces comenzaban a alzarse desde la parte elevada de la sala—. El pueblo está harto de privilegiar la vida de los humanos por sobre las nuestras.

En medio del alboroto, la más joven de los líderes, Theodosia, se paró junto a la doncella Cherlat y apoyó ambas manos sobre la mesa. Su tez era pálida como la nieve, lo que contrastaba con el cabello negro y corto que terminaba justo en la línea de sus hombros. Llevaba puesta una túnica azul oscuro, de la misma tonalidad de sus ojos, representativa del color de su clan.

—Doncella Cherlat, agradezco el momento que se ha presentado para hablar en nombre de mi familia —expresó Theodosia. Su voz era suave, de modo que para que todos los presentes alcanzaran a oírla, unos a otros tuvieron que hacerse callar—, en especial de mi padre… que ya no se encuentra entre nosotros y cuyo lugar ahora ocupo yo: Theodosia, saliber del este de Cabo Viejo.

Los galdurianos comenzaron a cuchichear, rememorando lo que le había ocurrido al antiguo líder de los salibers. Hace unos meses atrás

había decidido comandar un pequeño ejército de galdurianos hacia los Acantilados de Garraper. Buscaba abrirse camino por un sendero que hasta entonces no se sabía si estaba o no patrullado por soldados, para dialogar con los jefes de una aldea humana ubicada en las cercanías. La misión falló rotundamente. El único galduriano que logró regresar a Cabo Viejo fue quien dio la noticia: el líder de los salibers había sido delatado por uno de los humanos que le había dado la bienvenida y, más tarde, capturado por la Legión.

Theodosia dio el tiempo suficiente para que los murmullos a su alrededor cesaran y asegurar toda la atención posible.

—La política que hemos adoptado como galdurianos ha sido un fracaso —dijo con severidad—. Desde que la Orden de Défer se rebeló contra el reino de Odenisio —Theodosia hizo una señal al sol, como símbolo de respeto—, los sobrevivientes tomaron la decisión de esconderse tras los portales, esperando negociar una nueva alianza entre Galduria y los humanos para vencer al enemigo.

Los salibers asintieron en señal de apoyo.

—Sin embargo, año tras año, hemos visto cómo los humanos, temiendo el poder de la Orden, se niegan a entablar nuevas relaciones con nosotros. No importa lo que hagamos la respuesta siempre es la misma. —Theodosia negó con la cabeza y suspiró—. Para ellos nos hemos transformado en un problema muy difícil de solucionar, así que han optado por el camino más fácil: revelar nuestra presencia en Melliedor cada vez que pretendemos acercarnos.

Cuando los clamores de la multitud de afuera se colaron

nuevamente por las ventanas, ninguno de los galdurianos presentes, ni siquiera Theodosia, pudo evitar sobrecogerse. Algunos miraban con ilusión, otros con inquietud.

—Creo que —prosiguió Theodosia, posando su mirada en un punto indefinido de la sala— si antes existía una razón para adoptar una actitud protectora hacia los humanos, con quienes nuestros antepasados lucharon codo a codo y compartieron tierras e historias… ellos mismos han demostrado que ya no la merecen. —Dio un largo suspiro—. Después de todo, durante cien años han sido cómplices de la Orden. Han cooperado no solo con el robo de las tierras ancestrales del pueblo de Galduria, sino también con el asesinato de nuestros seres queridos.

Nuevos cuchicheos se propagaron por la Gran Corte antes de que Theodosia terminara su discurso, de modo que, al continuar, tuvo que hacerlo con mayor energía de la que había empleado.

—Dercan y el pueblo de Cabo Viejo tienen razón —afirmó, golpeando la mesa que ocupaban los demás líderes—. Es hora de salir de nuestros escondites y prepararnos para una guerra de verdad, sin arrojar más a la muerte a patrullas con grandes mujeres y hombres, como mi padre.

Entonces la líder de los salibers se encogió de hombros, temiendo la reacción de los otros líderes a su postura:

—Si para comenzar el nuevo plan es necesario un símbolo, usemos a la niña que Dercan trae ante nosotros.

Bajo la tela que cubría su cabeza y escondida dentro de la carretilla, Nadya sintió sus piernas temblar y que su cabeza comenzaba a dar

vueltas. No quería seguir escuchando, no se creía capaz de hacerlo. Las palabras de Theodosia y los gritos tanto dentro como fuera de la Gran Corte lo hacían evidente: sería sentenciada. La joven sintió que la bolsa se le pegaba al rostro. Le costaba respirar.

—Con ese plan nos volveremos «la nueva Orden» —se alzó una voz grave y profunda que logró llamar la atención de los presentes en la audiencia—. Seremos el nuevo Défer cuando nos alcemos con la victoria en las tierras de Melliedor, destruidas a nuestro paso.

La voz pertenecía a Griorg, un respetado galduriano, líder de los terestenos, quien ocupaba un asiento al final de la mesa de los líderes. Su cabello era rojo y rizado y se extendía ampliamente sobre sus hombros y espalda. En su rostro había densas arrugas, lo que hacía dificultoso ver el tono azul claro de sus ojos.

Griorg hizo una mueca con la nariz, provocando que su largo bigote rojizo se balanceara.

—Pero ¡seremos libres! —respondió Dercan. Una serie de vítores siguieron a su exclamación.

A pesar del nuevo bullicio que se había armado tras aquellas palabras, Griorg continuó hablando con sosiego. Las voces a su alrededor se fueron calmando.

—Ayer por la noche, mi hija Liuna me pidió que le contara sobre el pasado de Galduria antes de la rebelión de Défer contra Odenisio.

Nadya abrió la boca, sorprendida, y con las pocas fuerzas que tenía se afirmó en la barandilla.

¡Era el padre de Liuna! La chica le había dicho la verdad: este formaba parte de la Gran Corte. Nadya se echó hacia adelante,

atenta a las palabras del galduriano.

—Esto me hizo recordar que la alianza entre galdurianos y humanos fue lo que permitió al reino de Odenisio alzarse con prosperidad —dijo Griorg con una sonrisa entre dientes—. Mientras perduró la unión de un rey humano y una galduriana, la felicidad y las riquezas de la naturaleza abundaron en las tierras de Melliedor.

Griorg refregó la yema de sus dedos contra su frente, mientras ordenaba sus pensamientos. A estas alturas sabía que cualquier dicho ofensivo o muy extremo le garantizaría el odio de la mayoría, especialmente de los más jóvenes, sentados en las butacas de arriba. Debía actuar con cautela.

—Solemos olvidarlo y no nos culpo por ello, ya que estamos en un escenario bastante deplorable, pero ahí está la gran fuerza y magia: mente humana unida al fuego y la pasión galduriana.

Griorg entrelazó sus dedos frente a su rostro, un gesto que no pasó desapercibido para quienes ocupaban los puestos más altos en la Gran Corte.

—Yo procuraría intentar ese camino otra vez antes que caer en una táctica de guerra que solo traerá más muertes.

El silencio se apoderó de la sala. Los galdurianos se miraban unos a otros con duda. Griorg decidió aprovechar aquel espacio de atención para seguir hablando en un tono de voz sereno y pausado.

—Además, queridos líderes, seamos sinceros. —Dirigió la mirada hacia quienes estaban sentados a su lado—. Nosotros estaremos a la cabeza de una lucha como la que proponen Dercan y Theodosia, pero no seremos los primeros afectados por las batallas —continuó

hablando en un hilo de voz, para que solo los galdurianos sentados en la gran mesa lo escucharan—. Procuremos no romantizar una batalla de la que, sabemos, saldremos ilesos.

Poco a poco, empezó a sonar el lento golpeteo de dedos sobre la superficie de las mesas, la máxima señal de respeto que el pueblo de Galduria ofrecía a sus líderes.

Dercan observó el panorama con desconcierto.

—Respecto a la sanción aplicable a la humana, creo que sentenciarla al Monte de Kosiuko está absolutamente fuera de lugar —afirmó Griorg con mayor severidad—. Hasta donde yo sé ella no ha hecho nada malo, salvo conducirse a sí misma a las cercanías de Cabo Viejo, donde fue aprisionada por ti.

Esta última frase fue dicha con tal desdén hacia Dercan, que se escucharon exclamaciones de sorpresa entre los presentes.

—Es solo una niña humana y este tipo de acciones demuestran un total desprecio por la paz.

La mirada de Griorg se enfocó en la doncella Cherlat, mientras el golpeteo de los dedos cesaba a su alrededor.

—Contrario a lo que solicita el teresteno, pido que la humana sea trasladada con Ramil, para que se eliminen de su mente los recuerdos de Cabo Viejo, junto con los terribles tratos a los que, estoy seguro, la expusiste —manifestó Griorg. Cuando se volteó de golpe para mirar a Dercan, este ni siquiera se inmutó—. Luego, deberá ser liberada.

Aquella petición hizo que el corazón de Nadya diera un vuelco. ¡Griorg había abierto la posibilidad de que fuese trasladada con

Ramil! Deseaba que la conversación se detuviera en ese instante, ver a las cabezas en la Gran Corte asentir y que se tomara la decisión final. Sin embargo, a pesar de sus deseos, la discusión no tardó en continuar.

—En un principio pensaba como tú, Griorg —musitó otro de los galdurianos sentado a la mesa de los líderes.

La voz joven y pastosa era de un chico de no más de veinticinco soles, de rostro anguloso y mirada severa llamado Hinnegal, líder del clan de los fornatos. Llevaba puesto un traje amarillo, cruzado por un grueso cinturón de cuero. De este colgaba una espada de empuñadura dorada, cuya larga y delgada hoja estaba dentro de una vaina oscura, bordeada de lazos en forma de cruz.

—Sin embargo —continuó Hinnegal, alzando los brazos con total compostura—, en el último tiempo, galdurianos del norte me han manifestado que ya no se creen capaces de continuar viviendo de este modo. Muchos están dispuestos a luchar contra un enemigo inferior, como los humanos, para abrirse paso a las fortalezas de Défer y dar el golpe final. Me creo capaz de liderar a todo quien quiera luchar para que Galduria gobierne las tierras de Melliedor de una vez por todas.

Nuevos vítores inundaron la sala. Pronunciaban su nombre, despacio, una y otra vez: «Hinnegal, Hinnegal, Hinnegal». El galduriano del clan de los fornatos había ganado mucha popularidad en el último tiempo por haber guiado a una pequeña hueste por Melliedor que, contra todo pronóstico, ganó contra una porción del ejército de la Legión en el sur. Sus grandes habilidades

de batalla junto a su carisma lo habían posicionado como el salvador del pueblo de Galduria.

—Aunque… en cuanto a la niña, te apoyo —precisó Hinnegal con naturalidad, mirando fijamente a Griorg—. No creo que un símbolo vaya a generar mayor diferencia en nuestra afrenta.

Un grupo de fornatos golpearon sus dedos contra las mesas. Se detuvieron cuando la voz de la doncella Cherlat se alzó nuevamente.

—No he escuchado todavía a Ramil, puerelo del oeste de Cabo Viejo —pronunció la Superior.

Por la habitación se extendieron los murmullos.

Nadya tragó con fuerza. Aunque no lo veía, sabía que ahí estaba el mentor de Kal. El galduriano que podía darle las respuestas que le faltaban sobre su identidad y pasado.

—Aquí nadie se está escuchando —contestó impertérrito Ramil, sentado en la esquina más alejada de la mesa.

Ramil era un galduriano enorme, cuyo cabello lacio y blanco caía hasta el suelo, confundiéndose con la barba que cubría prácticamente la totalidad de su rostro. Sus ojos claros pasaron por las tensas miradas de los jefes de los clanes, incluyendo a la Superior.

—La rabia y la angustia se están apoderando de nuestros espíritus —continuó Ramil con lentitud mientras se ponía de pie.

Antes de proseguir, el gran galduriano comenzó a caminar a un ritmo pausado por el centro de la sala, cerca de Dercan y la carretilla donde Nadya permanecía escondida. La chica podía distinguir su sombra incluso tras la bolsa que le cubría la cabeza.

—Tengan cuidado, jóvenes luchadores. —Su mirada fría se posó en

Hinnegal por un segundo, algo que solo el joven fornatos fue capaz de percibir—. Tengan cuidado con la tarea que quieren emprender. Por si se les ha olvidado, la Orden de Défer está compuesta por otros galdurianos como nosotros, seres que ansían ser los únicos capaces de manejar los poderes y dimensiones de la naturaleza. A ellos les sirve que salgamos en grandes grupos a Melliedor con ganas de luchar. Les estaremos dando la oportunidad de acabar con todos nosotros de una vez.

Ramil se detuvo, cesando con ello el retumbar que se producía en el suelo de la Gran Corte. Era tal el silencio de la sala, que Nadya por primera vez escuchó su respiración chocar con el tejido de la bolsa.

—Al declarar la guerra contra los humanos, lo único que hacemos es destruir la única posibilidad que nos queda de incrementar nuestro número para intentar alcanzar a la Legión. Tengo esperanza, al igual que Griorg, en una nueva alianza. Y creo que está mucho más cerca de lo que pensamos.

Mientras la doncella Cherlat fruncía el ceño, los murmullos volvieron a inundar la Gran Corte. Algunos rogaban por la paz, otros añoraban que se iniciase una guerra definitiva contra los humanos. A esto se sumaban los clamores fuera del edificio, que se alzaban con más potencia, haciendo temblar los muros de piedra.

A pesar del nuevo alboroto, la voz de la doncella Cherlat logró imponerse y ser escuchada por todos.

—La decisión sobre la estrategia que seguiremos como galdurianos me corresponde como Superior de esta Gran Corte y líder de la Guardia, ejército de Galduria.

Su mirada se posó en Dercan. Luego, en Hinnegal.

—No veo hasta ahora ninguna razón de peso para salir a luchar en contra de los humanos. No seré jamás parte de una nueva masacre como esa y estaré, como lo han estado mis antepasados, siempre de acuerdo en brindarles protección. Porque ellos, al igual que nosotros, son víctimas de lo que Défer ha construido en nuestro mundo.

Hinnegal asintió en un gesto que la multitud entendió como una reverencia.

—En cuanto a la niña— Nadya contuvo el aliento —haremos como hemos procedido en ocasiones como esta: Ramil se encargará de borrar todo recuerdo sobre este lugar y trasladarla con otros de su especie. La sanción ancestral será impuesta solo a quienes osen traicionar a nuestro pueblo y no como símbolo de lucha.

Nadya se desplomó sobre la carreta y contuvo un grito de emoción. La doncella había dictado la decisión final: no la aprisionarían, sino que sería llevada con Ramil. Apoyó su rostro entre sus manos. Estaba a salvo. Tendría una oportunidad.

La sala entonces fue invadida, ya no por cuchicheos o simples comentarios, sino por clamores, algunos cargados de aliento y otros de profundo odio. Los galdurianos discutían a viva voz acerca de si la sentencia de Cherlat se adecuaba o no a los tiempos que estaban viviendo. Otros, más avezados, se atrevían a cuestionar su autoridad y cordura. No querían una líder que les diera la espalda a los suyos de esa manera. «¡No podemos permitir esto!», «¡Una batalla acabará con todos los que hemos logrado sobrevivir!», «¡¿Llamas vida al encierro en estos portales?!», «Salir es una condena a muerte a todos

los de nuestra especie», «¡Ya estamos condenados de todas formas!», «¡No somos más que prisioneros en Cabo Viejo!».

Quienes ocupaban los puestos superiores en el círculo comenzaron a bajar las escaleras, enrabiados, para hablar directa y personalmente con los líderes. Estos debatían entre sí, algunos perdiendo por completo la compostura y serenidad. Griorg procuraba hacer entrar en razón a Theodosia, mientras esta levantaba el brazo y apuntaba con su dedo índice hacia las ventanillas, con los ojos desorbitados. Por su parte, Hinnegal se había acercado sigilosamente a Cherlat para mascullar algo entre dientes.

Antes de que los líderes se dieran cuenta, una masa de galdurianos se aglomeró frente a la primera mesa, alzando los puños ante la Superior. Mientras esta intentaba salir por una puerta trasera, acompañada de dos guardias, el resto de los líderes procuró tranquilizar a los miembros de sus respectivos clanes, quienes exigían que se rectificara la decisión.

En medio de aquel caos, y sin que nadie en la Gran Corte estuviera prestando atención, la carretilla de Nadya empezó a moverse hacia la puerta. Confundida, la chica intentó pararse, pero cayó sobre la madera.

A medida que avanzaba, el choque de las voces y los gritos se volvieron más lejanos, hasta transformarse en un suave murmullo. Ya no era capaz de oír cómo algunos solicitaban su encierro, ni tampoco las exclamaciones de destrucción a los humanos.

Nadya movió la cabeza de un lado a otro, con nerviosismo. Habían abandonado definitivamente la sala de las audiencias, pero aún no

tenía idea hacia dónde la estaban llevando, ni quién lo estaba haciendo.

Intentó quitar la cuerda que mantenía amarradas sus manos. Tiró varias veces hacia su cuerpo e incluso puso la soga entre sus dientes con el fin de romperla. Nada dio resultado. El caballo todavía trotaba y ella seguía su recorrido en la carreta, sin poder hacer nada.

—¿Liuna? —preguntó Nadya impulsivamente—. ¿Quién eres?

Al no recibir respuesta, una corriente helada le recorrió la espalda.

La carretilla se introdujo por un lugar oscuro, lo que Nadya imaginó como un túnel por la forma en que la luminosidad disminuyó drásticamente.

Un terrible pensamiento comenzó a acecharla. ¿Y si alguno de los furiosos galdurianos de la Gran Corte la había capturado para deshacerse de ella?

—No he hecho nada malo —soltó, asustada—. Por favor, no me lastimen.

Repentinamente, la carretilla se detuvo, provocando que Nadya volviera a caer, esta vez hacia adelante. A través del tejido logró identificar que una silueta alta se posaba justo frente a ella.

—Por favor —volvió a pronunciar, mientras se sujetaba las manos con fuerza.

La figura le quitó la bolsa de la cabeza.

—Pero… ¡si eres tú!

CAPÍTULO ONCE



—¡Estás bien! —gritó Nadya—. Pero ¿cómo?

La última imagen que tenía del chico era de cuando estaba de pie sobre el tronco, en medio de la turbulenta corriente.

—El río —murmuró, posando su mirada en el joven de capucha negra—. Por un momento pensé que…

—Shh… —la interrumpió Kal, bajando las manos varias veces—. Evita delatarnos, ¿sí? Nadie sabe que estoy aquí y quiero que permanezca de esa manera.

Kal tomó la daga que colgaba de su bandolera y rompió de un tirón la cuerda. Nadya extendió las muñecas sintiendo un cosquilleo, mientras Kal observaba a su alrededor.

—Vamos, te llevaré con Ramil.

Ella lo miró con sorpresa.

—¿Qué? ¡Es imposible volver allá! —afirmó con pavor. La Gran Corte era un caos.

Kal puso los ojos en blanco.

—Al igual que el resto de los líderes, Ramil tiene un despacho en la Gran Corte donde nos estará esperando. —Kal volvió a emplear el tono cortante que lo caracterizaba—. Ahora, antes de seguir, vas a tener que prometerme que dejarás de cuestionar todo lo que digo y empezarás a confiar en mí. ¿Está claro?

Nadya asintió otra vez. Al escuchar una serie de pasos en el otro extremo del túnel, el caballo se sacudió.

—Sígueme —ordenó Kal—. Es por aquí.

Kal se dirigió hacia un pasadizo que llevaba hasta una escalera de piedra cuyo inicio estaba iluminado por una serie de antorchas púrpuras. Nadya lo siguió, abandonando la carretilla y al caballo blanco de Dercan al otro lado del pasillo.

Los escalones rodeaban un pilar de piedra, tallado con figuras de animales y bestias que, a simple vista, la chica no logró reconocer. Del otro lado se extendían enormes vitrales que representaban paisajes y antiguos eventos de Melliedor, en los colores de los diferentes clanes de galdurianos: el azul de los salibers; verde de los tempestarios; amarillo de los fornatos; rojo de los terestenos.

Subieron hasta llegar a una gran puerta de madera, la que Kal abrió de un empujón. Estaban ahora en una habitación con nada más que un escritorio y una ventana a medio abrir por donde se colaba una brisa helada. Desde ahí era posible escuchar los gritos de la enajenada muchedumbre a los pies de la rotonda frente a la Gran Corte.

«¡No queremos humanos!»

«¡Por la libertad de Galduria!»

Kal se paró junto al muro ubicado al otro lado de la ventana y con su bastón golpeó la esquina de una piedra sobresaliente.

Invisible a los ojos de quienes no supieran el secreto, ahí se abría un minúsculo hueco que, al ser presionado desde el exterior, daba paso al movimiento de una serie de engranajes ocultos. Las piedras del muro se movieron lentamente, revelando la entrada a una nueva escalera mucho más estrecha que la anterior.

—Vamos —ordenó Kal.

Nadya se introdujo en el pasaje oscuro, sintiendo cómo el corazón le latía con rapidez, mientras Kal golpeaba una nueva roca para cerrar la entrada.

Después de subir otra serie de escalones, cruzaron una puerta y arribaron a un lugar que dejó a Nadya boquiabierta: una majestuosa y descomunal habitación circular llena de color. Numerosos pañuelos de colores de diferentes texturas y diseños colgaban de vigas, entre las cuales se abría una imponente cúpula de cristal, la misma que Nadya había visto en la carretilla cuando entró con Dercan a la Gran Corte. El efecto que se generaba debido al choque de la luz del sol con los pañuelos, era impresionante. Daba la sensación de que sus diversas tonalidades se esparcían por el piso y las paredes, tiñéndolas de viveza. El contraste de aquel lugar, invadido por el júbilo y la energía, con el resto del edificio y Cabo Viejo era evidente.

En medio de la sala se emplazaba un escritorio mucho más amplio que el de la primera habitación. Lo rodeaban estanterías bajas, lo

suficiente para no cubrir ninguno de los amplios ventanales que se extendían en las paredes de piedra. En estas no solo se guardaban libros de distintos tamaños y formas, sino que también servían de apoyo para los pergaminos que cubrían prácticamente toda la habitación.

Nadya giró para tener una mejor perspectiva de ese precioso y colorido lugar. Mientras pasaba el dedo por la mesa de madera, se sobresaltó al escuchar un zumbido proveniente del suelo. Miró abajo y advirtió que en el piso, cerca de una de las estanterías, se abría una suerte de subterráneo tal como el que Dercan había utilizado para mantenerla encerrada. En aquella trampilla, cerrada con barras metálicas, reconoció la figura de quien dormía plácidamente.

—¿Levy? —inquirió en voz baja. Buscó a Kal con la mirada, pero no dio con su paradero.

Sin que ella lo notara, Kal se había subido a una viga del techo para analizar desde uno de los ventanales superiores el revuelo que se había armado frente a la Gran Corte. Ni siquiera se volteó para responder a Nadya, quien estaba ahora de pie, justo detrás de él.

—Después del incidente en el bosque, lo traje aquí —contestó, sintiendo el suspiro de alivio de Nadya al escuchar su voz desde las alturas—. Estaba muy exaltado. Lo que sea que hubiera dicho a los demás en Cabo Viejo habría empeorado el panorama. Pero ya no importa, de todas formas ya armaste un caos por aquí.

Aquella acusación hizo a Nadya fruncir el ceño. ¿De verdad pretendía culparla? No pudo contener las palabras que se empujaban unas a otras en su garganta.

—Oye, si tú me hubieras explicado… si me hubieras dicho exactamente lo que ocurría en este lugar y lo que pretendías hacer al traerme aquí desde un inicio, nada de esto habría pasado.

Kal se volteó y la miró fijamente. Dio un salto desde la parte superior de la cúpula, cayendo con los pies perfectamente alineados.

—Como ya te pudiste dar cuenta, en Galduria existen dos fuerzas. —Kal alzó su bastón en forma horizontal—. Una que defiende la paz con los humanos y está dispuesta a vencer a Défer a su lado. —Puso su bastón ahora de manera vertical—. Y otra que está harta de defenderlos y que, por el contrario, pretende destruirlos con el fin de enfrentarse directamente a la Orden para que Galduria gobierne Melliedor.

Kal fijó la vista en uno de los ventanales a medio abrir desde donde llegaban los gritos de odio que profería el pueblo. Nadya sintió un escalofrío subir por su espalda.

—Llegar a Cabo Viejo alegando traer a un ser humano, como lo hizo Dercan, es un acto polémico. Sirve para que la diferencia entre ambas fuerzas se manifieste y que volvamos a discutir acerca de si continuar o no con una política defensiva, respaldada por algunos como la doncella Cherlat o Griorg, líder de los terestenos. Aviva la posibilidad de una guerra civil dentro de los portales —concluyó Kal, haciendo que la punta de su bastón golpeara el suelo. Al acabar, la miró con las cejas alzadas—. ¿Ya estás contenta, niña?

Sin esperar respuesta, Kal le dio la espalda y se dispuso a subir las vigas.

Fue la voz de Nadya la que lo detuvo:

—Pero yo no soy exactamente humana —dijo con firmeza—. ¿O me equivoco?

Antes de que Kal abriera la boca, una serie de pasos cortos y pesados lo obligaron a erguirse.

A Nadya se le erizó la piel. No estaban solos. Alguien se había colado por el pasillo secreto.

Al voltearse, su mirada se encontró de golpe con los ojos claros de un ser enorme.

Tenía hombros anchos, casi de las mismas medidas del túnel. Su rostro estaba cubierto de una barba lacia color blanco que se confundía con la melena que se alzaba desde la parte trasera de su cráneo. Lo más extraño para la chica, fue ver que el pelo liso no solo se ubicaba en su cabeza, sino que también cubría la mayor parte de sus brazos descubiertos. El resto de su cuerpo estaba tapado con una brillosa túnica color dorado.

En un movimiento, el galduriano cerró la puerta y lanzó una carcajada grave y sonora. El sonido alcanzó a ser percibido por Levy, quien, bajo la trampilla, comenzó a abrir lentamente los ojos.

—No se imaginan lo que está ocurriendo allá abajo —aseguró el galduriano.

Se dirigió a paso rápido hacia el escritorio y movió algunos pergaminos de su lugar, sin que su mirada volviera a encontrarse con la de Nadya.

—Si nadie hace algo pronto, en Cabo Viejo estallará una revolución.

Continuó moviéndose por la cúpula, ahora hacia las estanterías.

Escudriñó los libros que guardaba, cuidándose de no tropezar con su barba que se extendía hasta el suelo.

—¡Lo sabía! —exclamó, mientras apuntaba con el dedo índice las palabras del libro que cargaba—. La última vez que hubo una rebelión en el corazón de Galduria fue hace quinientos años. La causa acabó con gran parte de los fornatos de Melliedor. ¡No puedo creer que estén dispuestos a repetir un error así!

Cuando el galduriano les dio la espalda otra vez y sus pasos hicieron retumbar la cúpula, Nadya miró a Kal, confundida. Él no se inmutó.

El galduriano se dirigió nuevamente hacia las estanterías e inhaló profundamente. Percibió el singular aroma a leña quemada colarse por su cuerpo y se dejó llevar por los recuerdos de tiempos pasados. Aquellos en que había servido en ciudades humanas como consejero y profesor de duques y doncellas. Momentos en que las batallas entre Galduria y la humanidad no existían, cuando su mayor preocupación era su extensa biblioteca, ahora limitada a una decena de viejos volúmenes.

Entonces se giró sobre sus talones y posó la mirada en la joven de ojos oscuros, de quien provenía un olor que jamás podría borrar de su memoria.

—Pero tú… —le habló a Nadya con una sonrisa, mostrando sus anchos dientes—. Tú llegas en el momento perfecto. Es una suerte que Kal te haya encontrado.

Miró de reojo al chico, asintiendo. Ante la evidente confusión de Nadya, dejó escapar otra carcajada.

—Vaya ¡qué tonto! No me he presentado. Soy Ramil —la saludó, ubicando las manos en sus caderas.

Nadya se quedó estupefacta. Era él, ese galduriano del que Kal le había hablado, capaz de leer las inscripciones del medallón.

—Soy un puerelo del oeste de Cabo Viejo y miembro de la Gran Corte.

Al ver que Nadya enarcaba las cejas, continuó:

—Los puerelos, querida, somos la *memoria* de Galduria.

Nadya lo miraba con atención. Memoria. Aquello era precisamente lo que le faltaba.

—Para ser más preciso— prosiguió Ramil, gesticulando excesivamente con los brazos—, los puerelos tenemos la capacidad de guardar la historia y sus más preciosos detalles por medio de la escritura, el dibujo o cualquier otra manifestación artística que puedas imaginar, para luego reproducirla ante los ojos de los demás.

Nadya asintió lentamente, intentando comprender.

—Por otro lado, y como te habrás percatado ya en la audiencia de la Gran Corte, también podemos borrar memorias para proteger a las personas de malos recuerdos.

Nadya rememoró el temor que aquello le había producido, y guiada por aquel poderoso sentimiento, había escapado de Kal en medio de un bosque desconocido. Miró al joven de reojo, quien jugueteaba con el bastón entre sus dedos, sin prestarle mayor atención.

—Yo… —comenzó a balbucear Nadya.

—No hace falta, pequeña —señaló Ramil—. Ya me ha contado Kal

lo que pasa con tus recuerdos y que te haces llamar Nadya.

Ella asintió con nerviosismo.

Más atrás, cerca de las estanterías, Levy abrió la puertecilla del subterráneo y miró desorientado a su alrededor. Kal, que ya había percibido sus movimientos debajo del suelo, lo miró fijamente. La frialdad de sus ojos fue señal suficiente para que Levy saltara desde la trampilla con cautela, sin interrumpir la conversación.

Ramil se puso a la altura de Nadya, apoyando una rodilla en el suelo, lo que hizo que toda la estancia se tambaleara. Posó la mano sobre su hombro y le habló con ternura.

—Tranquila, aquí nadie va a borrar tus recuerdos como sentenciaron en la Corte —aseveró—. ¡Todo lo contrario, Nadya!—. Sus palabras retumbaron en los cristales—. Te ayudaré a reconstruirlos.

Nadya no daba crédito a lo que escuchaba. Al fin. Al fin obtendría respuestas.

Pero el alivió se fue desvaneciendo demasiado rápido. Su cuerpo empezó a volverse mucho más pesado. La carga de las emociones, el hambre, el sueño, todo lo que había vivido para llegar hasta ahí se apoderó de ella.

Al ver su expresión, Ramil tomó del bolsillo de su túnica lo que parecían ser tres anillos de textura irregular y cobertura cremosa.

—Siempre digo que es mejor hablar con el estómago lleno.

Le dedicó una sonrisa y le guiñó el ojo, mientras ponía los tres anillos en sus manos. Nadya no se contuvo y devoró las galletas, entre las risas del puerelo. Avergonzada por su rápida reacción, la

chica comenzó a limpiarse los restos de migajas alojadas en la comisura de sus labios.

—Bueno, Nadya. Mi aprendiz, este jovenzuelo —continuó Ramil, mirando a Kal de reojo con una mueca burlona— me comentó que tenías una extraña reliquia. ¿Me dejarías verla?

Nadya bajó los hombros y tomó del bolsillo los chamuscados trozos de cobre. Lo único que quedaba del medallón.

Cuando extendió ambos objetos ante los ojos de los galdurianos, Nadya escuchó que Kal golpeaba con el puño la pared de la cúpula. No necesitó verle la cara para imaginar su decepción.

Ramil, sin inmutarse, alzó la mano para que ella dejara caer las piezas sobre su palma.

—Dercan intentó destruirlo para no correr riesgos. Ahora entiendo por qué —murmuró Nadya.

Pero Ramil no dijo nada. Se limitó a tomar uno de los trozos y girarlo entre sus dedos.

—¿Podrás leer las inscripciones de todas formas? —preguntó Kal a Ramil en un tono seco. Levy, ubicado a su lado, tuvo que dar unos pasos para alejarse de las chispas verdosas que había empezado a emitir.

Ramil pasó la yema de sus dedos por lo que quedaba del símbolo del roble ardiendo en llamas. Giró ambos pedazos y sintió la textura de sus decorados bordes y los extraños grabados que, al inicio, no reconoció.

Cuando sus ojos se encontraron con una letra G alargada, intacta, se quedó observándola, inmóvil.

—Es imposible —respondió Ramil, mientras pestañeaba varias veces y alzaba el objeto a la luz, poniéndose de pie.

Kal clavó sus uñas en el bastón mientras se volteaba para ocultar la furia que lo invadía. Sentía crecer la impotencia por no haber resguardado él mismo aquel objeto cuando tuvo la oportunidad y culpaba a quienes se habían interpuesto en su camino. A Levy, por haberle impedido llevar a la joven por sí mismo a Cabo Viejo. A Nadya, por haber confiado en un desconocido.

Pero Ramil no parecía enojado por el destrozo de aquella reliquia. Por el contrario, ahora reía y la cúpula temblaba junto a él.

—¡Kal! —gritó Ramil, alzando uno de los trozos del medallón ante la mirada perpleja del joven—. Estas no son cualquier tipo de inscripciones. Son memorias escritas por otro puerelo y están protegidas de modo que solo otro de mi especie puede leerlas. Eso explica que no pudieras ver nada al utilizar tu galdur.

El chico pestañeó varias veces, confundido.

—Creí que tú y la doncella Cherlat eran los únicos puerelos que quedaban vivos en Melliedor —indicó Kal, sin dejar de enarcar las cejas.

—¡Yo también! —exclamó Ramil.

Ubicó los dos trozos del medallón en una mano y con la otra fue palpando las letras.

—Veré hasta dónde alcanzo a leer el mensaje…

Poco a poco, mientras los dedos del galduriano recorrían el cobre, y ante la mirada atónita de Nadya, brillantes rayos de color púrpura empezaron a salir de los objetos de metal. Tal como Ramil había

explicado, los puerelos eran capaces de reproducir la historia. Lo que jamás imaginó la joven era el modo en que lo lograban.

Mientras Ramil tocaba las inscripciones con los ojos cerrados, los rayos de luz fueron trazando figuras en el aire de la sala, tiñéndola de color morado.

Lo primero que observaron dibujarse en medio de la habitación fue un paisaje. Estaba cubierto de árboles, con un río abriéndose paso justo a la mitad y altas montañas en el borde. En la preciosa escena fueron apareciendo diminutas lenguas de fuego, como las de la armadura del guardia de la Gran Corte y las del centro del medallón que poco a poco se fueron transformando en siluetas de personas de distintos tamaños y edades. Sin que nadie lo mencionara, Nadya dedujo, con acierto, que aquellos seres en los que el fuego se había convertido eran galdurianos.

De repente, una nube empezó a cubrir cada una de las siluetas. Estas intentaban huir, desesperadas. Sin embargo, todas sucumbían ante la sombra de la bruma y caían rendidas sobre el césped que se balanceaba bajo sus pies.

—Es el exterminio de Défer, el ataque a Galduria ocurrido hace cien años… —musitó Levy, acercándose a ellos.

Tanto Kal como Nadya se voltearon para mirarlo. Los ojos de Ramil, por su parte, se mantuvieron pegados en las formas que continuaban alzándose por la habitación.

Rápidamente, en la misma tonalidad púrpura y en medio de las montañas, se construyó un castillo. Dentro, la silueta de una mujer, en cuyo pecho brillaba una intensa llamarada, le sostenía la mano a

una figura masculina que, a diferencia de la otra, solo tenía enredaderas en su interior. Se unieron en un abrazo triste, que se desvaneció en una nube de humo.

Apareció entonces una nueva imagen, una sombra que tallaba con sus propios dedos un objeto circular. Esta fue inmediatamente reemplazada por la misma figura femenina anterior, que ahora yacía recostada en una cama.

La mujer aferraba entre sus brazos un par de pequeñas siluetas.

Una de ellas estaba borrosa y completamente vacía en el interior.

La otra alcanzaba a distinguirse con total claridad: era una niña, cuyo cuerpo estaba cubierto por enredaderas sobre las cuales se posaba una llama púrpura.

Una bruma pasó veloz sobre sus cabezas y, aunque la mujer que los sostenía desapareció, las otras dos siluetas se mantuvieron juntas, erguidas. Lentamente, detrás de aquella imagen comenzaron a emerger más y más figuras. Algunas de ellas con fuego en su interior, otras vacías y borrosas.

Mientras Ramil hacía esfuerzos por continuar leyendo y que la luz no se apagara, todos miraron sorprendidos cómo la representación sobre sus cabezas cambiaba otra vez.

El dibujo de la niña se extendió en el aire, hasta que fueron capaces de identificar que algo destellaba cerca de su muslo.

Lo que vieron los dejó atónitos.

Era un medallón exactamente igual al que Nadya cargaba.

En la cabeza de la joven comenzó a resonar esa voz que otras veces la había acompañado, mientras Kal la miraba fijamente.

Esa es mi promesa.

El paisaje cambió otra vez. Se trazaron en el aire filas de colinas, sobre las cuales caía una tormenta de nieve. En medio de lo que parecía ser una potente ráfaga de viento, se construyeron dos largos pilares de piedra. Tras estos, en el corazón de la montaña más alta, Nadya observó cómo un rayo color púrpura delineando una llama se hundía en el interior de una cueva.

De golpe, las luces desaparecieron en el interior de lo que quedaba del medallón y la estancia quedó sumida en la oscuridad y el silencio.

—Tenías razón, Kal. Todavía queda esperanza para Galduria… —murmuró Ramil aferrando al joven por los hombros—. Yo creí que a estas alturas era una simple leyenda, pero ¡es cierto!

Ramil enfocó sus ojos en Nadya, con una sonrisa. Ella dio un paso atrás, temerosa.

—¿Qué significa todo eso? —preguntó, confundida.

—Nadya, me parece que tú ya lo sabes —contestó Ramil con ternura—. No eres una simple humana.

Se agachó otra vez para quedar a su misma altura, haciendo retumbar el suelo.

—Eres una sobreviviente del pueblo de los Caídos.

—¡No es posible! La masacre ocurrió hace cien años —exclamó Levy.

—Creo que alguien encontró la forma de protegerla… a ella y al otro ser que se encontraba a su lado —contestó Ramil, mientras su mirada se perdía en un punto indefinido del techo de la cúpula—.

Tiene que haber sido un galdur muy poderoso, no me imagino cómo… —El galduriano se rascó la barba—. El resto de las respuestas se perdieron.

—Entonces, ¿hay más seres como ella? —preguntó Kal con el ceño fruncido—. ¿Más galeanos?

—Así parece por lo que acabamos de ver —replicó Ramil.

—¡No lo puedo creer! —expresó Levy.

Nadya agachó el rostro y miró un punto en el suelo, afligida. Contrario a lo que había creído, la lectura del medallón no mejoró su situación. Aún no tenía memoria de su pasado. Aún no tenía respuestas. Ramil tan solo confirmó lo que ella ya había intuido.

—¡¿Por qué no puedo recordarlo?! —preguntó entonces con desesperación.

—Ahí está lo más impresionante del asunto —contestó Ramil, alzando la barbilla de Nadya, de modo que sus ojos se encontraran —. Un puerelo como yo debe haber borrado tu memoria para protegerte. Si hubieras ido por ahí diciendo que eres una galeana, el encuentro con la especie equivocada te hubiese llevado a una muerte segura.

—¿Y ese otro puerelo…? —comenzó a indagar Levy.

—Reconocería su firma aunque hubiesen pasado quinientos años —afirmó Ramil, alzando ante la mirada de los jóvenes los trozos de cobre—. Este medallón fue tallado por mi hermano mayor, Gerom, quien se desempeñaba como consejero del rey cuando Défer atacó el castillo de Odenisio. —Giró el objeto entre sus dedos—. ¡Cherlat y yo lo creímos muerto! Pero ahora pienso que es probable que haya

logrado escapar ese día y, considerando lo mucho que vivimos los puerelos, que se haya encargado él mismo de poner a Nadya y a otros galeanos a salvo.

—¿Será posible encontrarlo? —preguntó Kal.

—¡Él mismo nos dejó la respuesta en la última inscripción! —gritó el puerelo, mientras se acercaba a las estanterías.

Ramil empezó a analizar con la mirada algunos de los pergaminos. Abrió un par y los arrojó al suelo, entre gruñidos. Hizo chasquear su lengua en el momento en que encontró lo que buscaba.

Cuando les hizo una seña con la cabeza, Kal, Levy y Nadya se acercaron para observar un mapa de Melliedor.

—Debemos ir a las lejanas ruinas de Quelensaid, la antigua ciudad ubicada en el borde de los terrenos de los tres clanes —dijo Ramil.

Apuntó el dibujo de un lugar marcado por dos grandes pilares, iguales a los que habían divisado a partir de las inscripciones del medallón.

—Sí, sí… —Ramil golpeteó el mapa varias veces, confirmando su decisión— debemos partir cuanto antes. Tres días de viaje… o quizás podríamos acortarlo.

—¿Quelen… Quelensaid? —balbuceó Levy, sintiendo que sus piernas flaqueaban.

Aunque el chico jamás había estado en ese lugar, conocía muy bien su historia. Más de una vez había escuchado a sus hermanos cantar sobre lo que allí había ocurrido.

La ciudad de Quelensaid estaba en el borde de las tierras de Odenisio, Ademia y Défer. Era un lugar de clima muy helado, pero

de hermosos paisajes: anchos lagos de aguas cristalinas y majestuosas montañas cubiertas de nieve. Además, por su ubicación, era un perfecto punto de encuentro entre los líderes de los clanes, donde estos llevaban a cabo consejos y celebraban tratados. Por esta razón, se habían construido enormes fortalezas y castillos que servían de hogares temporales a sus respectivos representantes y familias.

Sin embargo, su belleza había sido destrozada con el alzamiento de Défer. Quelensaid fue la primera ciudad en ser atacada por su ejército. Ahora, todo lo que quedaba de los edificios donde humanos y galdurianos alguna vez habían compartido eran tétricas ruinas.

—Así es, jovencito. —Ramil le dio un golpe suave en la espalda—. ¿Qué me dices? ¿Estás listo para ir a Melliedor? —le preguntó entre risas—. Necesitaremos un fornatos como tú para afrontar los peligros que se nos presenten.

A pesar del relajado tono de Ramil, los dientes de Levy comenzaron a castañear. No se sentía tan fuerte como el mentor imaginaba. No era intrépido ni aventurero como sus hermanos, por algo había sido el único en quedarse atrás cuando ellos decidieron alistarse en la Guardia.

—Ramil —pronunció Kal. Tras una pausa, el joven agachó la mirada. Nadya no creía haberlo oído hablar con una voz tan débil antes—. ¿Crees que Gerom sepa por qué ella pronunció mi nombre en la cueva?

Ramil se volteó para mirar a su aprendiz fijamente y soltó un suspiro. Cuando Kal vio que este le dedicaba una sonrisa, se sintió

aliviado.

—Si hay alguien que puede responderte, no me cabe duda de que es él —contestó—. Estás cerca. Me atrevo a decir que estás lo más cerca que jamás has estado de al fin tener respuestas acerca de lo que le ocurrió a tu familia.

Entonces la mirada del puerelo se posó en cada uno.

—Y esto, queridos, cambiará el rumbo de los acontecimientos de Melliedor. Existiendo todavía un lazo entre galdurianos y humanos tan poderoso como el que Nadya y otros seres de su especie representan, la idea de iniciar una guerra contra la humanidad, lo que líderes como Hinnegal o Theodosia pretenden, pierde sentido. Por primera vez hay verdadera chance de que los humanos nos escuchen, que se nos unan. ¡Estamos ante una pieza clave del futuro de estas tierras!

—Pero, yo soy solo una chica… —murmuró Nadya, encogiéndose de hombros—. Ni siquiera he logrado manipular mi galdur.

—Paciencia, Nadya. No te preocupes —respondió Ramil con calidez—. Si algo me han enseñado estos doscientos soles de vida, es que todo ocurre a su debido tiempo —Le guiñó el ojo— durante el cual debemos procurarnos de buena compañía.

Ramil puso los trozos del medallón en la mano de la chica y se la cerró con delicadeza. El tacto del helado metal contra su piel la hizo estremecerse. Ramil prosiguió hablando con una sonrisa dibujada en el rostro:

—Además tendremos como defensa a un implacable fornatos. —Levy dio un paso atrás y agachó la cabeza—. Y, en el otro flanco, a mi

increíble aprendiz.

Ramil apuntó a Kal con la cabeza, mientras el chico desviaba la mirada, avergonzado. La joven lo miró fijamente.

—Este muchacho, Nadya —prosiguió—, tiene un galdur único, que ya no existe en ningún otro portal de Melliedor, y que está aprendiendo día a día a manejar con mayor destreza. No tendremos un mejor guía en este viaje. —Ramil hizo una pausa y alzó la voz—: Y yo puedo parecer viejo, pero prometo que aún me quedan unos cuantos soles de vida y que mis habilidades con la espada siguen siendo sorprendentes.

Levy miró el piso, aturdido por sus dichos, y Kal dejó de sostener con tanta fuerza el báculo. Nadya, por su parte, se sentía mucho más tranquila y segura.

A pesar de sus deseos, aquel cómodo y cálido ambiente no tardó en quebrarse. Repentinamente, Kal se irguió y miró de un lado a otro con desconfianza. Su mentor y Levy lo imitaron.

—Será mejor que bajen —espetó Ramil.

Kal se movió por la sala y abrió la puertecilla del subterráneo. Hizo una seña para que los demás lo siguieran.

Levy se puso deprisa junto a él y se arrojó de un salto. Nadya miró a Kal con duda y siguió al joven fornatos. Cuando cayó a su lado, se sacudió el polvo. Advirtió que Levy estaba temblando. Antes de que pudiera preguntar qué ocurría, el chico le hizo un gesto para que esperara. Kal se les unió y comenzó a cerrar la puerta sobre sus cabezas con lentitud, procurando emitir el menor ruido posible. Su mirada se encontró con la de Ramil. Ambos asintieron. El puerelo le

dedicó una alentadora sonrisa.

El subterráneo no era muy espacioso, por lo que los tres jóvenes quedaron con las piernas pegadas al torso y sumidos en un ambiente más oscuro que el resto de la cúpula. Veían el polvo flotar junto a sus narices, a medida que el aire se caldeaba con su respiración.

En un rápido movimiento, Kal le arrojó a Nadya su capucha.

—Cúbrete o podrán olerte —le susurró, desviando la mirada hacia los barrotes.

Asustada, Nadya se tapó la cabeza y el resto del cuerpo lo más que pudo.

—¿Quiénes?

Kal le hizo una seña para que se mantuviera en silencio.

Luego de soltar un resoplido, el chico se ubicó en una de las esquinas del subterráneo y abrió, con la ayuda de su bastón, un pequeño hueco que llevaba a otro espacio oculto bajo la cúpula. Levy y Nadya lo siguieron.

Se introdujeron en una habitación más extensa, oculta bajo el centro de la sala. Debido a lo desigual que era el piso de madera y los huecos que se formaban entre ella, podían ver a Ramil moviéndose entre los pergaminos con aparente naturalidad. A pesar de que todo lucía bien, Kal respiraba agitado. Nadya comenzó a inquietarse todavía más.

En el momento que la puerta de entrada de la cúpula se abrió de golpe, ninguno de los galdurianos manifestó sorpresa. Todos, salvo Nadya, habían sido ya capaces de percibir extraños ruidos fuera. Sin embargo, la inquietud fue creciendo entre ellos a medida que los

segundos transcurrían. Desde el escondite no podían ver quiénes ni cuántos eran.

Solo cuando uno de los intrusos comenzó a hablar en una peculiar voz pastosa, Nadya fue capaz de identificarlo. Lo había oído hace poco, en la Gran Corte, profiriendo un discurso contrario a los humanos.

—Buenos días, Hinnegal —pronunció Ramil, sin quitar la vista de un desgastado pergamino.

Levy y Kal alzaron los rostros y lograron ver pasar, justo sobre sus cabezas, a dos galdurianos de armadura cargando largas vainas color oscuro, seguidos por el líder de los fornatos de Cabo Viejo.

—Vaya espacio del que te has adueñado, Ramil

Hinnegal habló mientras se adentraba en la habitación a paso confiado, haciendo caso omiso a la cortesía del puerelo.

—Ser uno de los ancianos de por aquí tiene sus privilegios —replicó Ramil, despegando los ojos del pergamino y enseñando una sonrisa—. Quizás, cuando en unos años decida construir un nuevo despacho, te lo regale. En poco tiempo esta espalda no me permitirá subir esos empinados y estrechos escalones.

Ramil tomó el pergamino en el que estaba trazado el mapa, que permanecía abierto sobre el escritorio. Lo fue enrollando con cautela.

—Gracias por el ofrecimiento —expresó Hinnegal, todavía bordeando la sala, registrando cada rincón con la mirada—. Pero no creo que la necesite. Esperaría que para ese entonces ya no estuviéramos encerrados en este portal —acompañó esa frase con una sonrisa afilada.

—Es una posibilidad —respondió Ramil con calma.

Cuando uno de los soldados se acercó a la trampilla por la que los jóvenes habían descendido, el puerelo continuó rápidamente la conversación.

—¿En qué puedo servirte, Hinnegal? —preguntó Ramil, ordenando los libros que antes había arrojado al suelo.

—Buscaba algo… que no parece estar aquí —respondió Hinnegal, todavía dando vueltas por la cúpula.

Sus acompañantes lo siguieron. El brillo de las armaduras contra el sol encegueció a Nadya por unos segundos.

—La niña que presentó Dercan ante la Gran Corte… ¿Todavía no es trasladada aquí?

Nadya aguantó la respiración.

—Como puedes ver, no. De lo contrario habría hecho mi trabajo —enfatizó Ramil, posando las manos sobre su panza.

Hinnegal soltó un gruñido e hizo una seña a los galdurianos para que se ubicaran a su lado.

—Y tu protegido, ese chico problemático… —mencionó Hinnegal, demostrando desinterés—. No lo he visto en Cabo Viejo por un buen tiempo. ¿Sigue causando destrozos en las aldeas humanas?

Nadya y Levy miraron a Kal, quien tuvo que contenerse para evitar que su bastón emitiera chispas.

—¡Vamos! —Hinnegal alzó los brazos al hablar y dio a Ramil unos golpecitos en el hombro, que lo miró con cara de pocos amigos—. Ríe un poco, viejo. —Hizo una pausa para girar sobre sus talones—. Además, no lo juzgo. Creo que, de todos nosotros, tu curioso amigo

es el que ha actuado de manera más sensata. ¡Quién no quisiera estar día y noche en Melliedor!

—No lo he visto últimamente, Hinnegal —contestó Ramil—. Es un chico inquieto. No podría esperar que alguien de su edad estuviera todo el tiempo siguiendo a un vejestorio como yo.

Uno de los galdurianos comenzó a acercarse lentamente hacia la trampilla otra vez, olisqueando el aire. Nadya aferró la capucha con mayor firmeza. El puerelo se puso en estado de alerta.

—¡Pero bueno…! —dijo Ramil con gran potencia, haciendo que el sonido de su voz rebotara en las paredes, llamando la atención del soldado—. Si eso es todo lo que necesitan, al salir podrías aprovechar de preguntarle a mi hermana, dónde tienen a la humana para dejar listas mis tareas. No quisiera que este revuelo continuara por más tiempo.

Nadya escuchó a Kal y Levy suspirar aliviados.

Ramil se giró y continuó enrollando algunos pergaminos que estaban junto al escritorio. Hinnegal, en cambio, no se movía. Estaba de pie en el centro de la sala analizando fijamente cada uno de sus movimientos.

—Deja esta farsa, Ramil —pronunció en un tono mucho más cortante y severo que el que había empleado hasta entonces—. Dime dónde está la humana. Siento ese sucio rastro de leña quemada por toda esta habitación.

A pesar de su rudeza, Ramil se volteó para mirarlo, sin perder la moderación.

—Ya te lo dije. Desconozco su paradero y esperaría que estuviera

aquí pronto —reiteró—. Al igual que yo, oíste la sentencia de la doncella Cherlat…

Hinnegal lo interrumpió con rapidez:

—¡Una sentencia ajena a los tiempos que vivimos como galdurianos! —gritó.

—Una sentencia justa y que se condice con la memoria de Melliedor —precisó Ramil, con los ojos fijos en uno de los pergaminos.

—Memoria, memoria… —repitió Hinnegal—. ¡La memoria es lo que nos tiene estancados, incapacitados de dar pasos al nuevo futuro!

—El pasado es nuestra única esperanza —concluyó Ramil con gravedad—. Quienes olvidan la historia, están condenados a cometer los mismos errores.

Sus miradas se encontraron, mientras que por la túnica dorada de Ramil empezaba a gotear un rastro de sangre proveniente de su pecho. El puerelo miró hacia abajo y se percató de que una bruma amarillenta envolvía la espada incrustada en sus costillas. Hinnegal, en un movimiento veloz y preciso, había manipulado su galdur de fornatos para arrojarle el arma que cargaba en su bandolera.

Kal se dejó caer hacia atrás, incapaz de continuar mirando la escena, mientras Levy tapaba la boca de Nadya evitando que se le escapara un grito. Sobre sus cabezas, Ramil se desplomó de rodillas al suelo, provocando que toda la estancia temblara.

—Ahí es donde te equivocas, viejo. —Hinnegal hizo un movimiento con la mano y la espada giró en el cuerpo del puerelo,

quien se retorció de dolor—. La esperanza es la revolución, la que ya no requerirá de tus servicios como «recordador».

Hinnegal hizo una señal con los ojos a quienes lo acompañaban y luego echó su brazo hacia atrás. La espada cayó junto al cuerpo inerte de Ramil, el que oscureció por completo el escondite donde Kal, Levy y Nadya se encontraban.

Entonces, el fornatos pronunció su primera orden como autodesignado líder de la Guardia de Cabo Viejo:

—Quemen este lugar.

CAPÍTULO DOCE



Cientos de pergaminos fueron amontonados en el centro de la estancia por Hinnegal y los miembros de la Guardia que lo acompañaban.

Kal miraba de un lado a otro, aturdido y lleno de rabia. Su mentor, el único que todavía confiaba en él y sus capacidades, había muerto sobre su cabeza, mientras el trabajo de recolección de la historia de Melliedor era destruido sin que él pudiera hacer algo para evitarlo. Golpeó el suelo con el puño y se apoyó en este con la vista fija en el piso, destrozado.

De golpe, el escritorio fue arrojado justo sobre su escondite, provocando que Kal, Levy y Nadya quedaran sumidos en la más completa oscuridad.

Levy observaba sus propios dedos tiritar. La mirada de Kal estaba completamente perdida. Cuando más estanterías se desmoronaron sobre sus cabezas Nadya supo que no podían quedarse ahí.

—¿Kal?

El joven escuchó que Nadya lo llamaba desde lejos. El olor a leña quemada se coló por su nariz.

—¿Kal? —repitió.

El chico sentía que su mirada se perdía en un espiral sin fondo y su rostro se desdibujaba en el aire.

Entonces alguien comenzó a sacudirlo por los hombros con rudeza.

Frente a su rostro anonadado, divisó los ojos oscuros y desesperados de Nadya. Sus labios gesticulaban palabras que llegaban mudas a sus oídos. Confundido, Kal giró la cabeza y observó que Levy miraba hacia arriba con temor mientras se cubría la nariz.

Una columna de humo se estaba formando sobre ellos.

—Va… vamos… —Las palabras de Nadya se fueron construyendo lentamente en su mente—. Vamos, Kal. ¿Puedes sacarnos de aquí?

Kal se echó hacia atrás y aferró el bastón. Sacudió su cabeza para quitarse la imagen de Ramil cayendo al suelo. Si no se concentraba en buscar una salida, acabarían con ellos también.

Desde arriba, los gritos de Hinnegal llegaron con toda claridad.

—¡Que arda! ¡Que arda el pasado! —clamó el líder de los fornatos, acompañando sus vítores con una carcajada.

El repiqueteo de las llamas al consumir la madera empezó a sonar cada vez más cerca de los jóvenes, mientras el humo negro se colaba por la habitación.

—¿Qué haremos respecto a la humana y sus dos guías, el

tempestario y el fornatos, a quienes Dercan mencionó? —escucharon que decía uno de los miembros de la Guardia. Los tres jóvenes se quedaron inmóviles.

—No me preocuparía demasiado —señaló Hinnegal, volteando con el pie el cuerpo de Ramil. Cerró sus párpados con la ayuda de su espada, la misma que había enterrado en su pecho instantes atrás—. Son solo unos chicos. Tienen que estar merodeando por Cabo Viejo. No será difícil encontrarlos.

Kal buscó a los demás entre la humareda, mientras los ojos le escocían y la garganta comenzaba a arderle.

—Hay que irnos —murmuró, tosiendo. Ambos asintieron.

Kal abrió con su bastón un túnel oculto a sus espaldas, muy pequeño como para cruzar de pie. Avanzó rápidamente de rodillas seguido por Levy. Nadya no pudo evitar mirar hacia atrás antes de entrar. A duras penas logró distinguir la silueta de Hinnegal, moviéndose con los brazos extendidos junto al cuerpo de Ramil.

—¡Que arda! —Fue lo último que escuchó antes de adentrarse de forma definitiva en una nueva y profunda oscuridad.

El olor a leña quemada se hacía cada vez más intenso. Aceleraron el paso hasta llegar a un punto en el que Kal sintió la textura de una puerta. El joven se hizo a un lado y la abrió tirando de una ranura metálica que solo existía de ese lado del túnel. Cuando se dejó caer, Nadya y Levy se arrojaron tras él.

Llegaron a la primera sala por donde se habían introducido antes al despacho de Ramil. La diferencia era que ahora el escritorio estaba destruido junto a la pared. De alguna forma, Hinnegal lo había

empleado para abrir el pasadizo secreto hacia la cúpula. La visión hizo que el bastón de Kal empezara a emitir chispas mientras gruñía para sus adentros. En un arrebato de furia, el chico golpeó una de las rocas y logró cerrar la entrada al pasaje.

—Nos dará un poco de tiempo, pero no el suficiente —masculló Kal, dando vueltas por la sala y respirando agitado.

—¿Qué está ocurriendo? —preguntó Levy al aire, mientras su mirada se enfocaba en el paisaje tras la ventana, cuyo vidrio estaba ahora completamente roto.

La entrada a la Gran Corte era un caos. Un grupo de galdurianos había logrado romper la puerta que, ese mismo día, Nadya y Dercan habían cruzado. Aprovechando la instancia, una multitud enardecida se había colado a la fortaleza, dirigiéndose al patio principal sin que los pocos miembros de la Guardia pudieran detenerlos. Un par de fornatos lograron desprender las antorchas de sus barreras metálicas y las arrojaron al centro. Otros galdurianos del mismo clan, trasladaron unas banquetas de madera hacia el lugar, las que empezaron a consumirse con rapidez, formando una gigantesca hoguera púrpura. Unos salibers cargaban inmensos lotes de pergaminos, al tiempo que gritaban hacia la multitud que se estaba congregando en el centro de la Gran Corte: «¡No aceptaremos nunca más estas sentencias!». Lanzaron entonces el papel al fuego, intensificando el humo y la potencia de las llamas.

De pronto, un reducido grupo de soldados se acercó a la escena. Intentaron detener a los salibers, pero estos se movieron a gran velocidad hacia el otro extremo de la hoguera. Los miembros de la

Guardia, terestenos que todavía eran leales a la doncella Cherlat, no se dejaron intimidar. Alzaron sus espadas hacia los salibers y comenzaron una carrera que fue interrumpida por la bruma amarillenta de los fornatos. El paisaje sombrío de Cabo Viejo se tiñó de los distintos colores del galdur mientras los galdurianos se enfrentaban unos a otros.

—Es la revolución —explicó Kal, mirando hacia afuera. Lo que su mentor tanto temía se había hecho realidad—. Van a comenzar una guerra contra los humanos y de paso se desharán de todos nosotros… todos los galdurianos que no compartimos sus ideales. Tal como lo hicieron con Ramil. —Un sabor ácido le recorrió la garganta.

Una fuerte explosión sacudió el piso y los obligó a cubrirse la cabeza, evitando los pedazos de roca que cayeron desde el techo. El estruendo había sido tan poderoso y cercano que por unos instantes no pudieron escuchar absolutamente nada.

Aturdido, Kal se giró hacia la pared donde estaba el pasadizo que llevaba a la cúpula. Seguramente Hinnegal ya había destruido todos los pergaminos y libros que hablaban sobre la amistad humano-galduriana. No tardaría en salir.

Mientras Nadya y Levy tosían, Kal se volvió hacia ellos, respirando con dificultad.

—Debemos salir de Cabo Viejo cuanto antes —anunció Kal— e ir a Quelensaid.

—¿Qué? ¿Qué dices? —soltó Levy entre balbuceos—. ¡Mira lo que pasó allá arriba! —sus palabras fueron interrumpidas por una

intensa tos—. Asesinaron a uno de los líderes, uno de los que sobrevivieron a los ataques de Défer hace cien años. ¡Es demasiado arriesgado!

—¿Crees que no lo sé? —inquirió Kal con furia, aferrando a Levy por el cuello de su camisa y elevándolo un par de centímetros del suelo.

Al darse cuenta de lo que estaba haciendo, Kal dejó caer al chico, jadeando.

—Tú mismo los escuchaste —continuó entre murmullos, intentando calmarse—. Nos están buscando, Levy. Tanto Hinnegal, como los demás soldados de la Guardia que se le han unido. Y no se van a detener hasta que nos encuentren. No tenemos alternativa, debemos escapar.

Aquella afirmación hizo que a Levy se le erizara la piel. La última vez que había estado en Melliedor, los caballeros de la Legión no tardaron en tomarlo prisionero. ¿Cómo se suponía que iba a sobrevivir allá afuera, sabiendo que era incapaz de manipular su galdur para defenderse? No quería correr el mismo destino que sus hermanos. No quería ser del grupo de galdurianos que iban a Melliedor para jamás volver.

Kal leyó el temor en sus gestos y continuó hablando, esta vez intentando apaciguar el tono de su voz:

—Te sacaré de cuantas amarras de la Legión necesites, lo prometo. Pero no puedo hacer esto sin un fornatos —aseveró, palpando el hombro de su amigo.

Levy tragó con fuerza, su mirada se encontró con la de Kal. A

veces olvidaba que tenían la misma edad, diecisiete soles, ya que el tempestario lucía mucho mayor. Sus ojos tenían un aspecto cansado y sus facciones eran firmes como las de un adulto. La vida que había llevado fuera de los portales, eludiendo a la Legión y consiguiendo por sí mismo lo necesario para sobrevivir, lo obligaron a crecer mucho antes que él y el resto de los galdurianos de su generación.

Comenzó a asentir con lentitud. Pensó que si había alguien lo suficientemente audaz e inteligente como para salir con vida de aquel desastre y guiarlos con gran sigilo por Melliedor era Kal. Además, ya nada lo amarraba a Cabo Viejo.

Una nueva explosión sacudió la habitación. Las estanterías cayeron junto a Nadya, quien alcanzó a alejarse en el momento justo. Desde el pasadizo, por los bordes de las rocas, el humo proveniente de la cúpula empezó a filtrarse, manchando el techo con un intenso color negro.

—¿Qué hacemos entonces? —preguntó Levy de golpe—. Estamos atrapados en un edificio que está por caer, no tenemos cómo llegar a las entradas del portal para escapar, tampoco armas para defendernos.

Nadya miró por la ventana. Sus ojos chocaron con la batalla que se estaba librando entre algunos miembros de la Guardia y los fornatos, cuyo galdur había envuelto el paisaje en amarillo. Estos últimos habían logrado derribar algunos pilares del edificio, provocando que toda la estructura se tambaleara y que pasillos completos se desplomaran, arrojando una nube de polvo. En el interior de la Gran Corte, las hogueras que la multitud había encendido causaban ahora

grandes explosiones. Los vitrales se rompían, la madera se consumía a una velocidad imparable y los galdurianos proferían exclamaciones al cielo, avivados por el desastre que estaban causando. Una minoría de ellos, alejados de la rotonda, observaban la escena con desconcierto y temor. Todos sabían que Galduria estaba dividida, pero nunca imaginaron la violencia con que ello se manifestaría.

—Creo que sé de alguien que nos podría ayudar… —sostuvo Nadya, encontrando los ojos de Kal—. Dijiste que todos los líderes de la Gran Corte tenían despachos en este edificio, ¿no es así?

Nadya pronunció las siguientes palabras en un hilo de voz:

—Quizás aún no sea demasiado tarde…



Kal comenzó a bajar rápidamente las escaleras, mientras Nadya y Levy lo seguían desde atrás. Una vez que estuvieron en el primer piso, Nadya advirtió que tanto la carreta como el caballo blanco seguían donde los habían dejado. Ella y Kal se miraron con complicidad. El chico saltó sobre el animal, mientras Nadya y Levy deshacían las amarras.

Al mismo tiempo, tras un fiero golpe en la pared, se abrió una puerta. Por ella se coló una muchedumbre enervada. Nadya saltó al caballo con la ayuda de Levy para ubicarse detrás de Kal. Levy hizo lo mismo desde una de las maderas que sobresalían de la carretilla.

Aunque la mayoría de los galdurianos siguió corriendo hacia la sala de audiencias, uno de ellos se detuvo de golpe. Entrecerrando

los ojos logró reconocer a Nadya.

—¡Es la humana! —gritó, provocando que dos salibers, que ya se habían introducido en un pasillo aledaño, se voltearan.

Los salibers comenzaron una veloz carrera hacia la chica, provocando que lo único visible de sus cuerpos fuera una brisa azulina.

—¡Kal! —vociferó Nadya, mientras el chico se acomodaba sobre el caballo. Cuando en sus ojos se reflejó el azul de los galdurianos, creyó que no había escapatoria. Los salibers no tardarían en llegar a su lado.

Levy, sentado justo sobre la cola del caballo, sintió sus mejillas arder y cómo sus brazos se tensaban. Observó a los salibers fijamente y alzó el rostro hacia el techo.

Ante la mirada atónita de Kal, Levy bajó del caballo de un salto. Extendió los brazos y levantó las palmas de sus manos, sintiendo la bruma amarillenta recorrer la punta de sus dedos.

—Levy, ¡¿qué haces?! —vociferó Kal.

Sin darle más vueltas, Levy dejó salir el resplandor amarillento. Pero no logró controlarlo para lograr su objetivo. En lugar de dirigirse al techo para que cayera sobre los salibers, la bruma chocó con uno de los pilares del edificio. Este se tambaleó y cayó con un golpe seco, cruzando todo el túnel. Los salibers, que estaban demasiado enfocados en alcanzar a la chica, no vieron venir el impacto. La fuerza con la que el pilar colisionó contra el suelo los impulsó hacia atrás. Ambos salieron despedidos por el aire y se desplomaron inconscientes, muy lejos de la carreta.

Levy se volteó, conmocionado, y Kal dio unos golpecitos al caballo para que avanzara hacia él. Tomó al chico por la camisa y Nadya lo ayudó a aferrarse al animal. El relincho que este dejó salir hizo eco por todo el túnel.

—Te dije que serías útil —alcanzó a mencionar Kal antes de que el caballo se parara sobre sus patas traseras y comenzara a galopar por el pasillo, cargando a los tres chicos sobre el lomo.

Mientras cruzaban por el edificio hasta uno de los últimos despachos de la Gran Corte, se toparon con un pasillo cuyo suelo estaba cubierto de pedazos de vidrios que habían formado parte de preciosos vitrales. Ahora solo quedaban espacios vacíos en las paredes, desde los cuales se podía ver el desolador panorama de Cabo Viejo.

Los jóvenes observaron que en el primer piso, los miembros de la Guardia todavía leales a Cherlat, estaban siendo derrotados por un grupo de fornatos revolucionarios. Los soldados, amenazados por colosales rocas que estos hacían levitar envueltas en una bruma amarillenta, alzaban los brazos en señal de rendición, al tiempo que sus espaldas chocaban con una de las paredes del edificio.

En sus rostros se reflejaba el miedo y el fuego de una pira mucho más extensa que la que había sido formada en un inicio. En ella ya no solo ardían bancos de madera y pergaminos, sino también coloridos telares representativos de cada uno de los clanes.

Ahí, bajo sus pies, Galduria se estaba destrozando a sí misma.

A lo lejos divisaron cómo más grupos de galdurianos avanzaban por la rotonda, cargando las antorchas que antes se habían

mantenido fijas en las puertas de sus casas. Se unían al caos, se unían a la revolución. Los clamores del pueblo llegaron a sus oídos: «¡Viva Galduria!», «¡Recuperemos Melliedor!», «¡Acabemos con nuestros enemigos!».

Luego de observar aquella escena, tanto Levy como Nadya se enfocaron en la cúpula, de la cual alcanzaban a tener una vista completa.

La grandiosa construcción de cristal en donde habían estado hace unos minutos, ahora estaba rodeada por llamas de intenso tono púrpura. Cuyo calor, aún a la distancia, rozaba sus mejillas. Daba la sensación de que una inmensa criatura de fuego la devoraba sin tregua, reduciendo su majestuosidad a meros trozos de metal sin forma. A su vez, una seguidilla de explosiones en su interior presagió lo que era evidente: en cualquier momento la cúpula se vendría abajo y, con ella, la mayor parte de la Gran Corte.

Nadya se encogió de hombros y sintió un escalofrío recorrerle la espalda. Posó la mirada en el cabello cobrizo de Kal, quien se mantenía con la vista fija al frente, sin prestar atención a lo que ocurría. El joven no se sentía capaz de observar, era demasiado doloroso.

Así, al tiempo que en los ojos de Nadya y Levy se reflejaba el fuego púrpura, Kal se limitó a azuzar al caballo para que avanzara más deprisa, dejando atrás el desastre y la tristeza que se habían apoderado de Cabo Viejo.

Lo único que estaba en su mente era su próxima parada, donde esperaba encontrar una salida.

Era su única esperanza.

CAPÍTULO TRECE



Doblaron por un oscuro pasillo . Cuando sintieron pisadas en el otro extremo, Kal detuvo el galope del caballo con un fuerte tirón. Haciendo un gesto a Levy y Nadya para que permanecieran callados, el chico asomó la cabeza por la pared, dando espacio a los otros dos para que también observaran.

Dos galdurianos en armadura cargaban a un ser por los brazos, sosteniendo con la otra mano dos largas lanzas. Los pies de este último se arrastraban por el suelo de piedra sin emitir sonido, mientras su cabeza caía hacia el lado, envuelta en una gran masa de pelo.

Tras asegurarse de que no quedaban merodeadores, Kal descendió del animal, seguido por Levy. Este le ofreció la mano a Nadya y la ayudó a bajar. Kal apuntó una puerta y juntos se acercaron a ella.

Se quedaron en silencio, observando la madera tallada con el dibujo de un extraño árbol de ramas que caían desde el extremo

superior hasta abajo, formando curvas que terminaban en flores de pétalos alargados.

—¿Y si… ahí dentro nos esperan otros miembros de la Guardia? —preguntó Levy, interrumpiendo aquella falsa calma.

El hecho de que Hinnegal estuviera acompañado de dos galdurianos en armadura, y que un reducido número de miembros de la Guardia hubiese sido acorralado lo hicieron evidente: la Guardia, al igual que el resto del pueblo de Galduria, estaba dividida. Seguramente algunos soldados continuaban siendo leales a Cherlat, pero parecía que la mayoría ya había cambiado de bando y apoyaba la revolución.

Nadya y Kal se miraron y soltaron un suspiro. Ninguno sabía qué esperar de aquella visita.

—No tenemos otro plan —mencionó Nadya después de morderse el labio.

—Al menos no siento pasos ni sonidos adentro —dijo Kal.

Levy asintió con nerviosismo.

—Hay que intentarlo —susurró Nadya, mientras hacía esfuerzos por sonreír entre dientes.

Kal se acercó a la puerta, con dudas. Sin embargo, antes de que pudiera tocarla con sus nudillos, esta se abrió lentamente. El movimiento fue acompañado de un suave rechinar. Solo entonces advirtieron que había dos enormes rasguños cerca de la cerradura.

La puerta ya había sido forzada.

Kal y Levy se mantuvieron inmóviles. Nadya, en cambio, sin meditarlo, arrojó ambos brazos hacia la madera y la abrió de golpe.

—¿Hola? ¿Señor Griorg? —preguntó—. Necesitamos su ayuda. Nosotros… —Nadya se detuvo y dejó escapar otro suspiro, pensando en sus siguientes palabras—: No queremos hacerle daño. Estamos con usted, con su causa en favor de los humanos y Galduria.

Nadya pestañeó varias veces para acostumbrarse a la penumbra que se abría ante ella. Su avance fue imitado por los pasos temblorosos de Levy; más atrás, Kal sostenía las riendas y se movía desconfiado.

Cuando Nadya se adentró todavía más en la habitación, sus pies chocaron con una tela blanca, expuesta sobre cuatro tablillas de madera. Volteó el objeto y sus ojos se encontraron con un retrato familiar: un hombre de bigote rojizo y cabellera densa, junto a una mujer de rostro pálido y mirada juguetona que sujetaba a dos niñas con el cabello del mismo tono que el de su padre.

Lentamente, Nadya alzó la mirada y logró distinguir lo que había a su alrededor.

Estanterías destrozadas con los libros desparramados por el suelo. Ventanales hechos añicos. Cortinas de tela sucia y rasgada con sus soportes rotos. Una larga mesa partida en dos, rodeada de pergaminos esparcidos sin cuidado y un tintero cuyo contenido estaba vertido en medio de la sala.

A Nadya se le hizo un nudo en la garganta.

—Deben haber sido ellos —musitó Kal mientras ponía de pie un colgador. La imagen de los soldados cargando un galduriano por el pasillo regresó a Nadya. La chica dio unos pasos hacia atrás,

temblorosa—. Deben haber llegado justo antes que nosotros…

Pero ella no dejó que el miedo la invadiera. No quería creer en lo que Kal le decía. No tenían otra opción.

—¡Soy amiga…! —Nadya titubeó al pronunciar aquellas palabras —. Anoche conocí a su hija. ¡A Liuna!

—Nadya, es inútil —afirmó Kal, con la mirada fija en el suelo.

—¡Quizás le habló de mí! —continuó ella, haciendo caso omiso a las palabras del tempestario.

Una voz aguda, proveniente de un segundo piso, los tomó desprevenidos.

—¿Nadya?

Por la barandilla vieron la sombra de una chica de baja estatura, cuyo rostro era bordeado por una maraña de cabello rizado. Sus pasos se desviaron hacia una escalera oculta, que la guio directamente al grupo. Levy y Kal la miraron extrañados, mientras Nadya sonreía.

—¡Liuna!

La chica se abalanzó sobre ella, en un abrazo, mientras Nadya sentía cómo su rostro bañado en lágrimas se pegaba a su piel. Notó que su cuerpo pecoso temblaba bajo su liso vestido verde y que sus piernas, cubiertas por medias oscuras, a duras penas lograban permanecer firmes.

—Pensé que eran ellos —sollozó Liuna—. Qué alegría me da verte…

—¿La conoces? —inquirió Kal desde atrás.

Nadya asintió.

—Hablamos mientras estuve encerrada en casa de Dercan. Es su vecina, hija de Griorg —respondió Nadya. Liuna se abrazaba a sí misma—. Ella…

La chica la interrumpió otra vez:

—¡Intenté ayudarte, Nadya! De verdad lo intenté. Ayer por la noche hablé con mi padre sobre los galeanos y hoy quise acompañarlo a la audiencia. Él y yo queríamos que tu historia fuese real, que hubiera esperanza para Galduria, pero… pero es terrible, solo hubo caos… ¡Y ahora se lo llevaron!

Liuna balbuceaba y respiraba de forma entrecortada, mientras las lágrimas escurrían por sus pálidas mejillas.

—Es real, Liuna —afirmó Nadya, acercándose con lentitud—. Todo lo que te dije sobre ser una galeana es real. Lo vimos con nuestros propios ojos, con la ayuda del galdur de Ramil. —El rostro de Liuna se iluminó—. Todavía hay esperanza para la causa de tu padre, para que humanos y galdurianos vivan en armonía.

—Pero no podemos hacer nada encerrados aquí —farfulló Kal—. Si queremos lograr algo, debemos irnos cuanto antes a Quelensaid.

—¿A Quelensaid? —preguntó Liuna.

—Según el medallón ese es el siguiente paso —continuó Nadya—. Ahí hay más galeanos, Liuna. No tengo tiempo para explicarte todo ahora. Pero, tal como me dijiste ayer por la noche, el destino de Melliedor podría estar cambiando.

Un poderoso estruendo los tomó por sorpresa. Se cubrieron para evitar que el polvo cayera sobre ellos.

—Deben ir al subterráneo de la Gran Corte. Sigan por este pasillo y

doblen por las primeras escaleras a la izquierda. No está lejos. Mi padre… —Liuna tragó con fuerza antes de continuar—: Él curó dos dragones heridos y los mantuvo ahí encerrados con la ayuda de otros miembros del clan mientras se recuperaban.

—¿Dragones? —murmuró Nadya, mirando a Kal.

—Es cierto —afirmó él, rememorando el momento en que había escuchado la noticia—. Ramil me lo comentó hace un tiempo. Si todavía están ahí, sería nuestra mejor oportunidad para irnos.

—¿No son criaturas… peligrosas? —preguntó Nadya, sintiendo que vagos recuerdos volvían a su mente.

—Para los humanos, sí —respondió Levy, ocultando una sonrisa irónica—. Inventan horrendas leyendas sobre ellos.

Un nuevo temblor sacudió el suelo. Esta vez, algunas estanterías que todavía estaban en pie cayeron de golpe a su lado.

—Vamos —ordenó Kal, subiendo de un salto al caballo.

Al ver que Liuna no se movía y se limitaba a encogerse de hombros, Nadya se acercó y le habló con calidez.

—No puedes quedarte aquí. Debes ir con nosotros. —Aferró sus manos—. Lo que va a ocurrir aquí es una verdadera guerra.

Pero la voz de Nadya sonó demasiado distante a oídos de Liuna. Rememoraba el modo en que su padre le había dicho que se escondiera para protegerse cuando percibió los pasos acelerados en el pasillo y la feroz entrada de los soldados al despacho. Recordaba su entereza, como Griorg había resistido a las hirientes palabras de aquellos hombres y mujeres enajenados que lo acusaban de traidor, cómplice de las matanzas de los de su propia especie. Él se había

mantenido imperturbable, intentando explicar su pacífica postura a pesar de las constantes bofetadas que Liuna pudo escuchar desde el segundo piso.

—Tu familia… tu padre… —continuó Nadya, mientras las lágrimas resbalaban por el rostro de Liuna—. Él querría que estuvieras a salvo.

Hubo un momento de silencio que se rompió cuando una nueva explosión sacudió la habitación. Liuna desvió la mirada hacia el polvo que cayó sobre su hombro y sus ojos se encontraron con el retrato familiar que yacía roto en el suelo.

—No puedo dejarlos. Él podría volver en cualquier momento, y si no me encuentra…

—Nadya —la llamó Kal en voz baja.

En la mente de Nadya reapareció la escena del galduriano siendo cargado por dos miembros de la Guardia.

—Liuna, escúchame —expresó, mirándola con fijeza—. Él no volverá hoy.

Liuna pestañeó varias veces. Sus mejillas se tornaron mucho más pálidas. No necesitaba que Nadya le diera una explicación. Ella misma había escuchado los violentos golpes que le propinaban a su padre, hasta que sus quejidos se convirtieron en un denso silencio. Sintió una punzada en el pecho. Su padre no volvería hoy. Y su deseo había sido que se protegiera del caos desatado en Cabo Viejo, que encontrara una salida para ella y su familia. Lo que Nadya le había mencionado sobre los galeanos, sobre la posibilidad de un Melliedor en paz, había despertado en ella una nueva esperanza.

Ahora solo le tocaba tomar una decisión.

—¡Si nos quedamos más tiempo, harás que nos atrapen y nada de esto habrá servido! —gritó Kal.

Tanto él como Levy habían percibido ya cortos temblores provenientes de un pasillo cercano y los chirridos del metal golpeteando el suelo. Era evidente que por el pasillo se acercaban más miembros de la Guardia.

—¡No voy a abandonarla aquí! —respondió Nadya con una fuerza que no sabía que tenía, posando sus ojos en Kal.

Su intensa mirada provocó que una corriente helada envolviera al tempestario, causándole un estremecimiento. Ojalá a él no lo hubiesen abandonado. Ojalá alguien hubiera luchado de la misma forma que Nadya lo estaba haciendo por una galduriana a quien apenas conocía.

Kal se bajó del caballo de un salto y se dirigió hacia Nadya y Liuna. Levy se quedó junto al animal, mirando de reojo la puerta a sus espaldas.

—Oh, no. Están aquí… están aquí —fue todo lo que Levy logró pronunciar, mientras subía al lomo del caballo—. Demasiado cerca.

Kal hizo un movimiento con el brazo que obligó a Nadya a echarse atrás. Ahora él estaba frente a Liuna.

—Vienes con nosotros, Liuna —ordenó—. Ya no tienes opción.

La chica asintió con nerviosismo mientras se dirigía al caballo, no sin antes formular un «gracias» con los labios hacia su amiga. Levy la ayudó a subir.

Cuando Kal y Nadya quedaron frente a frente, su bastón empezó a

emitir chispas verdosas.

—Podemos hacerlo, aún queda tiempo —aseveró Nadya.

—Ahí es donde te equivocas, niña —dijo Kal, lanzándole una mirada despectiva—. Tiempo es precisamente lo que no tenemos.

Hizo saltar su bastón por un segundo en el aire y lo tomó nuevamente entre sus dedos.

—Intentaré darnos una ventaja, pero tú debes guiarnos hacia la primera escalera de la izquierda. Baja por ahí hasta llegar al subterráneo. Es probable que mi cuerpo no soporte esta cantidad de energía… haré lo posible por estar presente.

—¿Qué? —Nadya lo miró confundida.

Ahora los pasos y el chirrido del metal contra el suelo se escuchaban excesivamente cerca. Una bruma amarillenta se extendió por el pasillo y retumbó contra una serie de pilares que fueron cayendo, uno a uno, al suelo. La gran velocidad de los salibers provocó que el viento se alzara entre las paredes de la Gran Corte. Nadya desvió la vista hacia la puerta, mientras su cabello revoloteaba junto a su rostro.

Antes que Nadya continuara, la mirada de Kal se perdió en un punto indefinido. Tensó su cuello, luego sus brazos, para finalmente cerrar los ojos. Giró el bastón de madera entre sus dedos y lo mantuvo fijo en una posición horizontal, movimiento que produjo un potente destello verde que obligó a Nadya a cubrirse la cara.

Sin todavía quitar las manos de su rostro, la joven supo lo que Kal había provocado. Tal como había ocurrido días atrás en el bosque, el paisaje a su alrededor se fue ralentizando, sumiéndose en el más

completo silencio.

Nadya miró sus manos y sintió el viento recorrer su piel a un ritmo suave, como una tierna y cálida caricia. Por primera vez advirtió que en aquel estado percibía su cuerpo mucho más liviano. El peso de sus hombros había disminuido y tenía la sensación de que sus pies levitaban a unos cuantos centímetros del suelo. Una sonrisa se dibujó en su rostro, mientras se daba la oportunidad de disfrutar de aquel curioso efecto. Sin mayor esfuerzo, extendió los brazos y observó el polvo elevarse a su alrededor. Pudo ver cómo este se esparcía por la habitación, siguiendo el camino trazado por la brisa… la misma brisa que los salibers habían levantado. La Guardia, recordó de súbito, regresando su mente a la realidad.

Sacudió la cabeza y se giró con rapidez. Su mirada se encontró con el rostro de Levy, haciendo una mueca con los labios, los que se curvaban de un modo prácticamente imperceptible. Lo mismo ocurría con Liuna, quien se aferraba al pelo del caballo en un movimiento que todavía no terminaba. Nadya fijó entonces su vista en la puerta entreabierta. No había rastro todavía de los miembros del ejército. Su paso había sido interrumpido por el galdur de Kal.

Cuando Nadya miró al frente otra vez, pegó un salto. Kal no estaba. Asustada, la chica se volteó y advirtió que el joven había avanzado hacia el caballo y tenía una mano apretada contra la barriga del animal. Poco a poco, destellos verdosos comenzaron a dispersarse por la zona donde ejercía presión, haciendo brillar las paredes del despacho. Nadya frunció el ceño. Sin embargo, antes de que sus miradas se encontraran, Kal se desplomó.

—¡Kal! —gritó Nadya con pánico.

Al llegar a su lado, se percató de que el caballo había comenzado a moverse con naturalidad, a su misma velocidad. En tanto, el resto del paisaje estaba aún sumido en el efecto del galdur.

—¿Kal? —dijo Nadya en un susurro.

Sujetó su cabeza y la apartó de las pezuñas del animal. Ardía. Agitó las manos para darle un poco de aire. Sin embargo, a pesar de sus esfuerzos, el rostro de Kal cayó hacia un lado, inconsciente.

—¡Despierta! —exclamó Nadya, sintiendo cómo su respiración se tornaba cada vez más entrecortada.

Aquel efecto ralentizador que antes le había parecido tan armonioso, la hizo estremecerse. ¿Y si algo le había sucedido? ¿Cómo volvería el mundo a su ritmo regular? ¿Podía ella quedar atrapada en un estado de eterna lentitud?

El caballo comenzó a moverse a su lado con nerviosismo.

—¡Kal, escúchame! —Lo sacudió por los hombros—. Tienes que hacer algo.

Pero él no reaccionaba.

Con el corazón latiendo a gran velocidad, Nadya logró a duras penas subir a Kal al caballo. Lo enderezó para que quedara sentado, con el rostro apoyado en el pelaje. De lo único de lo que no tuvo que preocuparse fue del bastón, completamente sellado entre sus dedos.

—Levy… Levy, necesito ayuda —se lamentó Nadya.

Cuando se acercó para tocarlo, una corriente eléctrica cruzó desde su dedo hasta su espalda, obligándola a echarse hacia atrás. Levy, por su parte, se mantuvo exactamente en la misma posición.

—¡Por favor! —gritó otra vez, desviando la mirada hacia la destrozada habitación—. ¡Alguien ayúdeme!

Nadya sintió cómo lágrimas desesperadas se agolpaban en sus ojos. Agachó los hombros, rendida. No había nada que ella pudiera hacer para regresar el mundo a la normalidad.

Miró a Kal, tumbado sobre el animal, y se sorprendió cuando un mechón de su cabello se elevó en el aire. La chica enarcó las cejas y observó que el movimiento se repetía una, dos veces. Solo entonces soltó un suspiro de alivio.

No había muerto. Kal respiraba. Estaba dormido.

Nadya asintió varias veces. El caballo relinchó a su lado.

—Tranquilo, amigo —susurró Nadya, dándole unos golpecitos en el cuello—. Estamos bien. Estaremos bien.

Ahora que estaba más calmada, Nadya recordó lo que Kal le había dicho. A esto se refería cuando dijo que le daría tiempo y que ella debía guiarlos. Su desesperación inicial se transformó en rabia. Se lo podría haber explicado directamente, podría haberle ahorrado el pánico que sintió cuando lo vio caer junto al caballo. Nadya apretó los puños, para luego dejar escapar un suspiro. Sus emociones poco importaban ahora. Debía sacar a los demás del despacho de Griorg, mientras Kal mantuviera el mundo ralentizado.

—La primera escalera a la izquierda —murmuró para sí, rememorando las palabras de Kal—. Al subterráneo de la Gran Corte.

Nadya tomó entre sus manos las riendas y comenzó a caminar hacia la puerta.

Al dejar atrás el despacho de Griorg, Nadya se detuvo súbitamente. Apoyada en el marco, una hermosa galduriana de ojos felinos y largo cabello blanco trenzado tenía el rostro girado hacia la habitación. Su mano había quedado pausada en un intento de ponerse la capucha gris con la que tapaba parte de su rostro.

Ante el brusco movimiento, el caballo soltó un grave resoplido provocando que los tres cuerpos que cargaba en el lomo se sacudieran. Nadya ni siquiera lo escuchó. Estaba demasiado absorta en sus pensamientos. ¿Quién era aquella mujer? ¿Hace cuánto estaba ahí? ¿Habría alcanzado a escucharlos? Un escalofrío le recorrió la espalda cuando notó que las pupilas de la galduriana estaban ahora enfocadas en ella. Su gélida y penetrante mirada provocó que las piernas le temblaran.

Perturbada por aquel extraño encuentro, Nadya decidió seguir su camino cuanto antes, por lo que tironeó la rienda con firmeza. El caballo la siguió desde atrás, acompañando su marcha con un relincho mucho más severo que los anteriores. La chica no pudo evitar voltearse luego de un par de segundos, solo para asegurarse de que la galduriana se mantenía en la misma posición en que la había dejado.

Del otro extremo del pasillo, un grupo de fornatos de la Guardia caminaban en su dirección. Pero, gracias al galdur de Kal, a un paso apenas perceptible. A esa misma velocidad dejaban salir de la punta de sus dedos un torrente de bruma amarillenta, dirigiéndola hacia una fila de pilares que todavía estaban en pie.

Sin embargo, el relajo de Nadya no duró demasiado. Los salibers

que acompañaban a los fornatos no estaban completamente estáticos. De alguna manera, con su velocidad podían burlar aquella pausa y se movían a un ritmo constante. Con los ojos fijos en ella.

Nadya se estremeció y tiró de las riendas, iniciando una carrera hasta el medio del pasillo, donde encontró la escalera.

Descendió por el subterráneo a toda velocidad. Lo único que escuchaba era el repiqueteo de las pezuñas del animal contra las piedras de los escalones, y la respiración profunda de Kal, que se balanceaba de un lado a otro.

Nadya cruzó un arco y avanzó por una sala oscura, atenta a cualquier sorpresa. Distinguió un par de puertas y una ventana cubierta por barrotes. Se acercó a ambas e intentó abrirlas, pero fue imposible. Nuevamente estaba atrapada.

Dejó las riendas del caballo sobre un escalón y se movió hacia la ventana. Sacó su cabeza por entremedio de las barras y se estiró para mirar lo más que su cuello le permitía.

Lo primero que logró distinguir fue una estructura blanquecina. Dentro de esta un amplio círculo negro atrajo su atención. Nadya introdujo la mano por los barrotes, en ademán de tocarlo. Justo antes de hacerlo, una corriente eléctrica recorrió todo su cuerpo, de la misma forma en que le había pasado con Levy. Se echó hacia atrás y obtuvo la perspectiva necesaria para darse cuenta de lo que era aquella extraña criatura.

La visión la dejó helada.

Lo que reconoció como un enorme ojo la observaba desde el otro lado. Este formaba parte de una cabeza alargada y chata, cubierta de

rugosas escamas azulinas que parecían brillar en la oscuridad. Tras la cabeza emergían unas orejas lisas con forma de aleta, y dos cuernos de aspecto imponente de tonalidad grisácea que se curvaban hasta unirse en el aire.

Los ojos de Nadya bajaron desde el cuello largo y grueso de la criatura hasta su curvado y esquelético lomo. En el centro sobresalía una fila de puntiagudas escamas. Por el costado un ala que parecía más transparente y de textura fina.

Nadya dio unos pasos hacia atrás.

Eran los dragones.

—Estamos aquí —soltó.

Mientras corría hacia Kal, sintió que la cabeza comenzaba a darle vueltas y que la oscura habitación se estiraba a su alrededor. El dragón pestañeó a sus espaldas.

—Kal… Kal, lo hice. —Nadya posó su mano derecha en la frente y cerró los ojos, aturdida—. Por favor, despierta. Trae todo a la normalidad…

La chica se tambaleó. Escuchó al caballo relinchar y agitarse. El movimiento logró despertar a Kal, quien comenzó a abrir los ojos con lentitud.

—Por favor, detén esto. No sé qué me… —Nadya sentía que se quedaba sin aire—. No sé qué me pasa.

A ojos de la joven el mundo comenzó a girar, impidiéndole mantenerse en pie. Miró al suelo, y se agachó para aferrarse a la tierra con los brazos estirados.

—Nadya —escuchó que Kal pronunciaba, mientras se agachaba

junto a ella. La joven sentía su cálida respiración junto a su cuello—. Nadya, eres mucho más fuerte de lo que crees. Lograste traernos aquí.

—Detenlo —rogó ella, sintiendo que la cabeza le iba a explotar—. Me duele muchísimo.

—Es normal, es tu galdur… aún no sabes manejarlo. —La voz de Kal se fue haciendo cada vez más lejana—. No te preocupes. —Sintió que su mano se posaba sobre su hombro—. Saldremos de aquí. Estarás bien.

—*Estarás bien* —pronunció otra voz, esta vez, dentro de su cabeza —. *Estarás con Kalleghar.*

Kal giró su bastón y Nadya logró tragar una bocanada de aire.

Instantes después, él recogió su cuerpo, el que había caído abruptamente al suelo.



Un relámpago iluminó los ventanales en medio de la tormenta.

Nadya escuchó un gran golpe y el chirriar de una estructura metálica. El sonido fue acompañado de un grito de exaltación de una joven junto a ella, a quien identificó por su densa melena rojiza. A su lado, un chico con las manos teñidas de amarillo miraba la escena con una sonrisa en el rostro.

Una mujer de ojos color hielo.

El batir de unas alas hizo que el cabello de Nadya se agitara por su rostro, mientras era cargada por unos brazos delgados, pero firmes.

A lo lejos, escuchó una sucesión de voces que cuchicheaban entre sí. «La montura», logró oír, «si no la amarras bien, caeremos al intentar salir». Un poderoso rugido la hizo tiritar. «¿Por dónde?», preguntó alguien.

El medallón en la palma de su mano.

Sintió que su cuerpo era extendido sobre una estructura irregular, escamosa. Alguien la sujetaba con nerviosismo.

«¡Ya vienen los salibers!», gritó un chico en tono grave y tembloroso, «debemos partir». Nadya alcanzó a oír sus pasos.

«¡Ahora, Levy!», gritó una voz más lejana.

La joven distinguió cómo la iluminación en la sala cambiaba de un segundo a otro. El paisaje se pintó de amarillo. Poco después, la sacudió una potente explosión. El polvo comenzó a caer sobre sus mejillas.

Estarás bien.

Nadya sacudió la cabeza y tosió repetidas veces para dejar salir la tierra que se había alojado en su garganta.

—¿Nadya? —musitó alguien.

Estarás con Kalleghar.

La joven tosió nuevamente. Apretó los párpados cuando sintió los rayos de sol golpearle el rostro con intensidad.

—¡Está despierta! —anunció un joven de tono risueño.

¡Al rey lo han asesinado!

Aquel grito la sobresaltó. Abrió los ojos de golpe.

Su vista chocó con lo que parecía ser una densa neblina, mucho más blanca de la que recordaba haber visto desde el suelo de Cabo Viejo. Desorientada, Nadya se dio cuenta de que estaba sobre una estructura que se sacudía sin parar.

Temió lo peor.

El edificio se derrumbaría sobre ellos, quedarían atrapados en Cabo Viejo y ella finalmente sufriría el destino que Dercan le tenía previsto: sería el símbolo para iniciar la guerra contra los humanos.

Sin embargo, había algo extraño en aquella visión. El aire ya no estaba cargado de humo y cenizas, no escuchaba el sonido de las explosiones de la cúpula, sino tan solo el suave silbido del viento.

Levantó el pecho con la ayuda de sus brazos y vio a Levy a su lado, aferrado a una montura color café oscuro. Un grave rugido hizo que la chica se alarmara y se cubriera los oídos con ambas manos.

—¡Lo logramos, Nadya! —gritó Levy, asegurándose de que sus palabras no fueran llevadas por el viento que cruzaba con gran potencia por sus rostros—. ¡Salimos de Cabo Viejo!

Nadya se tambaleó mientras recorría con la yema de sus dedos las rasposas escamas del animal. Se echó hacia atrás y alzó la cabeza, sintiendo cómo el gélido aire le helaba la punta de las orejas y enrojecía sus mejillas.

De pronto, el dragón descendió unos cuantos metros. Nadya se aferró a la montura, asustada, mientras Levy gritaba emocionado a sus espaldas. Todavía temiendo que el dragón hiciera otro sorpresivo

movimiento en el aire, la joven alejó el rostro del lomo para alcanzar a ver el paisaje.

Bajo las gigantescas alas de la criatura, se extendía un largo bosque de miles de árboles de copas completamente redondas y superpuestas unas a otras. Parecían esponjosas esferas de tonos verdes y amarillos que formaban caracolas de distintos tamaños. Aquellas figuras eran bordeadas por riachuelos de agua cristalina y espuma blanca, los que se perdían entre quebradas y colinas que acababan en una fila de cataratas. El agua caía sin tregua por un agujero que se abría en medio de la tierra y aparecía nuevamente entre cuevas que constituían la entrada de lo que parecía un nuevo bosque subterráneo, oculto entre las montañas.

La vista era preciosa, mucho más luminosa y llamativa que todo lo que había alcanzado a ver en Cabo Viejo.

Cruzó entonces frente a sus narices un dragón mucho más grande que el que ellos montaban. Mientras la criatura doblaba para quedar más cerca, ladeó su cuello, manteniendo sus alas y piernas extendidas.

Sobre su lomo estaban Kal y Liuna aferrados a la montura. La pelirroja le hizo una seña a Nadya, acompañada de una sonrisa.

—Lo hicimos —murmuró Nadya para sí, sonriendo entre dientes.

Por unos instantes olvidó su caótica llegada a Cabo Viejo, la detención en casa de Dercan, el alboroto durante la audiencia y la violencia desatada en la Gran Corte. Ahí, volando sobre la tierra, se sentía verdaderamente libre y capaz de hacer cualquier cosa.

—¡Lo hicimos! —gritó Nadya—. ¡Estamos en Melliedor!

SEGUNDA PARTE

CAPÍTULO CATORCE



A Nadya le habría encantado continuar volando sobre las montañas todo el día, allí donde no la alcanzaran los problemas entre los galdurianos y humanos, la Orden ni la Legión. Sin embargo, aquel sueño tardó poco en desvanecerse.

A medida que el atardecer se presentaba ante ellos, entre mullidas nubes blancas y coloreando el cielo de Melliedor con tonos asalmonados, siguiendo las órdenes de Kal, los dragones comenzaron su descenso.

Poco a poco, las rocas del cordón montañoso entre las cuales las criaturas se movían se hicieron más visibles: su color marrón oscuro, sus afiladas puntas e incluso, bajo sus pies, la forma en que la tierra era arrastrada por la ventisca que generaba el batir de sus alas.

Al cabo de un rato, tras tambalearse en sincronía, los dragones se dejaron caer en tierra firme y se detuvieron junto a la abertura de una montaña rodeada de gruesas raíces, pertenecientes a inmensos

árboles de ramas curvas. Desde sus cortezas, brotaban flores de pétalos largos y tonalidad rosácea. Para sorpresa del grupo, sus estambres eran de color amarillo intenso y tintineaban con luz propia. Así, a medida que la sombra de la montaña se fue haciendo más extensa a su alrededor, las flores le dieron a aquella zona un aspecto cálido y confortable.

Kal fue el primero en bajar del dragón de un salto. Ayudó a Liuna, quien no hizo esfuerzo por contener la emoción que la embriagaba. La joven observaba detenidamente el paisaje mientras giraba sobre sus talones con una sonrisa en el rostro. Era la primera vez que salía del portal y no quería perderse un solo detalle: el sol escondiéndose tras una cima nevada; el aroma a leña húmeda todavía bañada por el rocío del amanecer; la textura del césped entre sus dedos, creciendo vibrante y sin barreras. Jamás había imaginado tanta armonía y perfección.

Al ver que el dragón que montaban se sacudía, ansioso por ubicarse junto a su par, Nadya y Levy bajaron también. La criatura comenzó a olisquear el paisaje con curiosidad. También para ellos esta debía ser una interesante aventura, pensó Nadya mientras estiraba las piernas.

—¿Se irán sin nosotros? —inquirió, observando cómo los dragones se perdían entre algunas rocas.

—Mi padre me enseñó que no son animales independientes. Después de ir por algo de comer volverán con su manada —respondió Liuna, rozando con la mano una de las flores.

Al tacto, sus estambres se desprendieron y comenzaron a flotar en

el aire, rodeando su melena rojiza. Liuna rio y aferró uno entre sus manos, observando su brillo. Luego de un rato, el estambre se apagó.

—Iré a recorrer el lugar y veré si hay agua cerca, ustedes deberían buscar provisiones: frutas o hierbas comestibles —sugirió Kal—. Me imagino que Liuna debe ser entendida en eso —mencionó.

Sabía que a los terestenos se les enseñaba mucho sobre plantas y vegetación. Necesitaban esos conocimientos para elaborar ungüentos o pociones que les permitieran leer la mente de otros seres.

Liuna dejó caer el estambre apagado y asintió rápidamente. A su lado, Levy se quedó observando con nerviosismo una parte más sombría del bosque, allí donde terminaba la fila de árboles de flores luminosas. Se refregó las manos, ya sudorosas, y golpeó la tierra con la punta de su zapato en repetidas ocasiones.

Nadya se enfocó en la montaña y el modo en que esta se curvaba para generar una abertura que impedía que aquella zona fuera azotada por fuertes ventiscas. Sin duda, Ramil había sido preciso cuando calificó a Kal como un gran guía. Los había llevado a un lugar ideal para instalarse la primera noche.

—Nos espera un largo viaje a Quelensaid y creo que sería mejor que evitáramos pisar estas tierras, para dejar el menor rastro posible —continuó Kal.

Nadya y Levy se voltearon para observarlo.

—Es probable que en Cabo Viejo ya nos estén buscando y que el alboroto que causamos al salir de la Gran Corte no haya pasado desapercibido. La Guardia no tardará en pisar estas tierras, y si los salibers se refuerzan con luz solar… es probable que sean incluso

más rápidos que los dragones.

—Supongo que es un buen plan —aseveró Levy, asintiendo—. Después de todo tenemos una importante ventaja. No saben hacia dónde nos dirigimos.

El chico golpeó una piedra que salió despedida hacia unos matorrales. La sacudida de sus ramas produjo que un grupo de insectos que emitían destellos azulinos salieran volando en busca de un nuevo escondite. Liuna soltó un grito de alegría y se dirigió al arbusto, en busca de más criaturas luminosas.

Nadya agachó la mirada y se mordió el labio. A su mente regresaron las imágenes de cuando Kal había manipulado el tiempo y se había encontrado a una galduriana a la salida del despacho.

—Quizás sí hay alguien que lo sabe —soltó Nadya.

Liuna y Levy la miraron de golpe.

—Cuando Kal utilizó su galdur para detener el tiempo, vi a una galduriana junto a la puerta del despacho. —Nadya hizo una pausa —. Tal vez haya oído nuestra conversación.

—¿Quién era? —inquirió Levy.

—No lo sé… —respondió la chica—. Recuerdo que tenía su largo cabello blanco amarrado en muchas trenzas y que estaba vestida con una túnica gris.

—La doncella Cherlat —afirmó Liuna de inmediato, dejando atrás los matorrales. A su lado, Levy comenzó a refregarse las manos, sintiendo cómo los latidos de su corazón aumentaban en intensidad.

Fue Kal quien rompió el silencio:

—Conozco a la Superior y siempre ha estado del mismo lado de

Ramil. Cree en la amistad de humanos y galdurianos —puntualizó.

Nadya recordó que había sido la sentencia de la doncella, contraria a la guerra entre especies, la que había provocado el inicio del revuelo en la Gran Corte.

—Aunque ella nos hubiese escuchado y supiera nuestro plan, no correríamos peligro— explicó Kal.

Para entonces, una de las piernas de Levy tiritaba y ya había pasado su brazo varias veces por su rostro para quitarse el sudor. Liuna se volteó y lo escrutó con la mirada, enarcando las cejas. Antes de preguntarle por su estado, Levy ya había decidido hablar:

—No sé… —balbuceó el chico. Los demás advirtieron que sus dientes castañeaban—. No sé si estaría tan seguro de eso.

Levy se refregó nuevamente las manos y antes de continuar miró a Kal:

—El día que salí de Cabo Viejo y me encontraste en el bosque, fueron Cherlat y Hinnegal los que me lo pidieron…

—¿Te pidieron salir del portal? —preguntó Liuna ladeando el rostro.

Levy asintió.

—¿Por qué? —inquirió Kal, acercándose al joven con lentitud.

La visión le recordó a Levy el momento en que el tempestario lo había acorralado contra un árbol, antes de que Nadya saliera huyendo hacia el río. Su estómago se retorció.

—Me pidieron que te siguiera, Kal —dijo Levy, incapaz de sostenerle la mirada. El joven tempestario dio un respingo al oír su nombre—. Ramil no da mucha información sobre lo que haces con tu

galdur, así que Hinnegal y Cherlat… ambos me pidieron que te espiara para saber qué hacías y qué buscabas fuera de los portales.

—¿Hace cuánto? —preguntó Kal en tono cortante.

La imagen de Levy, amarrado a una soga, regresó a su mente. ¿Cómo había dejado pasar aquel evento? No tenía ningún sentido que ese chico, el ser más miedoso que conocía, se hubiese internado en Melliedor sin más.

—¿Acaso importa? —contestó Levy. Tragó al advertir la gravedad con la que había hablado—: Me imagino que ambos ya estaban planeando la revolución para entonces, quizás pretendían persuadirte para que te unieras a su bando.

Levy hizo una pausa y alzó los hombros.

—Después de todo, eres el único tempestario del que tenemos noticia y un galdur como el tuyo podría ser muy útil para su causa.

Nadya miró a Levy con duda, mientras Liuna fijaba sus ojos en la tierra, absorta en los recuerdos de antiguas conversaciones con su padre acerca de los miembros de la Gran Corte.

—Pero, si no me equivoco, la sentencia de la doncella Cherlat fue contraria a los deseos de Hinnegal y su gente, contraria a eliminar a los humanos —mencionó Nadya.

—Así es —confirmó Liuna—. Pero lo que Levy dice tiene sentido.

Un par de estambres se separaron de sus flores y bajaron hasta posarse junto a los hombros de la chica. Su rostro pálido y pecoso se iluminó en medio de la noche que empezaba a extenderse sobre ellos.

—Hace un tiempo, mi padre me comentó que la doncella requirió

sus servicios como teresteno para curar un potente dolor de cabeza que le impedía pararse de la cama —comentó Liuna—. Sin embargo, para su sorpresa, Cherlat no le dejó leer su mente para comprender su dolor. Decía que bastaba con una medicina común. Aquello despertó las sospechas de mi padre. Nadie rechaza la ayuda de un teresteno si no es porque tiene algo que ocultar.

Liuna intentó emplear las mismas palabras que alguna vez había escuchado de Griorg:

—Lo que Levy menciona no es para nada descabellado, sobre todo porque la Superior estaba en una posición complicada: si continuaba con una política defensiva, sería la primera en caer ante cualquier sublevación. Es probable que su juicio y sabiduría se hayan nublado y que ahora forme parte de los aliados de Hinnegal.

Nadya asintió. Era factible que en esas circunstancias Cherlat hubiese dictado, deliberadamente, una sentencia polémica que sirviera de gatillo para la revolución, pero teniendo asegurada la protección del líder de los fornatos y sus seguidores. De este modo, quedaba a salvo de la furia de los galdurianos. Y quizás, con su ejemplo, lograba convencer al resto del temeroso pueblo de Galduria para que se les unieran.

Mientras Nadya se convencía de que Levy no estaba mintiendo, Kal lo miraba con una inquietante frialdad. Y entonces, cuando el robusto galduriano alzó la vista para encontrarse con sus ojos, Kal se abalanzó sobre él. Liuna dejó escapar un grito agudo.

Levy, quien desde el último ataque de Kal había aprendido a no bajar la guardia, alcanzó a evadir el golpe. Desvió su cabeza hacia el

lado, por lo que el puño de su amigo chocó con una roca, haciendo que se estremeciera. Kal lo miró encolerizado. Rápidamente se puso de pie, sin siquiera sobarse la mano herida.

—Todo este tiempo lo supiste y aun así no dijiste nada —masculló Kal, caminando en círculos alrededor de Levy, con el bastón todavía emitiendo poderosos destellos.

—¡Solo seguí sus instrucciones! En ese entonces no sabía que causaría problemas —respondió Levy entre lamentos, con sus manos cubiertas de una densa bruma amarilla completamente desatada—. Solo ahora…

Sus palabras fueron interrumpidas por el certero golpe que Kal le dio en el abdomen, provocando que cayera. El chico presionó su zapato contra una de sus manos extendidas en el suelo, haciendo que Levy aullara de dolor. Con la otra mantuvo firme la punta de su bastón, apuntando directamente a su garganta.

—¿Qué más nos estás ocultando? —inquirió Kal con una sonrisa afilada.

Al ver que Levy no respondía, presionó con más fuerza su pie sobre la mano del chico. Liuna se tapó los oídos al escuchar un nuevo alarido.

—¡Kal! —gritó Nadya con desesperación.

—¿Cómo quieres que confíe en ti ahora? —continuó el joven tempestario, acercando el báculo todavía más a la garganta de Levy, quien había ladeado el rostro y entrecerrado los ojos con temor—. ¡Eres un maldito soplón! ¿Así es como le pagas a quien te rescata de la Legión?

—¡Kal, basta! —repitió Nadya, sintiendo que sus mejillas se enrojecían—. Ya nos dijo lo que pasó. No sirve de nada que se peleen. Es mejor que guarden sus energías para llegar a Quelensaid. Tenemos que detener esta guerra.

A medida que Nadya hablaba, Kal había dejado de presionar a Levy. Su espalda se tensó y apretó su puño. Antes de que pudiera decir algo más, Kal se volteó de golpe hacia ella y le dirigió una mirada cargada de odio.

—¿La guerra entre humanos y galdurianos? —preguntó Kal con una sonrisa burlona, entre jadeos—. ¡Bah, Nadya! No te mientas a ti misma y no le des falsas esperanzas a Liuna. Con Ramil existía una posibilidad de hacer algo, a él le pondrían atención. Pero ahora estamos absolutamente solos.

Kal se detuvo y dejó escapar un resoplido. Continuó hablando con ironía, extendiendo por su rostro una falsa sonrisa.

—Ah, no. Ni siquiera eso —puntualizó Kal—. Porque además de eludir la vista de los humanos y su poderoso ejército, tendremos que evitar a la Guardia de Cabo Viejo, liderada por Hinnegal. Y, si lo que dice Levy es cierto, también a Cherlat, que conoce estas tierras mejor que cualquier otro ser vivo.

Hubo un tenso silencio que ninguno, salvo Kal, se atrevió a romper:

—Aun si encontráramos al desconocido hermano de los puerelos y que este conociera el paradero de otros galeanos, ¿crees que el escenario en Melliedor va a cambiar? —inquirió Kal con sorna—. ¿Crees que alguno de los enajenados galdurianos que viste en la

Gran Corte o los humanos van a detenerse a escuchar?

Kal rio entre dientes al hacer la siguiente pregunta:

—¿Quién le haría caso a una chica que ni siquiera sabe quién es realmente?

Nadya agachó la mirada.

—No voy a formar parte de una causa perdida desde hace cien años —manifestó Kal con firmeza—. Encontraré las respuestas que necesito sobre *mi pasado*, la razón por la que pronunciaste *mi nombre* el día que te encontré y dejarás de ser *mi problema.*

Kal se giró para adentrarse en el bosque y Nadya enarcó las cejas. Sus palabras, pronunciadas en un hilo de voz, provocaron que Kal se detuviera.

—Mi rescate de la cueva, el traslado a Cabo Viejo, el encuentro con Ramil, la salida de Melliedor… —balbuceó la chica, apoyando las manos en su regazo mientras luminosos estambres cruzaban por su rostro—. Esto nunca ha sido por mí o por Galduria… todo se trata de ti.

—Pero vaya, qué inteligente eres, niña —afirmó Kal en tono burlesco—. No me mires así, Nadya, todos estamos aquí por nuestros propios intereses. Incluso tú.

—Yo voy a hacer lo que pueda por restaurar la paz en Melliedor, como Ramil hubiera querido.

—Y yo te llevaré a Quelensaid y me iré de aquí, como cualquier ser con un poco de sentido común lo haría para salvarse.

—Levy tenía razón —sostuvo Nadya, sin que la voz le temblara—: eres un cobarde.

—Llámame como quieras —contestó Kal, girándose otra vez.

Los tres observaron cómo el chico se introducía en el bosque, dejando atrás la montaña. Antes de que desapareciera, lo vieron golpear un tronco con fiereza. La sacudida de las ramas produjo que varios pétalos y flores completas cayeran lentamente sobre el césped. Ahí, brillaron por unos segundos, para luego apagarse de forma definitiva. En silencio, Liuna sostuvo el brazo de Levy y lo ayudó a ponerse de pie. El chico, sintiendo un poderoso ardor en la mano herida, se quejó y se sentó con su ayuda en una roca cuadrada junto a la montaña.

—Buscaré algo para aliviar el dolor —dijo Liuna, intentando sonreír.

Levy asintió y suspiró mientras observaba a Nadya. La mirada de la joven continuaba enfocada en los matorrales por donde Kal se había adentrado, apresurado por perderse luego de aquella incómoda pelea gatillada por su confesión.

—Tranquila, Nadya —musitó Levy. La chica se sacudió—. No creo que esto sea personal. Kal siempre ha sido un galduriano solitario. Además, la última vez que fue parte de algo… las cosas no salieron muy bien.

Liuna y Nadya lo escucharon con atención.

—Según dicen los rumores en Cabo Viejo —continuó Levy en voz baja después de toser—, no hace mucho Kal se instaló en una aldea humana de forma encubierta, donde hizo amistad con una joven. Luego de un tiempo, todo acabó en desastre. Un miembro de la Legión lo descubrió y aplicó a los humanos de su aldea la política de

la Traición. Las casas ardieron y sus habitantes fueron obligados a trasladarse a Yenegart, la ciudad manejada por la Orden.

Levy relajó los hombros y pasó la yema de sus dedos por la palma de su mano, aún adolorida.

—Si antes Kal no había sido un galduriano de muchos amigos, eso lo hizo volverse todavía más distante y frío. Especialmente por esa humana.

—¿Qué pasó con ella? —preguntó Nadya, volviendo el rostro hacia el bosque.

—Se dice que no logró escapar de las llamas.

CAPÍTULO QUINCE



Se propusieron pasar la noche junto a la montaña, aprovechando la luminosidad de los árboles. Para mantener el calor, Liuna y Levy armaron una fogata con unas ramas secas y trozos de corteza. Debido a la forma curva de la madera, dispusieron los pedazos en forma de semicírculo y encendieron una pequeña llama púrpura en el centro.

Una vez que la fogata estuvo encendida, cocinaron unos frutos redondos con líneas rojas que Liuna ensartó en unos palillos de madera y que luego entregó a Nadya y Levy. Los puso al fuego y los hizo girar hasta que botaran un espeso líquido negro, tal como su madre le había mostrado una vez. Los demás la imitaron. El rastro agridulce que dejó la fruta en su garganta sorprendió a Nadya.

—¿Dices que aprendiste a cocinar esto en Cabo Viejo? —preguntó Levy, asombrado, con los labios manchados de rojo—. ¿¡Por qué jamás lo había probado!? —Dio un nuevo mordisco—. Es delicioso.

—¿Qué es exactamente? —inquirió Nadya, saboreando el dulce que todavía se alojaba entre sus mejillas.

Liuna rio, quitando del palillo un trozo de la fruta para observarlo con detenimiento.

—Mi padre las llama *groles*. Son un fruto que se esconde en matorrales de bosques cálidos —explicó Liuna, jugueteando con sus dedos. Ellos la miraron confundidos—. No estoy exagerando, literalmente se esconde. Cuando el arbusto siente la presencia de un extraño, cierra sus flores y oculta sus frutos… —Liuna sonrió—: La clave está, como diría mi padre, en camuflarse con el bosque y sus movimientos.

La joven pelirroja suspiró y arrojó el pedazo de fruta hacia uno de los dragones, que dio un brinco sin mayor esfuerzo para tragarlo de un solo bocado.

—Me imagino que no los habías visto antes porque son muy difíciles de encontrar —prosiguió la chica, dirigiéndose a Levy—. Antes de la desaparición de su hija, mi familia tenía una excelente relación con Dercan, que trabajaba como recolector para los terestenos. En ese entonces, él nos traía lo que calificaba como «lo mejor de lo mejor de Melliedor». Los groles eran su especialidad.

De pronto, la mirada de Liuna se ensombreció.

—El día que anunciaron que no había rastro de la hueste en la que iba su hija, dejó de hablarnos y no aceptó nunca más nuestra compañía.

Liuna se detuvo y sonrió hacia el cielo. Dos de las tres lunas eran visibles entre las estrellas que brillaban aquella noche. Nadya siguió

la línea de su mirada e imaginó a la joven y su familia junto a Dercan. Lo vio amistoso y agradable, sin rabia ni odio, mucho antes de que ocurriera el evento que lo había destrozado. Hubo un tiempo en que las cosas habían sido diferentes. Nadya no justificaba sus acciones, pero comprendía mejor por qué había sido tan duro con ella. Dercan, al igual que otros galdurianos, era una víctima de los conflictos que se habían arrastrado por cien años.

Nadya se enfocó en el bosque sumido en la oscuridad, dejando a un lado la fruta que le quedaba. Recordó lo que Levy había mencionado sobre Kal y su historia. Él también había sufrido por culpa de la Orden.

—Ojalá mi familia estuviera aquí para ver cuánto brilla el cielo de Melliedor —expresó Liuna—. Es mucho más bonito de lo que mencionan los antiguos pergaminos.

Nadya soltó un suspiro, mientras Levy arrojaba un trozo de grol hacia el otro dragón. La criatura estiró el cuello y lo alcanzó en el aire.

Luego de la conversación entre Levy y Liuna acerca de las extravagantes cenas a las que ella y su familia tenían acceso en el portal, el chico se recostó alrededor del fuego con la cabeza apoyada en una gruesa hoja verde de textura acolchada. Nadya se mantuvo sentada frente a los palos de madera, abrazando sus piernas con ambos brazos, absorta en sus pensamientos. Más atrás, Liuna cerró los ojos cuando encontró una cómoda postura sobre el vientre de uno de los dragones azulinos. La respiración de ambas criaturas era increíblemente sonora, pero eso no parecía molestarle a la chica,

quien dormía profundamente.

Detrás de unos arbustos, Nadya vio de reojo aparecer la figura delgada de Kal. Después de su discusión, el chico había ido a dar vueltas por las cercanías del lugar. En el camino aprovechó de recoger frutos y semillas de diversos colores que amontonó en una esquina de la fogata. Empezó a guardarlas en pequeñas bolsas de tela negra que llevaba dentro del bolsón que colgaba en su espalda. Una vez llenas, las apartó hacia un lado para ocupar en silencio un lugar frente al fuego.

Mientras los ojos claros de Levy comenzaban a cerrarse con lentitud y sus morenas mejillas brillaban a la luz del fuego, Nadya despegó la vista de las llamas y tomó una rama que todavía no ardía. La balanceó entre sus dedos por un rato, durante el cual pensó, otra vez, en lo que Levy le había dicho sobre Kal. Aunque los ojos del chico estaban fijos en el fuego, Nadya lo miró directamente.

—Lamento lo que te dije hoy —murmuró Nadya, apretando todavía más sus piernas contra su cuerpo.

—Nadya… —escuchó que Kal pronunciaba, sin cambiar su postura.

—No eres cobarde —aseveró ella, manteniendo un bajo tono de voz para no despertar a los demás—. Lo único que has hecho desde que me encontraste es correr riesgos: primero peleando contra Levy camino a Cabo Viejo, apartándome de la Gran Corte para llevarme con Ramil y al abandonar la cúpula para traernos aquí con vida.

Nadya arrojó la rama al fuego. Esta se consumió al instante en una llamarada mucho más grande que las demás.

—Cualquiera que sea la razón para hacer todo eso, las pistas sobre tu pasado o lo que sea, nunca podría llamarte cobarde.

Al principio Kal no dijo nada. Se limitó a atraer el bastón hacia su cuerpo y refregar sus párpados con sus dedos. Aunque Nadya lo miraba impaciente, se notaba que el joven estaba con la cabeza en otra parte. No fue hasta que ella tomó otra rama y la lanzó a la fogata, que comenzó a hablar:

—Lo dices con ligereza —susurró Kal—, como si mis razones para estar aquí fueran despreciables al lado de tu preciosa causa de hacer frente a la guerra. —No pudo evitar teñir de ironía la última frase—. Pero Nadya, ¿acaso tú te habrías embarcado en este viaje si no fuera por las dudas que tienes acerca de quién eres en realidad? ¿Podrías vivir tranquila desconociendo tu pasado?

—¿A qué te…? —comenzó Nadya a formular su pregunta.

Él la interrumpió.

—Borra de tu mente la guerra en Melliedor —le ordenó Kal, soltando su bastón y alzando las manos a la altura de su pecho, mientras apoyaba los codos sobre sus rodillas—. Ahora, imagina que no encontramos a Gerom. —El tono agonizante con el que Kal se expresaba sobresaltó a Nadya—. Que vives así por años, sin pistas, sin absolutamente *nada* que te revele de dónde vienes y ni siquiera logras encontrar a quien supones es la única persona que espera tu llegada, porque no tienes idea de dónde se encuentra en este maldito mundo. ¿Cómo te sentirías?

—Eso… —respondió Nadya, cayendo en la cuenta de que jamás había cruzado por su mente aquel escenario. Se le erizó la piel al

imaginarlo—. Sería horrible.

Nadya se enfocó en los ojos de Kal, en los cuales se reflejaba el baile de las llamas. Volvió a construir en su mente lo que el joven había mencionado y unió las piezas.

—¿Tú…?

Kal asintió y desvió la mirada.

—Esa ha sido mi situación desde que tengo memoria. Horrible.

—¿Qué fue lo que pasó? —preguntó Nadya, oyendo al chico suspirar.

—Hace años desperté con la lluvia golpeándome la cara en la mitad de un bosque. Un hombre me ayudó a ponerme de pie, pero antes de que dijera cualquier cosa, corrió sin mirar atrás.

Su mirada se fue tornando más brillosa y sus brazos perdieron fuerza.

—Entonces, me giré y vi que el caos era total.

Nadya imaginó lo que Kal describiría antes de que comenzara:

—Violentas llamas de un fuego anaranjado arrasaban con todo un poblado, mientras jinetes de armadura oscura sobre caballos color negro se encargaban de agolpar a la gente hacia los extremos de la amurallada aldea. Otro grupo de ellos salían a la persecución de quienes, como el hombre que me había ayudado, huían hacia el bosque.

Nadya no pudo evitar que su mente fuera invadida por los recuerdos del tiempo que había estado en la cueva, cuando los gritos horrorizados de las personas llegaban a sus oídos y todo a su alrededor estaba cubierto de humo.

—La cabeza me retumbaba —prosiguió el joven—, y por más que hiciera esfuerzos por recordar, no tenía idea de qué era lo que estaba haciendo ahí. —Inhaló con fuerza—. Las dos únicas cosas que tenía en mi mente eran un nombre, «Kalleghar», y el rostro de una mujer que, con el tiempo, ha ido perdiendo fuerza en mi memoria.

Hizo una pausa, durante la cual el silencio del bosque solo fue perturbado por los ronquidos de los dragones y el zumbido de algunos coloridos insectos que eran atraídos por el fuego.

—Decidí seguir a la multitud que huía, pensando que alguna de las personas podría calzar con la descripción que todavía se alojaba en mi cabeza. —Kal tomó una rama y empezó a romperla en pequeños trozos—. En un principio me enfoqué en seguir a una pareja, un hombre alto y una chica que huían tomados de las manos. Creía, ilusamente, que ella podría ser la mujer a la que buscaba. Corrí tan rápido como pude.

Kal arrojó los pedazos de madera al fuego y observó cómo este se alzaba, crispándose ante sus ojos.

—Sin embargo, poco antes de alcanzarlos, fueron interceptados por un par de hombres en armadura, los que después aprendí formaban parte de la Legión —la voz de Kal adquirió un tono mucho más sombrío—. Golpearon al hombre, lo dejaron botado sobre el barro, y se llevaron a la chica en el caballo junto a los demás pobladores. Escondido entre los arbustos, temblando, alcancé a ver su rostro enmarañado y sucio. —Exhaló—. No se parecía en nada a la mujer que recordaba, lo que me produjo un inesperado alivio.

Kal se aferró las piernas con ambas manos y apoyó la barbilla

sobre sus rodillas. Nadya no recordaba haberlo visto tan vulnerable como en ese momento.

—Me quedé en ese lugar, esperando a que el desastre cesara, temiendo que los jinetes me atacaran de la misma forma en que lo habían hecho con ellos y, esperando que… alguien regresara por mí.

Hizo una pausa y su voz sonó quebrada, herida

—Eso jamás ocurrió.

Nadya entrelazó sus dedos y escrutó a Kal con la mirada. Lo imaginó en un cuerpo más pequeño, quizás hasta más delgado, oculto en un bosque como ese en medio de la noche, completamente solo.

—¿Qué hiciste entonces?

Kal tardó un par de segundos en responder. Revivir aquella parte de su vida, aunque fuese solo en su mente, no dejaba de ser difícil.

—Nunca dejé de buscar —afirmó—. Lo hice por tanto tiempo, que ya no sé cuánto fue exactamente. Crucé por aldeas humanas, al principio sin saber lo que la presencia de un galduriano podía significar para ellos, donde fui rechazado y perseguido. Pero nada de eso me importó. Estaba desesperado por encontrar una respuesta.

Al advertir que estaba profundizando demasiado en sus sentimientos, se sacudió y continuó hablando, aparentando mayor frialdad.

—Comencé a ocultarme mejor, procuraba mantener mis ojos cubiertos para evitar que me delataran. Pregunté por ese nombre en miles de ocasiones, «Kalleghar». —Suspiró—. Solo necesitaba que le hiciera sentido a una sola persona.

Nadya sintió una punzada cuando pensó en la desolación que debió haber sentido.

—En uno de esos peligrosos viajes, Ramil me encontró. —Kal tomó otra rama del fuego, una que estaba encendida por la punta y formó una estela de humo—. Me habló del galdur, de lo que ocurría en Melliedor, acontecimientos de los que ya me había informado desde mi propia experiencia.

Kal lanzó la rama al fuego, provocando que las llamas se avivaran.

—Ramil me brindó una mano cuando yo solo había tenido enemigos, y me prometió que me ayudaría a descubrir mi habilidad como galduriano. Cuando me di cuenta de que era un tempestario, decidí utilizar mi galdur para encontrar en el pasado de los objetos alguna pista sobre la persona a quien vagamente recuerdo.

Nadya rememoró lo que Kal había intentado hacer con el medallón, luego de su encuentro. ¿De verdad había hecho lo mismo con diversos objetos? ¿Por cuánto tiempo? ¿Cuántas veces había fracasado? Al ver que el chico se disponía a continuar, decidió acallar sus preguntas.

—Puedes juzgarme todo lo que quieras por no tener loables intenciones y querer salir vivo de Quelensaid para encontrar a mi familia —aseveró Kal con seguridad—. Me tiene sin cuidado, Nadya.

Sus miradas se encontraron.

—Yo no tuve la suerte de que alguien me diera una mano cuando caí bajo la lluvia, como tú la tuviste al encontrarme, así que no espero que lo entiendas.

—Yo… lo siento mucho, Kal —susurró Nadya—. Estoy segura de

que, una vez que estemos con Gerom, sabrás qué le pasó a tu familia y podrás buscarlos.

Él asintió.

—Ahora, no pienses que me disculparé por algo de lo que dije, ni que cambiaré de opinión —dijo Kal con severidad.

—No esperaba nada a cambio —aseguró Nadya, alzando los hombros—. Eso hacemos los amigos.

Kal se quedó inmóvil al oírla pronunciar aquella palabra. Su actitud jamás le había permitido hacer amigos fácilmente, ni siquiera después de que Ramil lo llevó a Cabo Viejo y le presentó a otros galdurianos de su edad. Era considerado, odioso y frío. La vida lo había obligado a construirse de esa manera para sobrevivir. Lo que le llamaba la atención era que, a pesar de la falta de cuidado que había tenido con Nadya para mostrarse de dicha manera, la chica se empeñaba en transmitirle cercanía. ¿Por qué? No lo tenía tan claro y temía que se prolongara. La última vez que había sido considerado amigo de alguien, todo había acabado de la peor manera. Kal agachó la cabeza y miró detenidamente el fuego, esperando que los terribles recuerdos lo dejaran en paz.

De improviso, por la nariz del joven entró una brisa suave, pero cargada de polvo, algo que solo un galduriano sería capaz de percibir. Kal hizo una mueca y giró el rostro para observar el movimiento de los árboles. No había ritmo en el tambaleo de sus ramas y varios estambres se habían desprendido de las flores y flotaban en el aire, siguiendo la misma dirección.

Algo había quebrado la tranquilidad de la montaña.

—¿Kal? ¿Qué tienes?

El chico se paró con rapidez, manteniendo una mano fija en la tierra. Si estaban cerca, lograría sentir las pisadas y el repiqueteo de las rocas.

—Están en las montañas —confirmó Kal en un susurro, mientras cubría con su capucha negra el fuego, sumiendo a ambos en la oscuridad de la noche. Lo único que ahora mantenía iluminados sus rostros era el brillo intenso de las flores y las tres lunas del cielo.

—¿Tan rápido?

Kal asintió con lentitud, mientras se ponía de pie.

—No se me ocurre qué podría alterar el movimiento del bosque de esta manera, además de un saliber.

Kal dio una vuelta para tener una vista completa del lugar. Entonces miró Nadya con decisión.

—Despierta a los demás, es mejor que partamos esta noche. Vamos a tener que desviarlos del camino si queremos evitar problemas, así que me acercaré lo que pueda y les daré un rastro falso.

—¿Estarás bien? —preguntó Nadya.

Aquella preocupación hizo a Kal soltar un gruñido.

—No te preocupes demasiado, niña —contestó, conteniendo una sonrisa—. Recuerda que estas son mis tierras.

Mientras Nadya se movía hacia Levy para despertarlo, Kal saltó a una raíz que formaba un círculo completo y se impulsó hacia una rama cercana con forma de gancho. Subió el brazo con el cual aferraba el bastón y apoyó los pies, provocando que algunos pétalos cayeran. Los estambres, sin embargo, se mantuvieron en su lugar,

tintineando. El chico sabía perfectamente cómo moverse en el bosque.

Kal continuó su camino sobre los árboles, cruzando de rama en rama en brincos suaves e imperceptibles, siempre siguiendo el rastro de la brisa que había chocado con su rostro instantes atrás. El ronco sonido del bosque, el crujir de la corteza y la suave caída de gotas de agua desde los pétalos, lo hicieron sentir mucho más cómodo de lo que esperaba. Escaló algunos troncos con la ayuda del cuchillo que llevaba en su bandolera, se agachó para evitar aquellas hojas que podrían soltarse de sus ramas y fue cambiando la posición de su bastón en el aire para equilibrarse, tal como lo había hecho muchas otras veces recorriendo parajes similares en Melliedor.

Sin embargo, no vio nada. Ahí no estaba la Guardia liderada por Hinnegal. Ni siquiera estaban cerca, como ya había advertido durante su solitario recorrido, de una aldea humana.

Mientras se volteaba, escuchó un silbido que lo puso en alerta. Tomó el cuchillo y lo mantuvo firme frente a su cuerpo. Se giró con rapidez para identificar la fuente del ruido entre las sombras.

Cuando todavía su vista se estaba acostumbrando a la oscuridad, percibió un nuevo silbido del otro lado. Antes de moverse, una flecha lo alcanzó y le produjo un profundo corte en el brazo.

Kal se agachó y tapó con la mano contraria la herida, mientras ahogaba un grito de dolor.

Fijó su vista en el suelo y logró ver que una sombra se movía rápidamente entre los arbustos, dejando un nuevo rastro de polvo y cambiando el ritmo de los árboles. A Kal ya no le cabía ninguna

duda: la Guardia los había encontrado. Debían escapar cuanto antes de allí si querían llegar a Quelensaid.

Afirmándose el brazo herido y procurando moverlo lo menos posible, Kal comenzó su camino de regreso al campamento. Estaba seguro de que la sombra lo seguía por el lado, aprovechando la densa oscuridad, por lo que procuró dar un par de vueltas en círculos para distraerla.

Mientras saltaba de una rama a otra, Kal divisó que los dragones estaban ya en pie, uno de ellos con las anchas alas abiertas. Pero aquella esperanzadora visión se fue haciendo más borrosa.

Sintió una fuerte punzada en el brazo y observó que los árboles a su alrededor se transformaban en grandes figuras verdosas sin inicio ni fin. Intentó acercarse lo más que pudo al grupo, estirando la mano que cargaba el bastón. En un segundo, sus pupilas se dilataron y su cuerpo se tornó rígido.

Kal cayó al suelo como un bulto, ante los horrorizados ojos de Nadya. A su lado, Liuna profirió un alarido que se confundió con el rugido de uno de los dragones. En un arrebato de desesperación, Levy tomó con la ayuda de su galdur algunas de las rocas que bordeaban la apagada fogata y las arrojó detrás del chico, que yacía inconsciente sobre la tierra.

Desde la profunda negrura del bosque, alguien lanzó una nueva flecha que se incrustó en la pata de uno de los dragones. Este se tambaleó unos instantes, antes de que sus pupilas se dilataran y cayera, provocando que el suelo temblara bajo sus pies, tal como le había ocurrido a Kal.

Liuna posó su mano sobre el lomo del dragón. Respiraba. Podía escucharlo. Pero algo lo había dejado inconsciente. Quitó con delicadeza la flecha de la pata de la criatura y analizó la punta. El aroma de una sustancia conocida, empleada por su padre en múltiples medicinas, se introdujo por su nariz: estaba bañada con un poderoso somnífero.

Al tiempo que Liuna alejaba de sus dedos el metal, una brisa azulina cruzó frente a los ojos de Nadya. La ventisca que se abría a su paso generó que una fila de luminosos estambres empezara a girar a su alrededor.

—Un saliber —pronunció Nadya en un hilo de voz.

En un nuevo intento por detener el ataque, Levy tomó con su galdur un árbol, lo extirpó de la tierra y lo arrojó hacia adelante, provocando un poderoso choque de ramas y arbustos. Pero el golpe no logró detener al extraño galduriano que los acechaba. La figura se movía demasiado rápido, tanto que Nadya dedujo que sería capaz de esquivar todos los lanzamientos del joven fornatos.

—Les recomendaría que dejaran de intentarlo —sugirió una voz joven y rasposa desde la brisa, ahora en las alturas, entre las ramas de los árboles—. No queremos hacerles daño, solo nos llevaremos a sus dragones.

Nadya apretó los puños con fuerza. Aquellos ladrones pretendían llevarse lo único que les daba ventaja sobre la Legión y la Guardia, el medio que les permitiría llegar a salvo a Quelensaid. No podía dejar que se los arrebataran.

—¿Les parece si los llevamos a dar un paseo mientras ustedes

vagan tranquilamente por Melliedor? —dijo la voz con sarcasmo.

Nadya captó que, esta vez, el saliber hablaba desde atrás. Rápidamente, tomó uno de los trozos del medallón de su bolsillo, respiró hondo y cerró los ojos. De pronto, la voz de su cabeza comenzó a hablarle con claridad:

No les pido que sean fuertes todo el tiempo, ni siquiera yo he podido serlo, pero sí que se atrevan a obrar con valentía.

La chica abrió los ojos y observó que el medallón emitía luminosas y tenues chispas doradas. Sintió que su cuerpo se había vuelto mucho más ligero, tan liviano como una pluma, y que el aire a su alrededor era cálido. Era como si su piel estuviera siendo rozada por las lejanas llamas de una fogata.

Nadya sacudió la cabeza, confundida, y advirtió que el bosque, todo a su alrededor, estaba sumido en el más absoluto silencio. Solo entonces se dio cuenta de que aquel estado no era nuevo para ella. Una sonrisa se dibujó en su rostro.

Nadya giró el brillante medallón y alzó la mirada hacia donde había visto la brisa azulina por última vez. Frente a sus ojos estaba perfectamente delineada la silueta del saliber. Se trataba de un chico de cabello dorado y rizado que llevaba puesto un uniforme oscuro, el que le permitía camuflarse entre las sombras. A diferencia de lo que ocurría con el resto de su grupo y los árboles, el joven continuaba moviéndose, pero a una velocidad mucho más lenta de la que emanaba de su galdur.

El saliber se percató de que ella lo miraba fijamente y frunció el

ceño.

Y cuando Nadya empezó a sentir que todo le daba vueltas, se apresuró y lanzó el trozo de cobre hacia el frente.

Solo entonces dejó caer el brazo, rendida, mientras observaba cómo el mundo volvía a su velocidad regular y el joven de cabello dorado se desplomaba en el suelo.

El medallón se había incrustado en el lado izquierdo de su corazón.

CAPÍTULO DIECISÉIS



El lamento de una joven se escuchó desde las alturas. Detrás de Levy, bajó de las ramas una persona alta y delgada cuya capucha gris cayó por sus hombros.

Era una chica de rostro delicado y pálido como la nieve, bordeado de cabello dorado que caía hasta poco más abajo de su sobresaliente mentón. Junto a una recta y puntiaguda nariz resaltaban sus ojos de azul cristalino, bajo los cuales se extendían largas ojeras de tonalidad púrpura. Lo que más llamaba la atención era la enorme cicatriz que cruzaba desde su frente a su mejilla izquierda, la que todavía tenía un rastro de sangre.

La desconocida galduriana, vestida con el mismo uniforme oscuro que su compañero, se acercó rápidamente al saliber que yacía en el suelo. Ubicó dos dedos en su cuello y soltó un suspiro al escuchar su respiración suave y entrecortada. Hurgó en una bolsa que llevaba colgada al hombro, hasta sacar de esta un objeto con forma de

caracol. Con una sacudida, aquella especie de caparazón emitió poderosos rayos de luz blanquecina, iluminando los rostros de los demás. La joven escarbó otra vez el contenido de la bolsa y al fin encontró lo que buscaba: un objeto de cobertura rugosa e irregular, similar a una vasija. Apenas extrajo la tapa que cubría la abertura superior, Levy alzó sus manos y manipuló su galdur para tomar las rocas que, instantes atrás, había arrojado hacia los árboles.

—No te muevas —balbuceó Levy.

A pesar de lo rígida que era su postura, su voz temblaba, revelando el miedo y la desconfianza que todavía sentía al manipular su galdur.

—Espera —pidió la extraña, alzando la mano con la que aferraba el objeto circular—. Solo déjame curarlo antes de que sea tarde. Haré lo mismo con tu dragón y tu amigo, lo prometo. Luego nos marcharemos.

Al advertir que sus palabras no habían cambiado la postura de Levy, la chica miró a Liuna y Nadya con desesperación.

—Por favor —suplicó—, o morirá.

Levy observó a Nadya de reojo. La chica asintió con lentitud, sin despegar la vista de Kal, quien todavía estaba inconsciente. Levy comprendió el mensaje.

—Curas a los nuestros y te marchas sin intentar nada respecto a los dragones —dijo Levy con mayor firmeza.

Las rocas se balancearon, amenazantes, cerca de la cabeza de la desconocida.

—Lo haré —afirmó la joven antes de dejar caer en los labios del

saliber una gota de agua de su peculiar vasija.

Antes de que fuera demasiado tarde, abrió la parte superior del uniforme del chico, untó sus dedos dentro del agua y quitó de un tirón el trozo de cobre que se había incrustado en la piel. Cuando tocó la herida abierta, murmuró unas palabras que no alcanzaron a llegar a los oídos de los demás. La visión, en cambio, los dejó pasmados.

Lentamente, frente a sus ojos, suaves destellos blancos empezaron a emanar del pecho pálido del joven, al tiempo que la herida se cerraba, despacio.

El galduriano profirió un quejido y tragó una bocanada de aire, a lo que siguió un intenso ataque de tos.

—Una… ¿sanaura? —dijo Liuna en un hilo de voz, mirando a Levy y Nadya.

Ninguno respondió.

Todos sabían que las sanauras habían sido declaradas galdurianas extintas hace años. La Orden se había encargado de eliminarlas en primer lugar, ya que constituían una amenaza. Si seres como ellas, capaces de curar con el agua a otros, existían en Melliedor, se hacía difícil la tarea de deshacerse de los demás galdurianos. Aquella chica era una leyenda viviente.

Mientras aquellos pensamientos cruzaban por sus mentes, la desconocida se limitó a observar al saliber, que todavía estaba sumido en un arrebato de tos. Poco después, cuando la respiración de este volvió a la normalidad y comenzó a abrir los ojos, ella gritó con alegría:

—¡Cantos!

El joven de cabello rubio y rizado se apoyó débilmente en sus codos. Sin esperar a que se acomodara, la galduriana lo abrazó por el cuello. Cantos sacudió la cabeza y advirtió que, justo sobre ellos, había tres rocas manipuladas por el galdur de Levy. Soltó un suspiro que le produjo una punzada en el pecho y posó su mano sobre la herida para calmar el dolor.

—Debiste haberte ido, Isobella —murmuró, apartándola—. Ya lo habíamos acordado.

Pero Isobella negó una y otra vez con la cabeza.

—Debes curar a los nuestros —espetó Levy, mirando a Kal de reojo.

—Oye, nosotros vamos a decidir qué hacer —aseveró Cantos, estremeciéndose por una nueva punzada.

Levy manipuló las rocas bordeadas de la bruma y las echó hacia atrás, como si se dispusiera a arrojarlas hacia ellos. Tal como lo imaginó, Isobella adoptó una actitud defensiva y se interpuso entre las piedras y Cantos.

—Somos galdurianos, somos sus iguales… —sostuvo Isobella con voz temblorosa—. Y haré lo que les prometí. Pero no hieran a mi hermano otra vez, ya está demasiado débil.

Cantos gruñó.

—¿Nuestros iguales? Se supone que el pueblo de Galduria debería trabajar unido—el tono empleado por Liuna le recordó a Nadya el modo en que su padre hablaba en la Gran Corte—. ¡Ustedes iban a llevarse nuestros dragones!

—Hemos pasado por mucho últimamente —dijo Isobella, caminando hacia Kal con la vasija. Nadya la siguió—. El panorama en Melliedor ha logrado sacar lo peor de nosotros.

Isobella hizo una pausa, se sentó y miró a Nadya. Al ver que la chica fruncía el ceño, extendió la vasija sobre los labios de Kal.

—¿Puedo? —le preguntó a Nadya con una sonrisa.

Ella asintió.

—¿También huyeron de la revolución? —inquirió Liuna, al tiempo que Isobella tocaba el brazo de Kal y los mismos destellos blancos que se habían esparcido junto al pecho de Cantos comenzaban a brotar de su piel.

—Así que es un hecho —soltó Cantos entre toses—. La revolución de los galdurianos de los portales… Oí que Cabo Viejo fue el último en caer. Vaya favor que le están haciendo a la Orden. Sacar a los galdurianos en masa de los portales. ¡Bah! Solo van a lograr que los masacren.

Liuna se quedó pensativa. Entonces, ¿Cabo Viejo no había sido el único portal afectado por la revolución? ¿Qué más sabían aquellos galdurianos? Se acercó a Cantos con sigilo, pensando en la forma de manipular su galdur y obtener las respuestas que quería.

Cuando Cantos profirió un agudo quejido, Liuna se acercó para analizar la herida. Tomó entonces del suelo unas hojas y cortó un trozo maleable de corteza.

—Puedo hacer una venda natural que lo aliviará un poco —Liuna se dirigió a Isobella con naturalidad—, mientras tu galdur actúa.

Al principio, Nadya la miró extrañada. Pero entonces logró intuir

lo que su amiga se proponía: iba a usar su galdur para leer la mente de Cantos y sacarles más información. Aquello era arriesgado, quizás demasiado. Pero Nadya no se atrevía a decir nada y levantar sospechas.

Isobella, que aún temía por la vida de Cantos, no se opuso. Y el saliber, quien ya desfallecía del dolor, la dejó hacer su trabajo.

—Pero no, pelirroja… —continuó Cantos, observando cómo Liuna deshacía un par de hojas entre sus manos y extendía el polvillo verde por su herida.

—Es Liuna —lo corrigió ella de inmediato, mientras esparcía el polvo con la yema de sus dedos, en círculos, tal como su padre le había enseñado.

Liuna se concentró en la medicina, en el tacto y respiró profundamente. Poco a poco sintió que se ruborizaba y un suave hormigueo se esparcía por su estómago. De pronto la vista se le nubló y figuras en tonalidades rojas emergieron en el aire, únicamente visibles por sus ojos de teresteno. Se trataba de escenas borrosas de la vida de Cantos. La parte difícil recién comenzaba. Solo los miembros de su clan más entrenados eran capaces de interpretar de forma adecuada aquellas complejas visiones. Percibió que una gota de sudor bordeaba su frente.

—Como sea, Liu-na —pronunció Cantos, rodando los ojos—. No venimos de ningún portal. —Cuando los dedos de la chica hicieron presión en su piel, su cuerpo completo se tensó—. Somos nómades. Nos escondemos de la Legión mientras vagamos por Melliedor. —Se detuvo y comenzó a hablar entre dientes—: De hecho, nos vienen

pisando los talones desde hace un buen tiempo.

Cuando Cantos dejó de hablar, Liuna se alteró. No solo necesitaba tiempo para encontrar la información que buscaba y descifrar su significado, también era clave que Cantos no se diera cuenta de lo que estaba haciendo. Nadya advirtió que el rostro pálido de la joven brillaba, sudoroso.

—¿Un clan nómade, dices? —preguntó Nadya rápidamente, captando la atención del saliber.

Liuna continuó su trabajo, mientras la respiración de Kal se volvía más agitada. Estaba despertando.

—La vida dentro de los portales nunca fue una opción para mi familia —respondió Isobella, poniéndose lentamente de pie al ver que Kal se tocaba la zona de la cabeza afectada por la caída.

—Nuestra madre, una sanaura como mi hermana, temía el avance de la Orden y que estos lograran atacar el corazón de Galduria, consiguiendo nuevos adeptos dentro de esas zonas —explicó Cantos —. Ella, sin duda, sería una de las primeras en ser entregada si se formaba un pacto con Défer

Liuna separó sus dedos de la piel del chico con un brinco. Cantos sintió una corriente helada envolver el espacio de la herida, seguida de un cosquilleo molesto e intermitente. Sin embargo, lo más importante era que el dolor punzante había desaparecido.

A su lado, la joven pelirroja mecía la corteza entre sus manos para cruzarla por su pecho. Nadya se sintió más tranquila cuando la vio sonreír.

—Así que —prosiguió Cantos, ladeando su cuerpo para que Liuna

tuviera un mejor ángulo para acabar la curación—, cuando mis padres eran jóvenes, decidieron mantenerse en movimiento por estas tierras, eludiendo por sí mismos a la Orden. Más galdurianos de distintas habilidades se les unieron hasta formar un gran grupo que se encuentra disperso en Melliedor.

—Eso sí que es curioso… —observó Levy.

Kal tragó una bocanada de aire y abrió los ojos de golpe. Luego de mirar a su alrededor, el joven enfocó la vista en Isobella y Cantos.

—Creí que los portales eran el lugar más seguro para seres como nosotros… —prosiguió Levy.

Hubo un espacio de silencio que fue interrumpido por la estrepitosa risa de Cantos. Después de haber sido vendado por Liuna se sentía mucho mejor.

—Para mí lo curioso es que ustedes vayan acompañados de una humana con una extraña habilidad… algo que yo solo podría identificar como galdur —apuntó Cantos.

Todos, incluso Isobella, lo miraron directamente. Sin embargo, él no despegó sus ojos de Nadya. La chica, que había ayudado a Kal a ponerse de pie, se quedó paralizada.

—Pareces sorprendida, pero no hay otra forma de explicar que lograras manipular el entorno para verme con detenimiento y atacarme con la precisión que lo hiciste.

Nadie se atrevió a responder.

—¿Y bien? —reiteró Cantos.

—No sé, yo…

¿Qué se suponía que debían hacer? ¿Decirles la verdad? ¿Y si

Isobella y Cantos, al igual que Dercan o Hinnegal, creían que era mejor que humanos y galdurianos no tuvieran lazos? ¿La atacarían?

—Es una galeana —declaró Liuna.

Los demás la miraron con los ojos muy abiertos.

—Es una de las sobrevivientes del pueblo de los Caídos.

Liuna se movió hacia Kal y Nadya y les guiñó el ojo, gesto que solo la chica de ojos oscuros comprendió después de un rato. Algo había visto Liuna en la mente de Cantos que la hacía lucir triunfante y confiada, sin temor de entregarles aquella información.

—Vaya, vaya. Eso sí que no me lo esperaba —mencionó Cantos, alzando las cejas—. Si la Legión te atrapara —habló mirando a Nadya otra vez—, serías un mejor trofeo que mi hermana. Quizás —ocupó un tono mucho más bajo para decir las siguientes palabras— hasta se olviden de nosotros y nos dejan en paz de una vez por todas.

—Atrévete a ponerle las manos encima —señaló Kal, acercándose a paso rápido hacia Cantos, amenazándolo con su bastón que ya emitía destellos verdosos.

—Oye, vamos a tomar esto con calma. —Cantos hizo una pausa y le dedicó una sonrisa burlona—. Chico tempestario, según veo.

Enrabiado, Kal se agachó para tomar el trozo de medallón, lo limpió en la tela de su pantalón y se lo entregó a Nadya.

—Cantos… —musitó Isobella con calma, luego de vaciar el contenido de su vasija en la boca del dragón, el que se sacudió al tragarla.

—¿Qué? Solo estaba bromeando —aseguró Cantos, alzando los

hombros—. Y, aunque quisiera, no podría hacer nada desde aquí. Mira cómo me dejó ese pedazo de metal.

—Ojalá hubiese sido peor —dijo Kal entre dientes.

Su mirada fría y la de Cantos se encontraron.

—Nos marcharemos, ¿sí? —señaló Isobella, alzando las manos.

Nadya se quedó mirando a la joven y su vasija, que antes había estado llena de agua. Era increíble lo que una sanaura podía hacer, la seguridad y protección que era capaz de brindar. Su presencia, en un escenario de riesgos como al que ellos se enfrentarían hasta llegar a Quelensaid, implicaba tener una segunda oportunidad.

Liuna intuyó lo que Nadya pensaba, por lo que se acercó con lentitud y le aferró el brazo. Cuando Nadya se volteó para mirarla, le guiñó el ojo otra vez con una sonrisa dibujada en el rostro.

Ese fue el impulso que Nadya necesitaba.

—Es mejor no seguir con esto —ordenó Isobella—. La Legión no está muy lejos de aquí, pelear solo nos hará un blanco fácil.

Cantos refunfuñó para sus adentros y Kal puso los ojos en blanco. Isobella se dirigió hacia su hermano y lo tomó por los hombros para ayudarlo a ponerse de pie.

—Esperen —expresó Nadya, en un tono mucho más alto del que pretendía usar—. ¿Por qué no van con nosotros?

—¿Qué? —dejaron escapar Kal y Levy al unísono.

Isobella y Cantos se miraron con el ceño fruncido.

—Nos dirigimos a Quelensaid —continuó Nadya, sintiendo la mano de Liuna todavía sobre su piel—. Podrían acompañarnos.

—A ver, galeana —respondió Cantos, entre risas—. Gracias por el

ofrecimiento. Pero no tengo ninguna intención de viajar a las heladas tierras que quedan en la esquina más lejana del mapa.

Pero Nadya, animada por Liuna, no quiso darse por vencida:

—Te daremos algo a cambio. —Miró de un lado a otro—. Un dragón.

—Nadya… ¿Qué estás…? —dijo Kal en voz baja, mientras Cantos caminaba hacia ella.

—Viajen con nosotros a Quelensaid —reiteró Nadya con firmeza—. Se alejarán del ejército humano que los persigue y al mismo tiempo obtendrán una recompensa al final del viaje. Si es que todos llegamos con vida.

Cantos hizo una mueca burlona.

—¿Y qué obtienes tú con eso? —preguntó con sorna.

—Su protección —respondió Nadya, con sus ojos fijos en Isobella.

—A ver, a ver, joven ingenua… —Cantos extendió sus brazos junto a su pecho vendado—. ¿Qué te hace pensar que te ayudaremos y no los atacaremos por la espalda apenas tengamos la oportunidad?

Pero Nadya no respondió. Fue Liuna quien empezó a hablar, con sus ojos brillando con un tenue reflejo rojizo que provocó que a Cantos se le erizara la piel.

—Un ataque de la Legión, dirigido a capturar a Isobella, los obligó a separarse de su familia. Desde entonces, los jinetes les vienen siguiendo el rastro e incluso han ofrecido premios al valiente soldado que logre atraparla. —Liuna hizo una pausa—. Algo que ha generado tontas bromas de tu parte, Cantos, ya que no comprendes cómo tu no despiertas ningún interés en el ejército más poderoso de

Défer, a pesar de lo que consideras como «la mejor habilidad del mundo», esa «inigualable velocidad, útil para destruir a cientos de enemigos en una sola carrera».

El joven se quedó helado. Solo le había confesado a su hermana lo insignificante que se sentía durante sus escapadas de los ataques de la Legión. Era una sensación extraña y de la que no se sentía para nada orgulloso, por lo que ocultaba sus pensamientos entre burlas que a veces hacían reír a Isobella.

—Y tú… —continuó Liuna dirigiéndose a Cantos, como si fuese el único que estuviera presente en el bosque escuchándola. El chico dio un respingo—. Ya no eres suficiente para cuidar a tu hermana.

Liuna apuntó a Isobella, mirándola fijamente:

—Esa cicatriz es reciente. —Se giró otra vez hacia Cantos—. De una batalla en que te viste superado con creces. Es cuestión de tiempo para que vuelvan a intentar llevársela y no podrás hacer nada al respecto. Y lo sabes. Por eso vagan por tierras cercanas a los portales, en busca de sus padres u otros nómades que les brinden ayuda. Yo diría que unirse a nosotros es su mejor oportunidad.

Sintiendo que había logrado su cometido, Liuna se refregó ambas manos.

—Los terestenos sabemos leer mejor que nadie a las personas —concluyó con una sonrisa—. Eso me lo enseñó mi padre.

CAPÍTULO DIECISIETE



Ninguno durmió en lo que quedaba de noche. Luego de que Liuna revelara los pensamientos de Cantos y los eventos que él y su hermana habían vivido, el joven se encogió de hombros. No pudo sino aceptar que lo que Liuna había visto con su galdur era cierto.

Hacía no mucho tiempo la Legión los había acorralado. Cuando escucharon que los soldados estaban en busca de Isobella y su madre debido a su naturaleza de sanadoras, esta les ordenó que se separaran para dispersar a los jinetes. Aquella caótica noche, Cantos partió con su hermana, dejando atrás a sus padres y otros galdurianos que formaban parte de su grupo. Se alejaron de la zona donde habían sido atacados y comenzaron un viaje en solitario, buscando terreno seguro y esperando eventualmente reencontrarse con su familia. A pesar de sus esfuerzos, aún no daban con ellos.

Además, su situación empeoraba día tras día. La Legión los

acechaba sin descanso y los soldados ya conocían la mayor parte de sus escondites. En dos oportunidades se habían enfrentado a un grupo de jinetes, quienes cada vez lucían mejor entrenados para la batalla. Cuando Isobella resultó herida, Cantos decidió buscar ayuda. Ver a los dragones en el bosque les había dado una nueva esperanza: si los capturaban, tendrían un medio de transporte veloz para alejarse del ejército humano e ir en busca de sus padres.

—Actuamos por desesperación —aseguró Cantos—. La vida de fugitivos nos ha cambiado. Somos más indiferentes ante todo lo que nos rodea. Tan solo tenemos tiempo y energía para velar por el otro. Pero ni Isobella ni yo somos ladrones. Lo juro en nombre del sol.

Mientras Cantos hablaba, Kal no le prestó mayor atención. Se limitó a observar a Nadya con recelo por haber acogido a esos dos extraños, quienes podrían significar un obstáculo para su viaje hacia Quelensaid. Después de la revelación de Levy sobre Cherlat, se creía incapaz de confiar en otros galdurianos. Además, estaba seguro de que si no los vigilaba, Cantos e Isobella podrían atacarlos con mayor facilidad en una próxima ocasión.

A diferencia de Kal, Levy, Nadya y Liuna escucharon a los hermanos y no dudaron del genuino interés que ambos demostraron por unírseles, especialmente después de que Nadya les explicara por qué habían decidido emprender rumbo a las ruinas y cuáles eran los peligros a los que se tendrían que enfrentar. Isobella y Cantos la miraban completamente embelesados mientras la joven hablaba sobre el medallón, lo que Ramil había visto en sus inscripciones y lo que esperaban encontrar en aquellas gélidas tierras: más galeanos y

la ayuda de Gerom para formar una nueva alianza entre Galduria y los humanos.

Kal no tenía interés en oír a la joven hablar sobre aquellos sueños que, a sus ojos, conformaban un ideal imposible. Así que, antes de que la conversación acabara, se alejó del grupo y saltó hacia la rama de un árbol viejo cuyos estambres estaban completamente apagados. Cuando volvió la cabeza, se encontró con que Isobella y Cantos sonreían con los trozos del medallón entre sus dedos. Un escalofrío le recorrió la espalda y se dio la vuelta, fijando la mirada en la oscuridad del bosque.

Lentamente, y cuando todavía cuchicheaban con ánimo, el amanecer fue tiñendo el bosque de tonos anaranjados. La brisa matutina comenzó a alzarse y los rayos de sol se colaron por la montaña, despertando a las más exóticas criaturas. Unas aves de plumaje azul y grandes ojos bordeados de blanco comenzaron a picotear unos frutos en forma de cono para luego comenzar un canto agudo y rítmico que interrumpió el silencio del bosque.

Por el suelo, alejados de la luz, salieron de sus escondites unos animales cubiertos de escamas brillosas, de cabeza pequeña y patas aplastadas. Sus lenguas ásperas rozaban la tierra para devorar todo tipo de insectos. Cuando Liuna intentó tocar uno de ellos, la criatura formó con su cuerpo una bola y se camufló entre las rocas. El movimiento hizo reír a la joven. Al intentar alcanzar otro y observar exactamente el mismo resultado, decidió unirse a la conversación que Levy y Nadya mantenían con Cantos.

El joven saliber les estaba hablando sobre ciertas estrategias y

elementos que nómades como ellos empleaban para sobrevivir en Melliedor. Partió comentando que estaban acostumbrados a dormir de día sobre los árboles, en unas largas hamacas que ellos mismos habían fabricado. De este modo utilizaban la noche para esconderse entre las sombras y eludir con mayor facilidad a la Legión. El uso de su galdur no se veía afectado sin sol, debido a que tanto él como Isobella utilizaban unos brazaletes en sus muñecas que servían de pantalla para captar la luz solar y guardar su energía. Aquello había sido obra de su padre, quien se hacía llamar un «divertido inventor» y de quien Cantos adujo que había sacado su irónico sentido del humor, frase que hizo sonreír a su hermana.

El chico también les mostró un par de pequeños objetos metálicos con forma de caracol, como los que Isobella había agitado antes de curar a Cantos. Al ser sacudidos, resplandecían con luces cálidas o blanquecinas según su contenido, la suficiente como para ver con claridad y moverse por el bosque entre las sombras. Cantos les explicó que, para los nómades, depender del fuego era sumamente peligroso. Producía demasiados signos en su contra, fácilmente visibles por cualquier humano.

Para ellos sus armas eran absolutamente indispensables si querían permanecer con vida. Isobella cargaba en su espalda un arco y flechas que ella misma elaboraba, ideal para atacar o defenderse a distancia. Cantos, por su parte, no solo llevaba en su bolsa una pequeña lanza hecha de piedra y madera, que se mantenía fija gracias a un minucioso trabajo hecho a partir de corteza, sino también unos cubos que simulaban el aspecto de una roca. Estos

extraños y minúsculos objetos, al sufrir cualquier golpe, emitían un denso humo blanco que les daba la oportunidad de escapar si se encontraban ante un inminente ataque de la Legión. Varias veces su uso había resultado decisivo.

Cuando Liuna manifestó su falta de conocimiento sobre batallas en general, Cantos se mostró sorprendido y les preguntó a los demás si sabían atacar o defenderse. Tanto Levy como Nadya expresaron estar en la misma situación que Liuna. Cantos no dudó en hacer un par de bromas sobre la baja probabilidad que tenían de mantenerse con vida y aseguró que su compañía sería mucho más beneficiosa que el dragón que le habían ofrecido.

Entre risas y mientras el sol iluminaba las laderas de las colinas, Kal bajó del árbol de un salto. A pesar de que se había mantenido alejado del grupo, retazos de su parloteo habían llegado a sus oídos. No logró aguantar un resoplido furioso al escuchar cómo los demás revelaban no saber nada sobre lucha. Sin embargo, un atisbo de esperanza iluminó su rostro cuando los hermanos hablaron de sus armas. Ahora que conocía qué elementos manejaban, estaría mejor preparado ante cualquier trampa con la que pretendieran sorprenderlo.

Cuando vieron a Kal acercarse, la conversación cesó de inmediato. Cantos alzó las cejas e hizo una mueca burlona al observar cómo los demás adoptaban una actitud más retraída.

—Vamos, nos quedan al menos dos días de viaje. —Kal hizo un gesto y el dragón herido sacudió el cuello y profirió un rugido que alertó a las aves, las que se dispersaron por el cielo—. Nos

distribuiremos de la misma forma que ayer.

Todos, salvo Cantos, asintieron.

—Tú —continuó Kal, apuntando el báculo hacia el saliber, quien se mostró sorprendido— vas con Nadya y Levy. Isobella vendrá conmigo y Liuna.

—Ah, no, no —respondió Cantos de inmediato—. ¿Kal? Te llamas Kal, ¿cierto? —inquirió el chico, moviendo la cabeza para quitarse un rizo de la frente mientras sonreía.

Kal ni siquiera se inmutó cuando le palpó el hombro con gracia.

—Yo no me separo de mi hermana.

El tempestario gruñó para sus adentros.

—Y yo no soy tan torpe como para permitir que ambos suban al mismo dragón y derriben a quien sea que vaya a su lado para luego huir —afirmó Kal con severidad—. Yo soy el guía de este grupo. Si van a unirse a nosotros para salvar su pellejo, seguirán mis reglas.

Isobella hizo una seña a su hermano para que se callara y asintió ante la mirada fría de Kal. Del otro lado, Nadya se encogió de hombros cuando percibió que los ojos de Kal se posaban en ella.

—Vaya —musitó Cantos, de modo que nadie más que Nadya lo escuchara—. Parece que no le caigo bien a tu amigo.

Nadya suspiró.

—Ha pasado por mucho… —se limitó a responder.

—Todos, Nadya. Todos hemos pasado por mucho.

Tal como Kal había ordenado, los hermanos se distribuyeron en dragones distintos. La criatura que Kal montaba se mantuvo primero, guiando a la otra por las colinas y procurando esquivar las

nubes que comenzaban a formarse a su lado.

A medida que avanzaban por el aire, el paisaje fue cambiando. Por algunas horas, se mantuvieron sobrevolando gigantescas rocas con forma de espiral que bordeaban tres lagos de aguas color turquesa.

En la cima, aves de plumaje blanco y pico afilado tenían sus nidos. Algunas se les unieron en su viaje, haciendo sorprendentes piruetas para esquivar las alas de los dragones y mantenerse en vuelo cerca de la cola.

Pese a las advertencias de Kal, Liuna se alejó de la montura para ver de cerca cómo uno de los pájaros más pequeños giraba en el aire para lanzarse en picada hacia la tierra. Levy, desde la otra criatura, observó la escena con pánico, mientras Nadya sonreía.

De pronto, la joven sintió que algunas gotas golpeaban suavemente su mejilla y alzó la mirada. Sobre su cabeza, una roca más grande que las anteriores servía de punto de caída de una larga cascada. Isobella quitó la mano de la montura y pasó los dedos por el agua, rompiendo su perfecto ritmo. Nadya, desde el dragón de atrás, no pudo evitar extender el brazo para imitarla.

Más adelante se adentraron por una zona de aire húmedo y cálido, circundada por altas montañas que formaban un pasadizo en el cielo. Bajo sus pies, un extenso río se abría paso entre las quebradas. Nadya advirtió que una serie de círculos de espuma emergían desde las profundidades, para luego ser diluidos por la corriente.

—¿Qué son? —inquirió la chica, volteándose hacia Cantos.

Él le sonrió.

—Mira. —Apuntó con el dedo un punto en el agua, más lejos de

donde ellos volaban—. Ahí.

Nadya entrecerró los ojos y se percató de que la larga cola de un animal marino salía a flote. Sus escamas brillaron en tonos dorados y azules durante el poco rato que estuvieron en contacto con los rayos del sol.

La chica rebuscó entre las olas una nueva señal de la criatura, pero no tuvo éxito. El río lucía mucho más calmado. Sin embargo, al poco rato, el grito de Cantos la sobresaltó:

—¡Por allá!

Junto a la ladera de una montaña, el animal dio un salto en el aire, levantando consigo una gran cantidad de agua que mojó a los jóvenes y los dragones. Nadya alcanzó a ver su inmenso ojo de tonos grises y una boca ancha y carnosa con la cual parecía sonreírles. La criatura se sumergió otra vez y los círculos de espuma continuaron emergiendo desde el fondo.

—Es una ballena de lomo colorado —explicó Cantos—. Viven en aguas saladas. Solo nadan hacia los ríos cuando sienten que están próximas a morir. Una vez, mi padre me llevó a bucear y recorrimos su rústico cementerio, el que está justo ahí abajo.

—No puede alcanzarnos, ¿verdad? —preguntó Levy, sacudiendo la cabeza para quitar de su frente un rulo desordenado. Sus ojos todavía estaban enfocados en el rastro de espuma.

Cantos soltó un bufido.

—Solo si no es de las que pueden volar —respondió, guiñándole el ojo a Nadya. La joven rio para sus adentros mientras Levy miraba la escena con preocupación.

Cuando Cantos reanudó la conversación, lo hizo en un tono mucho más serio:

—Me parece increíble lo poco que conocen estas tierras. A pesar de todo lo que hemos vivido, una parte de mí agradece que mi familia decidiera vivir fuera de los portales. He visto tantas cosas, tantos colores. No concibo cómo una vida de encierro puede ser mejor.

—Supongo que… no todos están preparados para hacerle frente a la Legión —dijo Nadya, mirando cómo Levy se encogía de hombros.

—Es cierto —contestó Cantos—. Ningún destino es ideal para nosotros, los galdurianos.

Cuando dejaron atrás el río y las quebradas, los dragones se elevaron sobre una capa de nubes blancas, para luego descender y seguir una corriente de viento helado. Su potencia les permitió planear por un buen rato. Abajo, el paisaje era plano. Volaban sobre una llanura cubierta por campos de trigo. Sus tallos se movían en sincronía, provocando que el terreno cambiara de color.

Junto a la zona Nadya logró reconocer pequeñas cabañas de madera. Aldeas humanas, pensó. Levy, quien ya había advertido que sobrevolaban una zona peligrosa para galdurianos, hundió la cabeza en la montura y decidió no mirar abajo. En el dragón de enfrente, Kal hizo un gesto y empezaron a subir. No podían arriesgarse a que la Legión reparara en los dragones y menos a que se dieran cuenta de que estos eran montados por un grupo de su especie.

Continuaron el viaje hacia otro bosque, oculto bajo una densa capa de neblina oscura y helada, la que recordó a Nadya el tétrico ambiente de Cabo Viejo. Los árboles que allí crecían eran enormes y,

desde las copas formadas por anchas hojas de tono azulino, caían lianas de aspecto rugoso. Unos cuantos riachuelos cruzaban entre las rocas, provocando un suave repiqueteo que se confundía con el zumbido de raros animales de ojos brillantes ocultos entre las sombras. Nadya sintió sus orejas entumecerse y que sus dedos, agarrados a la montura, empezaban a tiritar.

—Conoces muy bien el camino —comentó Isobella con una sonrisa atrás de Kal—. Recuerdo que cuando mi grupo emprendió rumbo a las ruinas, nos perdimos unas dos o tres veces. Y eso que llevábamos un mapa.

—He recorrido estas tierras en muchas ocasiones —pronunció Kal con severidad—. Más de las que podría contar.

Isobella alzó las cejas, movimiento que acrecentó su parecido a Cantos

—¿Fuiste nómade?

—Eh, algo así —respondió Kal, bajando la voz—. No fue precisamente una elección.

—Oh. —Isobella asintió con lentitud—. Debe haber sido muy difícil. Para mí nunca ha dejado de serlo, especialmente ahora, estando lejos de mi familia. Tienes suerte de haber encontrado un grupo. Contar con un buen apoyo en este lugar es… importante.

Kal la miró de reojo. Isobella continuó hablando con suavidad:

—Creo que ni Cantos ni yo lo habíamos hecho, pero… te quería dar las gracias por dejar que los acompañemos. —El chico se quedó helado—. Más allá del dragón, necesitábamos esto: la fuerza de un equipo.

—Dejemos los agradecimientos para cuando lleguemos con vida a Quelensaid, ¿sí? —respondió Kal, dándole la espalda otra vez.

Isobella asintió y dejó que el viento batiera su cabello sobre sus hombros.

Pisaron tierra nuevamente recién al crepúsculo. Al bajar de las monturas, los jóvenes advirtieron que estaban en un lugar pantanoso y mucho más frío que el bosque de la noche anterior. La vista los desalentó. Salvo a Liuna, quien corrió a un riachuelo cercano para observar, entre risas, los diminutos peces anaranjados que se dejaban llevar por la corriente.

—Mañana nos espera el último gran tramo del recorrido —aseguró Kal, dando vueltas por el terreno, posando sus ojos en un par de lianas que se balanceaban acompañadas de un tenue silbido—. Será mejor que nos acomodemos por aquí y continuemos al alba.

—¿Puedo estar en desacuerdo con tu idea, chico tempestario? —preguntó Cantos, bajando del dragón, el que se unió a su compañero para olfatear los árboles cercanos—. Tu grupo no tiene idea de cómo enfrentarse al enemigo, a los soldados adiestrados de la Legión. Si planean llegar a Quelensaid y luego iniciar una cruzada para restaurar la paz en Melliedor, deberían aprender, aunque sea un poco, sobre cómo moverse en una batalla.

Kal soltó un bufido y dirigió la mirada hacia Nadya. La joven agachó el rostro y se mordió el labio, intuyendo el reproche interno de Kal.

—Estas son tierras peligrosas —continuó Cantos, alzando la voz hacia los demás—, ya no están tras la protección de los portales.

Aquí, cualquier movimiento en falso podría significar una pelea en la que deberán manipular su galdur de manera correcta, o al menos saber cómo defenderse.

Levy se miró las manos y Liuna se acercó al grupo, cabizbaja. El silencio fue interrumpido por Nadya.

—Creo que Cantos tiene razón —expresó. Su firmeza sorprendió a Kal, quien desvió la mirada con una mueca de disgusto—. Si bien tenemos a Isobella, podría ser útil saber cómo enfrentarnos a los humanos… o incluso a otros galdurianos.

Nadya se acercó a Liuna y puso su mano sobre su hombro. La chica asintió.

—Un fornatos bien entrenado puede ser la mejor arma de un ejército —Cantos alzó las cejas mientras pronunciaba estas palabras. A Levy, por su parte, le temblaron las piernas—. Por algo fueron los grandes generales durante el periodo de paz de Odenisio, según cuentan las leyendas.

Cantos se acercó a Levy y le dio unas palmadas en la espalda que lo hicieron tambalearse.

—Supongo que… —pronunció Levy, a medida que se paraba recto otra vez y sus labios formaban una sonrisa chueca—. Una mejora a mis grandes habilidades no estaría nada de mal.

Pese a que la respuesta había sido positiva, ninguno de los jóvenes de Cabo Viejo se atrevió a dar por cerrado el asunto. Faltaba todavía que alguien se pronunciara.

—No tendremos que pelear con nadie —afirmó Kal con un gruñido.

Aunque miró a Cantos con frialdad, a diferencia de los demás, él no se sintió amenazado por su tono o postura. Muchas veces lo habían mirado de esa manera, con furia y resentimiento

—Eludiremos a los ejércitos por el aire —continuó Kal.

—Créeme, espero que así sea —dijo Cantos—. Pero no pierden nada con que Isobella y yo les demos unas rápidas lecciones. —Hizo una pausa—. A menos que tú quieras hacerlo, claro.

Kal resopló.

—Hagan lo que quieran —mencionó, alzando los brazos y enfocándose en Nadya—, pero mañana salimos temprano, sin retrasos. Antes que todo, lo más imperioso es llegar a Quelensaid, ¿está claro?

En medio del denso silencio que se extendió entre ellos, Cantos se movió rápido, haciendo que su cuerpo se transformara enuna bruma azulina que dejó unos pequeños torbellinos de viento como rastro. Vieron cómo se acercaba, sin detenerse, directamente hacia Kal.

Pero el chico no se dejó inmutar por la amenaza. Se agachó en el momento justo y logró que su bastón quedara horizontal sobre el cuello de Cantos, aprentandolo contra una roca afilada. El joven intentó zafarse, pero Kal estaba inmóvil, disfrutando su pequeña victoria. Los demás lo miraban con sorpresa. La única que verdaderamente se alertó fue Isobella, quien quitó el arco de su espalda.

—Ya, ya —dijo Cantos, mientras Kal lo dejaba caer sobre una raíz.

El chico se agarró la garganta con una mano. Isobella bajó el brazo lentamente.

—Ya entendí que tú sí sabes cómo defenderte. —Cantos se detuvo y Nadya advirtió que sonreía mientras miraba el suelo—. Aunque, ¿no crees que es egoísta que ellos no tengan la opción de hacerlo?

—Traeré a los dragones —informó Kal, tajante, cubriéndose el rostro con la capucha.

Los demás lo miraron alejarse en silencio, mientras Cantos se ponía de pie y limpiaba su uniforme, ocultando una sonrisa.

—Bien —dijo Cantos, juntando sus manos en un aplauso—, veamos qué podemos hacer…

Kal caminó con rapidez entre helechos de hojas azules, siguiendo el sonido de las pisadas de las grandes criaturas de cola alargada. Sintió la cabeza hirviendo y vio que su bastón ya comenzaba a emitir chispas verdosas.

En su cabeza surgió inmediatamente la imagen de Nadya. La chica una y otra vez le demostraba lo ingenua que era. Primero había invitado a esos dos galdurianos a participar de su travesía y luego, no solo había revelado su falta de habilidades para pelear, sino que probablemente en el camino había pedido ayuda a Cantos para que los entrenara. ¡Un tipo que por poco lo había asesinado y robado a sus dragones!

¿En qué estaba pensando? ¿Quién se creía que era?

Maldijo para sus adentros y golpeó una piedra que se estrelló contra un árbol, dejando una marca sobre la corteza, de la que empezó a emanar un líquido plateado y brillante.

Lo único que estaba haciendo esa niña era volver más dificultoso su viaje, ponerle obstáculos para cumplir su propósito: encontrar las respuestas que necesitaba sobre su pasado. Debía empezar a marcar los límites o la situación podría empeorar. No dejaría que Cantos e Isobella los debilitaran. Estaba dispuesto a hacer lo que estuviera a su alcance para asegurar su llegada a Quelensaid, aunque los demás no estuvieran de acuerdo.

Cuando alcanzó a uno de los dragones, respiró hondo y le acarició el lomo. Apoyó la cabeza en su piel azul y escamosa, en tanto escuchaba el retumbar de su respiración, grave y profunda.

En medio de aquella calma, de pronto sintió el filo de una espada tocar su hombro.

No se volteó, no necesitaba hacerlo.

—No te muevas.

CAPÍTULO DIECIOCHO



Kal intentó girar el rostro, pero la espada lo obligó a volver su cara al lomo del dragón. Cuando miró hacia arriba advirtió que la boca de la criatura había sido cerrada con una cuerda, imposibilitada de alertar al grupo.

—Quédate ahí.

La voz era femenina y grave. La escuchó bajar del caballo de un salto, pero manteniendo su espada en alto, junto a su cuello. El tacto de su piel contra el metal la hizo temblar de un modo prácticamente imperceptible. Sin embargo, Kal, un galduriano, lo sabía. La humana estaba asustada.

—¿En serio? ¿De verdad crees que puedes tú sola? —preguntó Kal en tono burlesco.

—Cállate, yo haré las preguntas.

Pero esta no era la primera vez que Kal era acorralado por la Legión, así que actuó con la mayor rapidez y naturalidad que pudo.

Dejando caer su bastón, aferró la mano de la soldado y logró que la espada quedara apuntando hacia sus piernas. De un salto, tomó de su bandolera el cuchillo y aplastó la espada contra el suelo.

Pensó que esto haría a la mujer desplomarse, o que al menos soltara su arma, pero se equivocó. Ella se aferró al metal y con un movimiento brusco, logró quitarse el cuerpo de Kal de encima, provocando que cayera de espaldas sobre la tierra. Así pudo apuntarlo con la espada otra vez, mientras el chico sonreía debajo de su capucha, arrojándose a su armadura con el cuchillo en mano.

A pesar de la velocidad con la que actuó, ella hizo frente a su golpe, impidiendo que Kal alcanzara siquiera a rozarla. El primer choque del cuchillo y la espada se escuchó como un chillido que se perdió entre la brisa y los demás sonidos del bosque.

Se mantuvieron en continuos ataques y defensas, hasta que Kal se quitó el cinturón y lo lanzó contra el casco de la soldado. La humana retrocedió unos cuantos pasos, mientras el chico apuntaba el cuchillo hacia su cuello, el punto descubierto y más débil de los miembros del ejército. Sin embargo, el movimiento, en lugar de hacerla caer, pareció reavivar su fuerza. Con un grito frío, la humana tomó la espada y se lanzó contra Kal de una carrera. El chico se agachó y el golpe fue a parar a un árbol que se tambaleó.

Muchas veces, más de las que pudiera recordar, los miembros de la Legión habían intentado atrapar a Kal. Pero ese ataque le pareció completamente distinto. Aquellos movimientos no estaban destinados a dejarlo inconsciente o noquearlo para llevarlo a Yenegart. Esa humana estaba decidida a matarlo.

En un nuevo intento por lograr su cometido, la espada de la soldado quedó incrustada en la corteza de un tronco grueso. Esto le permitió a Kal darse un respiro y quedar frente a ella. El chico dio un golpe en el aire que la hizo cubrirse el rostro y luego guio con su mano el cuchillo hacia el centro de su armadura.

La tenía. Supo que la tenía.

No imaginó que ella daría una patada en el aire justo a tiempo para darle en el rostro.

Kal logró mantenerse en pie, aturdido. Ahora fue ella quien aprovechó el momento. Se abalanzó sobre él y lo arrojó contra un árbol.

El movimiento provocó que la capucha de Kal cayera sobre sus hombros, mientras se esmeraba en recobrar la energía. Pero ella no le dio el tiempo suficiente.

La mujer ya había quitado la espada atrapada y se encontraba erguida ante él, lista para dar el golpe final. El chico no podía moverse, estaba completamente desorientado.

Si había una oportunidad para la humana, era esta.

Kal lo sabía.

Si le hubieran preguntado, ni en un millón de años habría dicho que todo acabaría así. Había imaginado que algún día quizás lo apresarían y lo llevarían a Yenegart. Que lo consumiría el fuego anaranjado de los humanos. Pero ¿perder la vida en una batalla uno a uno contra un soldado de la Legión? Eso jamás había cruzado por su mente.

Se limitó a cerrar los ojos cuando escuchó que el metal se blandía

frente a su piel.

Tal vez tenía sentido. La Legión había arruinado su pasado, quizás ahora era momento de que destrozara también su futuro.

Pero no ocurrió nada. Su cuerpo aún no le dolía, todavía respiraba entre jadeos y su corazón latía bajo su pecho.

Confundido, Kal miró hacia el lado y se percató de que la espada estaba clavada, hundida en el tronco, a solo centímetros de su cuello. Repentinamente aquella mujer, cuyo casco alcanzaba a rozar la nariz del chico, se apartó. Observó con atención su rostro embarrado y se echó hacia atrás con los brazos extendidos.

—¿Kal?

La voz femenina y grave le hablaba. Conocía su nombre. Él se mantuvo inmóvil. Miró la espada otra vez, consternado. Había estado a punto de matarlo.

—Kal, ¿de verdad eres tú?

La humana subió los brazos y se quitó el casco. Por uno de sus hombros cayó una trenza larga y desordenada de cabellos color marrón, la que bordeó todo su pecho hasta llegar donde terminaba su cintura. Lo sorprendió encontrarse con su cara risueña, de brilloso color cobre, caracterizada por esa recta y delgada nariz, y ojos tan oscuros como la misma noche que ahora los unía nuevamente.

—¿Eyden?

Las palabras salieron de su boca acompañadas de una fuerte exhalación. Sus miradas se encontraron de golpe, ansiosas, mientras volvían a ellos los recuerdos del pasado.

Kal la había visto por primera vez en Melliedor en una de sus

salidas de Cabo Viejo, un día en que se había sentido completamente derrotado por no haber encontrado ninguna pista sobre su familia.

Al principio lo atrajo la delicadeza de sus movimientos, mientras balanceaba una cubeta vacía hacia el río. Más tarde fue la audacia y la chispa de su voz lo que selló de forma definitiva su curiosidad por aquella joven. No tuvo reparos en llamar su atención con una sonrisa maliciosa.

Debió haberse marchado para siempre, regresado a Cabo Viejo para luego continuar con sus andanzas por aldeas destruidas. Pero algo en aquel encuentro lo hizo volver a ese lugar. Así fue como, una mañana tras otra, se repitió la misma dinámica, hasta que las miradas furtivas fueron transformándose en cortas conversaciones y reflexiones sobre la vida. Kal jamás se había sentido así de cómodo con alguien, nadie además de Ramil lo había escuchado con tanta atención y compartido con él tantas experiencias.

Eyden era una joven de familia pequeña, la hermana mayor de dos mellizos que tenían la mitad de soles que ella. Al igual que él, era una chica solitaria que no lograba encantarse con sus pares en la aldea. Aborrecía la vida impuesta por la Orden y los temores con los que vivía su pueblo, gatillados por las constantes amenazas de la Legión. Sus padres, resignados ante la terca personalidad de su hija y sus extraños pensamientos, la dejaban apartarse a su pequeño mundo y realizar tareas que le concedieran espacio de libertad y soledad, como ir a recoger agua al río.

Cuando la joven le pidió a Kal que bajara del árbol para ver el rostro de su «misterioso acompañante», lo más sensato hubiera sido

negarse y continuar con los encuentros de esa manera, oculto entre las ramas de los árboles.

Sin embargo, a ojos del galduriano, Eyden no era como los demás humanos. Y cuando saltó hasta quedar frente a ella, exponiendo su mirada cristalina y su verdadera condición, lo comprobó. La chica se mostró sorprendida, pero eso no impidió que le regalara una sonrisa. Ella insistió en que sus diferencias no los separaban, que volvieran a verse a pesar de todo. Él no pudo negarse. No quería hacerlo.

Sus diálogos con Eyden le permitieron conocerse a sí mismo como no lo había hecho en todo ese tiempo. Encontró su personalidad burlesca, firme y frívola, la que se complementaba a la perfección con la rapidez de mente y juguetona dulzura de la joven humana. Descubrió que era capaz de querer a otro ser, aun de una especie diferente a la suya. En sus ojos solo cabía Eyden, su cuerpo pequeño color tostado, su mirada inquisitiva y la sonrisa desafiante que acompañaban sus charlas sobre el futuro. Porque, contrario de lo que ocurría con Kal, la chica siempre tenía la mente en lo que vendría: soñaba con recorrer algún día Melliedor sin preocuparse de nada más que de sí misma, abandonando las ataduras impuestas por la Orden. Juntos delimitaban este destino, en el que de a poco se fue sumando la figura del joven galduriano, quien estaba dispuesto a abandonarlo todo por protegerla y verla feliz.

Sin embargo, aquellos pensamientos hablados y las largas planificaciones sobre su futuro se vieron entorpecidas por un evento cuya posibilidad ambos habían pretendido ignorar.

Una noche de verano, la terrible noche en que se desató el fuego

por la aldea de Eyden, un soldado de la Legión siguió a la chica y los vio juntos. Lo vio a él. Y tal como dicta la primera ley de la Orden, el ejército se encargó de acabar con todo a su paso mientras agrupaban a los humanos para ser trasladados al castillo de Yenegart para su reubicación. Se siguió, al pie de la letra, la política de la Traición.

Kal recordaba en sus pesadillas la mirada de Eyden cuando el soldado salió a su persecución a caballo. Sin decirle nada, sus ojos le revelaron la culpa que la ahogaba y un profundo terror. La joven corrió lejos, dentro de las paredes de la aldea, antes de que él pudiera gritar que lo sentía, que sentía ser un monstruo.

Escondido sobre los árboles, vio el caos que había dejado a su paso: el humo que se colaba por el bosque mientras gigantescas llamas anaranjadas se reflejaban en los ojos de los pobladores, quienes no comprendían por qué ellos habían sido malditos con tal desastre.

Mientras el llanto y los intentos de consuelo inundaban el ambiente, llegaron a sus oídos los gritos desgarradores de una madre que clamaba por su hija.

Su pequeña Eyden, de quien no había rastro.

Kal se quedó helado sobre el árbol, sintiendo que el mundo giraba con rapidez y apretó con tanta fuerza su bastón que profundas heridas se fueron abriendo junto a sus uñas.

Aguardó en la misma posición, observando la aldea a lo lejos, a los humanos agrupados junto a los jinetes, con la esperanza de que ella apareciera escondida entre los arbustos o la gente que se aglomeraba. Pero los gritos continuaron y, con el tiempo, se

transformaron en sollozos por la hija que no había regresado.

No pudo seguir observando lo que ocurría, porque un par de soldados lograron identificarlo en las alturas y salieron a su persecución, alejándolo de la terrible escena para siempre: aquella en donde Eyden ya no estaba y todo había sido su culpa.

Pero ahora ella lo miraba detrás de la armadura de la Legión, con lágrimas cayendo por sus mejillas tostadas.

—Kal, soy yo.

Y aunque habría dado todo su galdur, su espíritu, por escucharla decir su nombre una sola vez después de lo ocurrido, no quería que continuara. Se acercó a ella y la estrechó entre sus brazos, y entonces supo que era real. Así, en medio de la oscuridad, una a una, las lágrimas comenzaron también a bordear su rostro pecoso.

«Es ella», se decía. «Es ella… Eyden está viva».

CAPÍTULO DIECINUEVE



Se quedaron así por un largo rato, minutos que para Kal jamás lograrían compensar todas las noches en que había soñado con las intensas llamas que acabaron con la aldea. Al separarse, ella se quedó mirándolo fijamente y formó con sus gruesos labios una sonrisa.

A su lado, el dragón se movió inquieto. Kal emitió un siseo entre dientes y se aseguró de que la cuerda estuviese firme. Sabía que no dudaría atacar a cualquiera en quien sintiera la ausencia de galdur.

—Así que es tuyo. ¡Vaya! —exclamó Eyden, mirando al dragón mientras este se movía incómodo—. Y yo que pensaba que estas criaturas se habían extinguido hace siglos.

Kal le acarició el lomo, logrando que su respiración se tornara más tranquila. Al voltear y ver que la silueta de la joven no se había desvanecido, como habitualmente ocurría en sus sueños, sintió un gran alivio. Aún le costaba asimilar que fuese real.

—No puedo creerlo —musitó Kal, negando con la cabeza—. Estás aquí, estás bien y yo… todo este tiempo creí que…

Ella puso una mano sobre su hombro.

—Estoy bien, Kal —afirmó Eyden. Con la punta de su dedo le alzó la barbilla para que la mirara a los ojos—. No me pasó nada.

—Pero ¿cómo? —inquirió el joven.

Analizó su casco y la armadura. Esta tenía el símbolo de la Orden en el centro: un enorme círculo con una medialuna negra en su interior, representativa de la noche en que la Orden se había hecho con el poder tras la toma del castillo y el asesinato de los reyes de Odenisio.

—¿Qué te hicieron?

—Me salvaron —aseguró Eyden, desviando la mirada.

A Kal se le hizo un nudo en la garganta.

—Cuando la Legión ya había prendido fuego a toda mi aldea, pensé que no tendría oportunidad de escapar. Sin embargo, poco después de que me desmayara, un soldado me vio entre el humo y cabalgó por las llamas para ayudarme.

Eyden hizo una pausa y suspiró.

—Al despertar, me di cuenta de que estaba en un campamento del ejército, lejos de mi familia. El soldado que me había rescatado era el general Radovan, quien está al mando de las tropas del norte. Me dijo que había sido muy valiente y que tenía demasiado potencial como para irme a Yenegart junto al resto de mi pueblo. Él mismo estaba dispuesto a entrenarme para que sirviera a la Orden junto a él.

—¿Accediste? —preguntó Kal de golpe. Un escalofrío le recorrió la nuca cuando vio a la joven morderse el labio y asentir—. Sabes lo que eso significa.

—Es mucho más complicado de lo que crees —señaló Eyden, alzando la voz—. Me ofrecieron protección, a mi familia y a mí. Si no hubiera aceptado, ellos habrían tenido que mendigar asilo en Yenegart después de ser traslados desde las cenizas en las que se convirtió nuestra aldea. Además, tú y yo sabemos de lo que ellos son capaces. No quiero ni imaginar lo que le harían a quien se negara a cumplir sus órdenes.

Kal no respondió. Eyden se acercó y le tomó la mano del mismo modo que lo había hecho cuando él le contó la verdad sobre su naturaleza, la que después llevaría a su pueblo a la ruina.

—Soy yo, tonto —añadió Eyden en tono burlesco, el mismo que Kal solía utilizar con ella durante sus conversaciones en el bosque. Le dio un suave golpecito con el hombro—. Soy Eyden. Debajo de esta armadura sigo siendo la misma niña a quien acompañabas durante aquellas soleadas tardes de verano.

Pero el chico permaneció inmóvil, observando la gran rasgadura que la espada había dejado en el tronco frente a él.

—La chica a quien conozco no hubiera intentado asesinar a un inocente —afirmó Kal.

—Bah, no sabía que eras tú —se defendió ella.

—¿Quién creías que era, entonces? —inquirió Kal, frunciendo el ceño.

Eyden gruñó para sus adentros y puso los ojos en blanco, un gesto

que Kal había adoptado gracias a ella.

—¿¡Cualquier ser con ganas de matarme!? —respondió Eyden con una sonrisa entre dientes—. Escucha… —Eyden tomó a Kal por los hombros—. Una vez que los más jóvenes terminamos nuestro entrenamiento, nos envían con una pequeña hueste a lugares peligrosos a realizar misiones. Todo para demostrar nuestras capacidades. El que es capaz de cumplir lo ordenado obtiene una recompensa: ser algo más que un simple jinete que incendia pueblos humanos.

La joven tomó la espada del suelo y la enganchó al cinturón de su armadura.

—Ser un general, líder de una porción del ejército de la Legión.

—Vaya —expresó Kal, con sorpresa—. Creí que odiabas todo esto, Eyden… a la Orden y lo que su alzamiento implicó para tu especie. Pensaba que querías otra cosa.

Por su mente cruzaron los momentos en que la chica hablaba, en una especie de monólogo y con los ojos brillosos mirando hacia el cielo, sobre su futuro libre en Melliedor.

—Tuve que crecer ese día, Kal —aseveró Eyden con frialdad—. Me vi obligada a hacerlo por mi familia. Ascender a general implica un necesario traslado a Yenegart para la Ceremonia de Iniciación. Esto me permitiría verlos por primera vez desde… —Se detuvo, buscando palabras que no le dolieran demasiado—. Cuando la tranquila vida que llevábamos se acabó. Me he intentado comunicar con ellos por carta, pero no sé si realmente creen que estoy… bien.

Eyden alzó el rostro con firmeza.

—Además —agregó Eyden—, estando aquí me he dado cuenta de que Melliedor no es un lugar en que un humano pueda sobrevivir con facilidad. He visto cómo los tuyos atacan…

Kal sintió un escalofrío. ¿No era acaso la Legión la que perpetraba aquellos enfrentamientos? ¿Quiénes, sino ellos, buscaban deshacerse de los demás seres que, como él, añoraban salir de los portales de una vez por todas?

—Es mejor que los humanos nos mantengamos en grupos, y qué mejor que ser general para guiarlos con absoluta libertad, como el general Radovan lo hace.

Kal soltó un suspiro. Él, más que nadie, entendía la soledad y frustración que Eyden sentía en estos momentos, separada de los suyos. Pero ¿unirse a la Legión para ver a su familia? ¿No era demasiado? Mientras estos pensamientos cruzaban por su mente, no pudo evitar que las imágenes del incendio regresaran a su cabeza.

Lo peor no era saber que Eyden era parte del bando enemigo ahora. Lo que no dejaba de carcomerlo por dentro era pensar que él era la causa.

—Quizás puedo ayudarte —indicó Kal.

Los ojos oscuros de Eyden se posaron inmediatamente en él.

—Dijiste que tenías una misión que cumplir y que era necesaria para encontrarte con tu familia —continuó.

—¿De verdad? —preguntó Eyden. Su rostro se iluminó.

—Eyden, yo… —pronunció Kal, bajando el tono de su voz—, estaré en deuda contigo para toda la vida. Lo que te hice, lo que le hice a tu pueblo… es horrible. Desearía que…

Antes de que terminara, ella se acercó y le dio un abrazo. Kal se quedó helado.

—No te culpes —dijo Eyden en un hilo de voz mientras sus labios rozaban la capucha en la espalda de Kal—. No fuiste tú quien eligió formar parte de un pueblo que ha sido perseguido por tanto tiempo, así como tampoco eres culpable de tener un galdur tan especial.

Sonreía, Kal lo sabía por el tono dulce que había adquirido su voz. Mientras se apartaba de sus brazos largos y pálidos, la joven continuó:

—He oído cómo hablan los soldados de los tempestarios… son una verdadera leyenda. A veces me encantaría decirles que mi mejor amigo es la representación viva de que aún existen y dejarlos boquiabiertos. Un descubrimiento como ese podría hacerme ganar unas cuantas medallas. Se verían lindas en mi armadura, ¿no crees?

Eygen giró sobre sus talones con gracia, soltando una risa aguda.

Kal le devolvió una sonrisa torcida. Sintió que era transportado al momento en que ella reía junto a él sobre los campos de trigo aledaños a su pueblo, sin llevar sobre sí una pesada armadura de la Legión ni una espada junto a su cintura.

—¿De qué forma puedo servirte? —inquirió Kal, alzando las cejas.

A pesar del tono divertido que había adquirido su conversación, cuando Kal hizo aquella pregunta el semblante de Eyden adquirió un aspecto serio. Su postura rígida hizo a Kal recordar a los demás soldados de la Legión enlistados frente a una aldea humana, listos para hacerla arder.

—Me enviaron en busca de una sanaura —respondió Eyden con

gravedad.—. Por lo que me dijeron, ella y su hermano, un saliber, llevan eludiendo a la Legión un buen tiempo y están cada vez más débiles. Recientemente fueron objeto de un ataque por otra hueste de principiantes y, aunque estuvieron cerca, no lograron llevársela.

Mientras Kal veía en su mente el rostro de Isobella, con la morada cicatriz cruzando su rostro, Eyden hizo una pausa y habló en un murmullo:

—No sé si debería decírtelo, pero los rumores dicen que el líder de Défer necesita una sanadora a su lado para mantenerse con vida.

Cuando Eyden se le acercó, Kal esquivó sus ojos demasiado rápido. Lo suficiente como para que ella lo notara.

—Ocurre algo —farfulló Eyden, poniendo sus manos sobre su cintura.

—No pasa nada —afirmó Kal.

—Te conozco mejor que nadie, Kal.

Este negó con la cabeza y ubicó su mano sobre el lugar donde lo había atravesado la flecha de Isobella. Ahí donde gracias a su galdur no había rastro de la herida.

—Es todo tan irreal —musitó Kal, con la vista perdida—. Primero pensé que la persona que más me importaba en el mundo estaba muerta, y ahora resulta que estás aquí. ¡Estás viva! Y eres parte de la Legión y… tienes una misión que cumplir para ellos.

Intentó no balbucear, pero le fue imposible. La cabeza le daba vueltas. Eyden necesitaba llevarse a Isobella para cumplir su misión. Eyden necesitaba a la sanaura que había decidido acompañarlos.

—Tienes que darme unos segundos para que me acostumbre a lo

que está pasando —mintió, intentando formar una sonrisa.

Eyden rio y alzó una ceja, un movimiento que, sin saberlo, él había extrañado muchísimo.

De pronto, un grito lo hizo volver a su realidad.

—¡Kal! —Desde lejos, la voz de Nadya lo llamaba—. ¿Está todo bien?

—¿No estás solo? —Eyden ladeó el rostro y frunció el ceño—. Eso sí es nuevo.

Kal negó con la cabeza y aferró su bastón, que hasta entonces yacía inmóvil en el suelo. El dragón comenzó a agitar la cola al sentir las pisadas de su compañero por el bosque.

—Nos dirigimos a Quelensaid junto a grupo de galdurianos. Creo que ahí podría haber alguien con respuestas sobre mi pasado.

Pensó que Eyden no recordaría aquellas conversaciones en las que él había mencionado lo afectada que estaba su mente. Tan solo había sido capaz de hablar de ello en contadas ocasiones, durante las cuales balbuceaba con nerviosismo. El profundo vacío que sentía y la tristeza que le producía evocar el momento en que se encontró absolutamente solo bajo la lluvia, le impedían actuar con la racionalidad que lo caracterizaba. Sin embargo, ella lo sorprendió al hablar.

—Sobre la mujer de tu memoria —dijo Eyden, con una sonrisa. Tomó el casco de la Legión y lo apoyó en su cintura—. Kal, eso es increíble. Al fin podrás saber qué fue de tu familia.

Una ráfaga de viento los envolvió cuando el otro dragón cruzó a metros de ellos, a paso veloz. Su compañero, aún con el hocico

amarrado, hizo un movimiento que Kal creyó que destruiría la cuerda. Pero Eyden había hecho un buen trabajo. Al cabo de unos segundos, la criatura se calmó, rendida.

Precipitadamente, Kal tomó a Eyden por los brazos y la miró con fijeza.

—No te preocupes —susurró Kal—. Tú también volverás a verlos. Lo prometo.

Eyden asintió y tocó su rostro pecoso con la yema de sus dedos. El suave y frío tacto lo hizo volver atrás en el tiempo, y en sus ojos encontró a aquella astuta y graciosa joven humana con la que había compartido todos sus secretos y planificado un futuro.

Tardó en dejarla salir de sus brazos, temiendo que la joven se desvaneciera.

—Encuéntrame en Quelensaid —pronunció sin un ápice de duda en sus palabras.

—¿Qué? —soltó Eyden.

—Voy a darte lo que necesitas para ser trasladada a Yenegart y reencontrarte con tus padres —respondió Kal, percibiendo las pisadas de Nadya cerca—. Pero para eso necesito que viajes a ese lugar.

Un nuevo grito de Nadya los hizo tomar más distancia. Kal tomó la cuerda que sujetaba al dragón.

—Confía en mí —le pidió a Eyden, dando algunos pasos hacia atrás—. No te fallaré de nuevo.

Ella asintió mientras él se volteaba.

—Kal.

Su voz lo detuvo.

Eyden corrió a su cuello y se aferró a él. El casco rodó por el suelo.

—No quiero volver a extrañarte —le susurró Eyden al oído.

—Ni yo, Eyden —dijo Kal, ocultando su rostro en su cabello oscuro—. Ni yo.

CAPÍTULO VEINTE



Una vez que Eyden se alejó lo suficiente, Kal tomó su cuchillo y acarició al dragón. Cortó la cuerda y la criatura profirió un gruñido antes de correr para reunirse con su compañero. Kal comenzó su regreso a paso lento y pesado. No pudo evitar girar la cabeza, solo para cerciorarse de que había ocurrido. Había estado verdaderamente ahí. No había sido obra de su imaginación.

Su vista pronto chocó con la de Nadya. Pero cuando estuvo a su altura, Kal no se detuvo. Nadya soltó un suspiro.

—Kal, oye… —mencionó siguiéndolo entre los árboles—. Sé que estás en desacuerdo con lo que Cantos e Isobella podrían enseñarnos…

Kal se sobresaltó al escuchar el nombre de la galduriana.

—Pero, la verdad es que me sentiría mucho más segura aprendiendo a defenderme. Liuna y Levy piensan lo mismo. Puede que no lo entiendas, pero…

Sin detenerse ni mirarla, Kal esquivó una rama que se extendía sobre sus cabezas, mientras lo único que invadía su mente era el rostro de Eyden y su voz grave:

«Me enviaron en busca de una sanaura.»

Nadya se agachó con torpeza y aceleró el paso para quedar frente a Kal, quien sacudió la cabeza y se irguió.

—Ya les dije que hagan lo que quieran, ¿por qué insistes? —respondió Kal con molestia.

—Es que… tú tienes una técnica de batalla muy especial —respondió Nadya, entrelazando sus dedos.

Aprovechando aquel espasmo de atención por parte de Kal, continuó hablando tan rápido como pudo:

—Cantos e Isobella… Nos comentaron que quedaron sorprendidos por la forma en que te sobrepusiste al ataque de un saliber.

Pero Kal ya no escuchaba. Veía a Nadya tan solo gesticular. Su voz resonaba demasiado lejos. Las imágenes de la aldea incendiada, la tristeza que lo había quebrado durante tantas noches, la culpa que aún lo acechaba era lo único que ahora cabía en su cabeza.

—Pensamos que, quizás… podrías enseñarnos tus movimientos —prosiguió Nadya, intentando formar una sonrisa—. Y bueno, también me vino a la cabeza otra idea. Ya que he interactuado con tu galdur en dos oportunidades… tal vez puedas instruirme para que pueda manipularlo. Creo que con eso podría tener una buena base de ataque y defensa… y si lo complementamos con algunas de las técnicas que Cantos e Isobella nos han mostrado.

Kal se detuvo de improviso.

Eyden no solo estaba viva, pensó. Tenía una misión que cumplir y hacerlo le garantizaría volver con los suyos. Obtener la libertad que siempre había añorado. Y Cantos e Isobella… Ellos se les habían unido para protegerse del ejército, de la Legión, de Eyden. Sí, habían intentado llevarse a sus dragones, pero ¿ellos no habían actuado de la misma manera al escapar de Cabo Viejo? ¿No se habían robado deliberadamente los dragones para salir con vida? Aunque eso no significaba que los nómades fuesen de fiar, sí le dejaba claro algo: por ahora, tanto el saliber como la sanaura eran inocentes. ¿Cómo castigarlos, entonces? ¿Cómo cumplir la promesa que le había hecho a Eyden sin sentir que estaba destrozando a quienes no lo merecían?

Cuando Nadya advirtió que Kal respiraba más agitado, se acercó e intentó rozarle el brazo. Kal la rehuyó.

—¿Kal? —susurró Nadya—. ¿Estás bien?

—Cantos e Isobella… ¡Qué sabes tú de Cantos o Isobella! —pronunció Kal de golpe—. Los acabamos de conocer. Son ladrones y, apenas se les presente la oportunidad, se llevarán lo que necesitan.

Nadya dio unos pasos hacia atrás.

—Pero, Liuna dijo… —balbuceó Nadya.

—No es tan simple —Kal continuó atropelladamente—, aun cuando Liuna lo haya leído de esa manera. Son nómades, no tienen conexiones con nadie y no las tendrán con nosotros por haberles permitido que se nos unieran, o por haberles comentado sobre la «causa superior» que te propones como galeana. Tú no los conoces. Ya he visto a otros de su tipo. Seres como ellos traicionan y serían capaces de pisotearte con tal de obtener lo que desean.

Kal hizo una pausa intentando aclarar su cabeza, en la cual se mezclaban sus propios deseos, lo que consideraba correcto y la figura viva de Eyden. Golpeó con la punta de su bastón una roca. Nadya se encogió de hombros.

—No puedo confiar en ellos —aseveró Kal dando un paso adelante para quedar cerca de Nadya—. Y es tiempo de que, de una vez por todas, te hagas la idea de que no todos los que te rodean tienen buenas intenciones.

Con la ayuda de su bastón, alzó la barbilla de la chica para que lo mirara fijamente y le dedicó una sonrisa burlona:

—¿Quieres que te recuerde lo que pasó con Dercan en Cabo Viejo?

Antes de que bajara el bastón y se alejara, Nadya se mordió el labio y habló:

—Yo confío en ti.

Kal frunció el ceño, negando con la cabeza.

—Nadya…

—No, Kal, ahora escúchame tú a mí. Sé que me equivoqué en el bosque al arrancar e irme con Dercan sin seguir tus instrucciones. Me encantaría volver atrás en el tiempo y revertir lo que hice.

Nadya se detuvo y tragó una bocanada de aire antes de continuar:

—Pero, así como la confianza casi me destruye, también es lo que nos permite estar hoy aquí, con vida, camino a encontrar las respuestas que a ambos nos faltan. Confié en ti cuando me dijiste que me sacarías de la cueva y me mantendrías a salvo, aunque yo no te conocía. Y estoy segura de que hice lo correcto.

Kal no pudo evitar sobresaltarse al escucharla.

—Levy confió en ti cuando prometiste ayudarlo a sobrevivir en Melliedor. Sabes cuánto odia este ambiente peligroso e incierto, donde es probable que sus hermanos hayan perdido la vida… Pero aun con todo eso, eligió creer en tus palabras y se lanzó con nosotros en esta aventura. Sin él, los miembros de la Guardia nos habrían alcanzado en la Gran Corte y no tendríamos de nuestro lado a un fornatos.

Hubo un nuevo silencio, interrumpido por el gorjeo de las aves ocultas entre las copas.

—Liuna confió en mí cuando le ofrecí una salida de Cabo Viejo. A pesar de que yo no era capaz de asegurarle nada, y aunque irse implicaba dejar atrás a toda su familia, ella tomó la decisión de acompañarnos, confiando en nuestra protección. —Nadya suspiró—. Sin ella, no habríamos encontrado una salida de Cabo Viejo ni un rápido transporte por estas tierras. Además, su galdur y energía han sido clave en este recorrido.

Nadya posó su mirada directamente en los ojos cristalinos de Kal. La intensidad con la que lo miró lo dejó helado.

—Esta vez, Kal, te pido que seas tú quien confíe. Confía en Cantos e Isobella, en que no nos están siguiendo solo con el fin de atacarnos en el momento menos pensado. Que de verdad han decidido cooperar. Si tan solo conversaras con ellos te darías cuenta de que son iguales a nosotros, son… —Nadya titubeó— iguales a ti.

Kal sintió un escalofrío.

—Ellos fueron obligados a separarse de su familia por culpa de la Orden y hoy ocupan toda su energía en buscarlos y sobrevivir.

Kal fue incapaz de mirar a Nadya por más tiempo. La seguridad de su voz y la verdad de sus palabras habían logrado quebrarlo. Desvió los ojos hacia unos matorrales y escuchó el eco de las risas de los demás. Aquello le produjo una punzada.

Nadya habló ahora con mayor serenidad:

—Entiendo si sientes que es mucho pedir. Pero, aun si no eres capaz de hacerlo por ellos, si todavía te parecen unos extraños… Confía en mí, ¿sí?

Kal soltó un suspiro. Ahora, no solo estaba seguro de que la joven a su lado tenía razón, sino que lo que había prometido a Eyden implicaba mucho más que solo destrozar a un desconocido saliber y su familia. Destruiría a su grupo, especialmente a Nadya.

La chica se acercó a Kal con lentitud. Esta vez, él dejó que lo tomara del brazo.

—Eres bastante testaruda, niña —pronunció, dejando entrever una sonrisa.

Nadya asintió.

—Considerando que no tengo memoria, yo diría que eso lo aprendí de ti —explicó Nadya, dándole un suave golpe con el hombro.

Kal divagó un poco antes de hablar:

—Si estiman que la lucha es inminente…

Los ojos de Nadya se iluminaron y extendió los brazos. Antes de que el chico pudiera echarse hacia atrás, ella lo acogió en un tierno abrazo. Kal, aturdido, se quedó inmóvil.

—Gracias, gracias. De verdad. Se nota que quieren ayudarnos y

estoy segura de que ahora que practicaremos todos juntos tendrán tiempo de conocerse y se llevarán mucho mejor.

Pero Kal se soltó y la miró nuevamente con frialdad.

—Ya lo dije más de una vez, Nadya. Si quieren que Cantos e Isobella los instruyan, yo no me voy a poner en su camino. Pueden hacer lo que quieran. Pueden incluso ser los comandantes de tu futura guerra contra la Orden. —Kal suspiró— Pero no me pidas que forme parte de sus prácticas, que les muestre mis movimientos, ni menos que seamos amigos. Es demasiado riesgoso. Además, creo que ya te di mi voto de confianza al permitir que vinieran con nosotros.

—Pero, Kal… —musitó Nadya—. ¿Qué hay del galdur? Podríamos perfeccionar esa conexión que tenemos y utilizarla para…

Kal alzó la mano.

—Es todo lo que ofrezco, Nadya.

Sin darle la oportunidad de responder y eludiendo la vista de los demás, quienes estaban en un pequeño claro, Kal saltó hacia una rama y comenzó a subir un árbol. A medida que escalaba, el tronco tambaleaba, provocando que pequeños frutos plateados emitieran un tintineo. Una vez que alcanzó altura, se acomodó en la corteza y dejó caer una pierna. El árbol, percibiendo la presencia de un extraño, se sacudió, dejando caer sus hojas más sueltas. Una de ellas fue a parar a los brazos de Nadya. Kal posó la mano en la corteza y respiró profundamente, intentando transmitir su calma al sauce. Solo entonces, el movimiento acabó y el bosque volvió a sumirse en el silencio.

¡Nadya! ¡¿Dónde estás?! —la llamó Levy, haciendo seña—. ¡Vamos a confeccionar armas!

Cuando Kal al fin escuchó cómo Nadya se alejaba, tapó su rostro con ambas manos e hizo rechinar sus dientes. Estaba en un serio problema.

Una vez que Nadya llegó junto a los demás, escuchó cómo Cantos daba una charla sobre los tipos de armamentos que cargaban los nómades. Mientras Liuna y Levy oían con atención, Nadya no logró retener nada de lo que decía. La joven se quedó mirando el bosque, hacia el árbol en donde Kal se había refugiado.

Se preguntó si llegaría el día en que Kal pensara en alguien más que en sí mismo. Que se abriera a ellos. Que lo viera disfrutar. Volvió entonces a su mente el evento del que Levy le había hablado: aquel terrible incendio en que el joven perdió a alguien importante. ¿Qué tan terrible tuvo que haber sido para sellarlo de ese modo?

CAPÍTULO VEINTIUNO



Aquella noche, la última que pasarían en el bosque antes de adentrarse en las heladas tierras de Quelensaid, transcurrió con normalidad. Cantos e Isobella se cubrieron con sus hamacas hasta quedar camuflados bajo las hojas. Nadya, Levy y Liuna, imitando a Kal, se acomodaron entre los árboles. Los dragones se recostaron justo bajo Liuna, apoyando uno la cabeza sobre el lomo del otro.

Solo se escuchaba el silbido de los insectos y los quejidos de Kal, cuyo rostro estaba empapado en sudor y se retorcía de forma inconsciente. Una pesadilla marcada por el asesinato de Ramil, una mujer de rostro desfigurado y una aldea en llamas no lo dejaba en paz.

Se despertó de golpe, entre jadeos, sintiendo cómo sus manos temblaban. Y se sorprendió al advertir que Cantos estaba frente a él, mirándolo fijamente.

—Oye, chico tempestario —murmuró mientras agitaba una de sus

manos justo frente a su rostro.

Kal parpadeó varias veces. El sol todavía no había salido. Todo el lugar, salvo por la mano de Cantos y su extraño objeto metálico, estaba sumido en la negrura del cielo y la sombra de los árboles.

—Ven— continuó Cantos— creo que hay algo que podría interesarte.

El saliber bajó rápidamente del árbol y cayó sin emitir ruido.

Kal hizo el mismo movimiento. Desde lejos, vio que Cantos se internaba en el bosque y le hacía una seña. Kal aferró su báculo y frunció el ceño.

—Vamos, es importante —expresó Cantos del otro lado mientras saltaba un arbusto, desvaneciéndose entre las sombras.

Kal respiró hondo y miró de un lado a otro. Estaba seguro de que lo que tanto temía, aquello sobre lo que le había advertido a Nadya, se había hecho realidad. ¿Por qué lo habría despertado Cantos, en plena noche, si no era para matarlo y luego deshacerse del resto del grupo? Su bastón comenzó a emitir chispas verdosas, al tiempo que la sangre le hervía y todo su cuerpo se tensaba.

No le daría la oportunidad al saliber de salirse con la suya. Podían engañar a Nadya, Levy y Liuna, pero él no se daría por vencido tan rápido. Si el chico quería acabar con él, no se lo haría fácil, pelearía, tal como había aprendido mientras vagaba por Melliedor. Ninguna técnica era tan infalible como la propia experiencia.

Sintiendo el corazón acelerado, Kal caminó sigiloso hacia el bosque siguiendo el rastro de Cantos. Sus ojos escrutaban cada rama y tronco que alcanzaba a distinguir en la penumbra. Sabía que debía

enfocarse en cada detalle, especialmente los cambios de aire, para que el saliber no lo pillara desprevenido.

Se mantuvo con la mirada atenta, hasta que un silbido lo alertó. Era él. ¿A quién llamaba? Giró el rostro y no encontró nada más que hojas a su alrededor. Sintió que la oscuridad lo ahogaba. Un nuevo silbido logró alterarlo todavía más. Alzó el bastón cubierto de destellos y respiró agitado.

Súbitamente, una sombra se arrojó desde las alturas, sujeta con ambas manos de una liana que caía desde la copa de uno de los árboles.

—¿Qué haces? —preguntó Cantos, con una mueca de extrañeza.

Kal echó hacia atrás su bastón, analizando la extraña forma en que el chico había logrado colgarse.

—Tendremos una mejor vista desde aquí —continuó murmurando Cantos—. No creo que nos vean.

—Nos vean… ¿quiénes? —inquirió Kal en voz baja, enarcando las cejas.

—Solo sube.

Mientras observaba cómo Cantos subía con facilidad, empujando solo con la fuerza de sus brazos, Kal se sintió en clara desventaja. El tempestario solía utilizar más que nada las piernas para escalar, logrando un buen equilibrio con su bastón. Para alcanzar a Cantos, en cambio, debía dejar el báculo inmóvil entre sus piernas y valerse solo de sus brazos.

Intentó imitar la posición del saliber en las alturas y se aferró a la liana mientras tiraba hacia abajo sus codos y subía el pecho,

haciendo balancear el bastón. Luego de unas cuantas pausas para tomar aire, lo logró. Llegó junto a Cantos, a la copa de un árbol que se alzaba sobre los demás. Kal tuvo que cubrirse los ojos cuando su vista chocó con el cielo. El sol había comenzado a teñir el amanecer de intenso rosado.

—Al principio creí que Nadya exageraba cuando comentó que algunos galdurianos los perseguían —expresó Cantos, alzando las cejas—. Ahora veo que solo estaba siendo demasiado honesta.

Cantos señaló un espacio entre los árboles, no muy lejos de su posición, desde donde emanaba un denso humo negro. Y justo abajo, una fogata de fuego púrpura. Cuando Kal vio las tiendas de campaña color blanco, en cuyo centro estaba el símbolo de Galduria, se le erizó la piel.

—Levy decía la verdad —susurró el chico del báculo para sí, sin que Cantos lo oyera.

—Parece que sus enemigos saben hacia dónde se dirigen —continuó Cantos—, o bien estamos frente a una curiosa coincidencia…

—No, no creo que lo sea —respondió Kal, agachándose y entrecerrando los ojos para tener una mejor visión.

Distinguió a un galduriano de cabello largo y rostro anguloso que se movía entre soldados de armadura gris. Hinnegal. Nunca olvidaría la imagen de Ramil cayendo rendido en la cúpula mientras el líder de los fornatos, ordenaba que quemaran todo a su paso.

Kal apretó el puño hasta clavar sus uñas en la piel.

—Es la Guardia de Cabo Viejo —susurró Kal—. Nos están

siguiendo.

—Vaya, ahora no solo somos perseguidos por la Legión, sino también por galdurianos —a pesar de la gravedad de lo que comentaba, Cantos no pudo evitar cargar aquella frase de ironía, lo que le sacó una risa—. ¡Quién lo hubiera dicho! Mis padres no estarían para nada orgullosos de haber encontrado nuevos enemigos.

Kal lo miró con cara de pocos amigos.

—Nadie los obligó a seguirnos y entrometerse con…

—Oye, tranquilo —lo interrumpió Cantos, posando la mano sobre su hombro con tal rapidez que Kal no logró evadirlo—. Sé lo que estoy haciendo y no los voy a responsabilizar por mis decisiones.

El saliber comenzó a moverse entre las ramas con relajo.

—Así como tú te has abocado a la protección de la galeana, yo haré cualquier cosa que esté a mi alcance para evitar que los humanos capturen a Isobella.

Kal sacudió los hombros.

—La verdad, sigo prefiriendo estar aquí con ustedes, que moverme solo con mi hermana. Ya ningún lugar es seguro en Melliedor para seres como nosotros. —El semblante del joven se ensombreció—. La Legión crece día a día, los incendios se han transformado en una gran fuente de nuevos reclutas, a quienes entrenan con tácticas que exceden lo que podríamos hacer con nuestro galdur.

Kal pensó en Eyden y la manera en que la chica lo había inmovilizado, sin siquiera darle la oportunidad para utilizar sus habilidades como tempestario.

—Esperaría que los soldados se arrepintieran de atacarnos, que al menos se sintieran un poco amenazados por la presencia de seres con galdur. —El chico se enfureció—. ¡Que nos den un descanso!

Cantos suspiró y se apoyó en el árbol, volviendo la vista al paisaje.

—Entiendo que estés asustado, Kal, pero en el fondo buscamos lo mismo. —Sus ojos celestes se enfocaron en él por un breve instante.

Kal rememoró las palabras de Nadya: «son iguales a nosotros… son iguales a ti».

—Además, creo que mientras más galdurianos y humanos conozcan a Nadya… las cosas realmente podrían cambiar por aquí. Su causa es lo que yo y mi hermana necesitamos. Y estoy seguro de que no somos los únicos.

Esta vez fue Kal quien lo miró fijamente. ¿Estaba Cantos hablando en serio? ¿Pensaba que Nadya y sus iguales, los galeanos, serían capaces de restaurar la paz en Melliedor y formar una nueva alianza entre humanos y galdurianos?

—¿Tú… de verdad crees que algo así es posible?

Cantos resopló.

—Es un ideal por el que estaría dispuesto a luchar. —Sus ojos brillaron. —Después de todo, quién no daría lo que fuera por vagar sin temor por estas preciosas tierras.

Kal observó a su alrededor con detenimiento: las altas montañas de múltiples picos puntiagudos y delgados; la forma en que las nubes, como anillos, las bordeaban y se mecían entre estos con lentitud; el sol apareciendo en el firmamento, iluminando el terreno pantanoso donde se encontraban, ayudándolo a perder el aspecto

tétrico que lo caracterizaba durante la noche. Los frutos se despojaban de sus cáscaras, las flores recuperaban sus tonos rojizos y amarillos, y el césped se abría paso entre el barro y los riachuelos escondidos.

—Sin conflictos entre especies, sin que tengas que saber cuál es la naturaleza de quien está a tu lado —Cantos sonrió— porque estás a salvo, porque nadie quiere hacerte daño. Es algo tan bello, que me cuesta siquiera imaginarlo.

Kal sintió su estómago retorcerse y aferró el bastón mientras desviaba la mirada, aturdido.

—En todo caso —prosiguió Cantos—, tus amigos de la Guardia corren un gran riesgo al venir aquí, a un lugar en el que la Legión podría interceptarlos. ¿Y todo por una galeana?

—Están seguros de que la presencia de alguien de su especie les quitaría el apoyo en su plan de guerra contra los humanos —explicó Kal—. Además, Ramil vio en el medallón que ella no era la única… —Alzó la cabeza hacia Cantos y se enderezó.

De pronto, la idea de que la Guardia liderada por Hinnegal estuviera camino a Quelensaid se transformó en un hecho mucho más complejo. Si llegaban antes que ellos, si encontraban a Gerom o a los demás galeanos… Kal había visto con sus propios ojos cómo el líder de los fornatos asesinaba a Ramil a sangre fría como declaración de inicio de la revolución. Quién sabía de qué más serían capaces en una situación como la suya, en la que tenían tanto que perder.

—Oye, mira… —murmuró Cantos, mientras se agachaba sobre

una rama. Apuntó con su lanza una figura de capucha gris brillosa, que se movía con cautela entre los árboles. Cuando la mujer saltó una raíz, se hizo visible su cabello blanco y trenzado por sobre su mirada felina e inquisidora.

Kal se echó hacia atrás. La conocía. Era la líder de la Guardia. Superior de Cabo Viejo.

—¿Cherlat?

Un par de hojas cayeron desde su posición y la galduriana detuvo su caminata. A Kal no le cupo duda, había percibido su presencia en las alturas.

—Quizás deberíamos… —mencionó Cantos, apuntando unos matorrales.

Sin embargo, la voz de la galduriana los alertó. Se había dado la vuelta y ahora fijaba su mirada fría directamente en los ojos de Kal.

—¿Kal? ¡Eres tú! —Cherlat alzó las manos hacia él, mientras el chico permanecía inmóvil.

Por su rostro se dibujaba una sonrisa entre dientes y sus brazos estaban extendidos en señal de bienvenida. No había nada en el tono ni en los gestos de la galduriana que fuese distinto a las ocasiones en que había compartido con ella en Cabo Viejo, luego de que Ramil lo presentara como su aprendiz.

Kal comenzó entonces a dudar de los dichos de Levy. ¿Y si había exagerado? Sabía que su amigo no era muy listo. Quizás no había comprendido del todo las instrucciones dadas por la Superior. Quizás ella se había presentado con Hinnegal ante él, pero nunca estuvieron del mismo lado. Las posibilidades se le hicieron infinitas.

—Doncella Cherlat.

Cantos miró anonadado como Kal se arrojaba desde el árbol, quedando cara a cara con la galduriana del clan de los puerelos. Ella bajó los brazos y mantuvo una mueca sonriente.

—Yo… —Kal comenzó a titubear— siento mucho lo de su hermano… Ramil.

—Y yo lo siento por ti, muchacho —expresó Cherlat, manteniendo su rectitud—. Sé lo mucho que él cuidó de ti estos años. —Suspiró—. Y lo siento por todos nosotros. Pero la guerra ha comenzado. Los portales se han alineado por un objetivo común: destruir a los humanos y recuperar Melliedor de las manos de la Orden.

Kal se quedó helado.

—Creí que usted, al igual que su hermano, iban a hacer todo lo posible por mantener una actitud pacífica hacia los humanos —observó, al tiempo que la galduriana comenzaba a caminar en círculos a su alrededor.

—¡Y así lo hice! Durante prácticamente toda mi vida —aseveró Cherlat, deteniendo de golpe su paso.

La helada brisa matutina hizo que los troncos se mecieran y que el ambiente fuera invadido por el tintineo de los frutos.

—Pero los tiempos cambian —continuó la doncella— y se vuelve imperioso tomar decisiones que pueden costarnos… más de lo que creemos. Todo por el bien de nuestro pueblo.

Poco a poco, Cherlat se acercó a Kal y puso ambas manos sobre sus hombros. El chico la miró extrañado. Cantos observaba la escena desde las alturas, frunciendo el ceño.

—Kal, tú eres un galduriano fuerte y con una habilidad interesante. Un galdur como el tuyo, unido a tus habilidades como guerrero, podrían ser decisivas en la guerra que se librará en Melliedor —indicó Cherlat en un tono mucho más apacible—. De hecho, planeamos atacar el castillo de Yenegart en un tiempo. ¿Y sabes qué hay en Yenegart?

El joven la miró confundido.

—Hay registros —puntualizó Cherlat con una sonrisa afilada—. Registros a los que nuestro pueblo no ha tenido acceso desde que ocurrió la masacre hace cien años. Registros de nacimientos, defunciones, matrimonios de humanos, galdurianos y mucho más. Si Ramil no fue capaz de darte respuestas sobre el paradero de tu familia, yo podría proporcionártelas sin problemas una vez que Galduria se alce con la victoria.

El semblante de Kal se iluminó mientras por su cabeza pasaban los recuerdos de días buscando entre los objetos una respuesta, explorando aldeas quemadas para descubrir entre los escombros un rostro que le resultara familiar. Nunca había imaginado que en Yenegart existiera una alternativa.

Cherlat interrumpió sus pensamientos:

—¿Por qué no te das una vuelta por el campamento? —le preguntó —. Estoy segura de que Hinnegal te recibiría sin dudarlo.

Escuchar el nombre del líder de los fornatos provocó que la espalda de Kal se crispara y que una corriente helada bajara por su nuca.

—¿Hinnegal? —Kal frunció el ceño y habló más despacio—.

Doncella, yo vi cómo Hinnegal asesinaba a su hermano en la cúpula de la Gran Corte.

Un tenso silencio se abrió entre ellos, al tiempo que una ráfaga de viento se colaba entre los árboles.

—Un precio doloroso… —murmuró Cherlat, alzando su rostro en la oscuridad— que tuve que pagar por el bien de Galduria.

—¿Qué? —soltó Kal.

Miró el piso, de un lado a otro, sintiendo una fuerte presión en el pecho.

—Entonces Levy y Liuna tenían razón. —Sentía que le costaba hablar—. Usted… usted siempre lo supo —dijo en un murmullo.

La doncella resopló.

—Kal… —lo llamó Cantos.

A lo lejos ya comenzaba a escucharse el silbido del movimiento de los salibers y las pezuñas de los caballos golpear el piso.

—A veces debemos sacrificar ciertas cosas… —comenzó a explicar Cherlat.

—¡Ramil no era una cosa! ¡Era su hermano, mi amigo y mentor! —Su bastón fue rodeado por un resplandor verdoso que se reflejó en los ojos de Cherlat. La apuntó, pero ella se mantuvo imperturbable —. ¡Usted no estaba salvando a Galduria, se estaba salvando a sí misma de la rabia de la revolución!

—No tienes idea de lo que dices, muchacho. Ya no existe otro camino para evitar que los galdurianos continuemos siendo masacrados.

Mientras jadeaba, Kal habló entre dientes:

—Quizás… —El joven suspiró y miró hacia donde Cantos aún se ocultaba—. Quizás sí exista otra manera.

Cherlat soltó una carcajada.

—¿De verdad? ¿Vas a seguir con aquella locura de ir a Quelensaid a buscar a mi «hermano perdido» y su supuesto ejército de galeanos? —mencionó Cherlat con sarcasmo, ante la mirada atónita de Kal.

Entonces era cierto. Cherlat los había oído hablar en el despacho de Griorg antes de salir de Cabo Viejo.

—Es una trampa, Kal. Una mentira que busca darnos falsas esperanzas para que mantengamos las cosas en Melliedor exactamente como están. ¿Quieres que los asesinatos de galdurianos sigan su curso? ¿Que la muerte de Ramil haya sido en vano?

—Si es solo una mentira —susurró Kal sonriendo entre dientes, al tiempo que se volteaba para que Cherlat viera la sonrisa en su rostro —, ¿por qué nos siguen? ¿Qué les da tanto miedo?

Cherlat gruñó.

—Con o sin galeanos, la historia demuestra que no es posible que humanos y galdurianos convivan en armonía, así que será mejor que Galduria se imponga de una vez por todas —precisó Cherlat—. No voy a permitir que idealistas como tú o mi hermano continúen retrasando nuestro propósito, alegando lazos y conexiones que solo nos llevarán a la destrucción. Ahora, dime dónde está la galeana y su medallón… y te prometo que todos saldrán con vida de este bosque.

—Lo haremos de todas formas —respondió Kal, sin un ápice de duda.

—Bien, entonces está decidido —afirmó Cherlat, alzando uno de

sus brazos y haciendo chasquear sus dedos—. Después de todo la chica no puede estar muy lejos.

—¡Kal, cuidado! —gritó Cantos desde las alturas.

Un enorme árbol cayó junto a Kal guiado por el galdur de un fornatos que cabalgaba a lo lejos. Miembros de la Guardia habían escuchado la sutil llamada de Cherlat y ahora se movían a toda velocidad hacia ellos junto a tres salibers, cuyos movimientos generaban un silbido entre los árboles.

Cantos bajó del árbol de un salto sorprendiendo a Cherlat. Kal aprovechó su distracción para quitarle la espada que había mantenido oculta en su espalda. El movimiento fue preciso. Cherlat le dirigió a Kal una mirada cargada de furia.

Antes de que la doncella pudiera acercarse, una flecha le alcanzó el brazo y logró inmovilizarla. Kal alzó la vista.

Los dragones volaban sobre ellos. Nadya e Isobella estaban en el más cercano y la sanaura mantenía firme el arco con un par de flechas.

Al ver que Cantos y Kal estaban bien, Isobella asintió con una sonrisa.

—¡Sube, ve con los demás! —le gritó Kal a Cantos—. Intentaré hacer lo que pueda con mi galdur para darte tiempo.

Mientras Cherlat caía dormida, pequeños torbellinos de viento fueron el aviso que necesitaban para tener certeza de que el grupo de salibers estaba demasiado cerca.

—Ya es tarde, no podrás con ellos tú solo —contestó Cantos, aferrando su lanza.

—¡Esta no es tu batalla, es a nosotros a quienes buscan! Anda con tu hermana.

En su interior, Kal de verdad quería que Cantos se fuera, que reforzara la idea de que no era un galduriano en quien podía confiar y que solo estaba protegiéndose a sí mismo al decidir unirse a su grupo. Necesitaba que el chico lo abandonara para justificar su promesa a Eyden.

Sin embargo, Cantos lo observó con una mueca burlona.

—Entonces tendrán que encontrarlos en otra oportunidad —anunció el joven con ironía—, porque no se los haré tan fácil.

Antes de que Kal dijera algo más, Cantos empezó a correr. Su silueta se transformó en una corriente de aire azulina que se movía en círculos, formando una gran ráfaga de polvo envolvente.

Kal puso uno de sus brazos sobre sus ojos mientras veía cruzar cerca otras corrientes de la misma tonalidad.

Cuando uno de los salibers de la Guardia se acercó al tornado de polvo, se detuvo espantado. Esto le dio tiempo a Kal para golpearlo con su bastón detrás de las piernas. El chico lo observó caer, confundido, mientras Cantos mantenía su trayectoria.

Kal logró esquivar unas cuantas ramas que volaban sobre su cabeza, mientras el saliber al que había golpeado se ponía de pie y enfocaba sus ojos fríos en él. Sacó la espada del cinturón que cruzaba su pecho y se lanzó directamente hacia el tempestario. A Kal le bastó con moverse hacia la derecha para que un trozo de corteza se hundiera en el estómago del joven y lo dejara aturdido en el suelo.

A su lado, Kal vio que Cantos había dejado de dar vueltas en

círculos y que ahora se enfrentaba a dos masas de aire azulino. El polvo, la tierra y las ramas empezaban a caer junto a ellos, ahora que no había nada que mantuviera en el aire aquel campo de defensa.

Kal entró en la pelea con el cuchillo aferrado en una de sus manos. Una joven saliber se abalanzó sobre él y le rasgó la capucha, en un movimiento que por poco alcanzó su hombro. Mientras tanto, Cantos estaba a pocos centímetros del suelo. Otro de los miembros de la Guardia había logrado inmovilizarlo, atascando con su propia lanza su uniforme a la tierra. Sus miradas se encontraron por un segundo, justo antes de que una serie de árboles comenzaran a ser lanzados en el aire y una gran sombra cubriera sus rostros. Los fornatos de Hinnegal estaban cada vez más cerca.

Kal saltó hacia una rama y la saliber que lo seguía cayó intentando perseguirlo, mientras el bosque se tambaleaba por el desastre de la bruma amarilla. Cantos arrojó de su bolsa un diminuto cubo, lo que produjo que una densa masa de humo se extendiera entre ellos, afectando su visión. Kal aprovechó esta oportunidad para concentrarse, girar su bastón con fuerza y ralentizar el paisaje. Esto le daría tiempo para sacar a Cantos de ahí y llevarlo con el resto del grupo.

Se movió con normalidad entre quienes formaban parte de aquella batalla, procurando mantener con firmeza el báculo, la única conexión con la naturaleza que le permitía mantener la lentitud en el ambiente. La saliber había quedado con el rostro desfigurado, en un grito que ahora salía mudo por su apretada garganta. La esquivó y se dirigió al lugar donde había visto a Cantos por última vez.

Pero sus ojos chocaron con una visión que lo dejó paralizado.

Cantos estaba todavía en el suelo, con el brazo doblado en el movimiento que le había permitido arrojar el cubo. Sobre la piel de su pecho, en la misma zona cubierta por la venda de Liuna, una flecha se enterraba en un movimiento lento mientras un miembro de la Guardia lo aferraba por el hombro, sin darle posibilidad de escapar. Otro de los salibers había logrado alcanzarlo poco antes del avance del humo por el bosque.

Mientras el corazón le latía desbocado, Kal intentó mantener la calma y corrió hacia un árbol y subió a gran velocidad. Desde las alturas se percató de que el dragón sobre el que estaban Isobella y Nadya iba a ser alcanzado por una nueva masa de flechas, ahora suspendidas en el aire.

Si querían sobrevivir, debían alejarse cuanto antes.

—¿Qué sucede? —preguntó Nadya, la única que no había sido afectada por el uso del galdur de Kal.

El chico no respondió. Desvió la mirada hacia el humo, bajo el cual estaría el cuerpo de Cantos, quien aún batallaba. Sobre su cabeza estaba el rostro de Isobella, inmóvil, pero claramente enfocado en encontrar a su hermano. Kal lo leía en su mirada desesperada y en la firmeza con la que cerraba el puño sobre el arco.

—¡Kal! —gritó Nadya.

Estaba perdiendo la concentración, provocando que el paisaje comenzara a recuperar su ritmo. El viento chocaba con sus mejillas con mayor rapidez.

Kal gruñó para sus adentros y se lanzó hacia la pata del dragón, en

el instante en que el mundo recobró definitivamente su velocidad.

—¡Tienen que alzar el vuelo! —exclamó hacia Nadya, quien miró estupefacta cómo el chico se balanceaba bajo sus pies, intentando subir hacia el lomo—. ¡Ya!

Alcanzaron a ascender en el aire, al mismo tiempo que la masa de flechas cruzaba justo bajo el vientre del dragón, que miraba a su compañero, montado por Levy y Liuna, con genuina preocupación.

Isobella extendió la mano hacia Kal para ayudarlo a subir al lomo.

—¿Dónde está mi hermano? —preguntó—. ¿Está herido?

Cuando sus miradas cristalinas se encontraron, ella no necesitó que le explicara nada. Su silencio lo delataba y en su espíritu ya lo sabía, algo muy dentro de ella se había quebrado.

—Isobella —comenzó Kal, mientras el dragón tambaleaba por los rápidos movimientos que tenía que hacer para esquivar las flechas —. Cantos… él…

—¿Dónde está? —preguntó Nadya—. ¡Debemos ir por él!

Pero Isobella no se movía. Su rostro estaba más pálido de lo normal y sus labios habían adquirido una tonalidad púrpura. Kal, frente a ella, agachó la cabeza.

—No podemos hacer nada, ¿o sí? —pronunció en un hilo de voz—. ¡Kal, mírame! —gritó con ferocidad, sujetando al tempestario por los hombros.

Kal, intentando sostener su afligida mirada, negó con la cabeza. La sanaura se echó hacia atrás.

—Tenemos que irnos —afirmó Isobella, alejándose de él— o nos matarán a todos.

Pasó por su rostro ambas manos, evitando que las lágrimas escurrieran por sus mejillas.

—Isobella… —logró decir Nadya. Una nueva flecha cruzó junto a su cabeza, obligándola a agacharse—. Quizás podemos… —Kal la detuvo, agarrándola por el brazo. Nadya lo miró boquiabierta.

—Vámonos —respondió Isobella con agonía—. Vámonos de aquí.

Entre los gritos de los enrabiados galdurianos de la Guardia, el dragón comenzó el ascenso seguido por su compañero.

Mientras se perdían entre las nubes y dejaban atrás aquel terrible campo de batalla, ninguno pudo evitar mirar abajo, hacia el denso humo blanco que ahora se esparcía por el bosque. Ni siquiera Kal, quien sintió más viva que nunca la frase que Cantos le había dicho tan solo momentos atrás: «es un ideal por el que estaría dispuesto a luchar».

CAPÍTULO VEINTIDÓS



Se mantuvieron volando entre nubarrones grises que pronto iniciaron una feroz tormenta. Mientras los dragones intentaban abrirse paso en la lluvia torrencial, los jóvenes se balanceaban sobre las monturas, empapados. Al mismo tiempo, poderosas ráfagas de viento amenazaban con hacerlos caer en picada.

A pesar de sus intentos por elevarse y cruzar la línea de nubes, estas parecían no acabar nunca. Por esta razón, y aunque quería alejarse lo más posible de la zona asediada por la Guardia, Kal ordenó que descendieran. Era más conveniente esperar a tener una mejor visión que tomar el camino equivocado y desviarse de su destino.

Bajaron a una zona rocosa y lograron cobijarse de la lluvia bajo la pequeña apertura de una montaña. Todos tiritaban en una mezcla de frío y miedo, estrujando el agua de su ropa. Solo Isobella se mantuvo sentada donde terminaba la cueva. Miraba la lluvia y aferraba sus

piernas con los brazos, como si esperase que una corriente de aire azulina se presentara ante ella.

No fue sino hasta que escucharon el sollozo de la joven sanaura resonar en las paredes de la montaña, que los demás cayeron en la cuenta de lo que había pasado. El riesgo que estaban corriendo. No habían sido capaces de sobreponerse al ataque sorpresivo de la Guardia y uno de los suyos se había quedado atrás. Por poco había bastado una sola oportunidad para acabar con su causa.

Para empeorar el panorama, los líderes de los galdurianos de Cabo Viejo no eran los únicos que planeaban detenerlos. Todo el tiempo que estaban en tierra se arriesgaban a ser encontrados por otros humanos o, derechamente, por la Legión.

Estaban completamente solos en aquel ambiente que se volvía cada vez más hostil.

Mientras un tenso y triste silencio se extendía entre ellos, Isobella se cuestionó su presencia en ese lugar, preguntándose si acaso las cosas podrían haber sido distintas. Recordó el día en que la Legión había logrado hacerle aquella horrible cicatriz que cruzaba su rostro, cuyo contorno palpó con la yema de sus dedos, y pensó en el momento en que su hermano le había propuesto buscar ayuda. Su rostro embarrado, el cabello pegado a la frente debido al sudor, su cuerpo ladeado a consecuencia del agotamiento. «No puedo permitir que te lastimen», le había dicho, limpiando con un trozo de tela el rastro de sangre junto a los ojos de su hermana.

Liuna se acercó a Isobella y posó su mano sobre su hombro. Esta la miró, soltando un suspiro y, en un movimiento mecánico, le entregó

su palma, donde Liuna comenzó a esparcir hierbas que había recolectado el día anterior.

El tacto y movimiento de la mano de Liuna sobre la piel de Isobella produjo intermitentes destellos rojos. La teresteno sabía que las sanauras no podían curarse a sí mismas, menos un dolor como el que estaba sufriendo Isobella. Sin embargo, podía ayudarla con algunos insumos que calmarían su pena. Cuando vació sus manos, Liuna se sentó junto a la joven y enfocó su vista en la lluvia.

Kal la siguió con la mirada, preguntándose si acaso las dudas sobre su pasado y el paradero de su familia tenían tanta importancia. Si acaso la incertidumbre con la que vivía era más relevante que la vida que se había perdido frente a sus ojos sin que él pudiera hacer algo para evitarlo.

La doncella Cherlat le había demostrado que esto no era una mera persecución. Se trataba de una misión destinada a deshacerse de cuantos se interpusieran en su camino, de aquellos que obstaculizaran la guerra que Galduria pretendía librar contra los humanos. Eran incluso capaces de matar a un inocente como Cantos, cuyo único error había sido buscar protección en el grupo equivocado, en el momento más inoportuno. A Kal se le hizo un nudo en la garganta. Aquello, además de ser aterrador, implicaba que el vaticinio que había hecho Griorg en la Gran Corte era real: Hinnegal, Cherlat y todos sus adherentes se estaban volviendo la nueva Orden. Él no podía permitirlo. No se creía capaz de ver a otro galduriano caer en sus garras.

Mientras a sus oídos llegaba tan solo el golpeteo rítmico de las

goteras de la cueva, Kal decidió romper el silencio:

—Me equivoqué… —soltó— me equivoqué cuando le dije a Cantos que no habría batalla y al enojarme tras su ofrecimiento de enseñarles tácticas de lucha. —Agachó la cabeza. Isobella se volteó para mirarlo—. No solo creí que no sería necesario, sino que también desconfié de sus propósitos. Lo siento mucho, Isobella.

La chica asintió con la cabeza, mientras una lágrima resbalaba lentamente por su mejilla.

—Y prometo que esto no volverá a ocurrir.

—¿Cómo sabes que…? —comenzó a preguntar Levy.

—Vamos a aprender a luchar, juntos —continuó Kal.

Nadya alzó el rostro, antes oculto entre sus piernas, y lo miró con incredulidad

—Ya sea para defendernos de los humanos… —Kal hizo una pausa para medir el peso de sus palabras y se dirigió a Nadya, cuyos ojos comenzaron a brillar—. O de los galdurianos.

—No somos guerreros, Kal —comentó Liuna. Sus ojos estaban teñidos de rojo por el llanto—. No pudimos evitar a unos cuantos salibers y fornatos. Imagina lo que ocurrirá cuando tengamos al frente a todo un ejército, cuando la Guardia completa nos esté esperando en Quelensaid.

—Es verdad —confirmó Nadya encogiéndose de hombros, perdiendo el destello de su mirada—. Si no nos hubieras avisado de las flechas, el dragón habría caído fácilmente…

—Es imposible que lo logremos —murmuró Levy para sí.

—Es cierto, no son guerreros —afirmó Kal.—. Pero decidieron

voluntariamente venir aquí, a Melliedor, un lugar lleno de peligros, y abandonar la comodidad y seguridad de un portal, de su familia o, incluso, de la soledad —dijo esto último mirando a Nadya—. Si no son guerreros —su mirada se posó y detuvo en cada uno—, son el grupo más valiente que conozco. Y no me atrevo a verlos caer por rendirse y no haber querido intentarlo.

Aunque los demás no lo notaron, Kal hizo un esfuerzo para que la voz no se le quebrara:

—Hoy Cantos me dijo que creía en la propuesta de Nadya: en abrir un camino distinto al de la destrucción que propone Galduria y la Orden. Para que sanauras como Isobella y otros galdurianos, incluso humanos, estén seguros y puedan vagar libres por Melliedor, como en los antiguos tiempos. Habló con seguridad, con esperanza, con una fe que yo jamás había visto en otro joven. Recién entonces comprendí que hay algo que los diferencia de los miembros de la Legión y de la Guardia…

El silencio volvió a invadir la cueva. Cuatro pares de ojos estaban enfocados en el chico alto y delgado, mientras la lluvia disminuía su intensidad y la caída del agua desde las goteras se volvía mucho más suave.

—Esos galdurianos, los que nos atacaron hoy… están asustados —aseguró Kal ante sus miradas extrañadas—. Temen que lo que está inscrito en el medallón de Nadya sea real y que Gerom tenga la clave acerca del paradero de otros galeanos como ella, desequilibrando a los dos bandos que existen en Melliedor y que luchan por el poder.

De a poco, Liuna, Nadya y Levy comenzaron a asentir.

—El problema —continuó Kal, soltando un resoplido que provocó que un mechón de su cabello cobrizo se levantara— es que ustedes nunca lo han deseado. Nunca han querido dominar Melliedor y sobreponerse a otra especie. Todo lo que buscan es detener a la Orden y traer paz a todos los habitantes de estas tierras, sin distinción. Y ese propósito, ese discurso es mucho más poderoso que cualquier arma que la Legión o la Guardia podrían jamás conseguir. Tienen una gran ventaja, tienen de su lado a todos los seres de estas tierras que están hartos de pelear entre sí y que, sin duda, se les unirán.

Kal se encogió de hombros.

—Sin saberlo, Cantos me convenció de que esto es lo correcto. De que esta es una causa que sí vale la pena. Y estoy dispuesto a ayudarlos a detener a quienes quieran hacerla desaparecer.

—¿Qué propones, entonces? —preguntó Nadya.

—Déjenme enseñarles todo lo que aprendí viviendo solo en Melliedor sobre batallas. Técnicas de galdurianos de norte a sur, ataques certeros para derribar a un soldado de la Legión, el aprovechamiento del galdur, aun sin luz solar, para salir ilesos de un enfrentamiento.

Los demás se miraron entre ellos. Con euforia y duda a la vez.

—Lo haré… si ustedes prometen no volver a poner en duda sus habilidades y que no se dejarán intimidar por los ejércitos que aparezcan en el camino.

Desde el otro lado de la cueva, Isobella se puso de pie y se pasó su brazo por el rostro limpiando sus lágrimas. Luego de dejar escapar

un sollozo, se sacudió y suspiró.

—Yo haré todo lo que pueda por ayudar también. —La joven hizo una pausa mientras agachaba la cabeza—. Es lo que mi hermano hubiese querido.

Nadya miró de reojo a Levy y Liuna, quienes asintieron lentamente.

—Cuenten con nosotros —respondió Nadya.

Luego golpear la punta de su bastón contra el piso, la voz de Kal retumbó en las paredes.

—Entonces, ya está decidido. No hay vuelta atrás: vamos a abrirnos paso entre la Guardia y la Legión para demostrar que todavía existe una forma de devolver la paz a Melliedor.



Aprovecharon la poca visibilidad de los días lluviosos y el crujido de las hojas de los árboles para camuflar un improvisado entrenamiento.

Kal se encargó de mantener el fuego vivo, de recolectar más provisiones y darle a Levy consejos para manipular con mayor rapidez y precisión sus habilidades. Sabía que un fornatos con buena puntería podía significar una importante ventaja.

Levy se quedaba horas siguiendo sus instrucciones, moviendo con su galdur las rocas del suelo, intentando lanzarlas al punto específico marcado por el tempestario. En cada sesión acababa con el sudor recorriendo su frente y las manos temblorosas. Sin embargo, siempre intentaba seguir todo lo que pudiera con tal de lograrlo. Después de

ver la agresividad con la que la Guardia había intentado detenerlos, no estaba dispuesto a ser presa fácil.

Por su parte, y recordando las lecciones de Cantos, Nadya y Liuna comenzaron por recolectar ramas para armar sus propios arcos y flechas. Sin decir nada, Isobella se les unió. Juntas las tres daban vueltas por el sector. A ratos Isobella se alejaba un poco más y se quedaba mirando a su alrededor con los ojos bordeados con una tonalidad blanca y apagada. En esos momentos era Liuna quien se acercaba y la acompañaba en su recorrido, un gesto que Isobella agradecía con una apagada sonrisa para luego reanudar su tarea. Aquello la distraía, a la vez que la hacía sentir muy cerca de su hermano. El bosque era su hogar, donde habían vivido mil aventuras, y lo seguiría siendo para siempre.

Cuando recopilaron los materiales que les parecieron suficientes, Nadya se instaló sobre la roca y miró aquellos trozos de ramas mordiéndose el labio. Ni ella ni Liuna sabían qué hacer. Se sorprendieron cuando Isobella se acercó a ellas para ofrecer su ayuda. La sanaura les fue enseñando los pasos, la forma de utilizar el cuchillo para lograr una forma lisa, mientras su rostro, muy de a poco, recobraba el color.

Cuando los arcos estuvieron listos, Isobella ni siquiera esperó a que se lo pidieran. Les mostró cómo arrojar las flechas y aprovechar la alta sensibilidad y capacidad de percepción de su especie para lograr un mejor resultado.

Así continuaron, incluso en medio del aturdimiento y la tristeza. Por el día entrenaban, entre fracasos y pequeñas victorias. Por las

noches, solían sentarse junto a un fuego débil, agotados, mientras hablaban sobre sobre los portales, las antiguas canciones de Melliedor y sobre Cantos. Isobella era quien relataba sus historias, sus encuentros con la Legión, y acababa secándose las lágrimas con una sonrisa, para luego recibir un abrazo de Liuna, de Nadya, de Levy y la mirada compasiva de Kal.

Durante un atardecer, cuando Levy estaba demasiado cansado y sus movimientos se fueron tornando cada vez más torpes e inconclusos, decidieron hacer una pausa. Kal se acercó a Nadya y Liuna, quienes intentaban controlar cada uno de los músculos de su cuerpo, incluso la respiración, para lograr que sus flechas fueran a parar hasta el centro de la bolsa de Isobella, colgada de la rama de un árbol cercano.

Se mantenían en completo silencio, sin siquiera pestañear, tal como la sanaura les había indicado, hasta que en sus ojos se reflejara a la perfección el punto exacto, el objetivo del lanzamiento.

Nadya fue la primera en intentarlo. Su flecha cayó alejada de la bolsa. Liuna, en cambio, logró que esta se incrustara en una de sus esquinas. La joven pelirroja soltó un grito de alegría cuando observó que la tela se había rasgado un poco debido al impacto. Kal vio que Nadya agachaba los hombros y suspiraba, mientras Isobella le sonreía a Liuna.

—Es imposible… lo hacen ver tan fácil, pero sencillamente no puedo hacerlo —se quejó Nadya, dejándose caer sobre una roca.

—Son galdurianas —respondió Kal, ocultando una risa— y tú una galeana. La racionalidad humana interfiere con tu sensibilidad y

percepción de la naturaleza. —Kal tomó de su bandolera el cuchillo y lo hizo girar en su mano desocupada—. Si realmente quieres alcanzar tu objetivo, vas a tener que desprenderte de tu lado más lógico y dejarte llevar por tu instinto. Tus ojos deben guiar a tu cuerpo. Tus manos deben servirles. Tendrás que medir la fuerza y movimiento del arco según la brisa y los crujidos del bosque.

Rápidamente, el joven se giró y lanzó el cuchillo hacia la bolsa. El metal la rasgó justo en el centro. Nadya negó con la cabeza.

—Voy a seguir siendo solo una carga en este recorrido —murmuró Nadya, mirando cómo Liuna se posicionaba en otro punto de la cueva para intentar lanzar una flecha desde ese nuevo ángulo. A pesar de la fuerza con la que caía la lluvia, tanto Kal como Nadya alcanzaron a oír el grito de Isobella, alentándola.

Kal soltó un resoplido y puso los ojos en blanco.

—No lo creo, niña. Ten paciencia.

Pero al ver que Nadya no parecía tener intenciones de tratar otra vez decidió presentarle una nueva propuesta:

—¿Qué te parece si… practicamos con mi galdur?

A Nadya se le iluminó el rostro y alzó la vista hacia él con una sonrisa.

—¿De verdad?

—Podemos intentarlo —respondió Kal—. Sin luz solar se vuelve un poco más complejo…

—¡Hagámoslo! —lo interrumpió Nadya.

Nadya siguió a Kal mientras daban una vuelta a la obertura de la montaña, hasta quedar en una zona alejada de las flechas de Liuna,

donde la lluvia no los alcanzaría.

—Ya hemos hecho esto antes —dijo Nadya con emoción—. Es fácil.

—Claro que es fácil —afirmó Kal, alzando las cejas—, cuando yo hago todo el esfuerzo y tú simplemente interactúas con lo que ya he provocado. Nadya, si en realidad eres una tempestaria, tendrás que trabajar muy duro para lograr manipular el galdur por ti misma. Yo aún no logro descifrarlo del todo.

—¿Tú… —comenzó a decir Nadya— crees que soy una tempestaria?

—No, no. Escucha. Antes que todo, eres una galeana —precisó el chico—. Pero los de tu especie mantienen afinidad con el galdur del primogénito galduriano, ya sea madre o padre. De hecho, suelen ser mucho más poderosos, porque pueden manipular el galdur sin necesidad de un objeto.

El joven hizo una pausa. Al ver que Nadya estaba atenta, continuó:

—Verás, todos los galdurianos, además de la energía del sol, necesitamos de ciertos objetos de la naturaleza para manipular el galdur.

—Sí, sí… lo sé. —Nadya lo cortó, evocando lo que Dercan le había dicho mientras caminaban por Cabo Viejo—. Los fornatos requieren de… cosas sólidas; los terestenos de las plantas; los salibers de aire; las sanauras de agua; los tempestarios…

—Los tempestarios necesitamos un objeto que nos sirva de conexión con el presente.

—Así que para eso es tu bastón —razonó Nadya.

—Exacto —confirmó Kal con una sonrisa, girando el báculo entre

sus dedos—. Así que, si eres una galeana con afinidad al galdur de los tempestarios, eso significaría que puedes manipular el tiempo sin nada más que tus manos.

—Vaya… —exclamó Nadya extendiendo sus dedos. ¿De verdad algún día podría controlar el tiempo solo con ellos? ¿Cómo se sentiría aquella poderosa energía discurrir por su piel?

Mientras Kal daba vueltas por el lugar, cerciorándose de que estaban solos, los ojos de Nadya brillaron y se lanzó a hacer la siguiente pregunta:

—¿Cómo lo lograste tú? —preguntó.

Kal la miró con el ceño fruncido.

—Quiero decir, ¿cómo lograste dejar salir tu galdur por primera vez?

Kal se quedó pensativo.

—Ramil me ayudó —replicó al fin. Una corriente helada bajó por su espalda—. Él creía que mi solitaria travesía por Melliedor no solo respondía a mis interrogantes, sino que también a un genuino interés por el pasado, debido a mi condición de tempestario.

Kal continuó sin mirarla, perdido en sus pensamientos.

—Seres como yo, con este galdur… tenemos un sentimiento constante de inquietud por el pasado y el futuro. Así, aunque estemos físicamente en la misma línea temporal que los demás, nuestra mente tiende a conectar el presente con eventos que ocurrieron o que van a ocurrir. Esto nos permite, con mucho estudio y control del galdur, ver imágenes de tiempos remotos o tener premoniciones de lo que nos rodea.

Nadya sintió que el corazón latía desbocado de solo pensar en la posibilidad de que ella pudiese tener afinidad a ese increíble galdur y poder hacer lo mismo que Kal.

—Mi mentor intuyó que yo podía ser un tempestario y luego me ayudó a concentrarme en mis deseos por conocer mi pasado, trasladándolo a objetos que podían darme alguna pista sobre este. Así es como aprendí a tener visiones sobre la historia de las cosas. Me viste intentarlo con el medallón. Sonará extraño, pero es cuestión de pedirle a las cosas que se expresen con toda su identidad. Trazo un círculo en el suelo, manifestando mi petición, y me enfoco en lo que tenga frente a mí, como si fuese lo único que existe en el mundo.

—¿Y qué hay de ralentizar el tiempo? —preguntó Nadya, cautivada, mientras a su mente volvía la escena en el bosque, en que todo a su alrededor se había vuelto silencioso y había sido capaz de ver a Cantos con toda claridad.

—Es un mecanismo de defensa —explicó Kal—. Ahora que lo pienso, podía hacerlo, sin saberlo, mucho antes que Ramil lo mencionara. Supongo que esa fue la primera manifestación del galdur en mí.

—Increíble —murmuró Nadya.

—Así es —confirmó Kal, mientras un relámpago iluminaba la montaña—, pero como el galdur está ligado al profundo conocimiento sobre nosotros mismos… —El chico desvió la mirada —. Aún no he podido desarrollarlo a gran nivel.

Nadya suspiró. De a poco comenzaba a comprender por qué la llegada a Quelensaid y el encuentro con Gerom era tan importante

para Kal. Ya no se trataba solo de su pasado, su familia, sino también de su galdur. Sintió un estremecimiento. A ella también le faltaba una pieza, aún no se conocía realmente. ¿Cambiaría en algo su situación una vez que Gerom le diera las respuestas que necesitaba?

—Bien. —Kal interrumpió sus pensamientos—. Concéntrate en lo que voy a hacer, ya que luego deberás hacerlo tú. El primer paso para manipular el galdur de los tempestarios es la autopercepción, llamémoslo un «viaje interior».

El chico cerró los ojos.

—Debo ser consciente de mí mismo, sentir cada músculo y parte de mi cuerpo —manifestó en un tono tranquilo—. Al principio, deberás empezar desde la punta de tus pies e ir subiendo hasta alcanzar la cabeza. Tardarás tiempo hacerlo las primeras veces. Después serás capaz de lograrlo en tan solo unos segundos.

Kal alzó un poco el bastón sobre su cabeza.

—Luego, es la mente la que le ordena al resto del cuerpo que deje salir el galdur y delimita su cometido. Si lo que quiero es que el tiempo se detenga, debo concentrarme en mi propia rigidez y sentir cómo la energía alojada en mi espíritu se esparce por mi cuerpo, manteniendo la compostura.

Poco a poco, el bastón comenzó a emitir chispas verdosas. Sus destellos iluminaron el semblante de Nadya. Kal abrió los ojos y no despegó su vista del alargado trozo de madera mientras hablaba.

—Para que las órdenes se cumplan, debes tener la mente enfocada en tu objetivo —prosiguió con calma—. Ramil me aconsejó utilizar el bastón y darle a cada movimiento un significado distinto. De este

modo, no tengo dudas acerca de lo que pretendo.

En medio de las chispas, Kal giró el báculo y de un golpe el ambiente se sumió en el más completo silencio.

Lo primero que Nadya observó fue el rastro de las gotas de lluvia, cayendo desde lo alto del cielo. Luego, el bosque y el imperceptible balanceo de las ramas. Se sintió liviana y acogida por una brisa cálida, ajena al viento helado que había cruzado junto a sus mejillas instantes atrás. Aunque ya había interactuado con el galdur de Kal en varias ocasiones, no dejaba de sorprenderle de lo que era capaz.

Kal apoyó una de sus manos sobre la rodilla y jadeó. Utilizar su galdur en un día sin sol implicaba un gran esfuerzo.

—Es tentador… —logró formular, parándose erguido—. Dejar el mundo de esta manera… —Giró sobre sus talones y posó su vista en una gota que caía desde una grieta—. Darse un largo descanso de los conflictos de este mundo. —Se volvió hacia Nadya con una sonrisa.

—¿Podrías hacerlo? —preguntó Nadya.

—Quizás… —respondió Kal—. Si fuera un día soleado y tuviera un excelente manejo de mis habilidades. —Hizo una pausa y suspiró —. Elegiría el mejor día de mi vida para ralentizar todo y que jamás acabara.

—¿Cuál escogerías? —escuchó que Nadya preguntaba, mientras intentaba tocar un hilo de agua que caía a su lado desde la parte superior de la cueva.

Kal sintió que su puño se cerraba con mayor firmeza en el bastón. Inmediatamente pensó en Eyden. En la silueta de la joven sobre el césped, a su lado. En su cabello castaño cayendo sobre sus hombros

mientras le dedicaba una sonrisa después de bromear sobre lo ridículos que se veían sus zapatos de tela.

Las imágenes se evaporaron cuando sus pensamientos fueron interrumpidos por la voz de Nadya:

—Eh, Kal, ¿escuchas eso?

Nadya miraba de un lado a otro, alterada.

Kal giró y su mirada se encontró con lo que reconoció como dos brillantes ojos ocultos entre los arbustos. La visión lo dejó inmóvil unos segundos.

En tanto, en la cabeza de Nadya comenzaron a retumbar una serie de oraciones en una voz que ya había oído antes.

Confiamos en ustedes para restaurar la paz en Melliedor.

—¿Nadya? —preguntó Kal.

Pero ella no podía oírlo. Se había tapado las orejas y cerraba los ojos, intentando concentrarse en el mensaje que llegaba desde su interior. Donde quizás había una pista sobre su pasado.

Estarás bien.

¡Al rey lo han asesinado!

Justo antes de caer al suelo, Kal la tomó por los brazos y giró su bastón, regresando el mundo a su ritmo normal.

—Tal vez ha sido mucho por hoy —musitó. Ella asintió, percatándose de que su labio inferior temblaba—. Será mejor que regreses con Isobella y los demás. Ya intentaremos otro día.

Nadya respiró profundamente. Por poco se había desmayado debido al esfuerzo que había hecho por concentrarse aquella voz de

su interior. ¿Es que jamás podría romper aquellas paredes alojadas en su memoria?

—¿No vienes? —preguntó la chica antes de voltearse, camino a la otra parte de la cueva.

—Enseguida te alcanzo —respondió Kal, alzando los hombros—. Solo quiero asegurarme de que esta zona es segura antes de que vayamos a dormir.

El joven siguió a Nadya con la mirada mientras se alejaba. Luego miró al frente con decisión. Los ojos entre los arbustos habían desaparecido, pero la presencia seguía rondando. Podía sentirla.

De improviso, desde atrás y en un silencio prácticamente absoluto, saltó cerca de él una figura cubierta por una pesada armadura negra. No fue necesario que se volteara para saber de quién se trataba. Su paso decidido y las gotas cayendo por su larga trenza le revelaron que era ella quien lo había estado observando en el bosque bajo la lluvia.

CAPÍTULO VEINTITRÉS



La espalda de Kal se crispó. Le sorprendía que la chica tuviera la habilidad para pasar desapercibida, incluso para los sentidos de un galduriano. Los temores de Cantos, de que la Legión se estuviera haciendo cada vez más hábil, cruzaron por su mente.

—Tranquilo, Kal —se burló Eyden mientras el joven se giraba—. Soy solo yo, otra vez.

Kal miró de un lado a otro. Cuando Eyden se percató de su nerviosismo, dejó escapar una risa.

—Siguen *entrenando* del otro lado, no te preocupes —mencionó con voz juguetona, dándole a Kal una palmada en el hombro—. En la Legión nos preparan para cosas mucho peores que una batalla contra un fornatos que no mataría ni a un insecto con el lanzamiento de rocas y dos chicas que deberían encontrar un trabajo más apropiado que arrojar flechas al aire.

Kal no dijo nada para defender a su grupo. La sola mención al

ejército de la Orden de Défer lo hizo dejar de escuchar y detener la mirada en la armadura. No sabía cuánto tardaría en acostumbrarse al hecho de que Eyden formara parte de ellos.

De pronto, el chico la observó extrañado.

—Creí que nos encontraríamos en Quelensaid.

Eyden resopló y estrujó parte de su cabello.

—No pude evitar seguirte… —susurró Eyden, imitando la actitud nerviosa de Kal—. Vaya batalla tuvieron con ese grupo de galdurianos —exclamó—. Creo que fue de lo peor que he visto en todo mi entrenamiento. ¡Oh, Kal! Estarías sorprendido de lo que yo habría hecho en una circunstancia como esa.

Cuando la joven pretendía desfundar su espada para mostrarle sus movimientos, la voz de Kal la obligó a detenerse.

—Te pedí que confiaras y me esperaras en Quelensaid.

Eyden miró el suelo. A medida que alzaba el rostro, dejó entrever una sonrisa. Su respuesta fue como un golpe en el estómago.

—¿Qué más da? ¡La sanaura está contigo! —gritó, tomando a Kal por los brazos para acercarlo a ella.

Kal le hizo una seña para que bajara la voz, a lo que ella respondió gruñendo entre dientes.

—¿Por qué no me lo dijiste? Me habría bastado con que la llevaras al bosque y…

—Somos muchos, Eyden —mintió Kal, entre balbuceos—. Hay que ser precavidos. Todos son bastante perspicaces… en especial su hermano.

Eyden lo soltó con una mueca de desprecio y alzó una de sus cejas.

—¿Te refieres al que ya no está con ustedes? —precisó la joven. Al ver que Kal la miraba perplejo, ella puso los ojos en blanco—: Llevo un buen rato vagando por estas tierras siguiéndoles el rastro, y su hermano, ese blandengue saliber… —Kal sintió aquella frase como una punzada— era la razón por la que no podíamos atraparla.

Eyden se acercó a Kal otra vez, ahora con mayor cautela. El chico respiraba agitado, por lo que ella tomó su rostro entre sus manos.

—Pero ahora, gracias a ti… se volvió mucho más sencillo. Fue perfecto, Kal.

Kal se quedó inmóvil. Sin despegarse de los ojos de Eyden, pensó en la emboscada de los miembros de la Guardia, en la traición de Cherlat a Ramil y en el cuerpo pálido de Cantos, siendo atravesado por una flecha.

Antes de que contestara, ella lo alejó y levantó la mano con una sonrisa en su rostro.

—Como estoy sola en estas tierras con un grupo de soldados novatos, di aviso al ejército del norte, comandado por el general Radovan, para que me sirvan de apoyo en la captura de Isobella y luego detengan el avance del grupo de galdurianos que te atacó en el bosque. Evitarán que ellos entorpezcan mi misión y los trasladarán como traidores a la sede de la Orden —manifestó Eyden con naturalidad—. El ejército me esperará en Quelensaid.

—¿Qué? —musitó Kal.

Pero Eyden continuó hablando.

—Intuyo que ya habrá enviado un mensaje al líder de la Legión para que me trasladen a Yenegart. —Sus ojos brillaron mientras

alzaba sus brazos, lo que hizo chirriar su armadura—. ¡Al fin!

Solo entonces Eyden notó que Kal estaba pálido y desviaba la mirada.

—¿Qué tienes? —inquirió.

Kal no podo seguir aguantando su decepción y rabia.

—¿Estás loca? La Legión no diferenciará a los galdurianos de la Guardia de Cabo Viejo de mi grupo. Al momento de cumplir su trabajo, todos seremos enemigos.

—Te daré una señal para que salgas del medio —respondió Eyden, frunciendo el ceño—. Sabes que te protegería a toda costa.

A pesar de que Kal intentó convencerse de que Eyden lo enfurecía por haber cambiado los planes, en su interior sabía que aquella rabia solo se dirigía contra sí mismo, por haber hecho una promesa… por haber cometido un grave error del que ya no había escapatoria. Por haber traicionado deliberadamente a Nadya y a los demás.

—No… ¡No! —gritó, completamente fuera de sí—. ¿De qué estás hablando? ¡No puedo abandonarlos!

Eyden lo miró confundida e hizo chasquear su lengua contra el paladar.

—Has cambiado, Kal… yo pensaba que eras un chico solitario y que no te importaba el resto de tu pueblo.

—¡Ya basta! —farfulló Kal—. Las cosas han cambiado desde que desapareciste. En Cabo Viejo y los demás portales ha comenzado una revolución, y esos galdurianos y yo… somos la esperanza que le queda a Melliedor. Nos hemos protegido unos a otros durante todo este viaje. Ellos son mi equipo —puntualizó, rememorando lo dicho

por Isobella el día de su encuentro—. Son… mi familia.

Entre ellos se extendió el silencio.

En la mente de Eyden daban vueltas los dichos de Kal, mientras él buscaba la manera de explicarle su encuentro con Nadya, la lectura que Ramil había hecho del medallón y la esperanza de paz que había para Melliedor en Quelensaid.

—¡Ah! Así que eso es lo que son la sanaura y su séquito ahora… Creí que yo era tu familia, Kal.

Kal suspiró.

—Eyden —pronunció, a sabiendas de que nada de lo que dijera lograría tranquilizarla. Conocía a la perfección el tono rojo que adquirían sus mejillas, la forma en que sus fosas nasales se abrían a cada bocanada de aire y cómo cerraba los puños cuando estaba enojada—. Eyden, escúchame —musitó con desesperanza, intentando captar su atención.

Pero los ojos de ella estaban perdidos en el paisaje. Al poco rato se sacudió y dio unos pasos hacia atrás. Se acercó rápidamente a un árbol, donde había ocultado un bolso de cuero negro y sacó de su interior un objeto con forma de esfera.

Cuando volvió a acercarse a Kal, el chico creyó que todavía tenía una oportunidad. Sin embargo, al oír su voz grave y firme, sin atisbo de emoción, acompañada de su mirada fría, supo que ella ya no lo escucharía.

—Iré a Quelensaid siguiendo su rastro —aseguró Eyden con altanería—. No te preocupes, no será difícil. Sé cómo moverme entre galdurianos.

Hizo una pausa y continuó hablando con frialdad, mientras alzaba el brazo de Kal hacia su cuerpo.

—Si todavía significo algo para ti, aparta a la sanaura del grupo y, cuando estén a solas, dale esta esfera para que sea ella quien la encienda. —En un movimiento rápido, Eyden ubicó el objeto en las manos del joven—. Yo captaré la señal y me llevaré rápidamente lo que necesito para que me trasladen a Yenegart con mis padres. El ejército acudirá a mi llamado, por si intenta escapar. Estarás a salvo si te mantienes lejos.

—Eyden… —pronunció Kal, intentando devolverle la esfera. Ella se echó hacia atrás con una mueca de disgusto.

—Lo que le ocurra al resto de tu «familia» me trae sin cuidado —concluyó.

Eyden se giró. Pero Kal alcanzó a extender su mano libre y sus dedos se entrelazaron por unos segundos.

—Eyden, por favor, escúchame.

Sus ojos oscuros brillaban en la oscuridad.

—No —respondió Eyden mientras se soltaba y alzaba el mentón—. Tú escúchate a ti mismo y decide dónde está tu lealtad.

Antes de que pudiera responder, Eyden saltó a una rama y su silueta gris se perdió entre los árboles.

Kal sintió la esfera entre sus dedos, apagada, demasiado pesada. No tenía idea cómo iba a salir del problema en que él mismo se había involucrado. Ayudar a Eyden implicaba traicionar a todos. Traicionar por sobre todo a Cantos, quien había dado su vida por una causa que recién ahora le hacía sentido. Por otro lado, no

entregar a Isobella significaba traicionar a Eyden, su confianza, y abandonarla a su suerte en Melliedor, imposibilitada de volver a ver a su familia tras el incendio que él había provocado. La culpa era demasiado grande, el dolor demasiado intenso.

Mientras sentía que su cabeza retumbaba, Kal hundió el objeto en su bandolera.

Se había girado para seguir el mismo camino que Nadya había trazado instantes atrás, cuando la vio.

La chica de cabello rojizo lo miraba fijamente, con una flecha entre sus dedos. Sus labios pronunciaron una sola frase que llegó a sus oídos.

—Ella tiene razón.

CAPÍTULO VEINTICUATRO



—¡Luna! —exclamó Kal dirigiéndose hacia ella.

La joven no se movió y se limitó a encogerse de hombros. Su piel había adquirido un tono más pálido y sus ojos estaban perdidos después de aquella conversación. Una de la que jamás hubiese tenido noticia, de no haber sido por la búsqueda de una flecha que disparó demasiado lejos.

—¿Nos vas a…? —balbuceó, observando un punto en el suelo.

Cuando alzó su rostro, Kal advirtió que enarcaba las cejas. Esta vez, habló sin titubear.

—¿Nos vas a entregar a la Legión? ¿Por qué? —Sus pupilas fueron bordeadas por un brillo rojizo.

Kal negó una y otra vez con la cabeza, presionando sus uñas contra el bastón de madera. Sentía que su respiración se tornaba mucho más agitada cuando volvía a su mente la promesa que había hecho.

—No es eso, puedo… puedo explicarlo —aseguró, abatido. A pesar de que intentó mantener una actitud calmada, no dejó de girar el báculo entre sus dedos—. Se salió de mi control.

Kal desvió la mirada. Liuna recordó lo que Levy había comentado acerca de Kal el primer día de su viaje por Melliedor. No fue difícil intuir lo que había ocurrido.

—Es *ella*… es la chica a quien dieron por muerta después del incendio de su aldea, ¿no es así? —Al no recibir respuesta continuó —: Te sientes en deuda por lo que hiciste y ahora que la has encontrado quieres ayudarla a cumplir su propósito como parte de la Legión.

Liuna supo que su lectura había sido precisa cuando Kal soltó un largo suspiro, sin decir nada. Ella asintió, apretó la flecha con ambas manos contra su pecho y dio unos pasos hacia atrás.

—Isobella es parte de nuestro equipo ahora, Cantos dio la vida…

—¡Quiero arreglarlo! —la interrumpió Kal. No se creía capaz de escuchar aquellas palabras, las que materializaban los pensamientos que lo invadieron desde el momento en que Eyden le había explicado su misión.

—Pero es demasiado tarde —se lamentó Liuna. Kal alcanzó a dar un paso hacia ella antes de detenerse y tragar una bocanada de aire —. Nos expusiste… y no solo a una simple chica humana, sino a un poderoso ejército.

Sus ojos claros se encontraron.

—Liuna, escucha. No sabía que esto iba a ocurrir.

—Si hubieras dicho algo antes… —señaló Liuna, sin tomar en

cuenta sus palabras—. Te habríamos ayudado.

Cuando el chico rehuyó su mirada, ella dejó caer los brazos.

—Y, aunque sabes que es cierto… no *quisiste* hacerlo.

En un arrebato de desesperación, Kal aferró a Liuna por los brazos y la sacudió al pronunciar las siguientes palabras:

—¡No lo entiendes! ¡Nadie lo hace!

Al percatarse de lo que hacía, la soltó y se echó hacia atrás, hasta que su cuerpo golpeó un tronco. Se apoyó y miró un punto indefinido en el suelo, avergonzado.

—¡Creí que la había matado!

Mientras Liuna pasaba la mano por uno de sus brazos, aturdida por la firmeza con la que Kal la había tomado, leyó la pena del chico en su mirada cristalina. Lo destruido que estaba por dentro.

Kal podía mostrarse frío, fuerte y distante. Pero muy en el fondo era un joven a quien el orden impuesto en Melliedor le había arrebatado todo. No solo a Eyden, sino también a su familia.

—Y cuando la vi… —continuó Kal, en un hilo de voz—. Quise hacer lo correcto por ella, por una sola maldita vez. —Hizo una pausa, mientras alzaba los brazos a la altura de su pecho—. Hice todo mal.

Liuna se limitó a negar con la cabeza.

—Tenemos que advertirles —susurró, iniciando un giro que fue detenido por la mano de Kal, que alcanzó su brazo.

—Espera —dijo en un tono suplicante. Liuna lo miró con extrañeza —. Si revelas esto a los demás, Isobella se separará definitivamente de nosotros y lo más probable es que ni Nadya ni Levy quieran

seguir este recorrido conmigo. Los debilitaría demasiado. No podrán contra la Guardia y la Legión a la vez. —Kal suspiró—. Llegar a Gerom será mucho más difícil.

—Y también necesitas que Isobella llegue a Quelensaid para ayudar a Eyden y expiar tu culpa —añadió Liuna con severidad.

Liuna se mordió el labio.

—Nadya siempre te leyó con mucha claridad, a pesar de no ser una teresteno —aseguró la chica—. Este viaje siempre se ha tratado de ti —puntualizó, mirándolo fijo—. ¿Cómo podemos confiar en que esta vez actuarás de una manera diferente, pensando en el resto de nosotros? ¿En Galduria y en los humanos de Melliedor?

El chico sintió una línea de sudor correr por su frente, mientras pensaba que él jamás se habría dado una oportunidad en aquellas circunstancias. Era un riesgo demasiado grande confiar en un traidor.

Una ráfaga de viento hizo que la lluvia se desviara y que golpeara sus mejillas. Un trueno sacudió los árboles a su alrededor.

—No les diré a los demás lo que escuché y vi —soltó Liuna, ante la evidente sorpresa de Kal. El joven intentó acercarse a ella, pero la joven le hizo una seña para que se mantuviera a distancia.

—Liuna, yo…

—Tú lo dijiste. Somos una familia, y no quiero que nos separemos por tu… error.

—Gracias —musitó Kal, sintiendo que la tensión desaparecía—. No habría esperado que…

—Independiente de eso —lo interrumpió ella—, deberás hacerte

cargo de lo que provocaste.

—Pero ¿cómo voy a…?

Liuna no respondió de inmediato. Por su mente cruzaba la conversación que Kal había tenido con la humana y sus terribles consecuencias. Tenía que haber una manera de mantenerse a salvo. Tenía que existir una solución a aquel embrollo en el que Kal los había involucrado. Pensó entonces en lo que su padre le habría aconsejado.

Cuando comenzó a hablar, fue como si la respuesta hubiera fluido con toda naturalidad.

—Eyden ya sabe que iremos a Quelensaid y nosotros no podemos cambiar nuestros planes. Así que debemos continuar el recorrido. Sin embargo, una vez que lleguemos a las ruinas, en lugar de entregarles a Isobella, deberás llevar lejos de nosotros a la humana y los demás soldados.

Solo entonces Kal comprendió lo que Liuna sugería.

—Quieres que sea el señuelo de la Legión —la voz del chico se quebró al pronunciar esa última oración—. Que me aleje de ustedes al encender la esfera con el fin de distraer a Eyden… a los soldados y darles tiempo de escapar.

Liuna abrió la boca para responder, pero no dijo nada. Kal, en tanto, enfocó su vista en el suelo, agitado.

Ese nuevo plan implicaba romper todas las ilusiones que había albergado respecto a ese peligroso viaje. No conocería a Gerom. No podría preguntarle si acaso existía una razón por la que Nadya había dicho su nombre en la cueva, ni cuál era la conexión que ella tenía

con su pasado. Continuaría siendo un galduriano errante, sin pueblo ni familia, carcomido por la culpa y la falta de respuestas, las que, en palabras de Ramil, jamás volverían a estar tan cerca. Una corriente fría le recorrió la espalda y sintió una punzada en el corazón. Al mismo tiempo, destruiría el sueño de Eyden de volver con su familia y la posibilidad de reparar lo que había causado en su aldea.

Mientras el viento balanceaba los árboles, Kal se limitó a agachar la mirada y enfocarla en el terreno barroso a sus pies. A pesar del dolor que aquellos pensamientos le producían, no podía evitar pensar que, de algún modo, lo merecía. Nadie más debía cargar el peso de sus malas decisiones. Después de todo, había sido él quien puso en peligro a los demás.

—Podría hacer que los humanos se enfrenten con el ejército de Cabo Viejo —dijo de golpe—, antes de que los vean.

Liuna frunció el ceño.

—Si ambos bandos están ocupados uno con el otro… —explicó Kal, con los pensamientos agolpándose en su cabeza—, ustedes tendrían tiempo de llegar con el puerelo, podrías advertir a los demás lo que está ocurriendo y huir. Quedarían a salvo de los dos ejércitos que nos persiguen.

—Es demasiado peligroso —aseguró Liuna.

No se le ocurría cómo podría posicionarse entre los dos grupos, llamar su atención y escapar con vida de lo que sería una terrible batalla. Aunque nunca había visto a galdurianos y humanos pelear, conocía a partir de los antiguos pergaminos y escrituras de lo que ambas especies eran capaces.

—Funcionará —confirmó Kal sin un ápice de duda—. Sé que funcionará.

Liuna alzó los hombros, vacilante, sabiendo que el joven estaba demasiado distraído como para observar sus movimientos. A su alrededor, la brisa elevó diminutas hojas verdes manchadas con puntos negros y blancos, las que parecían trazar un camino entre sus cuerpos.

—Kal —lo llamó Liuna, posando una mano sobre su hombro. El chico no necesitó observarla para saber que ella ya había leído en sus movimientos lo que ocurría en su interior—. De verdad, lo siento.

El joven se zafó de su tacto con una sacudida y desvió la mirada hacia el bosque.

—No te lamentes —vociferó Kal con brusquedad—. Existe una buena razón por la cual, desde que tengo memoria, me he encontrado solo. —Negó con la cabeza lentamente—. Tomo decisiones que ponen en peligro a las personas. Quizás por eso, hace años, mi familia me abandonó en medio de la Limpieza de la Legión. Debo haber representado un problema, nada más.

Se sorprendió al escucharse hablar con tanta honestidad sobre lo que lo atormentaba. Jamás lo había hecho.

—No, Kal… No sabes cómo fue.

—¡No conozco otra cosa! —Kal alzó la voz sin quererlo. Liuna adoptó una postura defensiva—. Perdón. —Dejó que el bastón tocara el suelo e hizo una figura en el barro—. Espero que lo que haga esta vez sea suficiente.

Sus ojos claros se perdieron en el bosque. Sin embargo, la agitación

inicial, la desesperación provocada por saber que él estaba causando su propia perdición, se volvió una extraña paz en su interior.

—Pero, Liuna… —prosiguió Kal en un tono sereno—, si todo sale bien, si llegan al encuentro de Gerom a tiempo ¿podrías hacer algo por mí?

Ella ladeó la cabeza.

—Por favor, pregúntale si ha escuchado el nombre Kalleghar y si este tiene algún significado para él.

—Kal… ¿de qué servi…?

Su mirada cargada de dolor se posó en ella y la obligó a detenerse.

—Nadya lo entenderá.

Liuna se limitó a asentir.

—Aun cuando ustedes logren huir y esconderse, estoy seguro de que nos volveremos a encontrar otra vez, y entonces podrás decirme la respuesta —explicó Kal, tras dejar escapar un suspiro—. Es todo lo que pido y lo poco que merezco, por los peligros a los que han sido expuestos por mi culpa.

—Hasta ese día entonces, Kal.

Liuna le extendió la mano, intentando formar una sonrisa. El chico la aferró, antes de acercarse a ella para darle un tierno abrazo que ella recibió sin decir nada. Kal sumergió su rostro en su melena rojiza.

—Hasta ese día, Liuna.

CAPÍTULO VEINTICINCO



La lluvia siguió golpeando los árboles hasta bien entrada la noche. Sin embargo, al amanecer tan solo quedaba el rastro de la tormenta: la humedad del ambiente, la brisa helada y unas cuantas goteras en la cueva. El grupo aprovechó aquel intervalo de tiempo para montar los dragones y alzar el vuelo rumbo a Quelensaid.

Atrás fue quedando el terreno montañoso, los pantanos y la frondosidad del bosque, para dar paso a tierras volcánicas, secas y grises. Desde ahí se alzaban enormes peñascos que parecían una acumulación de trozos de piedras en forma de círculo, desordenados por todo el lugar.

Los dragones se veían obligados a esquivarlos con rapidez, ante el temor de que se derrumbaran sobre ellos. Estos movimientos abruptos tomaban a los jóvenes a veces por sorpresa. Tenían que mantenerse alerta y aferrados a las monturas.

Mientras avanzaban entre las rocas, advirtieron que el aire se

volvía más pesado. Fueron rodeados por una bruma densa que parecía hundirse entre el roquerío. En medio de aquel extraño paisaje, las conversaciones se volvieron más cortas, hasta el punto de ser reemplazadas por un inquietante silencio. Estaban ansiosos por llegar a su destino, pero también aterrados por lo que allí podrían encontrar.

Al cabo de unas horas, las nubes blancas hasta entonces presentes en su recorrido fueron reemplazadas por nubarrones negros. En un principio, los dragones los eludieron sin problema, extendiendo sus alas y planeando entre ellos. Sin embargo, esta tarea se volvió mucho más complicada cuando el clima de las tierras del norte reveló su verdadera cara: el frío del ambiente, junto a aquella concentrada capa de nubes, dieron paso a la caída de nieve.

En esas nuevas condiciones, el viaje se tornó mucho más turbulento que los anteriores. Los dragones agitaban sus alas a gran velocidad, mientras el viento, ahora cargado de nieve, les impedía observar con claridad la dirección hacia la que Kal los estaba guiando. Además, las criaturas debían enfocarse en mantener una buena distancia del suelo para eludir la mayor cantidad de peñascos. Bajar la guardia, tan solo un segundo, podía implicar un choque directo con uno de aquellos montículos, los que ahora se alzaban sorpresivamente desde lo más profundo de aquella zona volcánica. Todo ello significó un mayor esfuerzo para las criaturas, que continuaron el recorrido entre jadeos y graves rugidos.

Sobre los hombros de los jóvenes se fue acumulando una capa helada y blanca. Sus pestañas fueron cubiertas por diminutos copos

de nieve, al tiempo que sus rostros adquirían un tono pálido y sombrío.

Tras algunas horas que se les hicieron eternas, se abrieron de súbito un par de nubes, dejando a la vista el cielo azuloso de Melliedor y permitiendo que los rayos de sol chocaran con su piel humedecida. Bajo ese hueco abierto en el firmamento no caía nieve, por lo que los jóvenes aprovecharon de secarse y reconfortarse con la calidez de la luz.

—¿Qué es eso? —preguntó Levy, apuntando hacia delante.

Nadya entrecerró los ojos y puso su mano extendida sobre la frente.

Una densa línea de nubes, mucho más negras que las que habían cruzado, parecían cerrarles el paso por el cielo. Estaban tan unidas unas a otras, que era imposible ver qué había tras ellas.

—¡Estamos muy cerca! —Isobella tuvo que gritar para ser oída desde la parte trasera del dragón—. ¡Sujétense!

Levy tembló detrás de Nadya y se aferró con ambas manos a la montura, manteniendo su cabeza gacha, listo para recibir el impacto. Kal y Liuna, que estaban en el otro dragón, lo imitaron.

Sin embargo, Nadya no estaba dispuesta a dejarse intimidar por aquella pared de nubes. Enfocó su mirada y decidió permanecer así lo que más pudiera. Estaba demasiado emocionada y alterada. Al fin estaría en las tierras del puerelo que tenía las respuestas que ella no encontraba en su memoria. Entonces, todo por lo que habían pasado habría valido la pena.

Quedando tan solo un par de metros, el viento helado le erizó la

piel y la obligó a entrecerrar los ojos. Sin embargo, Nadya logró mantenerse erguida sobre el lomo del dragón mientras pasaba el brazo por el rostro para quitarse los trozos de hielo de encima. Este momento representaba el cambio, un nuevo capítulo, y ella quería verlo con sus propios ojos.

De pronto los dragones se hundieron en las nubes.

La nueva vista que se abrió ante ellos dejó a Nadya sin aire.

Los dragones ahora planeaban en perfecta sincronía en medio de un espacio blanco y silencioso entre las nubes. Un lugar que parecía protegido en el cielo.

El dragón de enfrente emitió un fuerte rugido. Kal abrió los ojos y giró el rostro hacia la criatura de atrás. Los demás lo imitaron.

Kal observó que Nadya miraba hacia delante con una sonrisa de oreja a oreja, mientras alzaba su mano extendida al aire, sintiendo el aire frío colarse entre sus dedos. Aquel insignificante movimiento lo hizo sonreír. Cuando ella se encontró con su mirada, se ruborizó y aferró uno de los trozos del medallón. «Lo lograremos», leyó en sus delgados labios. Luego de asentir, Kal volvió a mirar hacia delante y soltó un largo suspiro. Sintió la mano de Liuna sobre su hombro.

A pesar de sus deseos, aquel bello panorama no duraría demasiado. A unos cuantos metros la pared de nubes llegaba a su fin. Todos, incluso Nadya, se agarraron a las monturas y cerraron los ojos.

Esta vez, la fuerza del golpe de salida los tomó por sorpresa, ya que vino acompañado de un aire tan frío que provocó que la piel les ardiera. Agacharon sus rostros, buscando eludir aquella nueva

sensación, pero la gelidez del viento pronto comenzó a invadirlos.

Cuando Nadya abrió los ojos, se vio envuelta otra vez en la nieve, el viento y los enormes nubarrones negros que impedían el paso de la luz del sol. Bajo sus pies logró distinguir enormes y puntiagudas montañas de distintos tamaños y formas, cuyas superficies estaban hechas de hielo denso.

El dragón en que Kal y Liuna iban montados se elevó un poco para sacudir sus alas cubiertas de nieve, lo que le permitió al joven divisar objetos extraños en el paisaje. Parecía que sobre el terreno se extendían algunas tiendas de campaña, cuyo símbolo no logró descifrar desde las alturas. Miró hacia atrás y se percató de que Liuna asentía. Siguió el recorrido de sus ojos y se encontró con que la chica había divisado, a lo lejos, dos pequeñas columnas de piedra que marcaban la entrada de Quelensaid. Debían ser cautelosos si querían colarse por allí sin dar ningún tipo de señal al ejército que los esperaba abajo, fuera la Guardia o la Legión.

—Es demasiado riesgoso continuar por el aire —pronunció Kal—. Será mejor seguir a pie.

Liuna asintió otra vez, temblando.

Siguiendo sus órdenes, lentamente los dragones comenzaron a descender. El aire se sentía cada vez menos gélido, pero los dientes de los jóvenes no dejaban de castañear. Aunque intentaban abrigarse con sus brazos, estos ya habían empezado a ser cubiertos por una fina capa de hielo.

Llegaron a una especie de valle cubierto de nieve. Nadya pudo ver algunas torres y paredes completamente destruidas. Y, al dar la

vuelta, advirtió que eran muchas más de las que había creído.

Cientos de edificios destrozados estaban emplazados en aquel lugar, camuflados entre los lúgubres colores de Quelensaid. La roca que alguna vez había servido de pared o puente estaba cubierta de una capa de hielo y nieve, acumulada a lo largo de los años, dando cuenta de su falta de uso y antigüedad.

—Tengan —dijo Isobella, sacando de su bolso cuatro grandes trozos de tela verdosa, y arrojando uno a cada miembro del grupo.

Mientras se miraban extrañados, Nadya recorrió con la yema de sus dedos la capa, hasta alcanzar un pequeño broche metálico aferrado a uno de sus extremos. Su textura le parecía extrañamente familiar. A su lado, Levy ya había extendido la tela en su espalda. El joven logró sujetarla con el alfiler bajo su cuello, quedando cubierto de la nieve que caía ahora a trompicones del cielo. Liuna lo imitó.

—¿No era esto tu hamaca? —preguntó Nadya mientras a su mente volvía la imagen de Cantos enseñándole la tela.

La joven sanaura se encogió de hombros. Los demás, sobre todo Kal, la miraron confundidos.

—No había tiempo para prepararnos, así que lo transformé en algo que nos fuera útil para sobrevivir —contestó Isobella—. No se preocupen, puedo hacer otra más adelante.

Kal observó la tela y sintió la calidez que de inmediato produjo al contacto con su piel. Se mordió el labio, gesto del cual solo Liuna se percató. Imitando a Levy y Liuna, se puso la capa en la espalda e introdujo el alfiler en el broche para que quedara firme debajo de su cuello.

—Gracias —musitó Kal a Isobella sin dirigirle la mirada, observando cómo Nadya se acomodaba el tejido de la misma manera.

De súbito, una ráfaga de viento los obligó a cubrirse los ojos con las manos. Densos copos de nieve se agolparon alrededor de sus piernas, mientras la fuerza de la ventisca los hacía tambalearse. Sintieron que sus mejillas eran golpeadas por pequeños y afilados pedazos de hielo, por lo que instintivamente se agacharon y comenzaron a caminar a gatas por el frío suelo de Quelensaid.

—¡Por aquí! —gritó Kal, haciendo una seña con las manos que los demás alcanzaron a ver antes de volver a cubrirse.

Avanzaron con los codos hundidos en la nieve y la humedad colándose por la tela de sus zapatos. Cuando el viento cambió su rumbo y dirigió el hielo hacia otra zona, aprovecharon de ponerse de pie y sacudirse. Liuna fue la primera en alzar el rostro. Su mirada se quedó fija en un punto lejano, mientras los demás la alcanzaban.

—Vaya —exclamó Liuna, mientras su cabello rojizo revoloteaba con la brisa. Los objetos que antes había visto desde las alturas, en un tamaño muy reducido, y que ahora estaba frente a ella, lograron dejarla boquiabierta.

Dos enormes y gruesos pilares de roca lisa ubicados sobre una especie de tarima metálica, alineados uno junto al otro, se alzaban en medio de aquel gélido paisaje. Su inmensidad, más que por su grosor, estaba dada por su altura y aspecto fino. A diferencia del resto de las ruinas, ambos lucían intactos y firmes, imperturbables por la fuerza que había destrozado aquel lugar. Lo único que parecía

unirlos al ambiente era la nieve que caía desde su superficie, donde se acumulaba.

—Demarcan la entrada a Quelensaid —explicó Kal frotándose las manos.

Tras mirar de un lado a otro, Isobella quitó el arco que llevaba colgando en su espalda y un par de flechas. Los demás continuaron con la vista fija en los pilares.

—¿Cómo encontraremos al puerelo aquí? —preguntó Levy—. Está vacío.

—Deberíamos revisar ese lugar —dijo Kal, apuntando detrás de los pilares—. Eso indicaba el medallón de Nadya.

Los demás siguieron la punta de su dedo para encontrar el lugar exacto al que se refería. Cuando lo localizaron, Levy tembló debajo de la capa verdosa; Nadya tragó con fuerza; Liuna jugueteó con el nuevo arco que Isobella le había confeccionado. El objetivo era una montaña que estaba rodeada de los restos de un monumental palacio. Un puente partido a la mitad, cuya única vía intacta era una fila de rocas demasiado delgada, servía de entrada a aquella parte del valle. En uno de los extremos, el hielo en forma de punta se mezclaba con trozos de torres derrumbadas sobre la nieve. Del otro lado, arcos quebrados y entradas caídas bloqueaban la vista al interior, sumiendo aquella parte de las ruinas en completa oscuridad.

—No perdamos más tiempo —expresó Liuna. Miró a Kal de reojo —. No sabemos si la Guardia ya está aquí.

Todos asintieron.

—Creo que Levy debería ir al frente —indicó Isobella, extendiendo el arco junto a su rostro—. Yo los cubriré desde atrás.

—¿Al… frente? —balbuceó Levy, desviando su mirada para evitar que sus ojos se encontraran con aquellas tétricas ruinas otra vez. Sintió un sabor ácido subir por su garganta.

—Lo harás bien, Levy —aseguró Kal con una sonrisa, dándole un golpecito en la espalda—. Ahora manejas mucho mejor tu galdur. Solo recuerda el entrenamiento. La clave es mantener la calma, sentir cómo la energía recorre la yema de tus dedos. Te enfocas en el objeto y lo mueves hacia donde quieras.

—Más calma. Menos impulsividad —enfatizó Levy.

—Exacto.

Hubo un espacio de silencio. El nerviosismo se había apoderado de todos.

—¿Qué hay de ti? —inquirió Levy, dirigiéndose a Kal.

—Yo… —Kal bajó la mirada—. Los alcanzaré luego. Primero, voy a asegurarme de que nuestros amigos alados tengan un lugar donde refugiarse. —Liuna lo escuchó suspirar—. Me parece que al otro lado de este valle, cerca de esa montaña, hay una zona mucho mejor conservada y que les servirá de escondite hasta que regresemos.

Kal ladeó el rostro para mirar directamente a Isobella.

—Además, no querría que algo les ocurriera —continuó—. Cumpliste tu palabra, Isobella, nos acompañaste a Quelensaid. Uno de los dragones les… te pertenece.

—Gracias, Kal —contestó Isobella, cabizbaja—. Aunque creo que mi propia búsqueda puede esperar. Después de todo lo que he

escuchado sobre Gerom y los galeanos—dijo esto mirando a Nadya, con una sonrisa—, no me quiero perder este encuentro.

Kal asintió.

—Bien, los veré más adelante —aseguró.

Nadya frunció el ceño y miró a Kal, quien la esquivó con notable rapidez.

—Ah, y manténganse juntos dentro de la montaña —añadió, antes de que Nadya dijera algo—. Está llena de pasadizos y túneles en los que podrían perderse si no se mantienen alerta.

—¿Túneles? —preguntaron Levy y Liuna al unísono.

—¡Vamos! Aprovechemos que ya no cae tanta nieve como antes y que el camino está despejado —dijo Isobella.

Comenzaron a seguirle el paso a Liuna, quien decidió dirigir al grupo junto a Levy para acelerar la caminata, seguidos en último lugar por la sanaura. Una vez que formaron una fila, Liuna se volteó. Se percató de que Nadya estaba parada en medio de la nieve. Miraba a Kal con extrañeza, sin decir nada. Cuando Levy advirtió lo que ocurría, se detuvo y tragó una bocanada de aire antes de gritar:

—¡Nadya! Tenemos que irnos. Kal se ocupará de los dragones.

Ninguno de los dos respondió. Se quedaron mirando por unos segundos, durante los cuales Levy, Isobella y Liuna se detuvieron para no alejarse demasiado.

—¿De verdad no vas a venir? —inquirió Nadya. A pesar de que la nieve había empezado a caer con mayor intensidad sobre sus hombros y el viento recuperó su fuerza, sus palabras llegaron a oídos de Kal con toda claridad.

—Claro que sí —aseguró Kal—. Pero alguien debe ocuparse de los dragones… No tiene sentido que todos retrasen la entrada a la montaña, donde hace menos frío. —En su rostro se delineó una sonrisa burlona—. Además, soy mucho más rápido que ustedes. No me cabe duda de que lograré alcanzarlos antes de que encuentren a Gerom, incluso custodiando a cinco dragones.

Nadya no pudo evitar sonreír. Poco después soltó un suspiro.

—¿Seguro que estarás bien solo?

—No es para tanto, niña. —Le guiñó el ojo—. Recuerda que así es como he sobrevivido.

Quizás en otro momento Nadya habría intentado convencerlo. Sin embargo, ya lo conocía lo suficiente como para saber que no llegarían a un acuerdo. Se limitó a asentir y dedicarle una sonrisa.

—Está bien.

Nadya inició la caminata para acercarse al resto del grupo, hasta que escuchó que Kal la llamaba por su nombre. Cuando se detuvo, a su lado cayó un largo objeto que se hundió en la nieve. Se volteó y miró a Kal con el ceño fruncido, mientras el joven hacía un gesto hacia el suelo. Nadya se agachó y recogió el bastón, sorprendida.

Tener aquel objeto por primera vez entre sus dedos le permitió observar sus detalles: se trataba de un trozo de madera fina y delgada, más liviano de lo que ella pensaba, en cuya parte superior se abrían dos ramas que formaban la mitad de un semicírculo. Era como sostener un árbol en miniatura. La chica pasó su mano por la superficie, de inicio a fin, sin dar crédito a lo que veía.

—¡Puede que te sirva… para animarte a usar tu galdur! —le gritó

Kal—. ¡Solo devuélvemelo entero!

Nadya asintió nerviosa y musitó un «gracias» que se perdió en la ventisca. Aferró el bastón con la mano derecha y corrió hacia los demás. Levy e Isobella la miraron extrañados. Liuna, en tanto, se limitó a agachar el rostro y morderse la lengua.

Una vez que Nadya se les unió, reanudaron el paso y comenzaron a cruzar juntos los dos pilares. Desde cerca, notaron que la roca estaba cubierta de una gruesa capa de hielo que cada tanto crujía de forma casi imperceptible.

Mientras los demás se adelantaban y comenzaban a dejar atrás la nieve para pararse sobre lo único que quedaba del puente, Nadya se acercó a una de las largas estructuras.

Si miraba a través del hielo, alcanzaba a ver una serie de letras ordenadas, una al lado de la otra. Los pilares estaban tallados. Sin embargo, el paso del tiempo, el viento y el clima en general, habían logrado borrar la mayoría de las frases y dibujos.

Casi todos, en realidad.

La chica logró distinguir el símbolo de los galeanos, un roble ardiendo. Junto a este y bajo el hielo, alcanzaba a leer algunas letras. Estas formaban una frase, la que Nadya identificó como parte de una canción que presentía haber escuchado alguna vez.

Se echó hacia atrás para tener una mejor vista de las estrofas que estaban talladas en la piedra:

Cuentan en noches de fogata
Que vivían en paz
Que había romance entre ellos

Eterna amistad

Ojalá viviera para ver el final

Ojalá viviera para verlos nuevamente

Soñar

Galduria vive

Galduria viva en paz.

CAPÍTULO VEINTISÉIS



Luego de caminar bajo la nieve, que caía cada vez con mayor intensidad, arribaron a una gran abertura dentro de la montaña. La vista los dejó boquiabiertos. Sin duda Kal no había exagerado cuando dijo que la montaña tenía túneles en su interior.

Era como si un gran cataclismo hubiera separado la tierra, creando una enorme cueva que se extendía profundamente en la montaña. A su lado, el panorama era igual de perturbador. Las ruinas de un antiguo palacio parecían apoderarse de todo el lugar. Un par de torres habían caído sobre lo que identificaron como la entrada, rompiendo el suelo justo a la mitad. El golpe había arrasado también con algunas murallas. Todo lo que quedaba de ese primer piso eran paredes a medio derrumbar. Extraños crujidos invadían el ambiente, mientras el viento silbaba entre los ventanales vacíos.

A pesar del miedo que les produjo aquella primera impresión, se sintieron extrañamente aliviados cuando en el inicio de la abertura

en la montaña vieron arder dos antorchas entre barrotes metálicos con fuego color púrpura. El fuego de Galduria.

Luego de tres intentos fallidos de Liuna por quitar una de las antorchas, se rindió y cedió el paso a Levy. El chico se acercó cabizbajo y temeroso de no poder hacer nada por el grupo, de fallar otra vez. Sin embargo, a medida que su galdur amarillento se extendía por sus dedos, supo que lo lograría. Con gran precisión sacó la barra que mantenía encendido el fuego y la movió para que cayera justo entre sus manos.

Nadya y Liuna lo miraron con una sonrisa. Kal tenía razón: el joven fornatos había mejorado y tenía sentido fuera que él quien guiara al grupo por la cueva.

Con mayor confianza, Levy se ubicó en el primer lugar de la fila, mientras alzaba la antorcha iluminando el camino.

Cuando el joven movió el fuego de un lado a otro, Liuna advirtió que sobre la roca había tallada una inscripción. A medida que los demás avanzaban, se apartó del grupo y pasó sus dedos sobre las letras de lo que parecía ser una placa de cobre oxidada.

—Oigan —pronunció, llamando la atención de los demás—. Creo que esto no es solo una montaña.

Los ojos de los jóvenes pasaron sobre las frases cuidadosamente escritas en el metal, junto al signo de la Orden: un círculo con una medialuna negra en su interior.

Aquí yacen los vencidos la noche del ataque a Odenisio, traidores de su majestad Raffán.
Que se alce la Orden.

Nadya se estremeció.

—Parece que estamos en un cementerio —continuó Liuna, frunciendo el ceño.

Aquella frase los obligó a analizar el paisaje con otros ojos, y solo entonces se dieron cuenta de que era cierto.

Desde donde la cueva comenzaba y hasta el punto en que la antorcha alcanzaba a iluminar había una infinidad de placas de metal. En inscripciones, todas de letra alargada y recta, entregaban exactamente la misma información: un nombre completo y una fecha. Lo más llamativo eran las rocas que, ubicadas debajo de cada placa y con forma de lápida, se apiñaban unas con otras. El frío de la montaña las había congelado de tal manera que tenían el aspecto de bloques de hielo.

—Un cementerio que tiene cien años de antigüedad —musitó Nadya, negando con la cabeza, ofuscada—. Quizás llegamos tarde. —Los pensamientos de la joven salían apresurados por su boca, entre la bruma blanca que se formaba por su cálida respiración—. Quizás nos equivocamos. Era demasiado extraño… debimos haberlo previsto.

—Nadya. —Liuna la tomó por los hombros—. Si tu medallón indicaba que este era el lugar, tenemos que examinarlo antes de sacar cualquier conclusión. Además, los puerelos son los galdurianos que viven más tiempo. No todo está perdido.

—Es cierto —confirmó Levy—. No te alarmes aún. Esto podría ser bueno. —El chico alzó los hombros—. En un lugar como este, las posibilidades de un enfrentamiento son mucho menores. Los

muertos no pueden atacarnos por la espalda.

De repente, una especie de aullido retumbó en las paredes de la montaña y llegó hasta sus oídos, erizándoles la piel. Se miraron unos a otros, confundidos. Isobella fue la única que se movió y extendió el arco a la altura de sus hombros con una flecha entre sus dedos, lista para defenderse.

—Así que… un cementerio, ¿eh? —dijo Isobella, en un tono irónico que les recordó a Cantos, mientras enfocaba la vista en el fondo de la cueva, aún con la cuerda tensada.

—Pudo haber sido un animal o cualquier cosa —los tranquilizó Liuna—. Son los nervios, son los nervios —repitió, refregándose las manos.

—Bueno, sigamos —dijo Levy con voz temblorosa.

Al ver que los demás lo seguían para formar otra vez una fila, sus hombros se tensaron y continuó hablando para sí, intentando calmarse

—Es solo una cueva.

—Es solo una cueva —reiteró Nadya, ubicándose detrás de Liuna y aferrando el bastón de Kal.

Así, poco a poco, ordenados en fila, se fueron abriendo paso dentro de la montaña, en su densa oscuridad.

Aunque dentro de la cueva el aire se sentía seco y helado, no corría el mismo viento gélido que los había acompañado durante su recorrido por el valle, lo que les permitió entrar en calor.

Caminaron con lentitud sobre el terreno barroso e irregular, atentos por si se veían enfrentados a una emboscada. Sin duda, si había un lugar perfecto para atraparlos, era aquel. Hasta el momento, la única salida que conocían era la entrada. Además, la ausencia de luz generaba el panorama ideal para que la Legión o la Guardia se escabulleran entre las sombras, confundiendo sus pasos con el repiqueteo del hielo que caía sobre sus cabezas.

Súbitamente Nadya detuvo el paso, sintiendo que su corazón comenzaba a latir con mayor intensidad y que una brisa cálida la envolvía. Isobella y Liuna la imitaron, inseguras. Fue entonces cuando escucharon un segundo grito, mucho más claro que el anterior, acompañado de continuos ecos que chocaron con las paredes cercanas. Al poco rato, un lamento agudo y desesperado llegó hasta sus oídos. Levy y Liuna se giraron, sin ser capaces de identificar el punto desde el cual provenían aquellos sonidos.

Isobella se agachó y sintió con la yema de sus dedos el frío suelo de roca. Cuando Levy iba a hablar, alzó la otra mano para detenerlo. La joven cerró los ojos y esperó con la cabeza gacha, hasta que un nuevo grito hizo saltar a los demás del susto.

—Viene de un nivel más abajo, dentro de la montaña —pronunció Isobella, quien se unió a Levy delante de la fila y extendió su arco. El movimiento alertó a Liuna y Nadya. ¿Acaso había percibido algo peligroso?

El barro húmedo bajo sus pies se dividió en dos caminos muy bien demarcados. Liuna observó grandes y hondas pisadas marcadas mucho antes de que su grupo se sumergiera en la cueva y,

atemorizada, aferró la mano de Nadya.

Doblaron por el camino que descendía a una planta más honda sintiendo que el aire se hacía más pesado y que las paredes se volvían angostas y torcidas.

Una vez que alcanzaron el final del pasadizo, a sus oídos llegaron más aullidos y gritos, ninguno coherente.

Siguiendo a Isobella y su percepción sobre la ubicación de la voz, doblaron por una curva y continuaron por un camino recto, donde el aire ya empezaba a escasear. Estaban hundiéndose en la montaña y alejándose cada vez más de la única salida que conocían.

De repente los gritos cesaron por completo. Se habían mantenido tan atentos a aquellos extraños sonidos, que el silencio los alertó. Ahora estaban solos, con sus negativos y aterradores pensamientos acechando cada rincón de su mente.

Lo único que logró sacarlos de aquel trance fue un nuevo chillido acompañado de una risa grave y brusca seguida de una serie de murmullos, palabras que no era posible descifrar.

—La fuente… es aquí —dijo Isobella en un hilo de voz.

Se quedaron parados y completamente inmóviles, con la vista fija adelante. Tan solo tenían que doblar por una última esquina. Tan solo tenían que caminar unos pasos más y llegarían al corazón de la montaña, al lugar de donde provenían aquellos sonidos. A donde ellos suponían estaba Gerom con todas las respuestas.

Sumido en lo que ahora se estaba transformando en una intensa y

oscura tormenta de nieve, Kal guio a los dragones hacia el otro extremo del valle, allí donde alguna vez se había extendido una amplia fortaleza, ahora reducida a trozos de rocas.

Como había mencionado al grupo, el lugar, a diferencia de otros, no estaba absolutamente destrozado. Siguió una fila de rocas que tenían el aspecto de muralla y alcanzó un arco a medio caer. Cruzó por debajo a paso rápido, instando a las criaturas a hacer lo mismo, y llegó a la entrada, en cuyas esquinas se alzaban monumentales estatuas de piedra. Lo único que le permitió deducir que se trataba de figuras de dos personas eran el tronco y la cabeza. El resto de las partes se habían desmoronado.

Con un fuerte empujón logró que la puerta, cuyas bisagras estaban completamente congeladas, se abriera. Golpeó con suavidad a los dragones para que se metieran dentro, a lo que parecía ser un antiguo salón.

Aunque una parte del suelo estaba cubierta de nieve y escombros, la otra lucía en perfectas condiciones, ya que había sido protegida por un gigantesco trozo de cristal que todavía no cedía. Este le recordó a Kal al edificio de la Gran Corte, en particular la cúpula donde él y su mentor habían pasado la mayor parte del tiempo en Cabo Viejo.

Una vez que analizó el espacio a su alrededor y confirmó que estaba solo, hizo un gesto a los dragones para que se quedaran en el lugar.

—No creo que quieran pasar más frío del necesario —mencionó en voz baja, mientras le acariciaba la oreja a uno de ellos.

Se aseguró de que la puerta no quedara completamente cerrada y escaló una de las murallas, aquella que alguna vez se había alzado hasta el techo, pero que ahora estaba partida a la mitad. Miró abajo por última vez y alzó la mano en señal de despedida.

Cuando estuvo fuera, sintió que su cuerpo no temblaba y que el aire cargado de hielo no era más que una brisa en sus mejillas. Se mantuvo erguido, a pesar de la tormenta que crecía sobre su cabeza. Estaba demasiado enfocado en su objetivo como para dejar que algo lo distrajera.

Avanzó hacia una montaña del otro lado de los pilares. Al mirar cuánto tenía que escalar y la manera en que la nieve comenzaba a agolparse más allá de sus rodillas, no se dejó intimidar.

Subió a paso veloz, entre la brisa blanca que se formaba por su agitada respiración. Ninguna de las piedras que se levantaban desde el suelo logró detener su caminata cuesta arriba.

Ya en la cúspide, donde la montaña acababa y lo único que lo rodeaba eran trozos de roca y hielo, obtuvo una vista completa del gélido paisaje. Tal como había divisado desde las alturas, unas tiendas de campaña con el símbolo de la Legión cubrían parte del terreno. Mientras tanto, del otro lado, escondidos entre las ruinas de un castillo, la Guardia comandada por Hinnegal y Cherlat realizaba sus preparativos para empezar el rastreo de su grupo por el terreno.

Kal se agachó y hundió sus pies en la nieve. Respiró hondo y exhaló, provocando que el aire a su alrededor se tornara blanco.

Debía producir un gran alboroto en aquella zona para llamar la atención de ambos ejércitos. Para darle a Nadya y los demás el

tiempo de escapar. Todos estarían bien. Todos, salvo Eyden. Kal suspiró. Ella jamás lo perdonaría por su traición. Con lo que se proponía la estaba perdiendo por segunda vez y para siempre.

Sintiendo la adrenalina recorrer su cuerpo, cubrió su rostro con la capucha negra y se dirigió hacia una de las esquinas de la cima. Mientras su cabeza era acaparada por los recuerdos de Eyden y sus conversaciones libres de ataduras, su paso se transformó en una veloz carrera contra sí mismo, durante la cual procuró mirar en todas las direcciones para asegurarse de que nadie lo seguía.

Al alcanzar el punto que consideró perfecto, una seca explanada donde la nieve todavía no se acumulaba y que estaba rodeada de rocas, se dio la oportunidad de apoyar ambas manos sobre las rodillas, jadeando. Sus mejillas habían enrojecido y sus pestañas estaban cubiertas de hielo.

Comenzó a apiñar una serie de piedras cerca de la bajada de la montaña, con una fuerza que no sabía que sus brazos tenían. Cuando creyó que su trabajo estaba hecho respiró hondo, sintiendo cómo el aire helado se colaba por sus pulmones y hacía que su garganta ardiera. Las memorias del tiempo en que más feliz había sido lograron provocarle un nuevo estremecimiento.

Impulsivamente, tomó de su cinturón la esfera que Eyden le había entregado y sintió su cobertura rugosa con la yema de sus dedos. Sus palabras brotaron en su mente, tan nítidas como el blanco de la nieve que cubría todo a su alrededor:

Si todavía significo algo para ti…
Me llevaré rápidamente lo que necesito para que me trasladen a

Yenegart con mis padres.

Sus ojos cristalinos se abrieron de golpe y brillaron en medio de la oscuridad que caracterizaba las tierras de Quelensaid.

De pronto, supo lo que debía hacer.

Una serie de voces y gritos lo sacaron de su ensimismamiento. Alguien había logrado identificarlo en la montaña. Era hora. Tenía que actuar ya.

Una a una, comenzó a golpear las rocas que había ordenado en el borde de la montaña, de modo que se deslizaran y produjeran una gran avalancha, visible a ojos de los humanos y galdurianos.

Cuando escuchó el crujido de la nieve y hielo bajo sus pies, tomó entre sus dedos la esfera y cerró los ojos.

Esperaba que su plan funcionara y que su galdur no lo abandonara en este crucial momento.

CAPÍTULO VEINTISIETE



Cuando Nadya y los demás dieron la vuelta, se sorprendieron al encontrarse con un pasillo más angosto y una ancha pared que marcaba el fin del camino. Sobre esta, un hoyo en la superficie había sido tapado con un grueso cristal. Este sistema daba a aquel espacio un poco de iluminación, provocando que el hielo que estaba incrustado en las rocas brillara en tonos rosáceos y celestes. El camino, antes oscuro y perturbador, se transformó en una escena mágica y viva, llena de colores. Pero ni siquiera esto logró que el nerviosismo se disipara. Todavía no podían ver qué les aguardaba al final del pasadizo.

Intentando calmar sus temblores, Levy mantuvo la antorcha en lo alto. Hacía movimientos de un lado a otro para que la estancia quedara iluminada a su paso, combinando la luz que se colaba por el hueco en la montaña con el fuego púrpura.

Entonces, el silencio se quebró.

—*Es… sss… hoo… es…*

Fueron capaces de reconocer la voz grave como la fuente de los gritos que ya habían escuchado desde la entrada. Isobella tomó una flecha e hizo una seña a Liuna y Nadya para que prepararan sus armas. Ambas se estremecieron y obedecieron. Liuna aferró el arco que se había mantenido colgando en su espalda. Nadya se limitó a alzar el bastón.

—*Es ho… hoy… es…*

El ser oculto en las sombras ahora murmuraba. Sin embargo, el sonido de su voz llegaba a sus oídos gracias al eco que golpeaba las murallas. Los jóvenes giraron el rostro una y otra vez en busca del punto de origen, sin ser capaces de identificarlo.

—*Es hoy… es hoy.*

Cuando sintieron que estaban demasiado cerca, Nadya y Liuna se detuvieron. Isobella y Levy, con más confianza, se adelantaron un poco más.

—*Es hoy, es hoy, es hoy.*

Hubo un nuevo silencio, interrumpido por palabras que ahora podían distinguir a la perfección.

—*Lo dijo, lo recuerdo, no lo olvido.*

Levy se sacudió al sentir la cercanía de la voz.

—*No olvido nada.*

De golpe Levy se volteó y la antorcha iluminó la amplia espalda de un ser completamente calvo que mantenía sus brazos anchos y robustos extendidos hacia arriba, prácticamente pegados a la pared. En una de sus manos grisáceas sostenía un pequeño cuchillo, con el

cual hacía movimientos lineales: arriba, abajo, arriba y abajo. Una y otra vez.

Ante la inquietante visión, el chico se echó hacia atrás asustado y dejó caer la antorcha al suelo. Por unos instantes el tétrico pasadizo quedó tan solo iluminado por el reflejo de la luz proveniente de la parte superior de la cueva contra el hielo. Liuna, despavorida, aferró la mano de Nadya y soltó un grito agudo. Para suerte del grupo, Isobella se movió con rapidez y tomó la antorcha, evitando que el fuego se apagara.

El gigantesco ser, que se percató de su presencia, se giró y clavó sus ojos claros y fríos en Isobella y Levy. El galduriano tenía el rostro pálido y desfigurado, marcado por una nariz aplastada. Su piel estaba arrugada y parecía una capa flácida que caía de un modo deforme. Una masa de pelo blanco cubría la parte de arriba de sus pies, cuyas puntas alcanzaban a verse debido a las roturas de la túnica color gris metálico que lo cubría.

Levy no perdió el tiempo. Manipuló su galdur para atrapar dos trozos de hielo que estaban en el suelo y los movió para que quedaran fijos, apuntándolo directamente.

—¿Quiénes son ustedes? —musitó el extraño en tono despectivo. Observó fijamente a Levy, quien mantenía su postura amenazante—. Salgan. ¡Fuera de aquí! —gritó con gravedad—. Es hoy.

El extraño se volteó bruscamente y mantuvo su mano alzada. Continuó haciendo líneas verticales con el cuchillo en el aire.

Isobella movió la antorcha e iluminó la pared hacia donde miraba el galduriano. Esto les permitió tener una visión completa de lo que

allí había: en la roca, cientos de líneas largas y delgadas habían sido cuidadosamente talladas.

Levy bajó los trozos de hielo mientras miraba boquiabierto la escena.

—No queremos interrumpir tu labor —expuso Isobella, rompiendo el silencio—. Solo hablar.

Pero el galduriano no cambió de posición y se mantuvo trazando en el aire la misma figura. Una línea, una más para la colección, pensó Nadya. ¿Por qué lo hacía? ¿Qué significaba todo eso?

—¿Eres Gerom? —preguntó Nadya de golpe.

Lo miraron expectantes. No hubo respuesta. El galduriano se limitó a sacudirse.

—Buscamos a Gerom, puerelo, hermano de Ramil y Cherlat —continuó Nadya.

—Me… me queda… la última raya —susurró el galduriano—. Ella dijo que sería antes de que hiciera la última raya.

Hizo una pausa, tras la cual los jóvenes contuvieron la respiración, a la espera de que esta vez el extraño dijera algo coherente

—Es hoy, es hoy.

Nadya sintió cómo las lágrimas se agolpaban en sus ojos. Había recorrido todo Melliedor sobre un dragón, exponiendo a tantos riesgos al grupo que la acompañaba, incluso perdiendo a uno de los suyos… ¿para eso? ¿Para observar a un galduriano trazar una raya en el aire? Agradeció que Kal no estuviera ahí para ver cuán ilusos habían sido.

—¿Qué es hoy? —la pregunta brotó de los labios de Liuna, en tono

inocente.

Se abrió un nuevo espacio de silencio, durante el cual observaron que el galduriano se quedaba quieto, con el brazo aún alzado en el aire. Su espalda se contrajo, poco antes de que abriera la boca y respondiera con mayor claridad:

—Hoy es el día que vendrán a verme. Ella lo dijo antes de que la Orden atacara el castillo —Aquella coherencia no tardo en desvanecerse. Su voz grave inició un nuevo ciclo de murmullos, acompañados por el movimiento de su brazo frente a la pared—. Es hoy… es… es hoy… es hoy… es hoy…

Liuna miró a Nadya de reojo y frunció el ceño. Ya había contestado una vez. No iba a darse por vencida.

—¿Quiénes vendrán a verte? —inquirió, dando unos pasos hacia adelante, ante los desconfiados ojos de Levy e Isobella.

El galduriano detuvo sus movimientos. Respiraba más agitado y sus hombros subían y bajaban rápido.

—Sus hijos —respondió, mostrando su perfil arrugado y demacrado—. Sus hijos vendrán a verme…

Prosiguió balbuceando «es hoy», pero Liuna hizo caso omiso y volvió a hacer una pregunta:

—¿Hijos?

—Los hijos de la reina, por supuesto —afirmó—. Ella se encargó de esconderlos donde nadie pudiera encontrarlos antes de dar su último suspiro. No olvido nada…

Cuando el extraño continuó balbuceando, Nadya soltó un sollozo:

—No puedo. No puedo hacerlo —dijo entrelazando los dedos bajo

su regazo y negando con la cabeza—. Esto no tiene sentido. Vámonos de aquí.

Levy e Isobella se giraron hacia ella.

«Es hoy, es hoy», continuaba el galduriano.

—¡Es inútil! —vociferó Nadya. El eco se llevó sus palabras por todos los pasadizos y túneles de la montaña, haciendo retumbar el suelo—. Aunque él sea Gerom, es imposible que nos dé la información que necesitamos sobre los Caídos. —Su respiración era agitada y el labio inferior le temblaba con cada palabra—. Quién sabe qué serán las incoherencias que pronuncia, esos hijos de los que habla. Parece demasiado dañado.

En un arrebato de furia y decepción, Nadya tomó los trozos de cobre que todavía guardaba en el bolsillo delantero y se los enseñó a los demás. Estaba a punto de lanzarlos lejos.

—Lo siento. Siento haberlos traído hasta aquí con la esperanza de hacer algo por Melliedor —expresó, mientras las lágrimas caían por sus mejillas—. Creí… estaba segura de que encontraríamos las respuestas que necesitábamos, pero me equivoqué. Este medallón no sirve de nada.

Tras un fuerte suspiro, el galduriano se detuvo y dejó caer el cuchillo, que emitió un sonido seco al golpear la fina capa de hielo del piso. Su espalda, antes curva, pareció enderezarse, por lo que adquirió un aspecto más alto y aterrador. Extendió sus brazos y abrió la palma de sus manos, para luego contraer una y otra vez sus dedos, como si fuera por primera vez consciente de los mismos.

Isobella le entregó la antorcha a Levy y mantuvo una postura

alerta, lista para tomar el arco.

La mirada del galduriano cruzó todo el pasadizo para enfocarse directamente en Nadya. Olisqueó el aire y torció el rostro en una mueca que podía interpretarse como una sonrisa.

—Iba a perder la esperanza —su tono grave y denso recorrió las paredes, provocando que las rocas retumbaran—. Creyeron que perdí la cabeza… yo mismo creí que había sido un sueño, una pesadilla. Cuando destruyen todo lo que conoces, incluso a ti mismo de la forma más horrenda, la realidad se vuelve difícil de identificar. ¡Pero aquí estás!

Comenzó a acercarse a Nadya. Su túnica raspaba el suelo.

—Ella dijo la verdad, ella siempre dijo la verdad.

Nadya se movió hacia atrás, mirando a los demás con extrañeza, buscando que la rescataran de aquel ser que no parecía tener ánimos de detenerse.

Cuando los ojos del galduriano se posaron en los trozos del medallón, Nadya notó que su semblante se iluminaba y se extendía por este una sonrisa.

—Estás aquí —aseveró, posando sus manos en los delgados hombros de la joven.

El extraño soltó una risa grave y estruendosa, la misma que en un inicio los había guiado hasta ese punto de la montaña.

—¡Estás aquí! —En su rostro se ubicaba una sonrisa horrenda, de dientes partidos y piezas de oro—. Confirmas que no todo lo que he visto han sido pesadillas.

—¿Sabes… sabes quién soy? —balbuceó Nadya, mientras una

cálida y extraña brisa envolvía su cuerpo.

El galduriano alzó una ceja y comenzó a hablar con una coherencia incuestionable, dejando atrás las frases sin sentido y vacías que con tanto fervor había vociferado.

—Eres la última galeana con vida, hija del rey Ulius y la reina Ganadria, heredera al trono de Odenisio. —Aquella primera afirmación hizo que a Nadya se le erizara la piel. Sintió un hormigueo en sus manos, que se extendió desde la punta de sus dedos hasta lo más hondo de su palma—. Tu madre, la tempestaria más poderosa que yo he conocido jamás, hace cien años dio su vida por esconderte a ti y a tu medio hermano de la Orden entre los rincones del tiempo y espacio, para que un día hicieran frente a la batalla que quedará escrita por puerelos, para ser contada en los siglos venideros como la más grande de Melliedor.

Nadya se mantuvo inmóvil. De pronto, el frío era un recuerdo lejano. Ahora tenía la sensación de que alguien la abrazaba por la espalda y que se volvía mucho más liviana, como si las cargas y obstáculos que la habían afectado no fueran más que minúsculas rocas en el camino.

Cuando pasó uno de sus dedos por el borde del medallón, la recorrió un escalofrío. La visión incompleta de aquel objeto los había hecho caer en un error. Nunca hubo más galeanos. Nunca hubo un grupo que la estuviera esperando para que ella se les uniera y buscaran juntos la paz. Ella era la última de su especie.

—Eso eres —añadió el galduriano—. Eres la princesa Emara, la viva imagen de los mejores gobernantes que Odenisio ha tenido, y

parte de la nueva alianza. —Hizo una reverencia con la cabeza antes de continuar—. Y yo soy Gerom, puerelo y antiguo consejero de tu padre, el galduriano que talló el medallón que llevas contigo. Estoy dispuesto a guiarte y servirte hasta el final de los tiempos.

Al terminar su discurso, la visión de la chica se tornó borrosa. Confundida, se echó hacia atrás y pegó su espalda a la roca helada ante los preocupados ojos de sus amigos. Aunque le hablaron, ella no era capaz de escuchar. Por su mente cruzaban, sin parar, una serie de imágenes llenas de vivo contenido. Los relámpagos y la lluvia que acechaban sus pesadillas, junto con las frases acerca de un rey y la promesa que alguien le había hecho. Ya no eran eventos aislados, sino parte de un suceso que había florecido desde lo más recóndito de su memoria: ella y un niño escondidos en una habitación con llave; la criada de mejillas redondas apareciendo por la puerta y pidiéndoles que fueran a ver a su madre; una mujer hermosa de cabellos largos y dorados, recostada sobre una cama llena de enormes almohadas blancas que, con una sonrisa, les había contado una historia sobre las tierras que tanto amaban; el aviso de su partida y la incertidumbre que aquello le había provocado, pero su voz dulce, calmada, le decía que todo estaría bien, que no estaría sola.

El corazón de Nadya comenzó a latir con intensidad. Sus manos temblaban, mientras sus dedos eran recorridos por una bruma verdosa y brillante. Fue tal el susto que le produjo aquella visión, que dejó caer el bastón al suelo y refregó sus manos con nerviosismo.

—Tranquila, Emara —dijo Gerom—. Tu medio hermano, hijo de la

reina y del antiguo líder del clan de los tempestarios… tu madre lo envió para protegerte y que fuera tu guardián en este recorrido. —Hizo una pausa—. Él debería estar contigo.

—Mi… hermano —pronunció Nadya sin un atisbo de duda, porque ella ya lo sabía. Una parte de su espíritu siempre lo había sabido: él era su familia.

—¿Dónde está Kalleghar?

CAPÍTULO VEINTIOCHO



Junto a la ladera de la montaña más alta, ocultos detrás de unas rocas cubiertas de nieve y las ruinas de lo que había sido alguna vez una ostentosa caballeriza, la Legión armó su campamento.

Al mando del general Radovan, el ejército del norte instaló sus anchas tiendas de campaña en una explanada seca, resguardada de la creciente tormenta por el pico ladeado de una colina de hielo. Unos soldados se encargaron de armar los fogones a lo largo de toda la zona. Otros comenzaron a distribuir nuevas espadas, otra mejora que llegaba desde Yenegart.

Mientras del cielo caía una fina capa de nieve, el general Radovan se sentó sobre una roca alejada del resto de su ejército y comenzó a afilar su espada con una piedra lisa, sin despegar la mirada del metal. El hombre, de no más de treinta soles, llevaba puesta una capa de pieles de tonalidades oscuras, uniforme negro ceñido a la piel y botas de cuero altas, atadas a sus pantorrillas.

Cuando alzó la vista para mirar el campamento, soltó un suspiro. La mayoría de sus hombres y mujeres se movían en silencio por la nieve. Sus rostros lucían demasiado pálidos y demacrados, sus movimientos eran lentos y no había un ápice de emoción por las nuevas armas.

El general negó con la cabeza ante aquella triste visión, rememorando los acontecimientos que lo habían llevado a él y su ejército hasta Quelensaid, en un ambiente de creciente preocupación.

Hace unos días atrás, una joven soldado, Eyden, lo había alcanzado mientras patrullaba por los bosques cerca del borde de Odenisio. Le había informado que estaba a punto de capturar a la sanaura, de cumplir su misión como novata, y que necesitaba refuerzos. Un grupo de galdurianos merodeaba por Melliedor, cerca de su objetivo. El general hizo rechinar sus dientes. Por primera vez desde que había asumido el mando del ejército del norte, sintió el nerviosismo recorrer todo su cuerpo. Esto no solo se debía a que había pasado buen tiempo desde su último enfrentamiento contra un grupo de galdurianos. Su gran inquietud tenía que ver, más que nada, con la última vez que otros miembros de la Legión lo habían hecho. Una noche en que todo acabó de la peor manera.

El ejército del sur, comandado por su mejor amigo, el general Arentes, había sido derrotado por una porción de seres con galdur liderados por un tal Hinnegal. Aquella batalla no solo había significado importantes pérdidas para la Legión, sino también un vuelco en las circunstancias en que los soldados debían pelear contra el enemigo. Al tener noticia de la derrota, el líder en Yenegart había

mandado a llamar a los altos mandos del ejército y dictado una nueva orden: desde ahora, las victorias de los galdurianos en sus tierras serían castigadas con la muerte.

Perder a su mejor amigo a manos de su líder, debido a su supuesta debilidad y falta de preparación para la batalla, había sido una de las cosas más dolorosas que había tenido que enfrentar. Recordaba el cruel mensaje que había llegado a sus manos y la amenaza firmada por el jefe de la Orden mientras pensaba en los dos hijos pequeños que quedaban sin padre, y por su mente cruzaban cuestionamientos sobre su propia vida. ¿Y si hubiera sido él? ¿Qué habría ocurrido con su hija y su mujer, refugiadas en Yenegart?

Una corriente helada escaló por su espalda. Lo habían preparado para morir desde el día en que fue enlistado en la Legión, para dar la vida por la causa contra los galdurianos, eso lo tenía claro. Pero nunca imaginó que su líder, a quien había jurado servir, se atrevería a darles la espalda de esa manera.

Aquellas reflexiones no solo se habían apoderado de la cabeza de un hombre fuerte y frío como Radovan, sino también de varios de sus compañeros y soldados de menor rango. Por esta razón, a diferencia de otras veces, el ambiente entre los guerreros era mucho más sombrío. No había vítores de ánimo, tampoco canciones a la luz de la fogata para recordar las grandes hazañas de la Legión y avivar los espíritus. La mayoría de los miembros del ejército se movían pausadamente, con desgano, esperando órdenes y, ojalá, una victoria. Sabían que, de ahora en adelante, ningún error sería admitido.

El general escuchó una serie de pisadas que se acercaban. La alta figura se detuvo a su lado y observó el movimiento del metal, pasando una y otra vez sobre la lisa piedra. Radovan levantó la mirada.

—Te noto preocupado —expresó Eyden, dejándose caer a su lado mientras devoraba un trozo de fruta de aspecto irregular, cobertura lisa y verdosa.

—¿Yo? —Radovan rio entre dientes, desviando la mirada hacia la espada—. Llevo años haciendo esto. Tú, en cambio, debes estar con la típica ansiedad de novato. Esta sería tu primera batalla, ¿no?

Radovan pasó su mano por la frente.

—Recuerdo el primer día que me enfrenté a un grupo de galdurianos. Estaba hecho un lío semanas antes de adentrarme en el bosque, donde sabía que los encontraríamos.

—Ya te lo dije, no habrá mayores problemas. —Eyden rodó los ojos y tragó un nuevo trozo de fruta con una mueca de disgusto—. La joven sanaura vendrá a nosotros por sí misma, sin necesidad de pelear. Luego, capturaremos a ese reducido grupo de galdurianos de la Guardia. —Su semblante se tornó sombrío—. Cumpliré la misión. Y al fin me iré de aquí.

Radovan se quedó mirándola. Aquella joven tenía una energía y determinación impresionantes, superando con creces al resto de los nuevos miembros de la Legión. Se sentía orgulloso de haberla rescatado de las llamas, especialmente cuando sus compañeros lo elogiaban por haberla reclutado. A una chica talentosa de apenas diecisiete soles, en quien veían un futuro prometedor como general.

Sin embargo, ahora no podía evitar pensar en las implicancias de sus acciones y lo que podrían significar más adelante para una chica soñadora como Eyden. Si el ejército fallaba, ella caería con él.

—Ojalá todo fuera tan simple —murmuró Radovan, deteniendo el movimiento del metal sobre la roca.

—Ese fue el mandato —aseguró Eyden, volteando el rostro para mirar al general fijamente—. Tú ya enviaste la carta al palacio, diste aviso de la captura y…

—Oye, tranquila —la interrumpió Radovan—. Es solo un decir, Eyden. No hay razón para que no cumplan su palabra.

Pero entonces bajó la mirada, dubitativo. ¿Acaso no le habían demostrado todo lo contrario cuando su líder había mandado a asesinar a uno de los suyos? Se sacudió para quitar aquella incómoda sensación.

—Entonces —continuó— además de ver a tu familia, ¿ya sabes a qué porción del ejército solicitarás integrarte una vez que seas condecorada?

Eyden se quedó mirando un punto indefinido en la nieve que cubría sus pies.

—Me imagino que no será el norte, por tus ansias de abandonar estas gélidas tierras.

Eyden negó con la cabeza. La pregunta del general había significado un potente golpe de realidad. Ella formaba parte del engranaje de la Legión, su vida se reducía a escalar en el ejército y servir a su líder. No podía darse el gusto de olvidarlo y desear otra cosa. Tragó una bocanada de aire.

—Me iré al ejército donde me sea más fácil llegar al rango de general —respondió con firmeza, dejando de lado todo tipo de cuestionamientos—. Comandaré una hueste, como tú, y seré quien da las órdenes de una vez por todas.

Radovan la miró con el ceño fruncido y soltó un largo suspiro.

—Todo alto cargo implica asumir una gran responsabilidad —susurró el general a medida que extendía la espada a la altura de su pecho y la giraba—. En especial por quienes integran tus filas.

—También implica mayor libertad —replicó Eyden de inmediato.

Mientras Radovan desviaba la mirada y se proponía comentarle lo ocurrido en el sur, el suelo bajo sus cuerpos comenzó a temblar. Ambos se pusieron de pie de un salto.

Eyden puso la mano sobre su frente para evitar que la nieve afectara su vista y miró de un lado a otro de la explanada. Cuando el general le hizo una seña, se volteó rápidamente. Observó la ladera de una montaña cercana y el modo en que varias rocas de distintos tamaños caían a gran velocidad, provocando un poderoso desprendimiento de nieve. Una avalancha. El viento aumentó su intensidad, haciendo que sus rostros fueran salpicados por trozos de hielo, al tiempo que un ronco y grave rugido daba cuenta de la potencia de la caída.

En un principio los soldados se quedaron mirando embobados la escena. A pesar de que las avalanchas no eran del todo extrañas en aquellas tierras, siempre era un panorama que lograba sobrecoger. Sin embargo, cuando algunos lograron distinguir los rastros de brisas azulinas moviéndose por la zona, los humanos del ejército

comenzaron a cuchichear.

—Salibers —afirmó el general Radovan junto a Eyden, soltando un resoplido que hizo que la brisa se tornara blanca a su lado. La chica se enfocó en él y advirtió que tenía el ceño fruncido.

—No parece que sean solo eso —respondió alguien detrás,.

—¡Miren, por aquí se ve una bruma amarilla! —gritó una mujer del otro lado.

Eyden volvió la vista al frente y se percató de que la brisa azulina de los salibers no era lo único que coloreaba el tétrico y oscuro ambiente de Quelensaid. Logró identificar a un grupo de galdurianos, a quienes reconoció como fornatos por el amarillo que teñía sus manos y la forma en que empleaban su galdur para levantar capas de nieve en la cima de la montaña. Parecían furiosos, desesperados por encontrar algo en el terreno.

—Son ellos —pronunció el general.

Alcanzó su caballo de pelaje oscuro ya armado para la batalla y subió de un salto. Eyden lo siguió por detrás, de una carrera.

—¡Es un grupo de galdurianos! —exclamó Radovan hacia el resto de los hombres y mujeres que comenzaban a subir a sus caballos.

El general bajó la voz al pronunciar las siguientes palabras, mirando a Eyden con frialdad y reprobación:

—Muchos más de los que esperábamos encontrar…

La joven había hablado de un grupo, unos cuantos salibers y fornatos poco preparados para la lucha. Sin embargo, a medida que pasaban los segundos, iban aumentando en número y su galdur se extendía más vivo que nunca por todo el terreno.

—¡Radovan! —gritó Eyden al ver que el general se daba la vuelta, sin prestarle atención.

—Que un equipo de arqueros se quede en la última fila —ordenó el general a un hombre.

—A su orden, general.

—Por lo que veo, vamos a necesitar una primera línea fuerte —continuó con firmeza. Esta vez le hablaba a una mujer que se había acercado con su caballo—. Que los veinte mejores vayan conmigo —concluyó.

La soldado se limitó a asentir y dar un fuerte tirón a las riendas para que el caballo se volteara y comenzara un veloz galope hacia el otro extremo de la explanada.

—¡General! —clamó Eyden mientras se aferraba a la armadura del caballo de Radovan, quien tenía la vista perdida en la montaña. Una gran masa de nieve ya había alcanzado el suelo, por lo que una nube de polvo blanco comenzó a expandirse y cubrir el valle Poco a poco, el tono azuloso de los salibers y el amarillo de los fornatos se fue transformando en una imagen borrosa en el horizonte.

Radovan se giró para mirarla. Sus ojos estaban cargados de furia, duda y desesperación. Los perderían de vista si no se acercaban ya.

—No creo que nos hayan visto y tampoco que sea a nosotros a quienes buscan —dijo Eyden alzando la voz para ser escuchada a pesar de la ventisca—. Podríamos escondernos y esperar la señal de la que le hablé. La sanaura no debe estar muy lejos. Luego, podríamos enfocarnos en esos…

—¡Qué importa ahora la sanaura! —vociferó Radovan, tensando la

mandíbula—. No podemos dejar que más galdurianos crucen por estas tierras. La primera misión de la Legión es la limpieza de Melliedor.

No había tiempo para sentarse a discutir sobre el asunto. Su líder lo había dejado claro después de asesinar a los soldados del sur por su fracaso. Después de matar a su amigo, un gran guerrero. Un inocente.

—Si esto es por miedo, Eyden, quédate atrás. No necesito desertores en mis filas. ¿Está claro?

—Sí, general —respondió la chica, suspirando.

Radovan desvió la mirada y se volvió a la mujer de armadura a su lado para continuar planificando el ataque.

El veloz trote de los caballos y sus jinetes produjo que la brisa gélida se alzara y la nieve nublara la vista de quienes, como Eyden, estaban todavía en el campamento. Desde ahí la joven ya no alcanzaba a ver la montaña, completamente difuminada. Lo único que aún llegaba a sus ojos, entrecerrados por la potencia del hielo que azotaba su rostro, eran unos puntos azulinos y amarillentos. Eyden pasó la mano por su frente y agachó la cabeza.

Ella siempre había sido honesta con Radovan. Desde el día en que se había enlistado en la Legión, bajo su alero, le había dicho que lo que más añoraba era la libertad y que haría cualquier cosa con tal de obtenerla. Él le había respondido que no se preocupara, que la ayudaría. Habría esperado que, en un momento como aquel, el general la escuchara y se asegurara de que ella obtuviera su pase a Yenegart. Pero, para su sorpresa, todo se había reducido a la batalla

con los galdurianos, que nada tenían que ver con aquella chica de habilidades curativas que le habían ordenado capturar. Estaba sola en su cometido y debía esperar a que Kal cumpliera su palabra.

Una nueva serie de jinetes pasaron a su lado, haciéndola tambalear sobre la nieve. Se movilizaban a toda velocidad hacia la nube de polvo blanco. Iban directamente hacia los galdurianos.

Eyden negó con la cabeza. No le quedaba más alternativa que ir con ellos. No podía quedarse atrás y ser una desertora. Aquello podía implicar su expulsión definitiva de la Legión, y entonces ni siquiera capturar a la sanaura serviría. Apretó los puños contra su cuerpo y se mordió el labio, aguantando un sollozo.

Al darse la vuelta para ir en busca de su caballo, sus ojos se encontraron con un tenue haz de luz que brillaba en una alejada zona rocosa, entre las destruidas caballerizas, a sus espaldas. Pestañeó varias veces para cerciorarse de que seguía en la misma posición. De a poco, su luminosidad poco atrayente, su color pálido y débil se le hizo extrañamente familiar.

Cuando cayó en la cuenta de lo que estaba viendo, su corazón comenzó a vibrar en su pecho. Miró de un lado a otro, creyendo ilusamente que encontraría a Radovan para decirle que su plan, ese que él había escuchado con escepticismo, había funcionado. Sin embargo, sus ojos tan solo alcanzaron a distinguir la silueta de un par de jinetes que corrían con fiereza, sin mirar atrás.

Eyden se puso el casco y bajó la visera. Corrió hacia su tienda de campaña y se subió al caballo que le habían asignado en su primer día. Comenzó su cabalgata por la nieve, hacia el lado opuesto al cual

emprendía rumbo el resto de su ejército.

La presencia de los soldados de la Legión ya había sido advertida por los galdurianos de la Guardia. Estos, pasmados por aquel inesperado encuentro, empezaron a utilizar sus habilidades para detener el avance de los soldados humanos. Así, mientras la nube de polvo se disipaba y la masa de nieve caída no era más que un bulto irregular sobre el valle, se comenzó a hacer visible la cruenta batalla.

Los salibers rodeaban a los soldados, envolviéndolos en una masa de aire azul, en tanto estos movían sus espadas en movimientos bruscos y rápidos que buscaban inmovilizarlos. Los fornatos, por su parte, empleaban las rocas de la zona como arma. Las arrojaban sin tregua contra los hombres y mujeres humanos, quienes alzaban sus escudos. Como respuesta, estos últimos se dispersaban en la nieve, desordenando su objetivo, y los sorprendían por la espalda. Ambos ejércitos parecían más poderosos que nunca, sin ánimo de disminuir la intensidad del ataque. Las ganas de victoria eran potentes, pero más intenso era el miedo a la derrota.

Cuando Eyden vio la tenue luz demasiado cerca, bajó del animal y alzó su espada, sintiendo su brazo mucho más débil que en otras oportunidades. Ese era un momento único.

A pesar de las dudas iniciales, Kal lo había logrado. Había alejado a la ingenua Isobella del grupo. Había hecho a la galduriana encender la esfera y le había dado la señal que necesitaba para que ella fuese en su búsqueda. Perfecto. Sencillamente perfecto.

Eyden sacudió la cabeza para evitar que la emoción continuara embriagando su concentración, y palpó con su mano libre las

esposas y la llave que traía colgando de su armadura. Luego de una hazaña como esa, se transformaría en la heroína de la Orden y su líder. Al fin obtendría lo que tanto añoraba.

Al ver la pálida luz escondida detrás de unos árboles, no tuvo ninguna duda de que la había alcanzado. Sin meditarlo, Eyden se arrojó con un grito hacia adelante.

Tan solo sintiendo su respiración entrecortada, la joven se percató de que la punta de su espada rozó la espalda de un cuerpo alto y delgado, cubierto por una capucha negra. Otro soldado se hubiese disculpado y se hubiera dado la vuelta para seguir a su ejército. Pero no Eyden. Ella conocía demasiado bien aquella silueta: piernas alargadas, facciones rectas, cabello cobrizo y desordenado. Lo único que le faltaba para completar aquella visión era el báculo entre sus finos dedos.

—¿Qué estás haciendo aquí? —preguntó Eyden con frialdad. Se quitó rápidamente el casco. La nieve no tardó en cubrir su largo cabello trenzado.

Kal no respondió. Se limitó a observarla, a analizar sus oscuros y profundos ojos y la delicadeza que todavía caracterizaba sus movimientos. Aun en ese momento tan complejo, su corazón le dio un vuelco al verla de pie frente a él.

Luego de arrojar las rocas por la ladera de la montaña, Kal se había valido de la esfera para emplear su galdur y ralentizar el tiempo. En medio de un paisaje silencioso y lento, se movió cerca de las ruinas de las caballerizas, detrás del campamento de la Legión, a una distancia prudente de la soldado, a quien había reconocido como

Eyden gracias su trenza alargada. Una vez allí, regresó el mundo a su velocidad regular y escuchó que su plan daba resultado. La estruendosa avalancha caía con gran potencia desde la montaña, los galdurianos que lo habían identificado estaban ya en la cima, buscándolo, a la vista de todo Quelensaid, y la Legión se alistaba para enfrentarlos. Lo único que faltaba era encender la esfera, dejarla en medio de la nieve y arrancar, asegurando con ello distraer también a Eyden. Sin embargo, ahí estaba, cargando la luminosa esfera en una mano, más seguro que nunca de su decisión.

—¡¿Qué haces, Kal?! —gritó la joven, desesperada—. Teníamos un acuerdo, ibas a ayudarme —se le quebró la voz al ver que su deseo de llegar a Yenegart se rompía en pedazos y arrojó la espada al suelo, en un arrebato de ira.

—Lo estoy haciendo —exclamó Kal con seguridad.

Eyden enarcó las cejas, provocando que una arruga cruzara por su frente. La nieve seguía cayendo sobre sus hombros, pero a Kal todo eso había dejado de importarle.

—Capturar a la sanaura era tu misión, y sé que dije que te iba a ayudar a hacerlo, pero… la verdad es que no puedo. No puedo dañar otra vez a una persona inocente y separarla de su familia. —Suspiró. Eyden no necesitó que lo dijera para saber que se refería a ella—. Pero sí te ayudaré a conseguir la llave… lo que necesitas para ir a Yenegart. Ellos estarán más que satisfechos.

Eyden ladeó el rostro.

—Llévame contigo —dijo Kal, con su mirada cristalina fija en los ojos oscuros de la joven guerrera.

El silencio se extendió entre ellos tan solo interrumpido por el zumbido del viento, el rugido de la tormenta y el choque de las espadas y armaduras a lo lejos.

—Soy un galduriano del clan de los tempestarios, Eyden, probablemente el único que queda de su clan —ahondó Kal, con voz serena y pausada—. Llévame como prisionero y cumplirás lo que te propones. Serás condecorada por tu captura, ascenderás a general y verás después de tanto tiempo a tus padres y hermanos.

La chica agachó la cabeza, mientras él daba un par de pasos hacia ella.

—Te lo debo. —Sus ojos se encontraron entre la cortina de nieve que los separaba—. Por el dolor que le causé a tu familia, y a ti… por haberte obligado a convertirte en esto.

—Kal, no —balbuceó Eyden—. No lo entiendes. —Intentó aguantar las lágrimas, pero rompió en llanto cuando comenzó a murmurar—: No sabes de lo que son capaces. Tú no lo has visto.

El chico no la dejó continuar.

—Lo aceptaré porque eso es lo que significas para mí, Eyden.

Un trueno, seguido de un relámpago, se apoderaron del cielo.

—Si a lo largo de mi vida, desde el día en que me separé de mi familia tras la Limpieza, solo he representado una carga, un mal para quienes me rodean, esta vez siento que estoy haciendo lo correcto. —Kal mantuvo una sonrisa fija en su rostro—. Ya no estoy solo actuando por mí. Lo hago por alguien más. Por la persona que más quiero.

Kal asintió con lentitud, mientras la vista de Eyden se nublaba por

las lágrimas.

—Llévame contigo, Eyden —reiteró Kal—. Esto es lo que quiero hacer.

CAPÍTULO VEINTINUEVE



Liuna soltó un grito agudo y se tapó la boca cuando escuchó a Gerom pronunciar ese nombre: «Kalleghar», aquel sobre el cual el joven tempestario le había pedido indagar. Abrumada, la teresteno miró a Nadya. Su rostro se había vuelto mucho más pálido. Sin que se lo dijera, la chica supo que Liuna sabía la verdad. Pero eso no explicaba del todo su reacción, la manera en que sus piernas flaqueaban y su mirada zigzagueante. Liuna sabía algo más, algo que le erizaba la piel.

—Se ha ido —musitó. Su respiración se volvía cada vez más agitada, tiñendo todo a su alrededor de blanco.

—¿Qué? —Nadya la tomó por los brazos, intentando que la mirara fijamente.

Pero Liuna mantuvo la vista perdida. Estaba absorta en sus pensamientos, en aquella conversación que había mantenido con Kal.

—Kal… Kalleghar —formuló Liuna—. Él… no volverá con nosotros.

Levy e Isobella se miraron, comprendiendo que se trataba del mismo nombre, del mismo chico que conocían.

—Reveló la presencia de Isobella a un miembro de la Legión… una antigua amiga humana —continuó Liuna. Isobella dio un respingo al escuchar su nombre y su rostro se tensó. Nadya, por su parte, enarcó las cejas—. Le prometió que la ayudaría. Hoy planeaba llevar a Isobella lejos, apartarla de nosotros y entregarle una esfera de luz. El ejército entendería este signo como señal para lanzarse en su búsqueda y así llevarla a Yenegart.

A medida que Nadya rememoraba lo que Levy le había dicho hace unos días sobre el pasado de Kal, lo que el joven vivió al instalarse en una aldea humana, se estremeció. Isobella miraba a Liuna con temor, sin dar crédito a lo que oía, mientras esta última balbuceaba sus siguientes palabras:

—Se dio cuenta de su traición cuando lo escuché y hablé con él, pero ya era demasiado tarde. Así que, para enmendar su error, acordamos que despistaría al ejército humano, provocando un encuentro entre ellos y los miembros de la Guardia en algún punto del borde… Se irá y nos dará tiempo de escapar de Quelensaid.

La chica hizo una pausa y se arrojó a los brazos de Nadya, sin aguantar las lágrimas.

—Oh, Nadya. Lo siento. Lo siento tanto.

Nadya se quedó paralizada, envuelta en la melena rojiza de su amiga, siendo sacudida por sus sollozos. Sin embargo, su mente

estaba en otro lugar: en ese día que un chico delgado, de cabello cobrizo y cargando un extraño báculo le había ofrecido una mano, una salida de la cueva en donde había sido arrojada sin ningún recuerdo.

Nadya soltó a Liuna y afirmó el bastón con fiereza. Sin mirar atrás, comenzó una veloz carrera por el camino que los había guiado hasta Gerom. Los gritos de sus compañeros no fueron capaces de detenerla cuando se adentró entre los tenebrosos pasadizos con el firme objetivo de llegar lo antes posible a la entrada de la montaña, mientras por su rostro caían las lágrimas.

Liuna se equivocaba, pensó Nadya: Kal no era capaz de traicionarlos de esa manera. A pesar de que el joven demostraba una actitud egocéntrica y completa indiferencia hacia los demás, ella siempre había entendido su forma de actuar como un mero disfraz con el que pretendía esconder su bondad, su compasión. Kal no había dejado a Levy en el bosque a su suerte cuando los soldados lo amarraron. Kal no había abandonado a Liuna en la Gran Corte. Kal no había rechazado a Cantos e Isobella cuando se unieron al grupo, a pesar de su desconfianza. Kal no era capaz de entregar a un inocente a la Legión.

Una parte de Nadya estaba absolutamente segura de que el chico estaría esperándolos arriba, con una sonrisa burlona plantada en el rostro. Ella lo abrazaría, a pesar de sus regaños, y le diría que en su espíritu siempre supo que era de su misma sangre. Cuando la mirara, estupefacto, le revelaría que la mujer a quien buscaba era su madre, la reina Ganadria. Le explicaría que ella los había hecho

viajar en el tiempo, gastando toda la energía de su galdur de tempestaria para protegerlos de la Orden. Juntos concluirían que era el galdur de la mujer lo que los había unido en la cueva el día de su encuentro, lo que estaba detrás de las coincidencias hasta llegar a Gerom en Quelensaid. Lloraría sobre su hombro y le diría que tenían una misión: restaurar juntos, como galduriano y galeana, la paz en Melliedor, detener a la Orden y la revolución en los portales. Él la miraría extrañado, pero después le aferraría la mano, analizándola con sus ojos cristalinos. Solo entonces asentiría con firmeza. Todo tendría sentido al fin y se fundirían en un nuevo abrazo todavía más fuerte. En ellos vivía la humanidad; en ellos vivía Galduria.

Tan solo guiada por su instinto, Nadya llegó arriba en mucho menos tiempo de lo que había tardado el descenso. Estaba completamente desgastada y respiraba de forma entrecortada. Mientras la nieve caía a trompicones sobre su cabeza y comenzaba a envolverla, miró de un lado a otro, desorientada.

A su alrededor, todo era blanco. El puente derrumbado, las ruinas del palacio y los dos pilares de piedra a lo lejos, todo estaba cubierto por un grueso manto de nieve. Lo único que alcanzaba a escuchar era el sonido del viento golpeando las paredes a medio caer, atravesando los bordes de las piedras.

La chica buscó alguna señal de Kal. Quizás no era demasiado tarde. Quizás le había dejado un mensaje, un signo para saber dónde encontrarlo. Nadya corrió hacia un extremo de las ruinas, gritó su nombre entre las paredes con la esperanza de que al menos el eco lo alcanzara y saltó hacia lo que parecía ser una fosa bajo una torre

destruida. Sin embargo, al poco rato, cuando volvió a la entrada de la cueva, se dio por vencida. Aquella búsqueda no tenía sentido. Liuna había dicho la verdad. No había rastro de Kal. Se había marchado.

Quebrada por dentro, Nadya se dejó caer sobre la nieve, aún con el bastón entre sus dedos. La joven lloraba apoyada en una roca que sobresalía en el paisaje, mientras sus lamentos hacían eco en las ruinas del palacio. Lo llamó por su verdadero nombre, Kalleghar, por última vez antes de sentir una mano ancha y cálida sobre su hombro. Al mirar de reojo, advirtió que Levy la miraba con ternura. A su lado, Liuna se agachó para abrazarla.

—Somos hermanos… —señaló Nadya entre lágrimas, escondiendo su rostro en el cabello rojizo de su amiga—. Tiene que saber que no está solo, que somos hermanos.

Su llanto fue interrumpido por un fuerte crujido. Liuna y Nadya se pararon lentamente junto a Levy.

Una gran masa de nieve se había desprendido de una montaña cercana, provocando un fuerte deslizamiento que amenazaba con hundir el valle a sus pies. El viento cruzó por sus rostros con mayor potencia, cargando pequeños trozos de hielo que los obligaron a taparse los ojos. Se sorprendieron al identificar en la montaña los colores del galdur. Un grupo de fornatos había escalado a la cima y alzaban la nieve con golpes poderosos y certeros. Junto a estos, unos cuantos salibers se desplazaban a gran velocidad, haciendo que una nube de polvillo blanco se elevara y comenzara a cubrir Quelensaid.

Un nuevo sonido, un leve y extraño repiqueteo, los alertó.

Despegaron su mirada de la avalancha y se dieron cuenta de que, más abajo, una serie de caballos de pelaje oscuro con jinetes de armadura negra se acercaban a los galdurianos a paso veloz. Isobella sintió cómo su piel se erizaba cuando identificó a los soldados del ejército de Défer, la Legión.

—Kal dijo que haría que los ejércitos se enfrentaran para darnos tiempo —indicó Liuna, aferrando a Nadya por los hombros—. Esta debe ser su señal.

Nadya giró el rostro y observó que los fornatos se alertaban unos a otros de la llegada de los soldados. Alzaron los brazos y despegaron con una fuerza sobrehumana las gigantescas rocas del paisaje, preparados para el ataque. Algunos salibers habían comenzado a descender por la ladera contraria, probablemente para avisar a los demás miembros de la Guardia. La Legión no disminuía su avance. Los galdurianos estaban listos para el enfrentamiento. El choque sería pronto. La batalla comenzaría.

—Princesa Emara —la llamó Gerom, adoptando una expresión y postura firme ante la chica.

Al oír otra vez ese nombre, Nadya sintió una fuerte punzada en la cabeza y que comenzaba a darle vueltas. La montaña se volvió un punto lejano en el firmamento. Los rostros de sus amigos se desdibujaron. Sintió cómo su cuerpo recobraba la calidez que había sentido cuando Gerom le contó la verdad sobre su identidad y que el hormigueo de sus dedos se trasladaba a su pecho, donde una extraña y desconocida energía añoraba salir.

—Me parece que ese plan es de antes de saber quién eras en

realidad.

A medida que el puerelo se acercaba a paso lento por la nieve, la joven fue volviendo en sí, pero sin dejar de sentir aquella rara sensación en el pecho, la que ahora amenazaba con extenderse por el resto de su cuerpo.

—No creo que ahora tenga sentido escapar —precisó Gerom, posando ambas manos sobre sus caderas—. Eres la legítima heredera a la corona de Odenisio. Estas tierras y el orden que en ellas sea establecido te corresponden por derecho. —Las pupilas de Nadya fueron bordeadas por un tenue brillo verdoso al escucharlo—. Tienes el poder de detener una nueva masacre entre humanos y galdurianos para que no se repita lo que ocurrió hace cien años.

Cuando Nadya sintió que una ráfaga cálida se colaba por cada rincón de su piel y que la energía en su interior hacía más fuerza por salir, se dejó invadir por el miedo. Bajó los hombros y dejó que su mirada se perdiera en un punto de la nieve junto a sus pies. El frío la hizo temblar.

—Pero, yo soy solo una chica… —balbuceó—. No estoy lista para algo así, aún no logro entender del todo qué soy y por qué estoy aquí. Yo… ni siquiera sé manejar mi galdur, no sé… no sé cómo hacerlo.

Su labio inferior comenzó a tiritar, mientras su nariz y sus mejillas se teñían de un suave color rojo.

—Creí que habrían más como yo… —continuó Nadya—. Creí que esta batalla no la libraría sola. Siento decepcionarte, Gerom, pero no soy fuerte y no estoy lista para hacer esto.

Gerom bajó la cabeza y no respondió. Las miradas de los jóvenes se enfocaron en la terrible batalla que se estaba librando en esa misma zona.

Mientras la avalancha avanzaba, algunos fornatos y salibers ya se enfrentaban a la Legión. Aunque parecía que estos últimos los superaban en número, los galdurianos de gran fuerza no tardaron en arrojar las rocas que habían cargado montaña abajo y derribar a un buen número de tropas. En el otro lado de la montaña no quedaba rastro de la brisa azulina de los salibers. Unos soldados habían logrado entorpecer su carrera con unas sogas que cruzaron por la nieve. Los gritos desesperados, tanto de humanos como de galdurianos, llegaron a sus oídos.

Nadya se estremeció.

—Nadya… Emara… —Isobella dio unos pasos al frente, hasta ubicarse frente a la chica—. Tú eres la heredera de estas tierras.

La joven se arrodilló. Nadya la miró extrañada y buscó entre los demás algún gesto de sorpresa. Sin embargo, Liuna, Levy y Gerom observaban la escena completamente serios.

—Sé que no soy una galeana, pero por mi hermano y tantos nómades que viven con temor… yo estaré a tu lado para restaurar la paz en Melliedor y cooperar para que, tanto Galduria como los humanos sean realmente libres. Te doy mi palabra.

Cuando sus ojos se encontraron, el semblante de Isobella se iluminó y le dedicó una sonrisa. Nadya se quedó pasmada. Gerom asintió a sus espaldas.

—También yo —pronunció Levy, imitando los movimientos de

Isobella—. Se lo debo a mis hermanos, a quienes perdí por culpa de inútiles batallas contra la Legión. Si existe un mundo donde los galdurianos y humanos no deban pelear entre sí y tú eres su líder… estoy dispuesto a lo que sea por ayudarte a crearlo.

—Y yo —se unió Liuna, sintiendo las lágrimas agolparse en sus ojos—. Por mi padre y mi familia, a quienes les debo la oportunidad de vivir en estas bellas tierras: de ver la nieve de Quelensaid, de acariciar las raras criaturas que se alojan entre los árboles, de recostarse bajo el brillante sol que ilumina las praderas de Odenisio. —Se detuvo y acompañó sus dichos con una risa entre dientes—. Somos un equipo.

—Más que eso —agregó el joven fornatos, dándole a Liuna un golpecito en el hombro—: somos una familia.

Por el rostro de Nadya se extendió una sonrisa mientras el calor regresaba a su piel. Se sintió más segura que nunca en medio de aquel caos. Aunque era la última galeana, no estaría sola. Tenía a su lado a los galdurianos que la habían acompañado durante todo su recorrido, quienes le habían regalado su amistad aun antes de saber quién era.

—Lo haremos juntos —manifestó Nadya mientras se ponía de pie, aferrando la mano de Liuna y con la otra el bastón. Gerom asintió con una sonrisa.

De pronto, los ojos de Nadya se encontraron con un haz de luz proveniente del otro lado de la montaña, desde donde habían salido los soldados de la Legión. Nadya frunció el ceño y murmuró para sí:

—Todos juntos.

Nadya desvió su mirada hacia la nieve y nuevamente al lejano destello. Sus ojos comenzaron a brillar en un tono verdoso.

—Gerom —lo llamó Nadya con decisión. El puerelo se irguió—. ¿Sabes cómo llamar la atención de los ejércitos? —inquirió la chica.

El puerelo enarcó las cejas.

—La reina pensó en todo —puntualizó.

—¿Qué planeas, Nadya? —preguntó Liuna, mirando a la joven.

—Kal ya lo dijo: vamos a abrirnos paso entre la Guardia y la Legión. Demostraremos que existe una forma de devolver la paz a Melliedor. —La mirada de Nadya se perdió entre las rocas, donde había visto brillar la extraña luz—. Pero antes iré a buscarlo. Él merece saber quién es realmente.

CAPÍTULO TREINTA



La tormenta azotaba Quelensaid cada vez con mayor energía. Las nubes rugían en el cielo mientras los relámpagos iluminaban los semblantes de quienes ya se batían en un intenso combate en aquellas tierras. Aun desde lejos, se podía observar cómo los soldados de la Legión y galdurianos se enfrentaban en la ladera de la montaña. Sus espadas chocaban, emitiendo un tenue chillido, el que era acompañado por el clamor de los angustiados heridos. El paisaje estaba teñido del amarillo de los fornatos, los que ahora utilizaban los restos de una fortaleza para hacer frente al ejército, y del azul de los salibers. Siguiendo las instrucciones de su líder, Theodosia, estos se dispersaban por el sector, buscando que los humanos se dividieran en grupos más pequeños y fuese más fácil derrotarlos. Entre gritos, Radovan, quien conocía de memoria aquella estrategia, daba órdenes sus tropas para que continuaran peleando y se mantuvieran unidos.

Mientras Quelensaid era cubierto por un nuevo manto de nieve y los ejércitos se atacaban con más agresividad que nunca, Kal y Eyden se miraban fijamente.

La joven en armadura veía pasar ante sí múltiples imágenes. El momento en que había visto al chico por primera vez, oculto entre los árboles, y le había gastado una broma sobre sus extraños zapatos de tela; aquel día en que hicieron una carrera entre las ramas y, al verla caer con el rostro sobre el barro, le había ofrecido enseñarle cómo moverse con mejor precisión, a lo que ella repuso que aprendería por su cuenta, lanzándole una bola de tierra; la noche en que se quedaron recostados sobre el césped, observando el cielo e imaginando el futuro, mientras sus rostros eran iluminados por las tres lunas. Recordó el dolor que le había producido separarse de Kal y no saber si volvería a verlo. Sin embargo, ahora que él estaba frente a ella, tal como en los viejos tiempos, se sentía distante, como si fuera una persona completamente distinta a la muchacha que había sido cuando lo conoció.

Sus memorias estaban teñidas con los recuerdos de la noche en que incendiaron su aldea, en que se llevaron a su familia sin ninguna pertenencia y se vio rodeada de enormes llamas anaranjadas. Allí, donde sus gritos de auxilio, sus desesperados clamores por Kal no obtuvieron jamás una respuesta. Había sido una niña inocente, ingenua, pero ahora sabía con claridad lo que le correspondía como humana y al chico como galduriano. Él le había dejado en claro que su lealtad estaba con los de su especie, y eso había sido lo que su corazón necesitaba para deshacerse, de una vez por todas, de la

esperanza de un amor imposible.

La rabia y pena le nublaron la vista hasta que lo escuchó pronunciar su nombre Entonces Eyden se acercó a paso rápido y tomó su rostro entre sus manos.

Se escrutaron con la mirada con desesperación, de una forma que ninguno había experimentado antes. Su respiración transformaba el aire que quedaba entre ellos en una bruma completamente blanca.

Eyden pensó en la chiquilla soñadora que había sido, en lo mucho que había añorado a aquel joven misterioso de cabello cobrizo y ojos claros. Y, diciéndose a sí misma que aquello era parte de una deuda con su antiguo yo, cerró los ojos y el espacio que quedaba entre ellos con un beso fugaz.

Al principio Kal se quedó inmóvil, sorprendido. Sin embargo, cuando la joven presionó otra vez sus labios con intensidad contra los suyos y su aliento cálido rozó sus mejillas, no pudo sino dejarse llevar por el vigor con el cual Eyden lo buscaba, sintiendo el sabor de una despedida.

Lentamente, movió sus manos a su cintura e imaginó que se elevaba, que el frío de Quelensaid era reemplazado por el reconfortante clima de la primavera. Supo entonces que si Nadya le hubiese preguntado otra vez cuál era el momento en el cual detendría el tiempo, sería ese. Uno en el que Eyden y él pudieran estar juntos y no los separaran los conflictos de Melliedor.

Se le produjo un hormigueo en el estómago cuando la joven unió sus manos a las suyas y acarició sus muñecas con cuidado. Sus piernas comenzaron a flaquear, pero no se dejó caer. Quería que

aquel momento durara para siempre.

Pero sus deseos fueron interrumpidos por el sonido de una ranura que se cerraba. Kal se separó de Eyden y abrió los ojos, confundido. Cuando intentó mover sus brazos se dio cuenta de que algo se lo impedía. Entre sus manos había una cadena metálica unida a dos ranuras circulares que bordeaban sus muñecas. Eyden lo había encadenado.

—Lo siento —murmuró Eyden, manteniendo apoyada su frente contra la de Kal—. Pero no puedo volver a confiar en ti. —Se mordió la lengua para evitar soltar un sollozo, mientras sus ojos estaban fijos en el metal—. No me dejas otra opción.

La joven dio unos pasos hacia atrás y murmuró las siguientes palabras para sí misma, cabizbaja:

—Debí encargarme yo misma de la sanaura cuando tuve la oportunidad.

—Oye, Eyden —pronunció Kal, sintiendo que se le hacía un nudo en la garganta—. Está bien. Estaremos bien.

Ella sacudió la cabeza y continuó echándose hacia atrás, mirando cómo sus pies estaban ahora hundidos en la nieve. Kal quiso acercarse, pero Eyden desenfundó su espada y lo apuntó directamente. El joven se quedó paralizado.

—¡Ya deja de decir mi nombre! —exclamó Eyden. En sus mejillas color cobre brillaba un rastro de lágrimas.

Agachó la cabeza lentamente y posó la espada junto a ella.

—Eres un galduriano —continuó, sintiendo el peso de la nieve sobre sus hombros cubiertos por la armadura—. Yo soy una humana

a quien le destrozaste la vida. Eso es todo lo que fuimos y lo que somos. Lo único que nos une ahora es que eres mi prisionero. Mi pase para llegar a Yenegart.

Kal se quedó quieto mientras Eyden se volteaba y se apoyaba en una roca. No necesitaba verla para saber que aún lloraba.

—¿Eso es lo que piensas? —preguntó Kal con frialdad, advirtiendo que ella lo miraba por encima del hombro—. ¿O lo que te gustaría creer?

Cuando sus ojos se encontraron, Eyden desvió inmediatamente la mirada y volvió a girarse.

—Será mejor que…

Antes de que Eyden acabara su respuesta, una flecha le alcanzó la rodilla, justo en un espacio que no estaba cubierto por su armadura. La joven soltó un grito de dolor. Kal se volteó con rapidez, pero no logró identificar quién la había arrojado. Tenía a sus espaldas una pared de piedra demasiado alta.

Un nuevo gemido lo hizo volverse hacia Eyden, quien se había quitado la punta de metal de la flecha en un solo tirón y lo miraba ahora con los ojos teñidos de rojo, cargados de rabia.

—¡¿Qué hiciste?! ¡¿A quién trajiste contigo?! —gritó, dejando caer la flecha en la nieve.

Mientras Eyden se limpiaba el rostro con un brazo, alzó la espada otra vez ante Kal y soltó una exclamación furiosa. Él se limitó a cerrar los ojos con los puños amarrados cubriendo su cara.

Sin embargo, el golpe no llegó. Extrañado, Kal advirtió que ya no escuchaba la respiración de Eyden ni tampoco el choque de las

espadas de la Legión y la Guardia. Solo había silencio. La brisa, antes helada, se volvió un aire cálido y lento. Su cuerpo parecía levitar sobre la nieve debido a su ligereza. Se quedó perplejo. Nada de esto era nuevo. Kal conocía aquel estado. Él mismo era capaz de provocarlo. ¿Pero, cómo?

Abrió los ojos, seguro de lo que se encontraría.

Su mirada chocó con los copos de nieve a medio caer y el cuerpo de Eyden extendido frente a él, pausado en el aire. Tenía la mirada perdida en un punto detrás de sí, mientras en sus ojos se leía el dolor y confusión.

Kal se giró y advirtió que alguien se arrojaba desde la parte alta de la roca, cargando una vara de madera alta y delgada, con dos semicírculos en uno de sus extremos. Su bastón.

—¿Nadya? —inquirió Kal.

Ella se acercó lentamente.

—Me gustaría haber sido yo la de la flecha, pero Liuna sigue teniendo mejor puntería. —Nadya balbuceaba, nerviosa—. ¿Estás bien? Este soldado casi te asesina.

—Ahora eso no importa —la interrumpió Kal sin pensarlo. Nadya se quedó helada con su respuesta—. ¿Es que no te das cuenta? —continuó con una sonrisa de oreja a oreja, en un grito emocionado—. ¡Nadya, mira lo que hiciste!

Nadya divisó el paisaje con detenimiento. Era cierto. El mundo se había ralentizado. Alzó la mano para sentir un copo de nieve que había detenido su caída justo frente a su nariz.

—¿Yo? —Nadya enarcó las cejas—. ¿Yo lo hice?

Estaba tan exaltada que se le cayó el bastón. Cuando se agachó para recogerlo se percató de que entre sus dedos se esparcía una bruma verde y brillante. Pestañeó varias veces, solo para cerciorarse de que lo que había visto era real. Se levantó de un salto y Kal observó lo mismo que ella: en sus manos había rastro de la energía del galdur.

—Lo hiciste por impulso. Pero sí, Nadya. ¡Lograste detener el tiempo! Y ahí tienes la prueba. Tenía razón. Eres una galeana —prosiguió, mientras la chica extendía sus dedos cuidadosamente—. Una galeana con afinidad al galdur de los tempestarios.

Un destello verde iluminó sus ojos.

—Lo hice… —musitó embobada la joven.

—Yo tardé años en lograr ese truco y comprenderlo —dijo Kal, observando cómo Nadya contraía sus dedos, maravillada—. Con un buen mentor que te enseñe a canalizar correctamente toda esa energía estoy seguro de que llegarás lejos… mucho más lejos que yo.

Kal soltó un suspiro y agachó la cabeza. Sus miradas se encontraron entre la nieve que caía a un ritmo imperceptible.

—Ahora podrás mostrarles a todos lo que puedes hacer. Será increíble, Nadya —dijo Kal—. No sabes cuánto me gustaría estar ahí cuando suceda, sus rostros de sorpresa, especialmente cuando los galdurianos le den la espalda a Hinnegal. Llegará el fin de su guerra sin sentido.

—¿Por qué… pareciera que te estás despidiendo? —preguntó Nadya.

Nadya se enfocó en las cadenas que lo ataban y en la chica de

armadura negra, cuya postura reflejaba que estaba a punto de desfallecer sobre la nieve, como consecuencia del somnífero de la flecha.

Pero Nadya no necesitó que Kal le respondiera. Las palabras dichas por Liuna en la cueva unidas a la escena que estaba presenciando fueron suficientes para aclararle lo ocurrido. Era ella. La joven de la que Levy le había hablado. La humana a quien todos habían dado por muerta luego de la Limpieza.

—Te entregaste en lugar de Isobella.

Kal dejó caer sus hombros.

—Es lo que merezco por traicionarlos —murmuró, cabizbajo—, y lo que le debo a Eyden por lo que le hice a ella y su familia… por haber causado el incendio de su aldea y por haberle arrebatado su libertad.

Nadya pasó la mirada desde la chica hasta Kal. Leyó la tristeza del joven en sus ojos brillosos.

—No soporto ver en lo que se ha convertido —dijo en un hilo de voz—, y todo por mi culpa. Ya no quiero ser un mal para nadie más. Casi los arruino a ustedes también.

—No, no…

—Es mi decisión, Nadya —la interrumpió Kal—. Debes seguir con el plan —señaló con firmeza—: Eyden ya me tiene y no creo que pretenda salir ahora en busca de Isobella, pero cualquier otro miembro de la Legión no dudaría en capturarla. Además, la Guardia está cerca. Intenté distraer a ambos ejércitos con la avalancha, pero no sé cuánto durará eso.

Sus palabras fueron cortadas por la voz de Nadya:

—No, Kal. —Hizo una pausa y se acercó a él, tomando entre sus manos las cadenas—. No voy a dejarte, ¿me escuchas? Tú no nos traicionaste. Decidiste no hacerlo. ¿Cómo puedes castigarte de esa manera por algo que ni siquiera ocurrió? No es justo, Kal.

—¡Tampoco es justo lo que le hice a Eyden! —aseveró con voz débil. Kal volvió sus ojos hacia ella—. Soy su última esperanza para regresar con su familia y reparar lo que causé.

—Ella ya no es Eyden, Kal —apuntó Nadya sin un ápice de duda, sintiendo que una brisa cálida la envolvía—. Hace mucho tiempo dejó de ser la chica a quien conociste en una aldea humana. Ella no habría sido incapaz de tratarte así, de entregar a su propio amigo a cambio de su libertad. Y tú no eres el verdadero culpable de lo que pasó… —El rostro de Nadya se iluminó a cada palabra—: es culpa de Melliedor, de este horrible orden que se ha impuesto. Tú no elegiste ser un galduriano. Tú no elegiste que se aplicara en tu contra la política de la Traición. Al igual que ella, eres víctima de los mandatos de quien tomó el poder hace cien años, quien masacró a los Caídos y pretende ahora el exterminio de toda tu especie solo por poder.

Kal la miró sorprendido, mientras advertía que sus pupilas eran delineadas por un tenue resplandor verdoso.

—Si de verdad quieres salvarla, devolverle su vida y libertad —prosiguió Nadya—, el único modo de hacerlo es restaurando la alianza entre nuestras especies. De nada servirás como prisionero de la Legión.

La nieve comenzó a acumularse sobre sus hombros. El viento golpeó suavemente sus mejillas. Escucharon el choque de algunas espadas a la distancia. El mundo estaba volviendo a la normalidad.

—Soy todo lo que le queda de su pasado —se lamentó Kal, sintiendo cómo en sus ojos se agolpaban las lágrimas. Notó que el cuerpo de Eyden caía a mayor velocidad hacia el suelo y la manera en que, súbitamente, sus ojos se cerraban.

—Y también su única esperanza para el futuro —añadió Nadya con seguridad, todavía con la mirada fija en Kal. El chico se sobresaltó al escuchar de sus labios las últimas palabras de Ramil—. No puedo hacerlo sin ti, Kal. Debemos estar juntos en esta lucha. —Hizo una pausa—. Ella lo prometió hace cien años.

Mientras un trueno resonaba sobre sus cabezas, Kal se irguió y observó a Nadya con extrañeza.

—¿De qué hablas? —preguntó, sintiendo que una brisa cálida empezaba a recorrerle la punta de los dedos.

—La reina Ganadria, Kal. —El joven ladeó el rostro—. Antes de morir, ella encomendó la batalla por la paz de Melliedor a sus dos hijos. —El cabello de Nadya revoloteó y sus ojos brillaron en medio de la tormenta—. A mí… su hija menor, la última galeana, heredera de la corona de Odenisio. Y también a su hijo mayor… Kalleghar. —El joven dio un paso atrás, tambaleando—. Guardián del trono y líder de los tempestarios. Mi medio hermano.

—¿Qué? —soltó Kal, mientras a sus oídos llegaba un lejano ruido, el sonido de la lluvia chocando con las paredes de piedra y la melodiosa voz de una mujer a quien había visto antes en su memoria

—. ¿Nadya?

Por su mente cruzó su encuentro en la cueva, el modo en que aquella desconocida había pronunciado su nombre, uno que creyó olvidado para siempre, y cómo algo se había despertado en su espíritu, una nueva esperanza.

—Es real… todo este tiempo —balbuceó, mientras la piel se le erizaba y todas las dudas que algún día había tenido comenzaban a disiparse.

La incertidumbre, el miedo, la desesperación, las emociones que antes lo habían embriagado parecían dar un paso al costado, y su cuerpo se liberaba de invisibles ataduras.

—Sí, Kal —confirmó ella, afirmando al joven por los brazos—. Siempre fuimos nosotros.

Kal se quedó mirándola, sintiendo cómo la nieve envolvía su cabello cobrizo y la brisa recuperaba su fuerza y velocidad. Sin necesidad de una nueva explicación, con el corazón retumbando en su pecho, Kal supo lo que debía hacer. No solo por quienes Nadya y él eran en realidad. Sino porque la chica tenía razón. No tenía sentido entregarse a la Legión si tenía la posibilidad de terminar, de una vez por todas, con aquel terrible régimen.

—Debemos irnos.

Nadya asintió con una sonrisa y tomó rápidamente la llave que colgaba de la armadura de Eyden mientras esta todavía mantenía una postura pausada en el aire. La introdujo en la cerradura y las cadenas se abrieron sin mayor esfuerzo. La joven soldado se desplomó sobre la nieve.

Antes de continuar, Nadya le aferró la mano a Kal.

—Los demás nos esperan entre los dos pilares para el espectáculo —afirmó Nadya con una sonrisa.

Él la miró confundido.

—Vamos a detener esta batalla, Kal.

Nadya comenzó a escalar la pared de roca ubicada a sus espaldas y Kal la siguió por detrás. Al llegar arriba, divisaron a Liuna un poco más lejos, afirmando entre sus dedos un arco y algunas flechas. Los saludó y les hizo una seña para que corrieran hacia la montaña.

A pesar de la emoción que lo invadía, Kal no pudo evitar detenerse y voltear el rostro para observar a Eyden que ahora yacía sobre la nieve, dormida. Se quedó ahí y se dijo a sí mismo que si una vez la había encontrado, lo volvería a hacer, y ahora lo haría en un mundo diferente. Uno en el que no fuera necesario ralentizar el tiempo para ser felices.

CAPÍTULO TREINTA Y UNO



Mientras Liuna, Nadya y Kal se dirigían hacia los pies de la montaña, Levy e Isobella se camuflaban en el valle, alrededor de la feroz batalla. Entre resplandores azulinos y amarillentos, gigantescos espirales de hielo y con los desgarradores gritos de los soldados, los jóvenes cumplían la tarea que Gerom les había encomendado: guiar a todos los combatientes lo más cerca posible de los pilares, al centro de Quelensaid.

Ocultos entre las rocas, aprovechando la densidad de la bruma, Levy manipulaba su galdur para abrir zanjas en el suelo congelado, provocando que, tanto humanos como galdurianos se vieran obligados a moverse únicamente en las zonas elevadas. Isobella, en tanto, desplazándose entre las ruinas, disparaba flechas hacia las esquinas del lugar donde se estaba llevando a cabo la batalla. Esto hacía que los soldados se vieran obligados a agolparse en medio de la explanada para evitarlas.

Cuando los otros tres jóvenes llegaron al encuentro del puerelo junto a los pilares, Gerom los miró estupefacto. Aún no se acostumbraba al hecho de que lo ocurrido en la cueva no había sido una de las tantas visiones que lo acecharon durante cien años. Ella verdaderamente estaba ahí frente a él, con su rostro de delicadas facciones tan parecido al de su madre, y sus ojos oscuros analizando cada uno de sus movimientos. Y ahora, a su lado, se encontraba un chico a quien Gerom reconoció de inmediato y cuya presencia logró producirle un escalofrío.

—Kalleghar —pronunció Gerom en voz baja, acercándose lentamente hacia él. Ahora estaba acuclillado, para estar a su altura.

El joven sintió que una llama se expandía en su cuerpo. Ese nombre, al fin, después de tantas búsquedas fracasadas, de tantas noches invadidas por pesadillas, tenía sentido.

—Hijo de Ganadria y Koven, del clan de los tempestarios. Ha pasado un buen tiempo desde la última vez que nos vimos, muchacho.

Mientras una ráfaga de viento hacía revolotear su cabello, Kal observó cómo sus manos comenzaban a temblar. En su interior, una corriente cálida avanzaba desde sus pies hasta su pecho, revolviendo su estómago y apretándole el corazón. Confundido por aquella extraña y reconfortante sensación, el chico miró a Gerom. Sus palabras resonaron en su cabeza, en tanto su mente era invadida por recuerdos. Estos, por primera vez, comenzaban a delinearse con toda claridad.

Tal como siempre había intuido, él tenía una familia. Una madre,

una hermosa galduriana de largo cabello dorado, de ojos claros y manos delgadas como las suyas, de movimientos finos y palabras precisas. Y un padre, un hombre de piel rugosa y rasgos rectos, de barba del mismo color que su propio cabello. Un buen líder a ojos de su pueblo, un ser demasiado frío a ojos de los demás.

Kal sacudió su cabeza y tragó una bocanada de aire.

—¿Tú…? —preguntó Kal con duda, mirando al puerelo. Una nueva imagen, antes difuminada, precisó sus contornos en su mente. El enorme galduriano caminando lento por un pasillo de amplias murallas y coloridos vitrales. Su cuerpo cubierto por una extensa túnica dorada mientras hablaba, en un tono grave y sereno, sobre antiguas leyendas de Melliedor. Nidos de dragones ocultos en las montañas, galdurianos que habían liberado a aldeas gobernadas por malévolos jefes y las historias de valientes caballeros que habían partido a los terrenos de Ademia y que jamás habían regresado—. Te conozco —soltó, asintiendo con lentitud—. Eres él… eres el hermano de Ramil. El antiguo consejero del rey.

—Y también tu servidor —completó Gerom con una sonrisa entre dientes.

Kal sintió una punzada. Las imágenes en su cabeza se fueron volviendo cada vez más nítidas. Veía el castillo, el que había sido alguna vez su hogar, resguardado por hombres y mujeres de armaduras blancas, el precioso atardecer desde la ventana de su habitación mientras Ganadria le servía el té en una taza de plata, invitándolo a que se sentara junto a ella para contarle sobre su padre y sus increíbles hazañas. Las memorias volvían a su mente con tanta

facilidad que se sintió abrumado, confundido.

—¿Servidor, dices? —pronunció Kal con evidente molestia.

Nadya se quedó paralizada junto a Liuna, a las espaldas del puerelo.

—Estuviste escondido en estas ruinas durante cien años mientras yo vagaba por Melliedor en busca de respuestas. Solo. Si me sirvieras habrías salido de ese maldito escondite y hecho al menos el intento por encontrarme y decirme la verdad.

Un tornado de nieve formado por los salibers de la Guardia rugió a la distancia.

—Entiendo tu dolor, Kalleghar —contestó Gerom con calma—. Pero la verdad no hubiese significado nada para ti antes de este momento.

El puerelo pasó los ojos de Kal a Nadya en un movimiento que solo ambos jóvenes captaron.

—¿Por qué? —inquirió Kal, agachando la cabeza y apretando los puños—. ¿Por qué ahora? ¿Por qué después de tanto?

—Tu madre —prosiguió Gerom—. Ella fue quien determinó que así debía ocurrir para que Melliedor tuviera una oportunidad… la posibilidad de recuperar su armonía.

—¿Qué significa eso? —preguntó Liuna.

Gerom inhaló con fuerza. Cerró los ojos y entrelazó sus dedos bajo su cintura. Kal reconoció en aquellos gestos los movimientos que hacía su mentor cuando debía hacer esfuerzo para recordar acontecimientos ocurridos en tiempos remotos, los que ocupaban un lugar distante en su abarrotada memoria.

—Años antes de que en Défer estallara la primera revolución, la poderosa reina Ganadria, tuvo una terrible visión. —Gerom abrió los ojos de improviso y se enfocó en un punto indefinido del paisaje—. Supo que la Orden se alzaría y se apoderaría de las tierras de Melliedor. Vaticinó su propia muerte y la de su esposo, el rey de Odenisio, lo que marcaría el fin de una época de paz y prosperidad.

El puerelo hizo una pausa. A sus oídos llegaron los gritos de los soldados advirtiéndose unos a otros acerca de las gigantescas zanjas que se abrían, sin previo aviso, en la tierra. Estaban cada vez más cerca de los pilares gracias al trabajo de Levy e Isobella.

Gerom continuó:

—En medio del desastre sembrado por la que sería llamada la Orden de Défer, la reina vislumbró una sola salida. —Miró fijamente a Kal y luego le hizo una seña a Nadya para que se pusiera a su lado —. Dos seres cercanos a la corona, unidos por la sangre de una tempestaria, una galeana y un galduriano, harían frente al líder de Défer en una guerra que decidiría el futuro de nuestro mundo.

Nadya sintió un nuevo hormigueo y dejó que la cálida brisa que le había recorrido la piel volviera a reconfortarla. Giró la cabeza y se dio cuenta de que Kal todavía tiritaba, manteniendo el ceño fruncido y la mirada perdida.

—Temiendo que lo que había visto llegara a oídos equivocados, la reina mantuvo su premonición como un secreto para todos, incluso para su marido. Sola, tomó una decisión: hacer cuanto estuviera a su alcance para mantenerlos a salvo, sin despertar sospechas en el palacio ni en Défer.

En la mente de ambos jóvenes se fue trazando lo que Gerom comenzó a describir, con tal precisión que entraron en una suerte de trance, donde la tormenta de nieve y la guerra desatada no eran más que eventos lejanos.

—Así fue como se recluyó a sí misma en una lejana habitación de altos ventanales, donde la luz del sol llegaba durante todo el día, recibiendo su energía y guardándola para el momento exacto en el que fuese indispensable emplear todo su galdur de tempestaria para protegerlos.

Mientras Nadya pestañeaba varias veces, volviendo a la realidad, Kal no se movía. El chico estaba absorto, buscando en su memoria aquel recuerdo que fue resurgiendo, poco a poco, entre las cenizas de su pasado.

—Aquella misión significó, eventualmente, dejar de utilizar sus habilidades para ayudar al rey y abandonar otras actividades que pudieran deteriorar su potencia. Pretextando una rara enfermedad que los terestenos y las sanauras jamás lograron comprobar, dejó de reír, dejó de escribir, dejó de caminar y un día… decidió que no hablaría más.

Las lágrimas comenzaron a caer por las pálidas y pecosas mejillas de Kal. La veía. Veía a su madre postrada en una cama de enormes cojines de pluma. Escuchaba la negativa a asistir a sus entrenamientos para ver cuánto había mejorado, a realizar una tarde de juegos en los jardines del palacio, a contarle sobre las historias del gran Koven. Junto a las imágenes se trazó el dolor, los reproches que le había formulado por abandonarlo a él y a su pequeña hermana, la

rabia con la que había respondido a sus últimas caricias. Recién ahora, un siglo más tarde, la decisión de su madre tenía sentido.

—Ese atardecer, cuando el rey ya se había dado por vencido y tenía la mente demasiado ocupada en extraños incidentes revolucionarios que estaban ocurriendo en Défer, decidí subir a su habitación. —Gerom se frotó las manos y suspiró—. No tuve que insistir demasiado para me diera una explicación acerca de lo que ocurría. Ella ya había decidido contarme por qué se había vuelto una prisionera entre sus propias paredes.

—¿Por qué recurrió a ti y no al rey Ulius… a mi padre? —preguntó Nadya entre balbuceos.

El galduriano puso su mano sobre su hombro y la miró con una sonrisa.

—Era demasiado riesgoso involucrarlo y Ganadria necesitaba de mi ayuda como puerelo para que su plan funcionara. —Kal alzó la barbilla y observó a Gerom con atención—. Necesitaba que ustedes olvidaran quienes eran para su propia protección, separarlos para evitar que fuesen un blanco fácil y que, a pesar de todo eso, lograran encontrarse con el paso del tiempo y se mantuvieran unidos para lograr juntos su propósito. A pesar de mis dudas, acabé tallando el medallón, utilizando mi galdur para borrar sus recuerdos y ofreciéndome como su futuro consejero.

Gerom se enfocó en el paisaje detrás de Kal y Nadya. Alcanzaba a ver el perfil de algunos soldados de la Legión, quienes se disponían a enfrentarse a unos fornatos que estaban enfocados en esquivar las flechas que sorpresivamente caían desde el aire. Liuna intentó

distinguir la silueta de Isobella entre la nieve, pero le resultó imposible. La tormenta, la misma que les servía para no ser vistos cerca de los pilares, permitía a la joven sanaura camuflarse sin mayor esfuerzo.

—La seguridad con la que hablaba Ganadria era envolvente —repuso Gerom de pronto. Posó su mano en el hombro de Kal—. Ella confiaba en que ustedes comprenderían los signos y que, sin importar cuantos obstáculos se interpusieran en su camino, lo lograrían. —Les dedicó una ancha sonrisa, una en la que Kal logró ver a Ramil—. Y hoy, después de cien años, aquí están.

A pesar de que Kal comprendió lo que decía Gerom, no pudo evitar sentir que el costo había sido demasiado alto.

—Kalleghar, yo tampoco entendía por qué tu madre te quería enviar a un espacio temporal anterior al de tu media hermana —enfatizó el puerelo, como si fuese capaz de leer las dudas en su mirada—. Fui muy escéptico respecto a su decisión de emplear su galdur para separarlos de ese modo.

Nadya le aferró la mano a Kal. Él no la soltó.

—No tienes que creerme, pero juro por el sol que intenté disuadirla. Pero ella no dejó de mencionar lo astuto e inteligente que eras, en sus palabras, más que tu padre, uno de los mejores guerreros galdurianos de todos los tiempos. Ella tenía la certeza de que te sobrepondrías a este desafío.

Cuando Kal bajó la cabeza, Gerom continuó hablando en un tono suave:

—Tantos años en estas ruinas me permitieron reflexionar y llegar a

una conclusión que se acerca a lo que ella vio en ti…

El puerelo quitó la mano del hombro del joven tempestario y alzó su mentón.

—Viviste solo durante tantos años —musitó con serenidad—. Vagaste por tierras hostiles, ambientes en donde te dieron la espalda una y otra vez. Te formaste a ti mismo en extraordinarias virtudes y habilidades galdurianas y de guerra, sin saber —los ojos de Gerom se dirigieron a Nadya al pronunciar la última frase—: que te estabas entrenando para servir como guardián de tu media hermana.

Kal miró a Nadya de reojo.

—Sé que no es algo fácil de digerir. Pero debes saber que no eres mucho más astuto e inteligente que tu padre. —Kal dio un respingo al escuchar las palabras del puerelo—. Lo eres más que cualquier otro galduriano. Y esas habilidades, junto con la bondad y compasión que aprendiste de tu madre nos ayudará a que el destino que ella vio para Melliedor se cumpla. Que su promesa de paz se haga realidad.

Antes de que Liuna gritara, advirtiendo la proximidad de unos jinetes de armaduras negras guiados por unas zanjas abiertas por Levy, el puerelo se giró y se apoyó con ambas manos en los pilares para comenzar a revisar rápidamente la roca con la yema de los dedos.

Nadya y Liuna se miraron extrañadas, pero Kal mantuvo la vista fija en lo que ocurría, notando cómo ciertos espacios en la piedra se teñían de púrpura y comenzaban, poco a poco, a emitir cortos y brillantes destellos.

Fue en ese momento que cayeron en la cuenta de que los monumentales pilares de piedra no solo marcaban la entrada de Quelensaid, sino que además estaban tallados con memorias. Memorias grabadas por un puerelo. Recuerdos de Melliedor que Gerom había tallado hace más de cien años, de la misma forma que lo había hecho con el medallón.

Ante las atónitas miradas de los jóvenes, un torrente de luz se extendió desde la roca hasta el cielo, iluminando todo a su paso. Aquella era la señal que, desde la explanada, Levy e Isobella estaban esperando para actuar.

—¡Ahora! —gritó Isobella, saltando junto a Levy desde una roca.

Levy ni siquiera tembló cuando sintió entre sus manos el galdur amarillento y golpeó con fuerza el suelo, provocando que la tierra se quebrara justo a la mitad, bajo los pies de los ejércitos.

La nieve se alzó y una profunda grieta se abrió en la explanada, desconcertando a los salibers y fornatos. Entre ellos, muy cerca de los pilares, estaba Hinnegal, quien se volteó para observar lo mismo que los miembros de la Guardia ya habían captado: que un haz de luz púrpura se extendía hacia el nuboso cielo. Cherlat se quedó estupefacta ante la visión, mientras que el general Radovan, que con tanto vigor había luchado cuerpo a cuerpo contra ella, detenía el trote de su caballo.

Frente a los ojos de humanos y galdurianos, lo que antes había sido solamente luz púrpura, se transformó lentamente en imágenes, del mismo modo que había ocurrido cuando Ramil leyó las inscripciones del medallón de Nadya en la cúpula de la Gran Corte.

Sobre sus cabezas, el potente destello dio paso a los reflejos del dibujo de un gigantesco castillo, ubicado entre quebradas por las cuales caían hilos de agua provenientes de un extenso río que bañaba la zona. A su lado fueron apareciendo numerosos árboles de ramas con forma de remolino.

Tanto los miembros de la Guardia como los de la Legión reconocieron el palacio de Yenegart, capital de los terrenos de Odenisio.

—¡Miembros de la Guardia, soldados de la Legión! —exclamó Gerom con gravedad, mientras manipulaba su galdur para continuar leyendo las inscripciones. Sus palabras llegaron a los oídos de todas las tropas debido al eco que se producía en el valle, rodeado de rocas, ruinas y montañas—. ¡Mi nombre es Gerom, puerelo y consejero de la mesa del rey Ulius!

Cherlat dejó caer su espada sobre la nieve, aturdida. ¿Acaso había escuchado bien? Entrecerró los ojos y distinguió la silueta de un enorme galduriano al pie de los pilares. Se quedó sin aliento.

Mientras la doncella de Cabo Viejo se desplomaba sobre sus rodillas, sin despegar los ojos del cielo, Hinnegal mantuvo su mandíbula tensa y la mano cerrada alrededor de la empuñadura de su espada. El fornatos miraba con desconfianza aquellas imágenes que se construían sobre su cabeza.

Poco a poco, junto al castillo y desde una densa bruma púrpura, fueron emergiendo filas de hombres y mujeres con los rostros cubiertos de cascos. El palacio de Yenegart comenzó a tambalearse hasta quedar reducido a meras ruinas, los ríos se secaron y en el

bosque una poderosa ráfaga de viento les quitó a todos los árboles sus hojas.

—¡Hace cien años! —prosiguió Gerom con gran potencia—. ¡La Orden atacó el castillo de Odenisio, pretendiendo dar un golpe final al periodo de paz entre humanos y galdurianos en Melliedor!

De pronto, la visión se transformó en la silueta de una hermosa mujer, de largo cabello y mirada penetrante. Alrededor de su frente se dibujó una delicada corona de flores y en su pecho comenzó a brillar fuego púrpura, lo que todos reconocieron como el fuego de Galduria.

—La reina Ganadria… —murmuraron algunos galdurianos y humanos, conocedores de los antiguos escritos de Melliedor.

Nadya alzó la mano en dirección a la imagen, mientras escuchaba el eco de las palabras de la voz interior que la había acompañado durante su travesía. Solo entonces cayó en la cuenta de que le pertenecía a ella, a la reina, a su madre. Sus mejillas se tiñeron de rosado y la yema de sus dedos de una tonalidad verdosa y brillante.

Los soldados se miraban unos a otros, confundidos.

En el cielo se delineó la silueta de un joven alto y delgado de cabello alborotado, por cuyo hombro la mujer extendió su brazo. En su pecho también brillaba el fuego púrpura.

Nadya miró a Kal al reconocerlo en la imagen, mientras un creciente hormigueo subía por la punta de sus dedos.

El chico no le puso atención. En sus ojos tan solo se reflejaba el color púrpura y en su mente escuchaba a aquella mujer pronunciando una promesa y su nombre. Sus últimas palabras.

—¡Aunque durante todo este tiempo se creyó que el líder de la Orden había cumplido su cometido, que había separado definitivamente a ambas especies…! ¡Aquello no puede estar más lejos de la realidad!

Una nueva figura, esta vez una niña pequeña, en cuyo pecho se extendían largas raíces entre las cuales brillaban intensas llamaradas, se ubicó entre la mujer y el joven. Los brazos de la chica se extendieron y entre sus manos se trazó la silueta de un medallón con el símbolo de los Caídos.

Salvo por la voz de Gerom y el viento, el silencio era absoluto.

—La reina Ganadria, poderosa tempestaria, a sabiendas de lo que deparaba el destino, se encargó de ocultar la existencia de sus dos hijos: Kalleghar, su primogénito, fruto de su unión con un líder tempestario fallecido en combate contra Défer; y Emara, hija del rey de Odenisio, la última galeana con vida y heredera a la corona.

Nadya dio vuelta sus manos y advirtió que sus palmas resplandecían. Su mirada se encontró con la de Liuna, al otro lado del puerelo, quien no tardó en comprender lo que ocurría. «Déjalo salir, Nadya», gesticuló solo con sus labios, «deja salir tu galdur».

Tras la frase de Gerom, el haz de luz se transformó en choques y batallas entre quienes llevaban el fuego púrpura en su pecho y siluetas vacías. Algunos humanos y galdurianos taparon sus ojos para eludir aquella escena y evitar rememorar los dolores del pasado: todo cuanto habían perdido por culpa de la lucha entre especies.

—Ella dio su vida para transportarlos en el tiempo, para que,

llegado el momento, cuando la figura del líder de la Orden estuviera más débil, volvieran a aparecer entre nosotros y nos guiaran por un nuevo camino. —Gerom hizo una pausa y en su rostro se dibujó una sonrisa triunfante—. A la formación de una nueva alianza.

Una brisa helada recorrió la piel de los soldados. Y Nadya, invadida por una emoción que hacía temblar su cuerpo, cerró los ojos. Se limitó a dejarse llevar por la voz en su interior, aquella que ahora escuchaba más cerca que nunca.

No les pido que sean fuertes todo el tiempo, ni siquiera yo he podido serlo, pero sí que se atrevan a obrar con valentía y tomen el mando de la lucha más difícil que jamás se ha vivido en estas tierras.
El rey y yo confiamos en ustedes para restaurar la paz en Melliedor.

—Hoy es ese día… —continuó Gerom, mientras observaba Nadya de reojo—. Es tiempo de construir un futuro donde humanos y galdurianos no deban traicionarse ni destruirse.

Cuando Kal se giró para mirar a Nadya, advirtió que la joven ya no estaba de pie a su lado, sino que mantenía una rodilla apoyada en la nieve, con las manos extendidas. Sus ojos oscuros, en los cuales resplandecía un brillo de tonalidad verdosa, estaban enfocados en la bruma del mismo color que bordeaba sus manos, las que movía lentamente hacia la tierra.

Una vez que sus dedos alcanzaron el suelo, un resplandor se extendió por Quelensaid, obligando a los soldados a cubrirse los ojos.

—¡Nadya! —gritó Kal, sin comprender qué ocurría.

La tormenta de nieve cesó. Los miembros de la Guardia y la Legión pudieron verse perfectamente unos a otros y lo que ocurría junto a los pilares. Desde el lugar ocupado por una chica de largo cabello castaño emanaba, a ras del suelo, una especie de neblina dorada que empezaba a extenderse por todo Quelensaid.

La nieve parecía derretirse a su paso, siendo reemplazada por el fino césped que antaño había caracterizado aquellas tierras. Las ruinas de los palacios y fortalezas se reconstruían en una imagen resplandeciente, permitiendo admirar su belleza. Los muros volvieron a pararse, las torres se alzaron mucho más arriba que los pilares, e incluso parecía que podía oírse a la gente dentro de los salones, bailando al ritmo de una alegre canción. Los lagos regresaron a su posición original y criaturas legendarias, de las cuales Liuna ni siquiera recordaba haber leído en pergaminos, volvieron a saltar a lo largo de la fila de olas. El contorno de los ríos se dibujó entre las zanjas que Levy había abierto. La silueta de exóticas y gigantescas aves revoloteando por el cielo se pudo observar desde la tierra.

Todos estaban maravillados. Nadya había reconstruido una auténtica imagen del pasado. Gracias a ella, todos eran parte de lo que Quelensaid había sido alguna vez: tierra de paz entre los tres legendarios clanes: Odenisio, Défer y Ademia, tierra de amistad entre humanos y galdurianos.

Los ejércitos se miraron avergonzados. El general Radovan observó los rostros afligidos de los miembros de su hueste y analizó con detenimiento aquel precioso paisaje, uno que él no había tenido

jamás la oportunidad de ver en la vida real.

Sus ojos se enfocaron en un grupo de cuatro extraños animales de pelaje pomposo que corrían juntos de un lado a otro de la montaña. El más grande guiaba a los tres más pequeños entre los árboles y jugueteaba con ellos, escondiéndose entre arbustos alargados. Cherlat dejó escapar una lágrima cuando vio ante sí la fortaleza de muros blancos donde ella había pasado su infancia, mucho antes de saber que era una puerelo y que algún día se tendría que esconder en un oscuro portal para mantenerse con vida.

Fueron los gritos de un enajenado galduriano sobre un caballo de pelaje blanco los que interrumpieron sus pensamientos:

—¡Es una farsa! —vociferó Hinnegal, dirigiéndose hacia los miembros de su ejército—. ¡Esto es un engaño de la Legión! Debemos tomar lo que es nuestro.

A pesar de la bestialidad con la que entonó cada palabra, ni los miembros de la Guardia ni los humanos se inmutaron. Continuaban deslumbrados por la imagen delineada por Nadya, por lo que Melliedor había sido y podía volver a ser.

—Unamos fuerzas por los antiguos tiempos de amistad y luchemos unidos contra el verdadero enemigo: ¡la Orden! —gritó Gerom, provocando que los presentes enfocaran nuevamente la vista en él. Sus palabras, acompañadas de aquella visión del pasado, empezaron a cobrar sentido. Humanos y galdurianos asintieron.

—¡No lo escuchen! —sentenció un desesperado Hinnegal, observando cómo sus soldados cuchicheaban entre sí—. ¡Melliedor nos pertenece! —exclamó alzando su espada.

Aunque se sentían sobrecogidos por la visión, ninguno de los soldados se atrevió a inmiscuirse en la discusión entre Gerom y Hinnegal. No se creían tan valientes como para dar el primer paso. Fue un chico de cabello oscuro y rizado el que, antes que todos, alzó la voz sin miedo. Un joven que ya no temía a los poderosos, aquellos que alguna vez lo habían desestimado y utilizado como un simple peón. Uno que ahora tenía confianza en sí mismo y sabía exactamente de lo que era capaz.

—¡Qué viva la nueva alianza y la galeana, nuestra reina Emara! —vociferó Levy, encubierto entre las filas de la Guardia.

Todos se mantuvieron en silencio. Kal posó su mirada en Nadya, quien se mordía el labio, nerviosa, y Liuna, que no lograba ocultar el temblor de sus piernas bajo la capucha. Kal apretó los puños y buscó a Levy entre los miembros del ejército. El chico estaba entre dos mujeres de armadura gris con la barbilla en alto, en una pose que demostraba tanta seguridad que a Kal le costó reconocerlo.

Temiendo que los soldados se abalanzaran sobre él para tomarlo como prisionero, Kal sintió una gota de sudor frío correr por su frente. Sin embargo, su grito había logrado avivar los espíritus de quienes estaban cansados, desde hace muchos años, de formar parte de batallas por causas vacías y que solo traían como consecuencia sufrimiento y dolor.

—¡Viva! —gritaron algunos galdurianos, golpeando sus escudos con los puños o espadas.

Entre las filas de los miembros de la Guardia se escucharon palabras de confusión y otras de aliento por el nuevo futuro, uno en

que ya no tendrían que luchar contra los humanos, sino contra quien los había relegado a una vida en los portales.

—¡Viva! —Soldados de la Legión se les unieron, mientras el general Radovan escuchaba con el ceño fruncido. Cuando volvió a enfocarse en el paisaje, sus ojos pardos se encontraron con los de la doncella Cherlat, quien tragó con fuerza antes de unirse a los clamores de ambos ejércitos.

—¡Viva! —Isobella alzó la mano hacia los pilares. Desde el otro lado, Liuna, Kal y Nadya le sonrieron, mientras se les unían las voces de más galdurianos y humanos que miraban con esperanza a los hijos de la reina.

Sintiéndose atrapado entre sus propias tropas, los ojos de Hinnegal se tiñeron de rojo y su respiración se volvió agitada. Comenzó a girar con rapidez sobre el caballo, mirando con incredulidad cómo los soldados le entregaban toda su atención al enorme puerelo y a los dos jóvenes ubicados frente a los pilares. La idea de que se hubiese tomado una decisión que le quitaba el poder al que aspiraba tras la victoria le nubló la vista y le hizo arder la sangre.

En un arrebato de furia y desesperación lanzó su espada al aire y, cuando sintió que el galdur amarillento cubría la palma de su mano, lo arrojó hacia su arma, de modo que esta se moviera siguiendo sus propios deseos.

Sus ojos cristalinos fijaron el blanco: aquella joven que había hecho florecer la nostalgia entre los soldados, deslumbrándolos con una belleza inexistente de tiempos que jamás volverían.

Lo que pasó después ocurrió demasiado rápido. Desde una

posición cercana a los ejércitos, Levy e Isobella alcanzaron a divisar el amarillento galdur dirigido hacia Nadya. El grito de Levy logró despertar los sentidos de Liuna, quien alcanzó a pronunciar el nombre de Kal para que quitara a Nadya de en medio.

Pero para cuando la chica quiso aferrar el brazo de su hermano, ya era demasiado tarde. Las imágenes doradas del pasado y el destello púrpura en el cielo se desvanecieron.

Al mismo tiempo se escuchó un grito ahogado entre las tropas. En un intento de detener lo imposible, la doncella Cherlat y el general Radovan habían lanzado una flecha hacia el pecho de Hinnegal. El líder de los fornatos, después de tambalearse en el lomo del caballo y justo cuando sus ojos se tornaron blancos, se desplomó del animal y cayó de golpe sobre la nieve, arrojando su último suspiro.

Algunos humanos y galdurianos decidieron huir y ocultarse en diferentes rincones de Quelensaid, aterrados ante lo que parecía ser el augurio de una nueva lucha.

Los soldados restantes enmudecieron.

La brisa se escuchó con mayor intensidad que antes y un trueno rugió a la distancia.

Prácticamente todas las miradas estaban enfocadas al frente, en la silueta de una pequeña heredera que intentaba animar el cuerpo inerte y frío del joven que se había lanzado frente a ella en el instante preciso para salvarla del golpe, mientras la sombra de un dragón pasaba sobre su cabeza, cruzando el cielo de Quelensaid.

CAPÍTULO TREINTA Y DOS



El cielo todavía estaba cubierto. La nieve caía a ritmo lento y suave. Sin embargo, a diferencia de lo que había ocurrido los días anteriores, a veces la brisa movía las nubes para que el sol iluminara las tierras grisáceas de Quelensaid, reflejándose en las blancas tiendas de campaña que se extendían junto a la ladera de una gran montaña de hielo.

Alrededor de estas era posible distinguir la silueta de humanos y galdurianos, quienes se miraban con desconfianza, procurando que no se notara el interés que tenían por entablar una conversación. Después de todo, jamás creyeron estar compartiendo campamento con quienes habían considerado sus enemigos. Mientras pensaban en cómo proceder, aparentaban estar atentos a lo que ocurría en la carpa más grande, desde donde esperaban obtener nuevas órdenes.

—¿Ya han enviado mensajeros a Cabo Viejo? —inquirió Gerom dentro de la carpa, mirando a su hermana, Cherlat.

En tanto el puerelo se había tomado su encuentro con bastante naturalidad, la doncella no hizo esfuerzos por ocultar su asombro. Le había dado la bienvenida con un abrazo, mientras su rostro, antes siempre impertérrito, era bañado por lágrimas. Sus anchos brazos le recordaron al hermano a quien, en un acto completamente egoísta, había condenado y por cuya muerte nunca se perdonaría. Cherlat asumió la responsabilidad por la revolución y expresó que abandonaba su cargo como Superior de Cabo Viejo, aunque no sin antes manifestar su apoyo a la causa de Gerom. Por la paz de Galduria y la de los humanos.

—A todos los portales —replicó Cherlat.

Gerom asintió y continuó recorriendo con el dedo el mapa extendido sobre la mesa de madera.

—¿De verdad crees que se nos unirán? —le preguntó Emara entre balbuceos a Gerom, sin todavía atreverse a mirar a los otros en la carpa.

Además de Cherlat, a sus espaldas estaba de pie Theodosia, líder de los salibers de Cabo Viejo junto al general del ejército del norte de la Legión, Radovan.

—La carta es solo un primer paso —mencionó Cherlat con frialdad, escrutando a Emara con la mirada—. Hoy mismo emprenderé marcha hacia los portales y les mostraré lo que he visto con mi galdur. Sé lo difícil que es creer y tener esperanzas. El odio es capaz de ahogar el espíritu.

Gerom detuvo su dedo en un lugar del mapa marcado con un punto negro, bajo el cual se leía la palabra «Yenegart». Sus

pensamientos se perdieron en antiguos recuerdos del palacio, cuando la calidez del sol hacía que su piel se quemara durante el verano, así como sus largos paseos por los pasillos, donde aprovechaba de reflexionar sobre sus conversaciones con Ulius, siendo interrumpido por los juegos de un joven de cabello cobrizo y piernas delgadas.

—Tengo entendido que Isobella dirigirá a algunos miembros de nuestras tropas para encontrarse con más nómades e invitarlos a unirse a nuestra causa —indicó Theodosia.

—Así es —afirmó Isobella, que estaba de pie frente a Emara, mordiéndose el labio. La galeana no tardó en reaccionar, mirándola con sorpresa y temor.

—¿Isobella? —preguntó, volteando el rostro hacia Theodosia—. ¿No es demasiado peligroso? Hay muchos que te buscan.

—Estoy segura de que otros nómades estarían dispuestos a seguirnos, incrementando nuestro número para una futura batalla contra la Orden. Pero somos seres complicados. Los galdurianos que no han vivido protegidos en los portales… ellos desconfiarían de cualquiera, salvo de una voz que les parezca cercana. Además tengo que encontrar a mi familia.

Sin necesidad de explayarse, Emara comprendió que también lo hacía por Cantos. Ella era quien debía contarles lo ocurrido.

Fue Radovan quien alzó la voz a sus espaldas. Este había sido el primer humano que se les había acercado para ofrecer el poder de su ejército como arma y derrocar el régimen asesino de Défer. Emara lo había escuchado con cierto recelo, pero cuando Gerom lo recibió sin

ponerle obstáculos, la joven intuyó que su apoyo pudo haber sido previsto por su madre, como tantas otras cosas.

—Si te sientes más segura, algunos miembros de la Legión pueden ir contigo como defensa —aseguró el general, dirigiéndose a Isobella —. Si en el camino te encuentras con otros soldados que pretendan capturarte, los detendremos y podremos dialogar con ellos para que se nos unan.

Un silencio invadió la carpa. Emara miró a Radovan, quien enfocó su vista en el mapa, y luego en Isobella, que movía sus dedos con nerviosismo.

—¿Es posible que nos acepten con tanta facilidad? —preguntó Gerom, rompiendo la creciente tensión.

—Ustedes no son los únicos que están cansados de esta guerra —puntualizó Radovan, mirando a cada uno de los galdurianos presentes—. El líder de la Orden le dio la espalda a un valiente grupo de soldados. Desde ese evento la lealtad de sus soldados no es tan firme como antes. Se rumorea que la debilidad del líder no solo tiene que ver con su estado físico —habló dirigiéndose a Isobella—, sino que también a la duda que existe entre los soldados respecto a si queremos continuar cumpliendo sus órdenes.

Nuevamente se hizo el silencio. Lo único que se escuchaba era el murmullo de galdurianos y humanos fuera de la carpa, quienes intentaban descifrar lo que ocurría ahí dentro.

—Este es el momento perfecto para presentarles a los miembros de la Legión una alternativa —continuó Radovan. De pronto, su mirada se encontró con la de Emara—. Su madre… la reina Ganadria —se

corrigió—, lo leyó perfectamente hace cien años.

Isobella asintió con lentitud, pensando en los últimos enfrentamientos contra soldados humanos y lo que Cantos habría hecho en una circunstancia como aquella. La propuesta de Radovan implicaba protección, pero también confiar en quienes la habían separado de su familia y obligado a esconderse día tras día.

—¿Cómo puedo saber si estás diciendo la verdad? —preguntó Isobella.

Radovan posó sus ojos en la inmensa cicatriz que recorría su rostro. Se quitó la bandolera que cruzaba su pecho y dejó caer sobre la mesa la espada que cargaba consigo. Quitó de su espalda el arco de madera de roble con el que había lanzado la flecha a Hinnegal.

Los ojos de Isobella brillaron ante la preciosa y firme estructura, tallada con hermosas enredaderas. Theodosia y Cherlat se miraron. Radovan movió las manos hacia el frente.

—Iré desarmado, solo como tu escolta. Puedes llevar mis armas si quieres —expuso el general—. No puedo darte otra señal de mis intenciones. Solo quiero lo mejor para los que están allá afuera y añoran, como yo, volver a ver a sus familias y vivir tranquilos.

Isobella tomó con delicadeza una de las flechas y la movió entre sus dedos.

—Deberás confiar en mí —sentenció Radovan.

Los ojos de Isobella pasaron por la flecha hasta encontrarse con la mirada de Emara, la joven que un día había decidido confiar en ella y Cantos, que los había aceptado en su grupo a pesar de que casi los habían abandonado a su suerte en el bosque. Entonces alzó la voz:

—Está bien —confirmó Isobella—. Estoy de acuerdo con ese plan.

—Que así sea —dijo Gerom, golpeando la mesa con el puño—. Siguiendo con el plan, tal como dije antes, nos reuniremos a las afueras de Benteley.

—¿La antigua capital de Défer? —preguntó Levy, que hacía unos instantes se había adentrado en la carpa.

—Así es —prosiguió el Gerom, moviendo su dedo hasta una gran fortaleza negra en el lado derecho del mapa—. Si queremos dar un mensaje de fuerza y unidad, lo primero que debemos hacer es entrar al corazón de este territorio.

—Pero ese lugar está lleno de humanos, los primeros que fueron trasladados cuando la Legión comenzó a aplicar la política de la Traición y la Limpieza —añadió Theodosia, dudando—. Si los atacamos, estaríamos demostrando que no somos distintos a todos los líderes que han conocido.

El general Radovan y Cherlat asintieron. Gerom, por su parte, se limitó a balancear sus hombros y soltar una sonora y grave carcajada.

—¿Y quién habló de atacarlos? Vamos a entrar en paz, con nuestro símbolo más poderoso. —El puerelo le guiñó un ojo a Emara—. Quién sabe, quizás hasta nos den una grata bienvenida.

Antes de continuar alguien abrió la entrada de la carpa de un tirón. Todos los presentes se giraron. Sus miradas chocaron con la de una joven teresteno, cuya melena rojiza caía sobre sus hombros. La chica respiraba agitada mientras mantenía abierta la tela de la tienda, por donde algunos humanos y galdurianos alcanzaron a observar a los

líderes.

—Nadya… Emara… —pronunció Liuna.

Emara corrió hasta quedar frente a Liuna y la tomó por los brazos para que su mirada cristalina volviera a encontrarse con su rostro.

—¿Liuna? ¿Liuna, qué tienes? —preguntó entre balbuceos—. ¿Está todo bien?

—Es él… —mencionó la pelirroja, tragando saliva.

Emara no necesitó que dijera nada más. Salió de la tienda y comenzó una carrera mientras Gerom la miraba con notoria preocupación.

La joven se abrió paso entre los grupos de humanos y galdurianos y enfocó su vista en una carpa de color púrpura alejada de las demás. No sintió la humedad colarse por sus botines de cuero, tampoco el gélido aire cruzar sus mejillas para teñirlas de un tono rojizo. Estaba empecinada en llegar lo antes posible.

Cuando su mano rozó la tela de la tienda la abrió en un solo movimiento.

Su vista chocó con una estructura rectangular hecha de madera que se elevaba sobre el suelo. Desde la superficie caían desordenadas telas descoloridas que servían de abrigo a quien ahí se encontraba. Un joven cuya única parte del cuerpo visible era su cabello color cobre.

Emara se acercó con lentitud, mientras advertía la falta de movimiento del chico y aguantaba la respiración y las lágrimas.

—Oh, no —susurró. Sus dedos temblaban—. No, no…

Mientras se acercaba, el chico se volteó de improviso. Tan pronto

como sus ojos claros se encontraron con los suyos, Emara se abalanzó sobre él.

—¡Kal! —gritó, ocultando su rostro junto a su cuello.

A duras penas, el joven alzó el pecho desnudo y se acomodó sobre un par de almohadones soltando un gemido. Emara se apartó y gritó otra vez.

—¡Despertaste! ¡Estás bien!

—Eh. Tranquila, estoy bien —contestó Kal con una mueca de dolor —. Estoy bien.

Emara hizo una pausa para refregarse la nariz y los ojos con la manga de su abrigo.

—Veo que Isobella hizo lo suyo —dijo Emara, posando su mirada en la herida que Kal tenía junto a las costillas, ahí donde Hinnegal había logrado incrustar su espada, el lugar donde ella debió haber recibido el golpe—. Deberías darme las gracias —continuó en tono burlesco—. Si hubiera seguido tu consejo, ella no hubiese estado aquí para salvarte la vida.

—¿Gracias? —pronunció Kal, tosiendo y procurando sonreír.

—No es cierto, Kal. No tienes por qué agradecerme. —Ella se mordió el labio y agachó la cabeza—. Soy yo quien te debe la vida.

Kal alzó los hombros.

—Eres mi hermana, Nadya. Mi familia. —Se sacudió—. Me costó años encontrarte. No esperes que ahora te deje ir con tanta facilidad —aseveró, recuperando su ironía y sentido del humor.

Emara rio despacio. Sin embargo, a los pocos segundos su mirada se ensombreció.

—Cuando intentaste desviar la espada para protegerme… —comenzó a explicar rebuscando entre unas pilas de heno.

Cuando tuvo el objeto entre sus manos lo extendió con nerviosismo.

—Mi bastón —susurró Kal.

—Sí. —Emara se encogió de hombros—. La espada también lo rompió… aunque sirvió para amortiguar la fuerza con la que te golpeó Hinnegal. Gracias a eso tu herida no fue más profunda.

Al ver que Emara desviaba su mirada, él soltó un resoplido y posó su mano sobre la madera. Hizo una leve presión hacia abajo para que Emara la dejara caer al suelo.

—Ya encontraré otro amuleto, no te preocupes. Las ramas están en todas partes —expresó, intentando sonreír.

Sin embargo, aquella frase no logró convencer a Emara, quien observó el semblante de Kal tornarse mucho más serio y triste. No le era fácil dejar ir el objeto que lo había acompañado durante todo su solitario recorrido por Melliedor y que cargaba tantas historias.

—Es que ya me preocupé y… bueno, tengo un regalo para ti.

La chica se agachó otra vez y abrió un baúl junto a ella.

—Nadya… ¿Qué…?

—¡Espera! Está por aquí…

Registró el contenido del baúl hasta que sus dedos chocaron con dos estructuras de cobertura lisa y helada. Se paró con ambas manos en la espalda y una gran sonrisa dibujada en el rostro.

Al ver que Kal fruncía el ceño suspiró, temiendo que aquello no fuera suficiente.

—¿Qué ocurre? —preguntó Kal.

Solo entonces, ella logró armarse de valor para extender sus manos.

Le presentó dos largos y finos trozos de metal que asimilaban la forma de una rama de madera, pero mucho más firmes y altos que lo que le había servido como bastón durante esos años.

—Los hicimos con el metal de la espada de Hinnegal. Los herreros de la Legión y la Guardia me ayudaron —comentó Emara, mientras Kal tomaba el nuevo báculo.

Empezó a girarlo entre sus dedos, hasta que sus ojos se quedaron fijos en una pequeña figura que sobresalía del metal y que estaba incrustada en este. Pestañeó varias veces y entrecerró los ojos para distinguir de qué se trataba. La visión lo sorprendió. Era una de las mitades del medallón del roble ardiendo en llamas, el que evidentemente había sido restaurado para borrar todo atisbo del intento de Dercan por destruirlo.

—Yo tengo en mi bastón la otra mitad —detalló Emara—. Así, la próxima vez que nos separemos, recordaremos que siempre nos tendremos el uno al otro.

—Querrás decir que, cuando seas reina, no te olvidarás de la existencia de tu pobre hermano plebeyo —bromeó Kal. El sonido de su voz animada hizo reír a Emara. Él la imitó—. Solo estoy jugando. Me gusta mucho. De verdad, muchas gracias.

Ella intuyó que ya no solo se refería al bastón.

Cuando las risas se apagaron, fue Emara quien continuó hablando:

—No tienes nada que agradecer. Además, todavía me queda un

largo camino para llegar al trono, si es que algo así llegara a ocurrir… —Emara agachó la cabeza y observó un punto perdido entre las sábanas—. Probablemente quedan muchas batallas, miles de hombres y mujeres, galdurianos y humanos, incluso nómades a quienes tendremos que convencer de que este es el camino correcto, de que esta es la última lucha, la única que de verdad vale la pena.

Al notar la preocupación en su voz, Kal aferró la mano y asintió.

—Ellos lo sabrán —replicó Kal, volviendo a sonreír—. Te tenemos a ti. Nunca he conocido a una galeana más testaruda y convincente.

Emara le dedicó una sonrisa. Sin embargo, el rostro de Kal se tornó serio otra vez.

—De no ser por ti y tu determinación, yo… no estaría aquí, princesa Emara.

Al escucharlo pronunciar su verdadero nombre un escalofrío le recorrió la espalda. En la mente de Emara las palabras se dibujaron y un sinfín de recuerdos comenzaron a delinearse: de su madre, acunándola tras una terrible pesadilla; de su padre, tomándola en sus brazos para subirla a sus hombros; de su medio hermano, reconfortándola en los últimos momentos que habían estado juntos en Yenegart, mientras aguardaban lo peor en una oscura habitación durante una noche de tormenta.

—Eres especial, Emara. Y no solo por lo que representas. Tienes una tremenda capacidad para guiar, incluso a un ser tan obstinado como yo. —Kal hizo una pausa y suspiró—. Serás una gran líder una vez que recuperemos el trono y la paz de Melliedor.

—Solo podré hacerlo si sigues siendo mi guardián —contestó ella.

—Lo sería cien años más, hermanita.

Se unieron en un nuevo abrazo ante los ojos atentos de Gerom, quien había llegado a verlos a la tienda de campaña. El puerelo asintió para sí mismo.

A las afueras de la tienda algunos soldados de la Legión ayudaban a un miembro de la Guardia a afilar su espada; una mujer de ojos oscuros le enseñaba a un ser de ojos claros a vendar el brazo de uno de sus compañeros; y un grupo de jóvenes aprendían a cocinar con los ingredientes de Yenegart y los portales. Era un paisaje hermoso. Era real. Después de todo, humanos y galdurianos no eran tan diferentes.

—Así de increíble será algún día, chicos —pronunció el enorme puerelo, mientras llegaban Isobella, Liuna y Levy, cuyos ojos brillaban de pura emoción. Él les dirigió una mirada cargada de ternura y alzó una de sus cejas antes de decir—: Como siempre debió ser. Tal como en los viejos tiempos.

EPÍLOGO



Dentro de los muros del castillo podía sentirse cómo la lluvia golpeaba la roca de las paredes y la rapidez con que caía a borbotones por el tejado. En el salón principal un hombre alto, de espalda encorvada y cabeza calva miraba por uno de los ventanales enrejados, cubierto de gotas. No recordaba haber visto una tormenta de tal intensidad en la zona. Pero sí había escuchado historias, memorias de hace cien años.

Un trueno interrumpió sus pensamientos y se giró para volver los ojos hacia la estancia: cuatro soldados de armadura negra custodiaban la sala en la que últimamente su líder había decidido pasar la mayor parte del tiempo. Este estaba sentado en una silla tallada en piedra, unida para siempre al suelo gris que servía de base a aquella parte del castillo. Su rostro afilado, rodeado de una frondosa barba color negro, se notaba demacrado. Bajo sus ojos cristalinos, ahora cerrados, se veían bolsas color morado y su piel ya

no era lisa como la recordaba. Tal aspecto era consecuencia del paso del tiempo, el transcurso de días y años durante los cuales ningún ser de su especie estaba llamado naturalmente a sobrevivir. A sus espaldas, una mujer joven, delgada y de postura recta apoyaba su mano en su hombro derecho. Siguiendo los signos, ella sería probablemente la última esposa que podía procurarse. Aquella en quien había recaído la última esperanza de darle un heredero.

De golpe, su líder abrió los ojos y enfocó la vista en las grandes puertas de madera que marcaban la entrada al salón. El hombre calvo siguió la línea de su mirada y se asustó cuando una mujer de túnica gris ingresó a la sala, abriendo las puertas de par en par.

—¡Mi señor! —exclamó la mujer, reconocida como la dama de asistencia del líder—. Ha sido imposible detenerla, ha aprovechado la tormenta para camuflar el sonido con los truenos… —mientras balbuceaba una explicación, un fuerte rugido les erizó la piel a todos.

El líder se paró y su mujer se ocultó detrás de la silla de piedra.

Tras la oscuridad del pasillo, iluminado por antorchas de fuego púrpura, apareció una enorme cabeza alargada, cuyo hocico estaba cerrado por una cuerda. Sus largas uñas abrieron líneas blancas en la roca, mientras era guiado adentro del castillo por un soldado de armadura negra y paso firme, quien mantenía entre sus dedos el otro extremo de la cuerda.

—¿Qué significa esto? —vociferó Raffán.

Los dragones estaban extintos hace siglos. Él mismo se había encargado de que así fuera.

—¡Soldados!

Los miembros de la Legión que lo acompañaban se acercaron a quien guiaba a la enorme criatura azulina y apuntaron sus espadas hacia su cuello. Espantado, el dragón soltó un nuevo rugido. El soldado de armadura negra desenvainó su espada, amarró de un movimiento la cuerda a esta y, con una fuerza extraordinaria, la clavó en el suelo de roca, impidiendo que el dragón se moviera.

La visión dejó estupefactos a los demás miembros de la Legión.

Cuando terminó, el desconocido guerrero se quitó el casco, dejando caer sobre sus hombros su mojado cabello oscuro amarrado en una larga trenza. Los profundos ojos de la joven se encontraron, sin un atisbo de temor, con la mirada de su líder.

—¿Quién eres? —inquirió el hombre calvo ubicado junto a los ventanales.

—Majestad —se limitó a decir Eyden, haciendo caso omiso de la pregunta del galduriano—. Se acerca una gran amenaza a Yenegart.

Raffán enarcó las cejas y, después de soltar un resoplido, alzó su dedo hacia su consejero, el teresteno calvo.

Rápidamente los soldados aferraron a Eyden por los brazos, quien entre gruñidos se vio obligada a arrodillarse.

El teresteno tomó de los bolsillos de su túnica roja un polvo amarillo y abrió la boca de Eyden con un movimiento brusco. La joven miró a su alrededor con temor y tragó el contenido, haciendo una mueca de disgusto.

El hombre se ubicó frente a ella y con los ojos cerrados comenzó a rodearle con la yema de los dedos la frente, la comisura de los labios y el contorno de su rostro. Evitando que los escalofríos de la chica

impidieran su visión, ordenó a los soldados que la mantuvieran firme y la tomó por el cuello.

La mirada de Eyden se perdió en el tejado del castillo. Sentía que iba a desfallecer en cualquier momento.

Súbitamente, el teresteno se echó hacia atrás y se giró hacia su líder, mientras Eyden tragaba una bocanada de aire y caía, derrotada. Raffán leyó en los temblores del galduriano calvo el temor y, exaltado, se transformó en una bruma de color azulino hasta ubicarse frente a su consejero, sintiendo su respiración empapar su pálido rostro.

—Es… es cierto, Raffán —vaciló el teresteno.

El líder cerró el puño sobre su túnica y lo alzó unos cuantos centímetros en el aire, hasta que su rostro quedó prácticamente escondido entre los pliegues de su ropa.

—¿Qué viste? ¡¿Qué es lo que ella quiere decir?! —gritó Raffán con brusquedad haciendo eco en el salón.

Las palabras del teresteno fueron pronunciadas en un murmullo. Pocos sabían la verdad. El mismo Raffán se había encargado de ocultarla.

—Son los hijos de la reina Ganadria, su Majestad. Ellos están vivos. Y vienen hacia acá, a recuperar la corona.

El líder dejó caer al consejero, provocando que el suelo de la sala retumbara. Para sorpresa de los presentes, una sonrisa afilada se extendió por su rostro y su mirada se perdió en un punto indefinido.

—Vaya, eso sí es una sorpresa —mencionó, riendo.

Raffán caminó hacia la silla y observó la roca tallada. Se enfocó en

las siluetas de hombres y mujeres batallando, las enredaderas y el fuego alzándose entre los dibujos de un castillo y, finalmente, en la silueta de tres hermanos: Odén, Ademia y Déferes, con los símbolos de sus respectivos clanes tallados en su pecho.

Se sentó al mismo tiempo que un trueno golpeaba los muros del castillo y lo hacía volver atrás en el tiempo, cuando se había escabullido y había clavado la espada en el pecho del rey Ulius en la torre más alta.

A pesar de que él había escuchado su último aliento, siempre supo que las cosas no terminarían con su muerte ni con la de su reina, la hermosa Ganadria. Había sido una burla, una maquinación de ambos en sacrificio, la primera jugada de la partida. Pero ahora era el momento de dar el golpe final.

Y esta vez no habría errores.

Él no lo permitiría.

Agradecimientos

Es un verdadero sueño que estés aquí y que *Una promesa de cien años* sea real. Ver que más de seis años de trabajo, los «boards» de Pinterest, que la idea de un joven con un bastón de chispas verdes se convierten en las páginas de una novela es algo que solo puedo calificar como mágico.

Si publicar este libro la primera vez fue todo un desafío, reencontrarme con la historia años más tarde para darle una nueva imagen, para acercarme a una nueva y más grande audiencia de la mano de una editorial internacional, lo fue todavía más. Siempre lo he dicho, soy mi mayor crítica, y sabía que en esta revisión no sería la excepción.

Hubo momentos de duda, sí. Hubo constantes «¿para qué?». Pero aquí estoy, de nuevo. Porque soy una apasionada por este mundo, porque adoro a estos personajes y más todavía el mensaje de unión, amistad y amor que está detrás de esta historia.

Sin duda, *Una promesa de cien años* ha sido mi proyecto literario más largo y desafiante, y uno que agradezco haber vivido junto a las mejores personas, las que me mantuvieron siempre a flote.

Muchas gracias a mi familia, sobre todo a mis papás, mis primeros fans, que desde siempre me han apoyado en todas mis «versiones». ¡Volvió «Chiqui escritora»!

Muchas gracias, Nacho, por ser el mejor compañero de vida y

aventuras (estoy segura de que nos quedan muchas). No podría hacer nada de esto sin ti.

Muchas gracias a todos los que me han escuchado hablar de libros y mis (miles de) proyectos, especialmente a mis amigas y a mis «jarropatos». Por las risas, por sacarme de la soledad cuando estoy muy cómoda, por darme la confianza en mí que siempre me falta.

Muchas gracias a todo el equipo de Urano por haberse atrevido conmigo, decidiendo darle una oportunidad a este proyecto. No pude haber pedido un ambiente más acogedor para hacer crecer esta historia.

Muchas gracias a las personas que me ven en @te.conlibros. Gracias por escuchar mis reseñas y por tantos mensajes de apoyo. Ustedes son la razón de que me lance, con mucho menos miedo, a cumplir mis sueños en el mundo de los libros.

Por último, gracias a ti. Gracias por haber tomado este libro de entre tantos que pudiste haber elegido. Es un verdadero honor y un sueño para mí que hayas formado parte de esta aventura.

Y espero, de todo corazón, que esta no sea la última vez que nos veamos…

Chiqui

¿TE GUSTÓ ESTE LIBRO?

Escríbenos a

puck@uranoworld.com

y cuéntanos tu opinión.

ESPAÑA /MundoPuck /Puck_Ed /Puck.Ed

LATINOAMÉRICA /PuckLatam

/PuckEditorial

¡Gracias por vivir otra
#EXPERIENCIAPUCK!

PUCK